

DAD
CIÓN



BX944

B4

V.14

c.1

135831

27

José Angel Benavides.

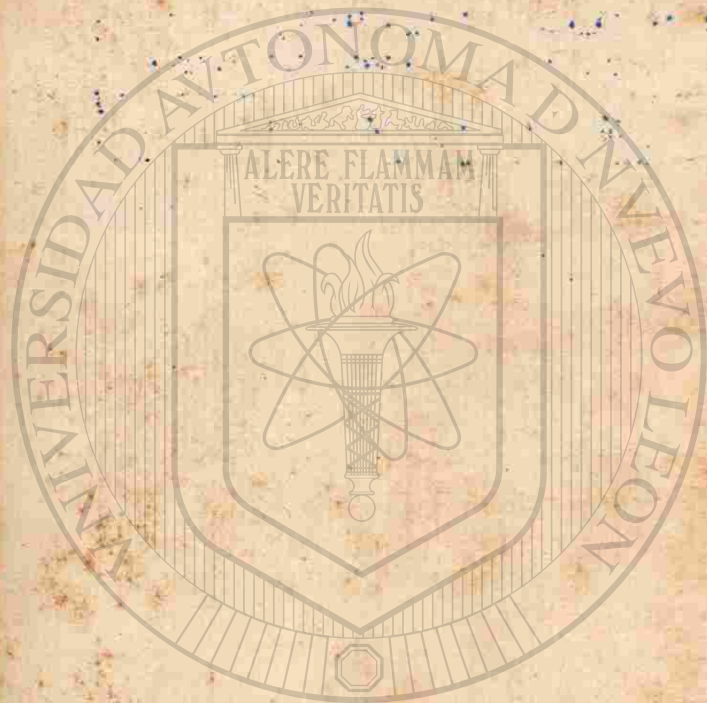


1080046702



UNIVERSIDAD DE CALDAS
BIBLIOTECA CENTRAL
RECTORIA GENERAL

E#7 - C#2.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Roll 48 MICROFILMADO 15/3/83

HISTORIA ECLESIASTICA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA
DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,

CANÓNIGO DE NOYON:

Traducida nuevamente al castellano, corregida,
anotada y continuada

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII,

por los P.P. J. de M. y A. C. de V.

TOMO XIV.

Desde la muerte de San Bernardo en el año 1153, hasta el
primer concilio general de Leon en el de 1245.



Valencia: Imprenta de D. Benito M. Confes.
DICIEMBRE 1831.

18381

38377



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B x 944

B-1

V.14

HISTORIA

DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

EL ABATE BERNARDINO

VERITATIS

CAROLINO DE MOYON

Esta obra es propiedad de la casa de Monfort.

HASTA EL PONTIFICADO DEL SR. P. LION XII

TOMO III

Desde la muerte de San Bernardo en el año 1053 hasta el primer concilio general de Lyon en el año 1245

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135831

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-SÉPTIMO.

N.º 1. *San Guillelmo de York.* 2. *Enrique Rey de Inglaterra, primero de este nombre y de la familia de los Plantagenetas.* 3. *Adriano IV sucede al Papa Anastasio IV.* 4. *Arnaldo de Brescia puesto en manos del Papa.* 5. *Coronacion del Emperador Federico.* 6. *El Rey de Sicilia es reconocido por el Papa.* 7. *Congregacion de Malavale.* 8. *Santa Isabel de Schonange.* 9. *Muerte de Pedro el Venerable, sus virtudes y doctrina.* 10. *Muerte de Otton de Frisinga.* 11. *Origen de las discordias de Federico II con los Papas.* 12. *Asamblea de Roncaille.* 13. *Universidad de Bolonia.* 14. *Decreto de Graciano.* 15. *Estado de las ciencias.* 16. *El libro de las sentencias.* 17. *Antigüedad del derecho de regalia.* 18. *Principio de la tercera cruzada.* 19. *Institucion del orden militar de Calatrava.* 20. *Discordias de Adriano IV, y del Emperador Federico.* 21. *Consejos dados al Papa por Everardo de Bamberg.* 22. *Cisma de Octavio.* 23. *Esfuerzos del Emperador para estender el cisma.* 24. *San Anthelmo de Belui.* 25. *Pedro de Tarentesia.* 26. *Alejandro III en Francia.* 27. *Beneficiados ausentes en servicio del Rey, tenidos como presentes.* 28. *Conferencia en San Juan de Laune.* 29. *Construccion de la iglesia de nuestra Señora de Paris.* 30. *El Papa tiene un concilio en Tours.* 31. *Principios de Santo Tomás de Cantorberi.* 32. *Su obispado.* 33. *Mudanza del Rey contra el santo arzobispo.* 34. *Santo Tomás huye á Francia.* 35. *Conducta religiosa de*

TOM. XIV.

1

movimiento de pies ó manos, cayó postrado como haciendo oracion. Así murió sin señal alguna de debilidad la mas natural, el valeroso defensor de la Iglesia, en 29 de Diciembre de 1170, á los cincuenta y tres años de su edad. Sus propios asesinos quedaron como asombrados, y huyeron inmediatamente luego que acabaron de consumir su delito. Sin embargo, los monges de Cantorberi temiendo que volviesen á insultarle despues de muerto, le enterraron secretamente: halláronle debajo de los hábitos un áspero cilicio, y lo que no tenia egemplo calzones de la misma materia.

A la primera noticia de este atentado quedó toda la ciudad consternada: un pueblo inmenso corrió á recoger la sangre del mártir, ungiéndose con ella los ojos y tiñendo sus vestidos para guardarlos como reliquias. Bien pronto se esparció por todas partes la veneracion del santo mártir con la fama de los milagros obrados en su sepulcro. Todos los estados del Rey Enrique de una y otra parte del mar, exceptuando los mas fogosos realistas; el Rey Luis, toda la Francia, y el Sumo Pontífice, no pudieron oír sin indignacion este asesinato sacrilego (1). El mismo Enrique se abandonó casi á la desesperacion. Sospechando el designio de los asesinos, habia despachado inmediatamente una orden prohibiendo toda violencia contra la persona del arzobispo; pero ya el golpe estaba dado cuando llegó el mandato (2). Apenas fue

(1) *Hist. Angl. Hum. vol. 1.* (2) *Gesta post. mart. cap. 1.*

instruido del hecho, se prohibió por espacio de tres dias la entrada en la iglesia, no quiso ver á nadie, y solo tomó un poco de leche de almendra, á que redujo todo su alimento. Envió muchos de sus clérigos á los monges de Cantorberi, que formaban todo el clero de esta iglesia, para que protestasen en su nombre de su inocencia y de su dolor; declaró que la conspiracion era una maniobra infernal, calificó á los conjurados de mónstruos, de vasallos detestables y oprobio de su reino; y se reprendió mil veces á sí mismo con lágrimas en los ojos de la imprudencia que habia cometido, dejando escapar la proposicion que armó el brazo de los asesinos.

Apresuróse á enviar á Roma para disculparse del asesinato, y someterse á todo cuanto el Papa ordenase contra el arrebató que le habia causado. Mil gritos de execracion habian llegado ya á aquella ciudad: todo el occidente pedia justicia del enorme sacrilegio cometido en la persona del mas ilustre de sus preladó. Los diputados de la iglesia de Cantorberi enviados con diligencia para dar sus quejas á la santa Sede: Guillermo, arzobispo de Sens, mas respetable todavia por sus virtudes que por la nobleza de su origen, aunque era hijo del conde de Champaña, amigo constante del santo mártir, y encargado para su defensa de la legacion de Inglaterra: su hermano Tibaldo, conde de Blois, el Rey Luis el jóven, y una infinidad de Príncipes y obispos solicitaban la reparacion de este escándalo en los términos mas urgentes. „Un cristiano que está tranquilo á vista de este

ultrage hecho á la Iglesia, escribia Luis (1), es un traidor á su Religion, y se hace formalmente ingrato á Dios. Estinguir esta lumbrera brillante de la Iglesia, y matar el Mártir, cuyos milagros publican altamente la causa por la cual ha muerto, es haber herido á Jesucristo en el objeto mas delicado de su amor. Vuestro brazo, Santo Padre, está armado de la espada apostólica: toda la Iglesia reclama vuestra venganza, mas por sí misma que por él."

El Papa quedó tan turbado, que en ocho dias los mismos romanos no se atrevieron á acercarse á su persona. Se reprendia de no haber defendido á Tomás con bastante vigor, y se lamentaba de la flaqueza humana que no conoce á los Santos hasta despues de su muerte. Prohibió que se permitiese á cualquiera inglés llegar á él, y todos sus negocios quedaron suspensos. No obstante, los embajadores de Inglaterra, en número, segun dicen, de mas de cincuenta, hicieron tanto por sus mediadores, que obtuvieron audiencia. Pero cuando se presentaron y pronunciaron el nombre del Rey Enrique, *deteneos, deteneos*, exclamó toda la corte romana, y un estremecimiento de horror se apoderó de toda la asamblea. Ellos dijeron que el Rey prometia sujetarse á cualquiera penitencia que se juzgase á propósito, y obedecer generalmente en todo cuanto tuviese por conveniente ordenar el Sumo Pontífice. El Papa antes de resolver cosa alguna, quiso enviar legados á Normandía para que examinasen lo mas pronto que fuese posible las

(1) *Barois. ad ann. 1171.*

circunstancias del crimen, y asegurarse mejor de la sumision del Rey.

Enrique para separar de sí las ideas funestas que le atormentaban noche y dia, habia pasado á Irlanda, cuya conquista le habia permitido hacer catorce años antes el Papa Adriano. Sometió los Reyes de Corc, de Limeric, de Ozeria y de Mida. Los arzobispos de Armac y de Dublin, seguidos de veintiocho obispos, le prestaron juramento de fidelidad, y en su persona á todos los Reyes de Inglaterra sus sucesores. Arregló el gobierno del pais, é hizo celebrar un concilio en Cassel para ordenar especialmente los bautismos y los matrimonios, en los cuales se habian introducido muchos abusos y supersticiones. Habiendo concluido todos estos negocios en seis meses, fue á juntarse con los legados en la abadía de Savigni, cerca de Avranches. Juró en su presencia sobre los Evangelios que no habia mandado ni permitido la muerte del arzobispo Tomás. Añadió, que luego que la supo le causó mas afliccion que la que le habria causado la muerte de su propio hijo; que se acusaba no obstante, y se arrepentia amargamente de haber dado ocasion por la irritacion y la cólera que manifestó contra el santo prelado: que en reparacion de esta culpa enviaria inmediatamente doscientos caballeros á la defensa de la tierra santa: que él mismo se cruzaria por tres años, á menos que el Papa no tuviese por conveniente esta espedicion: que volveria á la iglesia de Cantorberi todas sus tierras y bienes sobre el pie en que las poseía un año antes que el

arzobispo padeciese su desgracia: que permitia que en adelante se apelase libremente á la santa Sede; en fin, que desterraba absolutamente de todos sus estados las costumbres ilícitas que él habia establecido. Además de esto le prescribieron los legados ayunos secretos, limosnas y otras obras de penitencia. Enrique lo aceptó todo con la mas perfecta sumision; despues de lo cual dijo delante de todos: „señores legados, mi persona está en vuestras manos, estoy pronto á todo cuanto gustéis añadir:” lo que enterneció de tal modo á los que estaban presentes, que no pudieron contener las lágrimas. El jóven Enrique prometió por su parte obligarse bajo el mismo juramento que el Rey su padre, y hacer la penitencia si la muerte ú otro accidente no se la permitiese cumplir.

55. Multiplicándose de dia en dia los milagros en el sepulcro del santo Mártir, el Papa Alejandro hizo constar por testimonios irrefragables lo que todo el mundo publicaba. Fundado en estas pruebas, y en las de todas las virtudes heróicas del Santo, dos años y dos meses á lo mas despues de su muerte, fue canonizado solemnemente conforme á los deseos de todo el orbe cristiano, en 21 de Febrero de 1173, é instituida su fiesta como la de un mártir célebre en toda la Iglesia católica, y esta la observa todavía. En el año siguiente, San Bernardo, que habia fallecido cerca de veinte años antes, fue igualmente canonizado como todo el mundo cristiano lo deseaba tiempo habia.

56. En el discurso de los tres años que siguieron

á la muerte del Santo, la mano de Dios se descargó visiblemente sobre los cuatro asesinos. Despedazados por los remordimientos, luego que hubieron consumado su atrocidad, no se atrevieron á volver á la corte, en la que habian pretendido servir; se retiraron á una tierra distante que pertenecia á uno de ellos en la estremidad occidental de Inglaterra. El deshonor que traían impreso en la frente no pudo ocultarlos, y fueron un objeto de horror para las gentes del pais. Las personas mas ordinarias no querian comer ni hablar con ellos; y echaban las sobras de su comida á los perros, los que no se llegaban á ellas segun cuentan los autores contemporáneos (1). Habiendo llegado á hacerse insoportables á sí mismos, fueron á ponerse á discrecion del Papa, el cual les impuso por penitencia la peregrinacion á Jerusalem. Guillermo de Traci fue atacado en Cosenza de Calabria de una enfermedad horrible, en que las carnes se le caían á pedazos, particularmente los pies y las manos. Murió en este estado manifestando un sentimiento sumo de su delito, é invocando sin cesar al nuevo mártir. Sus tres cómplices aportaron á Palestina; pero murieron casi inmediatamente con las mismas agitaciones de conciencia. Enterráronlos delante de la puerta del templo, y grabaron este epitafio sobre su sepulcro: *aquí yacen los desgraciados que martirizaron al bienaventurado Tomás, arzobispo de Cantorberi.*

Parece que el Señor no quedó satisfecho con es-

(1) Rogir. Anal. pag. 522.

tas reparaciones subalternas. En su riguroso tribunal los Soberanos son responsables de los pecados, á los cuales sus pasiones ó su sola negligencia han dado lugar. Enrique II no obstante haber desaprobado tan auténticamente el asesinato, fue el blanco de los golpes mas sensibles que el brazo de la divina justicia suele descargar en este mundo sobre un Príncipe. Sus propios hijos y su esposa Leonor se rebelaron contra él. El Rey de Francia y el conde de Flandes invadieron sus provincias de este lado del mar: Luis penetró en el seno de la Normandía, y puso sitio á la capital. En tanto que el desgraciado Enrique se preparaba para socorrerla, supo que el Rey de Escocia, de acuerdo con los sediciosos de Inglaterra, habia ya penetrado en el reino, y asolaba la Northumbria. Dejó la Normandía, y voló donde la desgracia podia llegar á ser mas fatal.

57. Pero este Príncipe que nunca parecia mas grande que cuando el peligro era estremado, conoció la insuficiencia de sus recursos contra los ministros de la venganza celestial, y la necesidad de desarmarla enteramente. En vez de marchar contra ellos, se encaminó á Cantorberi; y dejando su equipage fuera de la ciudad, se descalzó, vistióse una mala túnica, y se dirigió en silencio á la catedral poniéndose delante del sepulcro de Santo Tomás. Allí sin haber tomado alimento alguno, pasó el resto del dia y toda la noche en oracion, postrado sin alfombra en el suelo. Luego desnudándose las espaldas, quiso que cada obispo de los que estaban presentes y los

religiosos de la comunidad en número de ochenta, le azotasen con varas uno despues de otro. No faltaron burlones insulsos que se divirtieron á espensas del Rey; pero la inesperada mudanza de su primera fortuna les cerró bien pronto la boca. Al dia siguiente de su humilde penitencia, habiendo mandado Enrique que se le dijese misa en honor del santo mártir, en la hora misma en que se celebraba, fue vendido y hecho prisionero el Rey de Escocia por los ingleses que permanecieron fieles. Poco despues se levantó el sitio de Ruan, la paz se restableció entre la Francia y la Inglaterra, todos los proyectos de los enemigos de Enrique fueron desconcertados, su familia solicitó su perdon bajo de aquellas condiciones que tuviese á bien prescribirla. Y en menos de tres meses se vió tan poderoso cual nunca habia sido, y mucho mas tranquilo.

58. Durante los disturbios de Inglaterra, y á pesar de los obstáculos que oponian al celo del Papa Alejandro, mucho mas agitado todavía por la temeridad del Emperador Federico en sostener el cisma, este Pontífice reducido á estrañarse de Roma y á mudar á cada instante de domicilio en el resto de la Italia, no dejó de estender su solicitud mas allá de las regiones sometidas al yugo de Jesucristo (1). Entre los esclavones, tan frecuentemente convertidos como apóstatas, habia la idolatría establecido su último refugio sobre la costa de Pomerania, en la isla de Rugen, tan fortificada por la naturaleza, que pa-

(1) *Helmod. lib. 2. cap. 12.*

recia inaccesible á todo extranjero. Valdemaro, Rey de Dinamarca, constantemente sumiso á la obediencia de Alejandro, á pesar de todos los artificios de Federico para seducirle, halló medio de introducir un fuerte ejército en aquella isla, puso sitio á la capital llamada Arcon, y la tomó por capitulación. Los artículos principales se reducian á que los habitantes abrazarian el cristianismo, y que en testimonio de su sinceridad ofrecerian á las iglesias las tierras consagradas á sus falsos dioses, y que destruirian sus ídolos. El principal llamado Suantovit, era un coloso monstruoso con cuatro cabezas, colocado en un templo magnífico en medio de la ciudad de Arcon, donde le sacrificaban una multitud de animales, y algunas veces hombres. Todo el país le llevaba tributos considerables en ofrenda, y su pontífice era mucho mas reverenciado que el Soberano. Suantovit, á quien adoraban entonces los esclavones como al primero de sus dioses, no era otra cosa que el mártir San Vito patron de la nueva Corbia, á quien los primeros misioneros de aquel pueblo sacados de esta abadía, habian edificado una iglesia en la isla de Rugen bajo el reinado de Luis el germánico. Para que estos groseros insulares no recayesen de nuevo en la superstición, el Papa Alejandro los encargó al cuidado de Absalon, obispo de Roschilda, cuya diócesis se extendía tambien á aquella isla, y le recomendó con la mayor instancia que velase en su instrucción.

Absalon vino á ser con el tiempo arzobispo de Lunden, por dimision de Esquil, anciano piadoso y

venerable que se retiró al monasterio de Claraval, donde tomó el hábito monástico y acabó santamente sus dias. Fue preciso que el Papa estrechase la modestia de Absalon para que aceptase la silla con la cual conservó la de Roschilda. Este digno prelado, que hacia brillar las virtudes mas puras en aquellas tierras bárbaras, estableció en su diócesis de Roschilda la observancia de Santa Genoveva, en aquel mismo pie de regularidad en que la puso Eugenio III. A este efecto sacó de París al santo canónigo Guillermo, que habia sido uno de los primeros en abrazar esta reforma. Guillermo no dejó de experimentar duras contradicciones en este nuevo establecimiento, de suerte que tres de sus compañeros que le habian seguido, se volvieron á Francia. En fin, su paciencia y su perseverancia triunfaron de todos los obstáculos, y fundó en aquellas tierras bárbaras un segundo monasterio de su instituto. En el discurso de treinta años que fue abad, hizo brillar con mayor esplendor de dia en dia las virtudes heróicas que le han merecido ser contado en el número de los Santos.

Dos cartas hay notables del Papa Alejandro relativas á aquellos climas. En la primera escita á los Reyes de Dinamarca, de Noruega y de Gothia, á reprimir con las armas la ferocidad de los estonienses y de otros paganos de aquellos cantones, y para esto les concede la misma indulgencia que á los peregrinos que visitan el santo sepulcro. Por la segunda de estas cartas dirigida al arzobispo de Upsal y á sus sufragáneos, quiere el Papa que se envíen á Roma los

penitentes culpables de ciertas abominaciones que individualiza, á fin de manifestar los excesos á que pueden precipitarse los hombres de disposiciones mas felices, destituidos de las luces de la fe. Algunos observadores hallan aquí el principio de las reservas hechas por el Papa de ciertos casos atroces; pues por lo tocante á las reservas en general, presentan estos mismos una multitud de egemplares antiguos.

59. Desde lo interior del norte volvió el Papa Alejandro sus cuidados hácia las potencias de levante, las mas irritadas contra el nombre cristiano. Llegó hasta mantener relaciones habituales con el sultan de Iconio, y se esforzó en procurar su conversion; mas se ignora cuales fueron las consecuencias de esta empresa. Este Príncipe turco y musulman le habia enviado una embajada con cartas en que le manifestaba mucha inclinacion á la Religion católica. Habiendo llegado á sus manos los libros de Moisés, las profecias de Isaías y de Jeremías, con algunos escritos evangélicos, no pudo leerlos sin percibir rasgos brillantes de la divinidad del cristianismo: pidió al Papa personas capaces de instruirle con mas estension, y Alejandro se dió prisa á aprovecharse de una ocasion tan preciosa. Manifestó sin dilacion al Príncipe musulman cuan agradable le habia sido su demanda, prometió enviarle misioneros cuyas costumbres y doctrina pudiesen edificarle, y le hizo remitir inmediatamente instituciones por escrito.

60. Estas consistian en una esposicion de la fe, particularmente sobre los misterios de la Trinidad y

de la Encarnacion. Hállase entre las obras de Pedro de Blois, como hecha en nombre del Pontífice, lo que induce á presumir que empleó para esta buena obra la pluma de aquel escritor, uno de los mas sabios y mas piadosos de su siglo. Era natural de Blois, de donde le vino el sobrenombre: pasó á Italia en compañía de un señor normando, tio de la Reina Margarita de Sicilia, y fue nombrado preceptor y uno de los ministros del jóven Rey Guillermo II. Mas viendo las revoluciones que afligian al estado y á la Iglesia en un pais mezclado de pueblos insociables, griegos, árabes, lombardos y normandos, se retiró á la corte de Enrique II que le habia llamado á Inglaterra, y murió archidiacono de Londres. Tenemos de él, entre otras obras, dos cartas muy instructivas sobre los acontecimientos de su siglo, concernientes con especialidad á los negocios de Sicilia.

61. Sin embargo, se debe observar por lo que respecta á sus sermones, que se publicaron en su nombre los de Pedro Comestor, otro escritor célebre del mismo tiempo. Este fue natural de Troyes, de donde vino con el tiempo á ser dean, luego cancelario de la iglesia de París, y finalmente se hizo canónigo regular de San Víctor, donde murió dejando en el testamento todos sus bienes á los pobres y á las iglesias. Su historia eclesiástica particularmente le adquirió una reputacion singular. Erigida desde su publicacion en libro clásico, fue mirada durante trescientos años como el depósito público de la teología positiva, y puesta á nivel tanto de la teología

escolástica, ó libro de las sentencias de Pedro Lombardo, como del decreto de Graciano. De aquí sin duda provino la persuasión fabulosa que duró largo tiempo, de que estos tres autores fueron hermanos. Esta obra no es mas sin embargo que un compendio de la historia santa, desde el principio del Génesis hasta el fin de las actas de los Apóstoles, mezclada de incidentes apócrifos, y á veces con poco juicio, de la historia profana, de opiniones sistemáticas, de sentidos figurados, de esplicaciones arbitrarias, de etimologías violentas y de mil inutilidades que no sirven mas que para darnos á conocer el estado de infancia en que entonces se hallaban las letras.

62. A mediados del siglo doce fue tambien quando renovándose los estudios entre los judíos, á exemplo de los cristianos y de los musulmanes, dieron en mil ficciones y sutilezas desconocidas á sus padres. Desde la composicion de las paráfrasis caldaicas, verificada por el tiempo de Jesucristo, á escepcion del Talmud, ó la esplicacion de su jurisprudencia, concluida cerca de quinientos años despues, no publicaron obra alguna digna de atencion hasta el rabino Abraham Aben-Esra, nacido en España á fines del siglo undécimo. Así es que casi todos habian entendido hasta entonces en su sentido natural las grandes profecías concernientes á la venida del Mesías. Los sentidos violentos y las esplicaciones artificiosas no fueron puestas en uso, sino á medida que el gusto de los maestros escolásticos por el ergotismo, obligó á los doctores de la sinagoga á ejercitarse en la mis-

ma carrera, y á buscar efugios en lugar de respuestas sólidas. Al mismo tiempo que Aben-Esra interpretaba la Escritura en España, Salomon-Jarchi, de nacion francesa, además de la Biblia, comentó en su patria todo el talmud, y obtuvo de los judíos el título de intérprete por escelencia.

Moisés, hijo de Maimon, nacido en Córdoba bajo el dominio de los musulmanes en 1135, adquirió aun mas fama que Aben-Esra. Los judíos se atrevieron á decir que éste era el hombre mas grande que se habia visto despues del legislador Moisés, no obstante las violentas contradicciones que acababa de sufrir este aplaudido rabino y el cisma que ocasionó entre sus hermanos, el cual duró cuarenta años. Fue discípulo de su compatriota Averroes, uno de los mas grandes filósofos que tuvieron los árabes. La traduccion latina de sus comentarios árabes de Aristóteles, es la que ha servido despues á nuestros filósofos. Entre las obras del rabino Moisés, las mas famosas son la esplicacion del talmud, y el modo de entender los lugares difíciles de la Escritura, cuyos sentidos diversos, como el literal, metafórico, anagógico y alegórico no deja de indicar; pero sus medios artificiosos y multiplicados dan á conocer cuan estrechado se halla el ciego Israel acerca de los oráculos luminosos de los profetas. Uno de los mas fogosos partidarios de Moisés, fue David Kimhi, famoso tambien por su libro intitulado *Micol*, la mejor gramática que tuvieron los judíos hasta el fin del siglo doce. Entonces solo hacia cerca de unos ciento

cincuenta años que cultivaban este arte, y le tomaron tambien de los árabes.

Por el año 1173 el judío Benjamin, natural de Tudela de Navarra, publicó una relacion de sus viajes que alcanza hasta este año, y en ella solo se aplica á exaltar lo que interesa á su nacion. Recorrió la Francia, la Italia, el continente y las islas de la Grecia, la Siria, el Egipto, la Arabia y la Persia. Señala en cada lugar el número de los judíos: en Roma doscientos, en Constantinopla cerca de diez mil adictos á la doctrina de los rabinos, sin contar quinientos caraitas, que se atenian únicamente al testo de la Escritura, y eran reputados por cismáticos entre los otros. En la isla de Chipre halló muchos que los rabinistas nombraban epicúreos, y los trataban como á hereges. Cerca de Sidon vió á los drusios sumergidos en una ignorancia tan grande, que creían en la metempsícosis. Aun dentro de Jerusalem no cuenta mas que doscientos judíos artesanos, obscuros y alojados en un extremo de la ciudad, que él dice ser muy pequeña pero muy poblada. Señala muchos menos todavía en el resto de la tierra santa: dos en una ciudad, tres en otra, la mayor parte tintoreros de lana. En Tiberiades, cuya escuela celebran tanto otros judíos, no cuenta mas que cincuenta. La Europa conocia muy bien entonces el estado de la Palestina para que las noticias fabulosas lograsen aceptación.

Pero hablando de Bagdad, sometida al califa Abasida, empieza á soltar la rienda á su imagina-

cion. Dice que el rabino Daniel hacia ascender claramente su genealogía hasta el Rey David, era reconocido por gefe de la cautividad, y tenia la soberanía sobre todos los hijos de Jacob, esparcidos en el imperio del califa: proposicion que se destruye á sí misma por el nombre de cautividad, y por la dependencia en que se hallaba este imaginado Soberano del Príncipe mahometano, de quien compró tan cara su dignidad, segun el mismo Benjamin. Añade que mas allá del imperio de los califas hácia el septentrion, habia judíos rechabitas independientes de los otros pueblos, y gobernados por el rabino Hanan, cuyo dominio comprendia diez y seis jornada de un desierto inhabitable. Hanan tenia un hermano llamado Salomon que gobernaba otro imperio, y estos dos Soberanos juntaban bajo sus leyes trescientos mil judíos. Benjamin continúa citando en otras partes poblaciones numerosas de judíos independientes, complaciéndose siempre en colocarlas en paises lejanos é inaccesibles. Es manifiesto que todas estas ficciones no se dirigieron mas que á eludir las profecías por las cuales quedaba demostrada la venida del Mesías, pues que el cetro de Judá habia absolutamente faltado en el universo. La relacion de Benjamin es tanto mas sospechosa, quanto abunda de faltas palpables contra la geografia, de historias visiblemente fabulosas, y yerros absurdos acerca de los objetos mas conocidos (*).

(*) Por lo que dice Berault de los escritores judíos naturales de España, se puede ya conocer cual era el estado de la lite-

63. Mas allá de la Persia hácia la parte septentrional de las Indias, donde Benjamin establecia su imperio rabínico, habia un Rey muy conocido con el nombre del Preste Juan, cuyo dominio quedó estinguuido en los dos primeros años del siglo siguiente por Gengiskan, fundador del grande imperio de los tártaros. En el tiempo cuya historia escribimos, este Príncipe indiano ó tártaro, famoso por sus grandes victorias conseguidas sobre los persas, manifestó á un europeo llamado Philipo gran deseo de instruirse en la Religión católica, y de abrazar la fe pura de la santa Sede. Era cristiano, pero preocupado como los demás de estos países del Asia con los errores del nestorianismo (1). El Papa Alejandro le confirmó por sus cartas en sus buenos propósitos, le volvió á enviar á Philipo como un hombre instruido y prudente, en quien este Príncipe ponía su confianza, y le exhortó sin embargo á que enviase á Roma como lo habia propuesto hombres sabios de su reino para be-

ratura en nuestra nacion. Aunque dividida en tantas partes, y dominada por tan diferentes Príncipes, y agitada de continuo con las mas sangrientas luchas, nunca dejaron de cultivarse en ella los estudios en toda la época de la dominacion de los árabes. Viéronse establecidas en España universidades, academias y bibliotecas públicas, cuando nada semejante se encontraba aun en las demás naciones de Europa. Los árabes adelantaron extraordinariamente las ciencias naturales; las lenguas orientales tuvieron aquí sus públicos profesores, y la teología se enseñaba en toda su pureza en los colegios y seminarios establecidos por nuestros Reyes y obispos. Véase el lib. 2 de la *España árabe* de Masdeu, tom. 13, pág. 170 y sig.

(1) *Aex. ep.* 48.

ber la verdad en la fuente, é instruirse despacio en la doctrina católica. Estos proyectos de conversion, reiterados con tanta frecuencia despues por los nestorianos de las estremidades del oriente, dan á conocer que aquellos sectarios mas bien se hallaban sumergidos en el error y en la ignorancia que en la heregía; ó cuando menos eran mas culpables de ligereza que de obstinacion.

64. Lo mismo sucedió con los eutiquianos de Armenia, cuyo católico ó patriarca Narsesis escribió al Emperador Manuel Comneno á fin de ilustrarse sobre algunos puntos de fe y de disciplina de su iglesia, diferentes de los griegos (1). El Emperador le envió un filósofo llamado Teoriano, el cual tuvo con él algunas conferencias, y en ellas se examinaron con mucha moderacion de una y otra parte todos los puntos de discordia. El piadoso armenio buscaba sinceramente la verdad, y no tardó en descubrirla. Convenciósese por el testimonio de los padres respetados en todas las comuniones, que no podia confesarse otra fe diferente de la del concilio de Calcedonia. En cuanto á la disciplina, convinieron en que los antiguos usos que no derogaban ni á la fe ni á las leyes recibidas, no debian ser suprimidos. Mas los armenios conducidos por el cisma, con desprecio de los ritos sagrados y aun de las instituciones divinas, pretendian á causa de la carestia de olivos en su pais, poder usar de otro aceite para las unciones sacramentales. Teoriano les manifestó que el aceite de olivas

(1) *Bibl. Patr.* pag. 459.

era enteramente necesario, así como para el sacrificio lo era el vino, y no otro licor semejante. Narsesis con su rectitud acostumbrada consintió también en reformar este abuso.

Quando todos los artículos quedaron establecidos de comun acuerdo: „quiero, dijo, hacer los esfuerzos posibles para salvar á todos mis hermanos conmigo: desde hoy escribiré á todos nuestros obispos á fin de juntarlos en concilio. Tengo en mi poder algunos escritos de uno de mis antiguos predecesores llamado Juan, comparado en doctrina y en virtud al mas ilustre de los padres, y cuya fiesta celebramos como de un santo. Fue muy celoso contra los monophysitas, segun se vé por sus escritos aprobados mucho tiempo despues por el católico Gregorio, que ocupó esta silla poco antes que yo. Por medio de estos monumentos, y por los testos que me habeis explicado, espero hacer conocer la verdad á mis ovejas: mas si no tuviese la suerte de reducirlas todas, espediré un decreto por el cual recibiré públicamente junto con aquellas que me sigan, el concilio de Calcedonia, y anatematizaremos á aquellos que no le admitan.” A esta idea enternecido el católico de su propio discurso, mandó retirar á todos excepto Teoriano, y le dijo bañados los ojos en lágrimas: „os suplico que luego que llegueis á Constantinopla, inclineis á vuestro patriarca á pasar al lugar santo á rogar por los armenios difuntos que solo pecaron por ignorancia, á tomar el leño sagrado de la verdadera cruz, y volver hácia el oriente para bendecir la des-

graciada Armenia.” A estas espresiones dictadas por una caridad verdaderamente pontificia, no pudo Teoriano detener sus propias lágrimas.

65. Mientras que las estremidades del oriente se acercaban de este modo á la verdad, el centro del mundo cristiano era el blanco de las violencias del cisma y de todos los desórdenes que le son inseparables. La impiedad, consecuencia inevitable de la division entre las potencias, hizo renacer aquellos vicios que mas se habian esmerado en desterrar un gran número de Pontífices precedentes. En Lieja, ciudad del dominio de Federico, la simonía se atrevió á levantar la frente con tanta desvergüenza, que el obispo Radulfo ponía las prebendas en público mercado al que mas ofrecia (1). Un santo sacerdote llamado Lamberto, y por otro nombre el Tartamudo, arrebatado de una indignacion súbita é inesperada á vista de este escándalo, empezó á tronar contra los clérigos que le fomentaban. Toda la ciudad quedó penetrada de sus discursos, tuvo un séquito numeroso, é hizo conversiones brillantes. Irritado el obispo, mandó conducirlo á una prision. Al atravesar la iglesia de nuestra Señora, levantó los ojos hácia el altar, y dijo suspirando: „¡ay de mí! Se acerca el tiempo en que los puercos hozarán la tierra que tú ocupas;” lo que confirmó el suceso.

El obispo, por efecto de una condescendencia que ignoramos, hizo conducir á Lamberto á Roma para que fuese allí castigado de su temeridad. El Papa

(1) *M. Chron. Belg. pag. 193.*

Alejandro no solo volvió á enviarle absuelto, sino que le autorizó altamente para continuar el egercicio de su celo. Este santo sacerdote habia congregrado gran número de mugeres y de jóvenes piadosas, á quienes persuadió que viviesen en continencia, y tal fue el origen de las beguinas de Flandes, llamadas así del nombre de su fundador. Estas son unas comunidades de mugeres, las cuales sin ligarse con votos perpétuos, viven juntas con edificacion, ocupadas en el trabajo, en la oracion y en todos los egercicios propios á preservar las costumbres del contagio del mundo.

66. Aun no se habia fijado en Roma el Papa Alejandro, cuando en el año siguiente aprobó un nuevo orden militar instituido en España bajo el nombre de Santiago. La bula subscrita por trece cardenales, tiene la fecha en Ferentino, en 5 de Abril de 1173. Este orden, destinado como el de los templarios y el de los hospitalarios de Jerusalem á combatir contra los infieles, compuesto igualmente de clérigos y de caballeros, se diferencia por otra parte de una manera esencial. Generalmente no están obligados al celibato: entre aquellos nuevos caballeros unos guardaban continencia perfecta, otros estaban casados, y sus mugeres eran reputadas por hermanas de la orden. Vivian en comun á egeemplo de los primeros fieles de Jerusalem, sin tener nada propio: cuanto conquistaban ó adquirian pertenecia á la orden á quien estaban ligados. No podian dejarla para volver al siglo, ni aun pasar á otra orden sin permiso del

gran maestre. Las viudas de los caballeros tenian con todo libertad para volver á contraer matrimonio. Los clérigos del orden vivian en comunidad, y gobernaban las iglesias que estaban esentas de la jurisdiccion episcopal: administraban los sacramentos á los caballeros, é instruían los hijos de aquellos que estaban casados. Obtuvo del Papa este nuevo orden militar, así como los antiguos, la escepcion de los diezmos y de las censuras generales, por manera que ni los caballeros, ni sus familias, ni sus gentes pueden ser escomulgados, ni aun entredichos á no ser por un legado á Latere (*).

(*) Los principios de la orden militar de Santiago pertenecen al año 1161, y su aprobacion y confirmacion al 1173. La institucion se hizo á solicitud de un caballero leonés, llamado Pedro de Fuente-enclada, con otros doce compañeros, los que eligieron por su primer maestre al mismo Pedro, y este consiguió permiso del Rey D. Fernando II para salir con sus caballeros contra los moros. Poco despues, esto es, en 1177, obtuvo el mismo Rey D. Fernando del Papa Alejandro III la confirmacion de otra orden militar, llamada de San Julian del Pereiro, y despues de Alcántara. Habia sido instituida por unos caballeros de Salamanca en 1156, los cuales deseando emplearse religiosamente en la defensa de los cristianos de su patria contra las correrías de los moros, se establecieron, por consejo de un santo solitario llamado Amando, en una ermita de San Julian cerca de Salamanca, de donde tomaron el nombre. Aprobó su instituto el obispo de aquella ciudad, el cual les dió tambien por regla la del Cistér acomodada á la profesion militar. Luego se llamó de Alcántara, por haberle cedido esta villa los caballeros de Calatrava. El Rey Católico unió á su corona los tres maestrazgos de Calatrava, Santiago y Alcántara, como veremos en su lugar. Por estas fundaciones y por los rápidos progresos que logra-

67. Así el Papa Alejandro, casi siempre errante y fugitivo desde su advenimiento al pontificado, llenaba las diversas funciones con el mismo desvelo que si hubiera gozado de una paz profunda en el palacio

ron estas y otras órdenes militares en toda la estension de la península, se pueden colegir los que hacian cada día las armas y el poder de los cristianos. Reinaba en Leon cuando se instituyó la orden de Santiago, Fernando, segundo de este nombre, hijo segundo del Rey y Emperador Alfonso VII. En Castilla, despues de la muerte de Sancho III, llamado el Deseado, ocurrida en 1159, y transcurridas las grandes disensiones que ocasionó la minoridad de Alfonso VIII, principiaba ya este gran Monarca la carrera de sus gloriosos triunfos. En Aragon, el hijo de la Reina Doña Petronila Alfonso II, se adquirió no pequeña gloria en sus guerras contra los Reyes moros de Valencia y de Murcia. Asimismo Alfonso I de Portugal, y Sancho VII de Navarra, desbarataron en diferentes campañas el poder de los infieles: por manera que á no haber mediado las luchas interiores y las turbulencias de los estados cristianos, escitadas en su mayor parte por la ambicion y mútuas discordias de los grandes barones, hubieran podido muy fácilmente los Príncipes cristianos reunidos alanzar para siempre á los musulmanes, y sacudir de toda España el yugo de su dominacion; pero no era aun llegado el tiempo señalado en los decretos del Señor. Sin embargo, la iglesia de España en medio de todas las revueltas y agitaciones del estado iba progresando de día en día; erigíanse nuevos obispados en las ciudades conquistadas; se multiplicaban los concilios, y en su consecuencia la reforma desterraba los abusos y hacia brillar las virtudes; se levantaban monasterios, y los institutos de Cluni, del Cistér y de la Cartuja, los canónigos regulares de San Agustín, y otras varias profesiones monásticas tenian en España, no menos que en las demás naciones cristianas, sus verdaderos discípulos y fieles observadores. Véase Ferreras tom. 5. = Mariana lib. 11 y 12; y el M. Florez en su *España sagrada*.

de Letran. Su avanzada edad, y las falsas esperanzas de paz que en diferentes ocasiones le habian dado, no le permitian poder esperar una vida mas apacible. Instado Federico muchos años habia por un santo cartujo, y habiendo por fin experimentado una desgracia considerable, quiso al parecer reconciliarse con la santa Sede: pero el restablecimiento de sus asuntos destruyó al punto estas veleidades ilusorias. Como aconteció en aquel mismo tiempo la muerte de su Papa Pascual, reconoció por Cabeza de la Iglesia á Juan, abad de Strum, que establecieron los cismáticos en su lugar con el nombre de Calisto III. Abriendo los ojos á los partidarios del cisma una serie de tres Antipapas, y viendo el Emperador disminuir cada dia su faccion, fingió por segunda vez querer procurar la reunion de la Iglesia. Envió al Papa Alejandro el obispo de Bamberg que siempre le habia permanecido afecto; pero este obispo tenia el encargo de no tratar sino personalmente con el Pontífice con exclusion de los señores de Lombardía, artificio maquinado para hacer nacer la desconfianza y la division entre el Papa y los apoyos principales de su poder. Guardóse el hábil Pontífice muy bien de caer en este lazo.

68. Habiendo llegado por fin el tiempo que el Señor tenia señalado, el Emperador, cuyas ideas eran en un todo contrarias á la paz de la Iglesia, reunió un ejército formidable de alemanes, é hizo una invasion repentina en el Milanesado que creyó sorprender, mas estaban prevenidos: salieron en buen orden,

marcharon intrépidamente contra él, y en 4 de Junio de 1176 alcanzaron una victoria tan completa, que destruyó sin recurso el poder germánico hasta la otra parte de los montes, y fue la época de la libertad de las ciudades de Lombardía. Matáronle al Emperador el caballo, y pasó mucho tiempo sin saberse su paradero, contándole todos en el número de los muertos.

69. Aunque los riesgos que habia corrido le hicieran reflexionar seriamente sobre sí mismo, los señores que le seguian, movidos aun mas que él de un golpe tan inesperado, no le dejaron tiempo de volver á sus inconstancias acostumbradas (1). Los que hasta entonces habian sido sus mas ciegos secuaces, así eclesiásticos como seculares, le amenazaron sin respeto alguno que le abandonarían si no hacia en fin la paz con la Iglesia. Resolvió, pues, reconciliarse sinceramente con el Pontífice legítimo, y envió sin dilacion á hacerle declarar sus disposiciones. Esta primera conferencia se tuvo en Anagni, donde estaba Alejandro; quien exigió desde luego, como otras veces, que sus aliados y defensores debían comprenderse en el tratado, en especial el Rey de Sicilia, los estados de Lombardía, y, lo que parece mas singular, el Emperador de Constantinopla. Tiempo se necesitaba para preparar y manejar una negociacion tan grave, que no pudo concluirse hasta el año siguiente en la ciudad de Venecia, señalada de comun acuerdo por todos los partidos para lugar de la asamblea (2).

(1) *Chron. Gaufr. Vos. Act. Romual. Saler.* (2) *Pagi. ann. 1176. n. 6.*

Mas los enviados de Federico, sin demora alguna y antes de dejar á Anagni, prometieron por su parte que daría la paz á la iglesia romana, y reconoceria al Papa Alejandro: que le volvería la prefectura de Roma, y lo que apenas puede conciliarse con tantos otros monumentos de la historia, restituiría á la santa Sede las tierras de la condesa Matilde.

Trasladóse el Papa de Anagni á Benevento, adonde el Rey de Sicilia envió once de sus galeras para transportarle al lugar de la conferencia, con un lucido acompañamiento de señores, á cuya frente se hallaban el arzobispo de Salerno y el gran condestable de la Pulla. En Venecia el duque, el patriarca de Aquilea y todos sus sufragáneos salieron á recibirle con un pueblo tan numeroso, que apenas se distinguían las aguas del mar por la multitud de las góndolas. El día de la Anunciacion celebró solemnemente con los cardenales en la iglesia de San Marcos. Subió por el Pó con sus galeras hasta Ferrara algunos días despues, á donde habia citado á los señores de Lombardía, sin los cuales nada quiso hacer. Hallóse allí para el día indicado, que fue el domingo de Pasion, 10 de Abril, y el 11 llegaron el patriarca de Aquilea, los arzobispos de Ravena y de Milán, con los obispos de su dependencia, los marqueses, los condes, los rectores de las ciudades; esto es, todos aquellos lombardos que tenían autoridad en las dos clases del estado. Habiéndolos reunido el Papa al siguiente día en la iglesia de San Jorge, donde concurrió un pueblo muy numeroso, arengóles

de esta manera. „No ignorais, queridos hijos míos, la persecucion que ha sufrido la Iglesia de parte del Príncipe que mas debia defenderla; y de cierto os doleis del pillage, de la destruccion de los templos del Señor, de los incendios, de las muertes, de la muchedumbre de crímenes que son la consecuencia inevitable de la desunion y de la impunidad. Durante el largo espacio de diez y ocho años el cielo ha permitido estos males espantosos; mas ha disipado por fin esta terrible tempestad. Ha movido el corazon del Emperador, y ha reducido su fiereza á pedirnos la paz. ¿Podrá, pues, desconocerse el milagro del Todopoderoso al ver á un sacerdote desarmado y encorbado bajo el peso del tiempo, triunfar de la dureza germánica, y vencer sin guerra á un Príncipe formidable?” Luego dirigiéndose á los lombardos, les dijo que no habia querido aceptar la paz sin contar con ellos, y publicó el valor religioso con que habia defendido á la Iglesia.

No menos elocuentes que guerreros los italianos, respondieron con estilo pomposo á la urbanidad del Pontífice, le esplicaron su reconocimiento, y aplaudieron el intento que llevaba de pacificar su patria. Prometiéronle tomar parte en sus designios, y no rehusar cosa alguna al Emperador de sus antiguos derechos sobre la Italia, salvo la libertad que ellos habian recibido de sus padres, y que estaban resueltos á conservar á costa de sus vidas. En cuanto al Rey de Sicilia manifestaron el deseo que tenian de verle comprendido en el tratado, como un Príncipe ami-

go del orden y de la justicia, en cuyo reino, añadieron, hay mas seguridad en medio de los bosques, que en las ciudades de otros estados. Si esta pintura no es lisongera, hubo en Sicilia mucha reforma en poco tiempo.

Volviéron de Ferrara á Venecia, donde se concluyó al fin la paz sólidamente en los primeros de Agosto de 1177. Despues de haber rendido el Emperador los honores de costumbre al Sumo Pontífice, declaró públicamente, que engañado por malos consejos habia atacado á la Iglesia creyendo defenderla: que daba gracias á Dios por haberle sacado del error: que renunciaba con sinceridad el cisma, reconocia á Alejandro por Papa legitimo, y volvia su amistad al Rey de Sicilia, como tambien á los lombardos. Bajo la simple abjuracion del cisma, y sin moverse cuestion alguna en cuanto á rehabilitar al Emperador como depuesto por el Papa, fue absuelto Federico por los cardenales, y recibió la comunión de mano del Pontífice. Necesario es pues distinguir entre la escmunion que pertenece propiamente á la potestad de la Iglesia, y las pretensiones de San Gregorio VII. Algunos dias despues fue jurada la paz solemnemente. Se llevaron los Evangelios, las reliquias y la verdadera cruz; y de orden del Emperador, Enrique, conde de Diessa, juró por el alma de este Príncipe que observaria rigurosamente la paz entre la Iglesia y el imperio, una tregua de quince años con el Rey de Sicilia, y una de seis con los lombardos. Este era el convenio que los comisarios de una y otra parte

habian arreglado y estendido por escrito. Doce Príncipes del imperio, así legos como eclesiásticos, hicieron igual juramento. El arzobispo de Salerno y el condestable de la Pulla prometieron igualmente que el Rey de Sicilia juraria por medio de otros diez señores. Se advierte como una delicadeza inesplicable, que el Emperador y el Rey creyeron degradar su dignidad prestando juramento personalmente. Despues de la reconciliacion de Federico, todos los otros partidarios del cisma concurrieron en gran número á abjurarle y hacerse absolver.

Restablecido en Roma el Papa Alejandro, amenazó el Emperador al Antipapa Calisto, ó Juan de Strum, que le estrañaria del imperio con todos sus parciales si no prestaba cuanto antes la obediencia al verdadero Pontífice. No vaciló Juan un momento: fue á encontrar á Alejandro que se hallaba en Tusculo, arrojóse públicamente á sus pies en el dia de la degollacion de San Juan, 29 de Agosto de 1178, y pidió y obtuvo su perdon. El Papa Alejandro, cuyas largas desgracias no habian agriado en manera alguna su inalterable dulzura, no le dió la mas leve reprehension: al contrario le declaró que la iglesia romana le recibiria con gozo por hijo suyo, y que él mismo procederia en todo tiempo volviéndole bien por mal; lo que cumplió exactamente, pues siempre le trató despues con mucho honor, y le admitió frecuentemente á su mesa.

70. Con todo: algunos cismáticos hicieron todavía, un mes despues, un nuevo Antipapa, cuyo nom-

bre que era Lando Sitino, mudaron en el de Inocencio III: mas tuvo tan pocos parciales, que la mayor parte de los historiadores no le mentan, y este residuo cismático fue sofocado en el año siguiente. Indignado Alejandro contra este perturbador audáz, que no tenia como sus predecesores un Príncipe ó un partido poderoso que le sostuviese, le persiguió vivamente, y le obligó á comparecer como los demás á postrarse á sus pies: luego le hizo encerrar en la fortaleza de Cave con el corto número de sus sectarios.

71. Antes de reducir á esta faccion despreciable, se tuvo un concilio general, el tercero lateranense, á fin de remediar los abusos introducidos por tan largo cisma. En igual razon fueron celebrados los dos primeros concilios de Letran, á consecuencia de los cismas de Mauricio Bourdino, y de Pedro de Leon. En este se hallaron trescientos y dos obispos de todas las regiones, sin esceptuar el oriente (1). Habia seis de Siria, de los cuales el mas illustre era Guillermo, arzobispo de Tyro, autor de la mejor historia que poseemos del imperio de los latinos en Jerusalem. El Emperador Manuel envió por parte de la Grecia á Jorge, metropolitano de Corfú: y habiendo caido enfermo este prelado en Otranto, fue encargado de hacer sus veces Nectario, abad de Cásulas. Entre los obispos de Francia los mas distinguidos fueron Guillermo de Champaña, por sobrenombre Manos-blancas, trasladado de la silla de Sens á la de

(1) T. X. Conc. pag. 1530. T. XII. Spicil. pag. 638.

Reims, y el sabio inglés Juan de Salisburi, que llegó á ser obispo de Chartres; uno y otro defensores celosos de Santo Tomás de Cantorberi. De Inglaterra no se hallaron mas que cuatro: esta nacion miraba como un derecho no enviar mas á los concilios generales.

72. San Lorenzo, arzobispo de Dublin, vino de Irlanda ya de edad muy avanzada, y recibió grandes honores por parte del Papa, quien le nombró legado suyo en Hibernia; pero el santo anciano espiró poco despues en la ciudad de Eú en Normandía. Luego que hubo recibido el Viático, le advirtió su confesor que hiciese testamento. „¿Qué he de legar yo, respondió? Sabe Dios que no tengo un cuarto debajo del sol.“ Entre otras obras de caridad, sustentaba todos los dias por lo menos á treinta pobres. Respecto á la Alemania concurrieron de ella muchos obispos, muchos tambien de Escocia, uno de Dinamarca, y un arzobispo de Ungria que es el último que se nombra.

73. Espidieronse todos los asuntos de este concilio que tuvo tres sesiones, en menos de tres semanas, contándose desde el lunes de la tercera semana de cuaresma, 5 de Marzo de 1179. La mayor parte de sus disposiciones, cuya enumeracion interesaria muy poco, fueron relativas á la estincion del cisma. Publicáronse despues veintisiete cánones, de los cuales muchos son muy esenciales, y establecen aun en el dia varios puntos de disciplina. Desde luego se manda, que si en la eleccion del Sumo Pontífice los vo-

tos de los cardenales no llegasen á la unanimidad, deba á lo menos el que sea reconocido Papa haber tenido á su favor dos terceras partes de los votos; porque la iglesia romana, dicen, no tiene como las otras iglesias superiores para decidir sus dificultades. En esto se conoce que la eleccion de los Papas estaba ya puesta absolutamente en manos de los cardenales.

Prohibieron hacer obispo alguno que no contase al menos la edad de treinta años; y elevar á la dignidad de deanes, de archidiaconos, y de todos los demás beneficios con cura de almas, á los que no hubiesen cumplido veinticinco años. Establecióse (y este es el primer monumento de los títulos patrimoniales) que si el obispo ordenase un sacerdote ó un diácono sin título fijo ó benefical con que poder subsistir, hubiese de darle con que mantenerse hasta señalarle una renta eclesiástica. Los gastos de visita, antes arbitrarios y que arruinaban á menudo las iglesias, fueron reducidos conforme se debia, poniendo coto á un fausto que no se podia corregir del todo. Limitóse por esta razon el equipage de los arzobispos á cuarenta ó cincuenta caballos, el de los cardenales á veinticinco, el de los obispos á veinte ó treinta, el de los archidiaconos á siete, el de los deanes y grados inferiores á dos. Ordenóse que los beneficios vacantes fuesen conferidos en los seis primeros meses, y que de otro modo el cabildo supliese el descuido del obispo, el obispo el del cabildo, y el metropolitano el de ambos; y que en todo caso no debian

amontonarse beneficios en un mismo sugeto. Habia llegado á tal extremo esta especie de abuso, que los clérigos avaros tenian hasta seis, y aun cargaban amonudo con muchos curatos, resultando por consecuencia que ninguno era bien administrado. Mandóse tambien que los bienes que los clérigos hubieran adquirido en el servicio de la iglesia, quedasen á beneficio de ésta despues de la muerte de sus poseedores, aun cuando hubieran dispuesto de ellos por testamento.

Del mismo modo se prohibió exigir retribucion alguna por la sepultura, por el bautismo, matrimonio y demás sacramentos, sin poderse alegar el uso en contrario. „La duracion de los abusos, dice el concilio, hace mas urgente la necesidad de reformarlos.“ Muchas eran las quejas de los obispos contra los privilegios de las órdenes militares, ó por mejor decir, lo mal que usaban de ellos estos religiosos que habian degenerado mucho de su primer espíritu. A consecuencia de su escepcion personal, con respecto á las censuras generales, admitian á los sacramentos á toda clase de escomulgados y de entredichos, y les concedian sepultura. Condenó el concilio todas estas licencias, tanto por lo respectivo á los religiosos militares como á todos los demás. Asimismo prohibió admitir por dinero á algun instituto cualquiera que fuese, sopena en el superior de privacion de oficio, y en el particular de ser excluido para siempre de los órdenes sagrados.

Renovóse la prohibicion de los torneos que adquirian de cada dia mayor fomento. Prohibióse á los

cónsules y demás magistrados de la ciudad, imponer ninguna carga á las iglesias, ni atentar á sus dominios temporales. Decretóse la pena de escomunion contra los fieles que llevaran á los sarracenos armas, hierro, madera para los navios, ó que les sirvieran en calidad de pilotos.

Concierne el último cánón del concilio de Letran á los hereges llamados entonces patarenos ó paulicianos, y que veremos en breve tan famosos con el nombre de albigenses. Se comprenden tambien los salteadores reunidos de diversas naciones, que los señores empleaban en sus guerras particulares: gentes sin religion y sin freno, el azote de toda la sociedad, y la execracion de los hombres, cuyo nombre de ruteros y de corterales que entonces les daban, se pronunciaba con horror. Por preámbulo de la justa severidad que se ordena contra ellos, recuerdan lo que dice San Leon, que la Iglesia aunque desapruaba las egecuciones sangrientas, no deja de valerse de la potestad política, cuyos rigores temporales hacen ciertas veces recurrir á los remedios espirituales. El concilio no obstante solo pronuncia de su propia autoridad la escomunion, con la prohibicion de ofrecer el santo sacrificio por estos impíos, y de darles sepultura eclesiástica. Induce en verdad á los Soberanos á confiscar sus tierras, á reducirlos á servidumbre, y á tomar las armas contra ellos. Conceden indulgencias á los que se alistasen para esta guerra, y les dispensan de los juramentos que pudieran haberles prestado; pero además de que la Iglesia tiene dere-

cho de recurrir á la proteccion de los Príncipes, aquellos alborotadores públicos eran tan enemigos del estado como suyos propios. Respectivamente á la dispensa de los juramentos, debe entenderse de los que fueron arrancados con violencia, ó de los empeños contraídos con los bandidos en perjuicio del interés público ó de las buenas costumbres, empeños que por su naturaleza jamás podian ser el objeto de un juramento legitimo.

Tales son las distinciones que es muy oportuno hacer, tanto para inteligencia de este cánon, como para la de otros semejantes. La conducta de la Iglesia no puede menos de redundar en su propia gloria, cuando se observa bien y se presenta exactamente: ni son menos dignos de encomio que su indulgencia, sus saludables y prudentes rigores. El concurso de las dos potestades para tener de la rienda el desórden, tan solo podrá disgustar á los enemigos sediciosos de ambas.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-OCTAVO.

N.º 1. *Imperfeccion de los estudios.* 2. *Recursos del cielo para la conservacion de la Iglesia.* 3. *Muerte del Emperador Manuel Comneno.* 4. *Furor de los griegos contra los latinos.* 5. *Rebelion de Andrónico.* 6. *Su castigo.* 7. *Estado del reino de Jerusalem.* 8. *Principios de Saladino.* 9. *Doctrina de los nuevos maniqueos.* 10. *San Galdin de Milan.* 11. *Guerra de los albigenses.* 12. *Muerte de Alejandro III y del Rey Luis VII.* 13. *Felipe Augusto arroja á los judios de su reino.* 14. *Patarenos de Arras.* 15. *Constitucion del Papa para hacer pesquisa de los hereges.* 16. *Pobres de Leon.* 17. *Pedro Waldo.* 18. *Estado de los negocios de Palestina.* 19. *Conversion de los maronitas.* 20. *Disensiones de Urbano III con el Emperador.* 21. *Conversion de los livonienses.* 22. *Victorias de Saladino.* 23. *Martirio de Reinaldo de Châtillon.* 24. *Toma de Jerusalem.* 25. *Inhumanidad y castigo del conde de Tripoli.* 26. *Gregorio VIII y Clemente III.* 27. *Los Reyes de Francia y de Inglaterra toman la cruz.* 28. *Décima Saladina.* 29. *Ricardo, Rey de Inglaterra.* 30. *Judios asesinados en Inglaterra.* 31. *Viage del Emperador á oriente.* 32. *Su muerte.* 33. *Partida de los Reyes Felipe y Ricardo.* 34. *El abad Joaquin.* 35. *El Rey Ricardo hace la conquista del reino de Chipre.* 36. *Toma de Acre por los cruzados.* 37. *Confirmacion de los caballeros teutonicos.* 38. *Regresa Felipe Augusto.* 39. *Coronacion de Celestino III.* 40. *Coronacion del Emperador Enrique VI.* 41. *Proezas del Rey Ricardo en*

cho de recurrir á la proteccion de los Príncipes, aquellos alborotadores públicos eran tan enemigos del estado como suyos propios. Respectivamente á la dispensa de los juramentos, debe entenderse de los que fueron arrancados con violencia, ó de los empeños contraídos con los bandidos en perjuicio del interés público ó de las buenas costumbres, empeños que por su naturaleza jamás podian ser el objeto de un juramento legítimo.

Tales son las distinciones que es muy oportuno hacer, tanto para inteligencia de este cánón, como para la de otros semejantes. La conducta de la Iglesia no puede menos de redundar en su propia gloria, cuando se observa bien y se presenta exactamente: ni son menos dignos de encomio que su indulgencia, sus saludables y prudentes rigores. El concurso de las dos potestades para tener de la rienda el desórden, tan solo podrá disgustar á los enemigos sediciosos de ambas.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-OCTAVO.

N.º 1. *Imperfeccion de los estudios.* 2. *Recursos del cielo para la conservacion de la Iglesia.* 3. *Muerte del Emperador Manuel Comneno.* 4. *Furor de los griegos contra los latinos.* 5. *Rebelion de Andrónico.* 6. *Su castigo.* 7. *Estado del reino de Jerusalem.* 8. *Principios de Saladino.* 9. *Doctrina de los nuevos maniqueos.* 10. *San Galdin de Milan.* 11. *Guerra de los albigenses.* 12. *Muerte de Alejandro III y del Rey Luis VII.* 13. *Felipe Augusto arroja á los judios de su reino.* 14. *Patarenos de Arras.* 15. *Constitucion del Papa para hacer pesquisa de los hereges.* 16. *Pobres de Leon.* 17. *Pedro Waldo.* 18. *Estado de los negocios de Palestina.* 19. *Conversion de los maronitas.* 20. *Disensiones de Urbano III con el Emperador.* 21. *Conversion de los livonienses.* 22. *Victorias de Saladino.* 23. *Martirio de Reinaldo de Châtillon.* 24. *Toma de Jerusalem.* 25. *Inhumanidad y castigo del conde de Tripoli.* 26. *Gregorio VIII y Clemente III.* 27. *Los Reyes de Francia y de Inglaterra toman la cruz.* 28. *Décima Saladina.* 29. *Ricardo, Rey de Inglaterra.* 30. *Judios asesinados en Inglaterra.* 31. *Viage del Emperador á oriente.* 32. *Su muerte.* 33. *Partida de los Reyes Felipe y Ricardo.* 34. *El abad Joaquin.* 35. *El Rey Ricardo hace la conquista del reino de Chipre.* 36. *Toma de Acre por los cruzados.* 37. *Confirmacion de los caballeros teutonicos.* 38. *Regresa Felipe Augusto.* 39. *Coronacion de Celestino III.* 40. *Coronacion del Emperador Enrique VI.* 41. *Proezas del Rey Ricardo en*

Palestina. 42. El Rey Ricardo preso por el duque de Austria. 43. San Hugo de Lincoln. 44. Conferencia de San Hugo con el Rey Ricardo. 45. Asesinato del obispo de Lieja. 46. Muerte de Saladino. 47. Felipe Augusto toma por esposa y abandona á Isemburga de Dinamarca. 48. Estévan, abad de Santa Genoveva, y despues obispo de Tournai. 49. Obispo guerrero de Beauvais. 50. Inocencio III. 51. Division en el imperio. 52. El Papa Inocencio se declara por el duque de Sajonia. 53. Sus pretensiones. 54. Prosigue la causa de Felipe Augusto y de Isemburga. 55. Procura Inocencio restablecer la paz entre Inglaterra y Francia. 56. Muerte del Rey Ricardo. 57. Foulques de Nevilli. 58. Es encargado por el Papa de predicar la cruzada. 59. Entredicho sobre la Francia. 60. Felipe Augusto vuelve á unirse á Isemburga. 61. Alfonso, Rey de Leon, excomulgado. 62. San Juan de Mata y San Felix de Valois instituyen la orden de la Santisima Trinidad. 63. Fundacion de Val-des-choux. 64. Val de los escolares. 65. Privilegios de las escuelas de Paris. 66. La iglesia de Dol es sujeta definitivamente á la metrópoli de Tours. 67. San Pedro de Parenzo, mártir. 68. San Homobono. 69. Toma de Zara. 70. El jóven Alejo implora el auxilio de los cruzados. 71. Estos le someten á Constantinopla. 72. Rebelion y parricidio de Murzulfe. 73. Los latinos se apoderan del imperio de oriente. 74. Balduino, conde de Flandes, es electo Emperador.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO TRIGÉSIMO-OCTAVO.

Desde el tercer concilio general de Letran en el año 1179, hasta la toma de Constantinopla por los cruzados en el de 1204.

1. Antes que terminase el siglo doce, el ardimiento con que se habia procurado el restablecimiento de los estudios, habia logrado ya amortiguar el espíritu de la ignorancia, ó mejor diremos, el desprecio á las ciencias y á los ejercicios de la mente. Los estudios siendo tan defectuosos como debian serlo al principio de su renovacion y despues de una especie de aniquilacion absoluta, no habian substituido á la antigua barbarie sino términos ininteligibles, y respeto servil hácia todo aquello que tuviera las apariencias de erudicion. El resultado de tales disposiciones fue una presuncion funesta: desaparecieron todas las dificultades bajo el denso velo de artificiosas palabras: creáronse sistemas, queriendo coactar á ellos hasta nuestros mas impenetrables misterios, y sondear

las profundidades del Ser divino insiguiendo las huellas profanas de Aristóteles y de Platon, sin tener disposiciones para poderlos seguir con inteligencia. Fijáronse por fin principios arbitrarios de costumbres y de conducta, poco conformes algunas veces con los del Evangelio y de la razon. De aquí las sutilezas temerarias y escandalosas de Abailardo y de Gilberto Porretano; las heregias de Arnaldo de Brescia, de Pedro de Bruis y de los henricienses; el fanatismo y la corrupcion de los waldenses y albigenses, que ya habian consternado á tantas iglesias en el siglo anterior, y que van en este á incendiar las provincias mas florecientes de la Francia.

Las máximas fundadas sobre la ignorancia de los verdaderos decretos de la Iglesia, tomarán al mismo tiempo un nuevo grado de fuerza y de crédito. La garrulería de esplicaciones y distinciones misteriosas, será bastante para adquirirse la reputacion de filósofo y de hombre hábil. No se entregarán á las especulaciones largas y laboriosas de la crítica, ni se examinarán los cimientos de las máximas acreditadas desde Gregorio VII: nada se dirá sobre la solidéz ó debilidad de los principios, sino que se seguirá adelante deduciendo en la práctica las consecuencias mas perjudiciales.

Así veremos á toda la Inglaterra, herida de un largo entredicho, arder en descontentos y sediciosos; el Rey escomulgado y depuesto por la misma mano; el Padre comun de los fieles suscitarle un rival, profanar las indulgencias concediéndolas á la envidia y

á la injusticia, y erigir en una guerra santa los atentados de la usurpacion, reunidos á los de la rebellion. Se renovarán en Alemania y en Italia las escenas sangrientas y horribles, que con tanta frecuencia nos han hecho ya estremecer en las violentas contiendas de los Emperadores y de los Sumos Pontífices. Observaremos con horror en los confines del norte las bandadas de misioneros y de guerreros confundidos entre sí, no dejar otra eleccion á los bárbaros idólatras que el bautismo ó la muerte; y en vez de aficionarlos con la persuasion á una ley de amor, reducirlos á la necesidad de agravar el crimen de la idolatría con el de la apostasía. He aquí los riesgos que la Iglesia tuvo que correr y superar en los tiempos á que hemos llegado: la sencilla narracion nos convencerá mejor que todas las reflexiones de la economía del cielo en el manejo de los ausilios para mantener el reino de Jesucristo entre tantas naciones que el Eterno Padre le ha dado por herencia.

2. Saldrá la virtud del seno de la corrupcion: la luz resplandecerá en el centro de las tinieblas. En el mismo tiempo en que la sal de la tierra habia perdido su virtud, las riquezas y las grandezas temporales introducian la disipacion, la relajacion, la torpeza y la depravacion de costumbres en el clero secular y regular. Los sucesores de los Apóstoles, los sucesores mismos de un Antonio y de un Pacomio, poco satisfechos con dominar sobre el clero contra la prohibicion del doctor de las naciones, fingian la dominacion secular, el fausto y el poder de los

Soberanos; en este propio tiempo la tierra va á admirar otras nuevas órdenes que unirán el espíritu del claustro con el del apostolado, el retiro con la acción, y en una palabra, la pobreza con la fuerza evangélica. Si la codicia sacrilega y la incontinencia de los clérigos los habian hecho despreciables á los pueblos, y habían casi destruido la virtud del sagrado ministerio; los discípulos de Domingo y de Francisco, sacrificándose á la mendigüez y á la huida de todo placer sensual que fomenta la abundancia, van á restituir su primera energía á la gracia edificativa, recibida del Espíritu Santo por la imposición de las manos. Resucitarán al propio tiempo estos hombres del todo espirituales los dones de sabiduría y de inteligencia; harán brillar á la faz del universo una ciencia tan sólida y sublime, que se creará no poderse nombrar dignamente los autores con solos títulos humanos. No será ya Tomás mirado como un hombre, sino como un ángel descendido del cielo para instruir á la escuela. La unción celestial que destilará el corazón de Buenaventura y los rasgos inflamados que saldrán de sus labios, le grangearán el renombre de doctor seráfico.

3. Por el contrario en oriente, el esplendor de la silla de Crisóstomo, eclipsado despues de tanto tiempo, se amortiguará cada dia mas y mas, y caminará á su entera destruccion. Algunos restos con todo de las costumbres adquiridas y los enlaces efimeros de intereses entre los griegos y latinos, se conservarán entre ellos, ó impedirán á lo menos que-

brantar la comunión de un modo irremediable, hasta que los occidentales hayan sujetado á Constantinopla bajo el yugo que ellos habian preparado á los infieles. Veinticuatro años antes de esta revolucion, esto es, en el de 1180, el 24 de Setiembre, el Emperador Manuel Comneno murió en la comunión de la Iglesia católica, que á ejemplo de su padre y de su abuelo habia procurado constantemente mantener durante su largo reinado de mas de treinta y siete años. El arzobispo latino de Tiro, Guillermo el historiador, que al volver del concilio de Letran fue bien recibido de este Príncipe, é hizo una larga mansion en Constantinopla, exalta mucho su piedad y sus limosnas, y dice que su alma subió al cielo, y que su memoria es un objeto de bendición. Acusáronle los cruzados de impío y de malvado, como á la mayor parte de los griegos de aquel tiempo; pero á mas del temor que podia tener de sus armas, tuvo frecuentemente suficiente fundamento para reprehender en ellos el poco celo que los animaba por aquella religion cuyos derechos reclamaban.

Viéndose Manuel Comneno acometido de la enfermedad de que murió, el patriarca Teodosio, que habia sucedido tres años antes á Chariton, exhortó á este Príncipe, para que diera providencia acerca de los asuntos del imperio, y sobre los intereses de su hijo Alejo que dejaba de poca edad (1). Manuel contestó, que viviría aun catorce años. Contaba con la palabra de ciertos astrólogos que disfrutaban en-

(1) *Nices. lib. 7. pag. 142.*

tonces de gran crédito en oriente, y le habian prometido una pronta curacion y gloriosas conquistas. En fin, la gravedad del mal desvaneció sus esperanzas: se arrepintió de su credulidad supersticiosa, y por consejo del patriarca escribió su desengaño. Tomándose luego el pulso, pidió el hábito monástico dando un profundo suspiro. Instaban los momentos: echóse mano con precipitacion del primer hábito de monje que pudieron encontrar, y se lo pusieron sobre sus vestidos ordinarios: en este estado entregó en breve su espíritu. Aunque él mismo se lamentaba de que la vida monástica casi no se reducía ya mas que al hábito y á una luenga barba, quiso con todo ser enterrado en el monasterio de Pantocrator, esto es, del Todopoderoso, que la Emperatriz Irene su madre habia fundado, y que contaba hasta setecientos monges del orden de San Antonio. Tambien fundó él mismo un monasterio en la embocadura del Ponto Eusino, pero reunió los monges tenidos por mas perfectos, y sin darles posesion alguna les señaló toda su renta del tesoro real. Con igual objeto de quitar á los monges todo motivo de distraccion y relajacion, renovó la constitucion de Nicéforo-Focas, que les prohibia adquirir nuevos bienes raices.

4. Sucedióle su hijo Alejo siendo de edad de trece años, bajo la direccion del gran maestro de la guarda-ropa, llamado asimismo Alejo. Habia sido el Emperador Manuel muy favorable á los latinos, que atrajo en gran número á sus estados, y á quienes confió con preferencia los asuntos mas interesantes,

porque hallaba en ellos mas grandeza de alma y mas fidelidad que en los griegos. Tuvo el regente Alejo la misma estimacion, y observó con ellos la propia conducta. Pero las preferencias mas justas son las que con mas dificultad se perdonan: el encono de los griegos, y sobre todo la envidia de los grandes y de los Príncipes de la sangre imperial, no tardó en llegar á su medida. Los debates sobre la Religion, y el poco respeto de los últimos Emperadores á la iglesia romana, á la que acusaban de heregia, justificando en su concepto los mas horribles intentos, no buscaban mas que la ocasion de descubrir su odio, esterminando los latinos de todo el imperio; y ésta se la ofreció en el segundo año del reinado de Alejo II la avaricia y la altivez del regente.

5. Llamaron á Andrónico, descendiente de la misma familia de los Comnenos, genio turbulento y audáz, á quien el Emperador Manuel su abuelo habia encerrado en una prision, y posteriormente por un efecto de indulgencia le concedió el gobierno del Ponto para tenerle en un destierro honroso. Vino Andrónico con un ejército á acampar sobre las riberas del Helesponto frente de Constantinopla. Alzaron los descontentos en todas partes la cabeza; se juntaron audázmente, cogieron al regente y le condujeron al campo de Andrónico, quien mandó sacarle los ojos. Introdujo luego tropas en Constantinopla, para sostener el proyecto que habian formado de degollar á todos los latinos en un mismo dia. Sin embargo, estos supieron la trama; y no hallándose en estado de

poder resistir, se metieron cuantos pudieron en cuarenta galeras que habia en el puerto, y se alejaron con precipitacion de la ciudad. Al dia siguiente supieron que el residuo de sus hermanos, imposibilitados de la fuga por su edad, sexo ó salud, habian sido abrasados con inhumanidad en sus mismas casas en número de siete á ocho mil, y que todo el cuartel quedaba reducido á pavesas. No perdonaron los fanáticos á las mismas iglesias: los lugares mas sagrados fueron presa de las llamas con todos los desgraciados que buscaron en ellos refugio. Los clérigos y los monges no fueron distinguidos sino por la crueldad refinada con que los trataron.

El furor no se limitó á atormentar á los vivos. Arrastraron ignominiosamente á los muertos por la ciudad: llegaron á desenterrar para el propio efecto á los que ya estaban enterrados. Tenian un hospital en Constantinopla los caballeros de San Juan de Jerusalem, y todos los enfermos que habia en él fueron pasados á cuchillo. Los mas ardientes en apresurar la mortandad eran los sacerdotes y los monges griegos; recorrian todas las casas, registraban los parages mas recónditos, entregaban los desgraciados fugitivos á la inhumanidad de los asesinos, á quienes saciados ya y aun cansados de la carnicería, procuraban estimular con el aliciente del oro. Los mas humanos entre los griegos vendieron á los infieles los que se habian refugiado en sus casas con promesa de salvarlos. Hasta cuatro mil de estos esclavos de todas condiciones se cuentan que fueron de este modo víctimas de la pro-

fanacion del juramento y de la hospitalidad. Los excesos de los griegos contra los latinos establecidos en Constantinopla, son tanto mas dignos de execracion, cuanto las familias de las dos naciones estaban digámoslo así confundidas por la multitud de sus alianzas reciprocas; pero las represalias de que se sirvieron los latinos escapados en las galeras, hacen dudar si ellos ó los primeros agresores se hicieron culpables de mayores atrocidades.

Entró en Constantinopla Andrónico, precedido de estos horrores, donde era ya señor absoluto, como tambien en todo el imperio: rindió no obstante todos los honores al jóven Emperador Alejo, y le hizo coronar junto con Ines de Francia su futura esposa. Para acreditar que le tenia el mayor respeto, le llevó á la iglesia sobre sus hombros derramando lágrimas, y dándole todas las muestras del afecto mas tierno. Siguióse á esta ceremonia la muerte de la Emperatriz María, madre de Alejo. El autor de su muerte fue Andrónico, mandándola ahogar despues de haber reducido al Emperador á que firmase la orden. Algun tiempo despues le obligó á asociarle en el imperio; y en la ceremonia de la coronacion se hizo nombrar antes que el jóven Emperador, con pretesto de que era indecente que un niño precediera á un anciano. Celebróse la misa, recibieron ambos la comunión, y entre la recepcion del pan consagrado y la del cáliz, Andrónico juró por el cuerpo y la sangre del Señor, que no entraba á la participacion del imperio mas que para aliviar al jóven Emperador, y

pocos días despues le mandó dar la muerte. Ahogaron por la noche al desgraciado Alejo con la cuerda de un arco, y luego llevaron el cadáver al pérfido tirano, que le dió de puntillones en los costados, vomitando mil injurias contra toda su familia. Dijo que su padre habia sido un perjuro, su madre una deshonesta, y él un necio. Mandó despues cortarle la cabeza para guardarla, y arrojaron al fondo del mar el resto del cuerpo encerrado en una caja de plomo. De este modo acabó en el mes de Octubre de 1183 el Emperador Alejo II, antes de cumplir los quince años de edad.

6. El parricida esperiméntó al cabo de dos años un tratamiento aun mas horrible. Despues de otros mil atentados de una tiranía detestable, habiendo pretendido encerrar á Isaac Angelo, yerno del Emperador Alejo, alzóse una sedicion que puso á Isaac sobre el trono. Huyó Andrónico por mar; mas le prendieron, y cargado de cadenas fue conducido á Isaac, quien le abandonó á la discrecion del populacho. Por espacio de muchos días consecutivos fue juguete de todo un pueblo que le odiaba, y sobre todo de las mugeres á cuyos maridos habia mandado matar ó sacar los ojos. Muchos días duró su suplicio, en los cuales sufrió toda suerte de ultrages y todo género de tormentos que podian esperarse de un populacho de suyo feróz, y que no consultaba sino á su venganza. Por último, lleváronle al teatro, donde le colgaron por los pies, y no cesaron de ultrajarle hasta que exhaló el postrer aliento.

Tal fue el fin funesto que en 12 de Setiembre de 1185 tuvo el Príncipe mas abominable de cuantos menciona la historia. En su figura estaba tan bien pintada la atrocidad de su carácter, que el Emperador Manuel entrevió por ella todo el mal que causaría al imperio. Su mirada era feróz, los ojos y las cejas de un hombre sumergido en sus pensamientos atrabiliarios y en sus malos proyectos, su andar era altanero, su aire artificioso cuando queria componerle, pero fuera de esto feróz y brutal. Sufrió al parecer su desgracia con una firmeza cristiana, y no dijo otra cosa en la continuacion de sus tormentos que estas palabras edificativas: *Señor, compadeceos de mí.*

7. Substituidos los cristianos occidentales á los orientales de Siria y de Palestina, se condujeron tambien con frecuencia de una manera que no hizo menor perjuicio á la Religion, que los escándalos de la Grecia. Amalarico, patriarca latino de Jerusalem, que murió en el mismo año que el Emperador Manuel Comneno, fue casi inútil á su iglesia por sus cortas luces. Su sucesor Heráclio, antes arzobispo de Cesarea, ofendió infinitamente á la Religion con el escándalo de su incontinencia (1). Se hallaba tan vergonzosamente avasallado por sus pasiones, que mantenía en público una muger cuyos adornos y cuya inmodestia no permitian mirar su amistad ni aun como equívoca. Al verla el pueblo pasar por las calles, la nombraba altamente la patriarquesa. En la elec-

(1) *Sanut. III. Fidel. cruc. par. 6. cap. ult.*

cion de este prelado vicioso prorumpieron: *el Emperador Heraclio recobró la cruz, y el patriarca Heraclio la hará perder.* El suceso confirmó tan triste augurio.

Precipitábase ya hácia su ruina el reino de Jerusalem que acababa de despojar á la Europa de combatientes (1). Para establecerle se aprovecharon los francos de la division de los infieles, que repartian el oriente en una multitud de estados, zelosos unos de otros. Noradin, hijo de Sanguin ó Zenghi, turco selyucida de la stirpe de los sultanes de Alepo, habiéndose apoderado de los estados del sultan de Damasco, y puesto coto por medio de sus lugar-tenientes á la dominacion de los califas de Egipto, hizo sentir desde luego á los cruzados el peso de tantas fuerzas juntas, y les quitó el condado de Edesa; pero Saladino, hombre mas grande aun y mas tranquilo poseedor de la vasta dominacion que habia verdaderamente usurpado, sacó un partido del todo distinto contra los cristianos de Palestina.

8. Era este famoso sultan de la nacion de los curdos diseminados en las montañas que dividen la Siria de la Persia. Fue siendo jóven enviado con su tio Siracon á Abhed, califa de Egipto, que habia pedido á Noradin auxilios contra los francos. Obligó á Abhed despues de la muerte de Siracon á que le nombrase su visir. Muerto tambien este califa, el último de los fatimitas, tomó Saladino posesion del Egipto en nombre de Noradin: pero tan solo le dejó el va-

(1) *Guil. Tyr. lib. 21. cap. 6. et seq.*

no título de Soberano de esta bella conquista, guardando para sí toda la autoridad. Espidió Noradin órdenes, y fulminó amenazas para reducir al usurpador: todo fue en vano, pues la muerte le arrebató cuando se disponia á pasar á Egipto para castigar su rebellion. Tomó al punto Saladino el título de sultan de este hermoso reino, y poco satisfecho con haber despojado de él á la familia de su Soberano, le quitó sucesivamente los de Damasco y de Alepo. Con todo, despues de haber establecido su poder por la rebellion, la injusticia y la ingratitud, se señaló por la sabiduría de su gobierno, por su beneficencia magnífica y por una exacta fidelidad á su palabra. He aquí la amalgama impura de las virtudes que solo tienen por base y norma la ostentacion ó las inclinaciones naturales.

Parecia que los cristianos de Siria habian olvidado las máximas puras del Evangelio. La corrupcion de sus costumbres habia enervado su valor, y así éste habia llegado á ser raro en un estado que solamente podia sostenerse con el heroismo. Hallábanse los negocios desde el tiempo del Rey Amalrico en un estado lamentable, segun vemos por una carta de este Principe al Rey Luis el jóven. Aun aconteció peor bajo el reinado de Balduino IV, Principe jóven que apenas contaba trece años, y atacado por otra parte de una enfermedad molesta que vino á ser lepra. No dejó de marchar despues de cuatro años de reinado, en 1177, al socorro de Ascalon, sitiada por Saladino, que fue del todo derrotado. Mas en

el año siguiente, por la falta del conde de Trípoli, sospechoso de inteligencia con los infieles, el sultan sorprendió á Balduino en unos desfiladeros, dispersó todo su ejército, y poco faltó para hacerle prisionero. Venció también Saladino á los cruzados en 10 de Abril de 1179, y tomó la fortaleza del vado de Jacob, llamada así por el lugar en que se creyó que aquel patriarca había pasado el Jordan volviendo de Mesopotamia, y que fue edificada para oponerse á las guarniciones de las plazas inmediatas y á las incursiones de los árabes. Para cúmulo de desgracia, la lepra de Balduino empeoró: quedó ciego é incapáz de mandar. Así fue preciso elegir un regente para el reino, y al propio tiempo un tutor para el sobrino del Rey, quien viéndose sin posteridad, había nombrado á este jóven Príncipe por su sucesor, y le hizo coronar á la edad de siete años. Tales contratiempos fueron causa de una agitación y unos trastornos que anunciaron la cercana ruina del reino.

Llegando al occidente estas tristes noticias, escribió el Papa Alejandro dos cartas circulares (1): una á los Príncipes y á los pueblos, y otra á los prelados á fin de escitar un vivo interés en favor de los cristianos de levante; entre quienes, dice, faltan grandes ánimos y buenos consejos. El Papa permite para este caso á aquellos que tuviesen necesidad de recibir prestado para el viage á los santos lugares, empeñar sus herencias á los eclesiásticos, mas única-

(1) *Alex. ep. 59. et 60.*

mente en caso de rehusarlo sus parientes, ó los señores de los feudos. Fueron apoyadas estas cartas por los caballeros del Temple y de San Juan, los cuales las presentaron á los Monarcas de Francia y de Inglaterra que se hallaban juntos para una conferencia en la provincia de Normandía. Mostráronse los dos Reyes conmovidos en gran manera, y prometieron enviar poderosos auxilios; pero las promesas á lo que parece no fueron despues cumplidas.

9. Los nuevos maniqueos, cuyos conventículos escandalizaban hacia mucho tiempo algunas ciudades particulares, principiaron á formar crecidas asociaciones en muchos países, y en particular en las provincias meridionales de la Francia. Reuniéronse en concilio en el año de 1176 los obispos de la provincia de Narbona para juzgar á una cuadrilla de estos hereges que se hacian llamar los hombres buenos (1). Quedó probado por diversos interrogatorios, que despreciaban el antiguo Testamento, y que no creían que los niños se salvaran por el bautismo: creían al contrario que todo hombre de bien, tanto clérigo como lego, consagraba el Sacramento de nuestros altares, y que podia hacerse la confesion indistintamente con los sacerdotes y con los legos: que la confesion era bastante, sin necesitarse la satisfaccion de los ayunos y demás obras de penitencia: que los que estaban ordenados sacerdotes ú obispos sin las cualidades que exige San Pablo, no eran ni obispos ni sacerdotes: que el matrimonio era malo, y

(1) *Tom. 10. Concilior. pag. 1470.*

el juramento prohibido en todo caso sin ninguna escepcion. Pronunció Gaucelino, obispo de Lodeve, contra estos hereges la sentencia de escomunion, á la que subscribieron los demás obispos y los señores que habian asistido á la asamblea; y en su consecuencia se prohibió á la nobleza darles proteccion alguna.

10. Los mismos hereges con el nombre de catáros causaron hasta la muerte vivos temores á San Galdin, arzobispo de Milan (1). Introdujéronse en Lombardia á favor del cisma que por tanto tiempo asoló aquella provincia; mas se mantuvieron en ella é hicieron nuevos progresos despues que fue restablecida la union. El santo arzobispo que no cesaba de temer por la fe de su pueblo, esforzóse hasta el último aliento en prevenirle contra la seduccion. Fue el mismo dia que espiró á la iglesia de Santa Tecla; pero sus pocas fuerzas no le permitieron celebrar la misa: mandó que la cantase el tesorero de la catedral, y reuniendo las débiles fuerzas que le quedaban, subió al púlpito antes del Evangelio y pronunció un sermon en que probó con solidéz la fe católica por las divinas Escrituras y por los santos doctores. Despues de esto se encontró tan estenuado, que fue preciso tenderle suavemente en el mismo púlpito. Allí dió su espíritu al concluir la misa, y fue sepultado bajo el púlpito en memoria de la perseverancia de su celo. El Señor obró en su sepulcro infinitas maravillas.

(1) *Boll. ad 18. Apr.*

11. Hízose forzoso en el año 1181 marchar contra los albigenses, ó nuevos maniqueos. Sostenidos por muchos caballeros y por algunos señores poderosos del pais de Tolosa; unidos por otra parte, á pesar de su fingida rigurosidad, con los bandidos tan detestados bajo el nombre de corterales, habian cometido ya cerca de Tolosa los mayores escesos. En dos palabras forma Estévan, abad de Santa Genoveva en París, enviado por el Rey á aquella ciudad, un cuadro espantoso de estos desórdenes (1). „He visto, dice, en todas partes las iglesias quemadas y arruinadas hasta los cimientos: he visto habitaciones transformadas en antros habitados por animales.” Henrique, que de abad de Claraval habia subido á cardenal obispo de Albano, y que se hallaba legado de la santa Sede en Borgoña, marchó contra estos temibles sectarios con un crecido ejército. Tomó el castillo de Levaux, que en el dia es ciudad episcopal; y obligó al conde de Beziers y á otros muchos señores á abjurar la heregia.

Habiase esta disfrazado lo mejor que pudo en el concilio de Albi, y solo á fuerza de interrogatorios y de inducciones sacadas de la confesion equívoca de los culpados pudo descubrirse. Habiéndoles concedido los señores de acuerdo con los obispos toda la seguridad posible y una plena libertad de esplicarse, vomitaron todos los horrores que encubrian en su seno. Súpose que los sectarios despreciaban, como otras tantas abominaciones, cuanto la iglesia romana ense-

(1) *Steph. Tornac. ep. 79.*

ña y observa sobre el santo sacrificio del altar, sobre el bautismo de los párvulos y sobre todos los sacramentos y oficios divinos: que miraban toda union, bien fuera entre parientes bien entre estraños, como criminal: que no obstante, muchas mugeres habian llegado á concebir entre ellos, sin que se les viese hijo ninguno, por quanto estas hacian morir sin reparo alguno el fruto de su vientre: que trataban de ilusion ó de simple apariencia todo lo que el Evangelio nos enseña de Jesucristo, la Encarnacion del Verbo, la pasion de este Dios hecho hombre, su muerte, su resurreccion; por último, que reconocian á Satanás por criador de todas las cosas, tanto visibles como invisibles, y por autor de la ley Mosai-
ca (1). A la verdad, abjuraban ellos estos errores cuando se hallaban apurados; mas luego que los dejaban libres, volvian otra vez á sus detestables observancias (*).

12. Cuando el legado Enrique pasó á Roma para

(1) *Chron. Vosiens. pag. 326. tom. 2. Bibl. Labb.*

(*) Desde las provincias meridionales de la Francia, donde habian establecido su principal asiento los nuevos maniqueos, pasaron á infestar una parte del reino de Aragon. Su refinada hipocresía y sus repetidas abjuraciones del error, lograron sustraerlos por algun tiempo de las persecuciones del religioso Monarca D. Alfonso, y aun los ocultaron al celo de los prelados aragoneses. Empero descubiertos en fin, y detestados generalmente con el nombre de sabatarios, llamaron la atencion de ambas potestades. El Rey D. Pedro, hijo y sucesor de Don Alfonso, juntó en Gerona en 1197 una asamblea de todos los prelados y señores de su reino, en la que se formó un decreto mandando que todos los hereges saliesen de los dominios de Aragon, bajo la pena de ser arrojados vivos á las llamas y confis-

dar cuenta al Papa de esta comision tan espinosa, halló á Lucio III en la Cátedra de San Pedro. Murió el Papa Alejandro en este propio año de 1181 el 30 de Setiembre, con la reputacion de uno de los

cabados sus bienes: de esta suerte quedaron por entonces purificados de la heregía los estados de D. Pedro, y admira ciertamente ver despues á este Príncipe que tan celoso se mostrara en los primeros años de su reinado, hecho el protector mas fuerte de los mismos hereges, como se dirá en su lugar. Su padre Don Alfonso II, despues de un reinado de treinta y cuatro años, ilustrado con las frecuentes victorias que reportó de los moros sus vecinos, murió en Perpiñan á 25 de Abril de 1196.

Durante el reinado de Alfonso II de Aragon, y en el año 1180, alcanzaron la corona del martirio en este reino de Valencia San Bernardo de Alcira y sus dos hermanas. Era Bernardo, llamado antes Amet, hermano del régulo moro de Carlet Almanzor. Mostró en su juventud grandes prendas y una extraordinaria disposicion para los asuntos del estado; por lo que el Rey de Valencia le mandó pasar como embajador á Barcelona, donde estaba entonces la corte del Rey de Aragon. En su viaje quiso Amet observar de cerca las costumbres de los cristianos y principalmente de los monges, á cuyo fin se detuvo algunos dias en el monasterio de Poblet, y allí fue donde el Señor le hizo conocer la verdad de nuestra divina Religion. Las palabras, y mas aun los egejmos de los discípulos del Cistér, penetraron hasta su corazon, y no solo abjuró su impiedad y abrazó la fe recibiendo el bautismo, si que renunció además á todas las esperanzas del mundo, y se consagró al Señor en el mismo monasterio. Vivió allí algunos años hecho un modelo de perfeccion y santidad, la que honró el cielo con repetidos prodigios; mas no pudiendo olvidar su caridad el estado de sus hermanos, determinó ir á anunciarles el Evangelio. Obtenida la licencia de su abad, tomó el camino de Lérida donde convirtió á una hermana de su padre; pasó luego á Carlet, manifestó á sus hermanos el motivo de su viaje y principió á combatir sus errores y manifestarles la verdad. Irritóse en extremo el fiero Almanzor



Pontífices mas sabios que en mucho tiempo habian existido, en particular por su conocimiento de los cánones y de las leyes romanas. Su largo pontificado de veintidos años menos algunos dias, durante los cuales vió morir cuatro Antipapas, sirvió útilmente á restablecer la autoridad de la Iglesia, muy trastornada por el espíritu del cisma y de la rebelion. Introdujo el uso de las monitorias, y declaró la canonizacion de los Santos en la clase de las causas mayores reservándola á la santa Sede. Habiendo exigido el concilio lateranense tercero, celebrado bajo su pontificado, las dos terceras partes de los votos para los

al oír tal propuesta; pero ni sus amenazas, ni sus promesas, ni sus malos tratamientos fueron parte á desconcertar el proyecto del santo monge. Esforzado por la misma dificultad, repitió sus instancias y predicaciones, convirtió, bautizó y agregó á la órden del Cistér á sus dos hermanas, y viendo inflexible el ánimo de Almanzor las sacó de su palacio donde hubiera peligrado su fe. Hallólas menos el tirano, siguió sus pasos con gran multitud de gente armada, y cogió á las tres víctimas en un bosque junto á Alcira. Viéndoles inalterables en la fe, y que á pesar de todas sus amenazas perseveraban alabando á Jesucristo, mandó á sus satélites que clavasen á Bernardo por la frente á un árbol, y degollasen á sus dos hermanas, cuya crueldad fue executada allí mismo, quedando los tres santos cuerpos espuestos á las fieras. Mas el Señor renovó entonces los milagros de los primeros mártires; un cuervo defendió las sagradas reliquias hasta que los cristianos les dieron honrosa sepultura. La iglesia de Valencia, por decreto de Benedicto XIII, celebra la fiesta de estos tres santos mártires el dia 23 de Julio, que fue el de la traslacion de sus reliquias á Alcira, en cuyo sepulcro ha obrado Dios muchos milagros. Padecieron el martirio á 22 de Agosto. Véase Beuter *crónica de Valencia*, y los anales del M. Diago.

Papas que en adelante se eligiesen, se puso en práctica este estatuto en la eleccion de Lucio, que se hizo al dia siguiente de la muerte de Alejandro. Atribuyéronse los cardenales desde entonces tambien por una consecuencia bastante natural de este decreto, el derecho absoluto de elegir la Cabeza de la Iglesia, independientemente del resto del clero y del pueblo de Roma.

Hacia un año que el Rey Felipe Augusto reinaba solo en Francia, habiendo muerto Luis el jóven el 18 de Setiembre de 1180. Fue coronado en el año precedente Felipe por los recelos del Rey su padre, que no contaba todavía sesenta años, mas se sentia muy enfermo. Antes de esta ceremonia el jóven Príncipe de edad de catorce años, habiéndose perdido yendo á caza solo por un bosque, fue asaltado de un temor que le causó una peligrosa enfermedad. El Rey Luis, cuya piedad era grande, partió por esta causa en peregrinacion al sepulcro de Santo Tomás de Cantorberi, adonde le acompañó el Rey de Inglaterra poseido de iguales sentimientos de veneracion hácia este santo mártir. A su vuelta á Francia, encontró al Príncipe su hijo del todo sano; mas cuasi al propio tiempo cayó él en una parálisis que no le permitió asistir á la consagracion del jóven Rey, y le condujo al sepulcro algunos meses despues. Luis VII, ó el jóven, era un Monarca que unia á la penitencia y á la austeridad la mayor piedad. Por una carta del Papa Alejandro á este Príncipe, nos consta que, además de la cuaresma ordinaria, observaba el ayuno de

adviento, la cuaresma de San Martín, esto es, desde Todos Santos hasta el adviento, y que el viernes hacia una abstinencia particular (1).

13. El joven Monarca educado por un padre tan cristiano, mostró en el principio de su reinado un celo ardiente por la Religión, y un terrible encono á los enemigos del cristianismo. Establecidos los judíos hacia muchos años en París, habían llegado á ser tan poderosos, que poseían cuasi la mitad de la ciudad (2). Estaban reducidos una gran parte de los cristianos á recibir de aquellos infieles la habitación con condiciones que arruinaban su fortuna, y algunas veces su salud. Nobles, plebeyos, artesanos, todos eran víctimas de la usura tan familiar á aquella nación degradada. Enagenábanse los patrimonios mas antiguos todos los dias, y llegaron á intentar derecho sobre la libertad personal; y con desprecio enorme de las leyes, tenían muchos esclavos cristianos de ambos sexos á quienes hacían judaizar. Si algunas iglesias se veían reducidas á pedirles dinero prestado, tomaban en prendas los Crucifijos y los vasos sagrados para luego profanarlos insolentemente.

Cundia por otra parte el rumor, y todo el mundo estaba persuadido de que cada año por semana santa degollaban los judíos un niño cristiano, ofreciéndole en sacrificio. Efectivamente, muchos de ellos fueron convencidos de este delito, y condenados á ser quemados vivos bajo el último reinado (3). Ve-

(1) *Alex. ep. 53. tom. 10. Conc.* (2) *Rigor. pag. 8.* (3) *Rigor. pag. 21. Rob. 5. Mich. ann. 1171.*

néráse como mártir un niño llamado Ricardo, crucificado de esta manera por los judíos en Pontoise, y llevado luego á París al lugar llamado los Campos, donde estaba el cementerio de la ciudad, que ha venido á ser parroquia de los santos Inocentes. La persuasión fue tan general de que en su sepulcro obraba el Señor milagros, que el Rey Felipe mandó por respeto cercar todo aquel sitio. En el año 1171, Thibaldo, conde de Chartres, mandó también quemar á muchos judíos de Bloise por haber crucificado en la Pascua un niño cristiano que pusieron luego dentro de un saco y le arrojaron al Loira, donde fue hallado (1). Cuentan los autores de mas crédito la muerte de otros muchos infantes degollados de la misma manera por los judíos en Inglaterra lo mismo que en Francia, y por el propio tiempo (2). Ciertamente son estas quejas asombrosas; mas aun seria mayor la falsedad de tantas acusaciones unánimes.

Creyólas Felipe Augusto á lo menos suficientes para libertar á su reino de estos enemigos domésticos. Por consejo de un santo anacoreta llamado Bernardo, que vivía en los desiertos de Vincennes, redimió á sus vasallos cristianos y á su estado de las enormes usuras que ejercían los judíos, descargando á sus deudores de todo cuanto les debían, y aplicando al fisco la quinta parte de lo que quedaba á su favor. Además confiscó sus tierras y todos sus bienes no muebles, y despues de haberles dado un tiem-

(1) *Boll. 25. Mart. tom. 3. pag. 588.* (2) *Chron. Joan. Brem. pag. 1043. et seq. = Chron. Gervas. ad ann. 1181.*

po suficiente para vender sus muebles, á pesar de todas las instancias que le hicieron, les obligó á salir del reino junto con sus mugeres, sus hijos y dependientes. Purificó todas sus sinagogas al año siguiente para convertirlas en iglesias; lo que no contribuyó menos á ganarle el corazón de su pueblo, que las cualidades superiores que en él se veían brillar.

14. Descubriéronse en el mismo año en Arras una multitud de nuevos maniqueos, los cuales al abrigo del disimulo y de las tinieblas llevaban el contagio á todos los climas. Llamábanse estos patarenos; y así por sus artificios como por el atractivo de sus prácticas disolutas, habian llegado á seducir clérigos, caballeros, paisanos, y en particular gran número de mugeres. Una muger fue la que los denunció, hallándose el arzobispo de Rems Guillermo de Champaña, cardenal y tío del Rey, en conferencia sobre varios asuntos secretos con Felipe, conde de Flandes. El arzobispo Guillermo, estimado con tanta justicia por sus estrechas relaciones con Santo Tomás de Cantorberi, no dejó de pintar con toda deformidad al conde estos odiosos sectarios. Convenciéronse por su propia confesion de las abominaciones que les imputaban, y el conde los condenó al fuego confiscándoles todos sus bienes.

15. Los esfuerzos que hicieron estos hereges, por desgracia con un éxito bastante favorable, para propagar sus máximas perniciosas, y los velos casi impenetrables con que procuraban encubrirlas, dieron margen á una larga y famosa constitucion del Papa

Lucio, y á procedimientos nuevos en un todo, de donde se cree tuvo su origen la inquisicion. Atormentado este Pontífice sin cesar por los romanos, los cuales no conservaban mas de la antigua elevacion de su alma que una altiva arrogancia y una indocilidad sediciosa, salió por fin de su ciudad con toda su comitiva, y fue á establecerse en Verona, donde permaneció hasta la muerte. Habiendo concurrido allí el Emperador Federico con una multitud de señores y de prelados, se celebró un concilio ó congreso de los dos órdenes del estado, los cuales de comun acuerdo formaron el decreto que sigue. Lleva el Papa la voz; mas cuida de notar que es apoyado de la potestad imperial.

„En presencia de nuestro querido hijo el Emperador Federico, dice (1), y con dictámen de nuestros hermanos los cardenales, los patriarcas, arzobispos, obispos y señores congregados de diversas partes del mundo, condenamos á los hereges, como quiera que se llamen, cátaros, patarenos, paraginos, josepinos, arnaldistas, humillados, pobres de Leon, consolados, creyentes y perfectos, y los sometemos á perpetuo anatema con todos aquellos que les dieran acogimiento ó proteccion. Y en razon de que desprecian las penas eclesiásticas, ordenamos: que los que fueren claramente convencidos de estas heregias, si son clérigos ó religiosos, sean despojados de toda orden y beneficio, y despues abandonados al brazo secular para recibir el castigo oportuno, á no ser que el

(1) *Decret. collect. 1. lib. 5. rit. cap. 6.*

culpable, al punto que sea descubierto, abjure el error en manos del obispo del distrito. Si no abjurase el lego, sea castigado por el juez secular. Serán tambien castigados de igual manera los que no resultasen mas que sospechosos, si no acreditan su inocencia de un modo oportuno. Respecto á aquellos que recayeran despues de la abjuracion ó purgacion, serán entregados al brazo secular sin que se les oiga mas."

„Con arreglo á la proposicion del Emperador y de los señores, añade el Papa, establecemos: que cada obispo visitará una ó dos veces al año, bien por sí mismo, bien por su archidiacono ú otras personas capaces, los distritos de su diócesis que, segun la voz comun, sirvan de acogimiento á los hereges: en ellos tomará juramento á lo menos á tres ó cuatro hombres muy acreditados, y á todo el vecindario si lo juzgare conveniente, de que denunciarán al obispo ó al archidiacono, tanto los hereges que lleguen á su noticia, como las personas que tengan juntas secretas, ó que practiquen singularidades ajenas del uso comun de los fieles. Además ordenamos que los condes, barones y todas las personas de autoridad de las ciudades y de otros lugares, prometan con juramento prestar su auxilio cuando fueren requeridos, y que se aplicarán de buena fe á egecutar, segun su poder respectivo, lo que la Iglesia y el imperio han establecido contra los hereges y sus cómplices: de otro modo, además de la excomunion de sus personas y del entredicho en sus estados, serán despojados de los empleos de que disfrutaban, quedan-

do inhábiles para cualquier otro. Serán en general escludidos todos los fautores de la heregia de toda funcion pública, y notados de infamia para siempre. Sufrirán en esta materia el juicio de los obispos delegados al efecto por la santa Sede, los que están esentos de la jurisdiccion episcopal y sujetos solamente á la iglesia romana." Vemos aquí claramente el concurso de las dos potestades para la estirpacion de la heregia, cual se prestan la mano una á otra, limitándose cada una á los medios que le son propios. Castiga la Iglesia con la excomunion y otras censuras: el Emperador, los señores y los magistrados emplean las penas temporales. Reconócese pues, concluye juiciosamente el mas célebre de los historiadores eclesiásticos de Francia, que á mas de la pena espiritual, es permitido emplear la pena temporal contra la misma persona y por el propio crimen.

16. No todos eran maniqueos ni igualmente condenables, entre los sectarios condenados en el concilio de Verona. Hubo algunos que habian principiado de una manera edificante y verdaderamente evangélica. Tales fueron los humillados y los pobres de Leon. Despues hubo en Lombardia otros humillados, que no solo no eran maniqueos, sino que les eran muy formidables; los confundian en público, descubrian sus artificios, y convirtieron un gran número. Estos eran unos hombres y mugeres que vivian comunmente en gran pobreza, y en cuyos vestidos groseros, en sus discursos, en su manera de obrar y en todo su exterior traían impresa la humildad de

que estaban poseídos, y que les había dado el nombre. Subsistían del trabajo de sus manos, y nada poseían como propio; vivían en comunidad, rezaban el oficio canónico de día y de noche, muchos se abstentían de carne, y no usaban de lienzo. Estaban las mugeres de un modo separadas de los hombres, que no se veían ni aun en la iglesia. Esta institucion había sido aprobada por el Papa, permitiendo á los clérigos y á los legos letrados que la seguían dar instrucciones públicas. Otros muchos, además de estos que vivían en comunidad, á persuasión suya hacían una vida egemplar en el mundo con sus mugeres é hijos. No fueron estos los humillados que condenó el concilio de Verona; antes aquellos que usurpando este nombre, como también el ministerio eclesiástico, osaban predicar sin mision y administraban los sacramentos.

17. Tratábase en la sentencia del concilio de los waldenses ó pobres de Leon, imitadores depravados de aquellos virtuosos modelos. Tuvo principio su secta, menos antigua que la de los albigenses, en el año 1160 con la ocasion que vamos á referir. Hallándose congregados muchos vecinos distinguidos de Leon, uno de ellos murió de repente á su presencia. Tan penetrado quedó Pedro Waldo, que era de la compañía, de este acontecimiento, que distribuyó al punto sus bienes entre los pobres, y estos se aficionaron á él en gran número. Exhortóles á mudar su primera indigencia en una pobreza voluntaria y meritoria, parecida á la de los primeros fieles; y como

poseía algunos conocimientos literarios, se puso á explicarles los escritos evangélicos en lengua vulgar. Acusóle el clero como un temerario, y quiso imponerle silencio: mas él despreció las amonestaciones y reprensiones, hizo suceder la invectiva á la doctrina, y representó los sacerdotes á sus discípulos como gentes corrompidas en las costumbres y bajamente envidiosas de la pureza de su vida y de su doctrina. Llamáronlos waldenses del nombre de su maestro, leonistas del de su patria, y sabateos ó insabateos á causa de su calzado, que era abierto por encima en forma de cruz (1). Al principio no tuvieron otra cosa reprehensible mas que su ociosa pobreza, junta con el desprecio de la autoridad eclesiástica; y por espacio de mucho tiempo formaron un cisma semejante al de los donatistas, mas bien que una heregía propiamente tal. Mas esta sola disposicion abría la puerta á todos los errores, y solo faltaba una ocasion para precipitarse en ellos.

18. Hallándose entretanto en Verona el Emperador Federico con el Papa Lucio, el patriarca de Jerusalem, los grandes maestros de los templarios y de los hospitalarios, acudieron á pedir socorros en nombre del Rey Balduino. Este pobre Príncipe, incapáz de obrar á causa de su enfermedad, y no hallando mas auxilios en su reino en tanto que Saladino hacía todos los dias nuevos progresos, había tomado el partido de enviar sus embajadores para interesar á los occidentales en favor de la triste suerte de los

(1) *Everard. contr. Wald. cap. 25.*

cristianos de oriente. Vióse precisado, después de haber dado la regencia de su reino á Guido de Lusignan su cuñado, á despojarle de ella á causa de la incapacidad y altivez indómita de este jóven señor. Substituyóle luego el conde de Trípoli que habia gobernado ya durante la menor edad del mismo Rey. Lusignan, que era conde de Joppe y de Ascalon, plazas muy importantes, se retiró descontento á la última, y negó paladinamente la obediencia á Balduino.

No causaba menor inquietud que el conde de Joppe, Boemundo III, Príncipe de Antioquia. Dejó á su muger legitima por una concubina; y no atendiendo el patriarca Almerico á otros impulsos que á los de su celo, le escomulgó. Furioso el Príncipe persiguió sin ninguna reserva, no solo al patriarca, sino tambien á los obispos y á todo el clero, asoló sus posesiones, y robó los bienes de las iglesias y de los monasterios con brutalidad sacrilega. Quedó reducido el patriarca á encerrarse con su clero en una fortaleza que pertenecia á la iglesia, y adonde Boemundo fue á sitiarse. Un señor poderoso llamado Rainaldo Mansuer, se retiró tambien en uno de sus castillos tenido por inconquistable, y acogió en él á las personas de diversos estados que eran el blanco de la persecucion. Escandalizados asimismo algunos otros señores de los excesos del Príncipe, abandonaron su servicio. Con todo, atento Saladino siempre á aprovecharse de la mas pequeña ocasion, infundia en todos los buenos ciudadanos un temor profundo de la suerte del estado. Recelaban igualmente dejar

á Boemundo abusando de su poder, y emplear la fuerza para reprimir á un Príncipe arrebatado, capaz de llamar á los infieles en su auxilio, y muy débil para desprenderse de ellos cuando quisiese.

19. La Iglesia en tan triste coyuntura recibió algun consuelo de los maronitas, que el patriarca Almerico tuvo la fortuna de hacer volver á la comunión de la santa Sede. Eran monotelitas, y tan famosos ya mucho tiempo por su adhesión á esta heregia, que para señalar á sus sectarios no se usaba otro nombre que el de maronitas, en lengua árabe que era vulgar en Siria. Así que tornaron al seno de la unidad con su patriarca, y algunos de sus obispos, no solamente abrazaron la fe católica, sino tambien los ritos latinos, hasta tomar el báculo y la mitra, y substituir las campanas á las matracas que usamos en viernes santo, y de las cuales los orientales y los griegos se sirven todo el año. Conservaron solamente de particular la lengua caldea para el oficio divino, en el cual la usan en el dia, aunque el árabe es su lengua nativa. Como esta nacion era muy guerrera y habia adquirido renombre de valor, los francos se alegraron vivamente de una reunion que tanta ventaja podia prometerles contra los infieles.

No tanto empero les faltaban fuerzas, quanto la buena direccion y el talento necesario para emplearlas con utilidad. Los embajadores que el Rey Balduino habia enviado á Europa, conocieron esta verdad, y la dijeron claramente al Rey de Inglaterra, á quien fueron á presentar la relacion de sus desór-

denes y de sus infortunios, lo mismo que á todos los Príncipes mas poderosos de la cristiandad. Enrique II, creyendo no poder marchar en persona á la defensa de oriente sin olvidar, contra el juramento hecho en su consagracion, los cuidados de su propia corona y los intereses de su pueblo, prometió ayudar con sus tesoros y con todo su poder á los que quisiesen ir (1). Dijole agitado el patriarca de Jerusalem: esto es no hacer nada, Señor; nosotros buscamos valor y no dinero, pues de todos los países nos lo envían; pero nos falta un hombre. Pidió que el Rey enviase á lo menos á uno de sus hijos, y hallando el Rey todavía dificultades, rompió el patriarca todos los límites del respeto y de la moderacion, amenazó al Príncipe con el abandono de Dios, y lo que fue mas afrentoso, le reprendió la muerte de Santo Tomás de Cantorberi. Mucho irritó efectivamente á Enrique este discurso. „Y bien, le dijo el patriarca con gravedad, haced de Heraclio lo que hicisteis de Tomás. ¿Qué me importa ser sacrificado en vuestras manos, ó en la de los musulmanes, cuando vos no sois menos hábil que ellos en hacer mártires?“ Este era aquel mismo patriarca Heraclio, sin pudor y sin costumbres en Palestina, y en Europa se esplicaba con el lenguaje de los mártires y de los Apóstoles.

Contúvose prudentemente el Rey Enrique, y no disminuyó en nada su buena voluntad para con los cristianos de levante. Pasó á Normandía con sus em-

(1) Joan. Brempt. Chron.

bajadores, y después de celebrar allí la fiesta de Pascua, tuvo cerca de Ruan una conferencia con el Rey de Francia que duró tres dias. Fue el resultado que se enviaria á la tierra santa un auxilio considerable; tanto de gente como de dinero. Muchos señores y prelados hubo que tomaron la cruz al instante, y entre otros Balduino de Cantorberi, colocado recientemente en su silla, y Gualtero arzobispo de Ruan. Pero no correspondiendo la egecucion á este primer ardor, los cruzados no se apresuraron á salir, y el patriarca de Jerusalem se volvió casi con tan poca compañía como la que habia traido.

El Rey Balduino IV murió en estas circunstancias, el 16 de Marzo de 1185. De este modo quedó en el tronó un infante de siete años en la persona de Balduino V, coronado en vida de su tio. Llegó á ser mayor la desgracia, cuando la muerte de este jóven Rey hizo en el año siguiente pasar el cetro á Guido de Lusignan, su padrastro, esposo en segundas nupcias de Sibila, hermana de Balduino IV. Este que se mostró incapaz de la regencia, fue revestido de la dignidad real por el crédito de su muger. Prescindiendo de esto los grandes, miraban con disgusto el elevamiento de un hombre que no era de sangre real mas que ellos. El conde de Trípoli particularmente, Raimundo III, de la casa de los condes de Tolosa, quedó tan resentido de esta preferencia, que llegó al punto de vender la causa comun tratando con Saladino.

Aunque el Papa Lucio dió algunos pasos á con-

secuencia de la embajada de Balduino IV, á fin de sostener su reino vacilante, la muerte del Pontífice sucedida casi al propio tiempo que la del Rey, le impidió procurarle los auxilios que pedian unas necesidades tan urgentes. Murió Lucio en 25 de Noviembre del mismo año de 1185. Algunos dias despues le dieron por sucesor á Humberto Crevilli, natural de Milán, de donde era arzobispo tan solo siete meses.

20. Permanecía aun en Italia el Emperador Federico, donde casó al Rey su hijo, Príncipe jóven de veintiun años, con Constantina, heredera presuntiva del reino de Sicilia, que contaba treinta y uno. Hizole en el mismo dia tomar el título de César. Con afliccion vió el nuevo Papa, llamado Urbano III, este principio arbitrario de imperio, y quizá mejor, una alianza dirigida á hacer al Emperador todopoderoso en Italia: como milanés, apenas podía olvidar los males que este Príncipe habia hecho á su patria. También contribuyó bastante el jóven Rey Enrique, de genio altivo, inquieto y colérico, á fomentar la division entre el Emperador su padre y el Sumo Pontífice (1). Tornó á promover resueltamente la cuestion de las investiduras que habia ocasionado tan funestos y largos disturbios; y porque un obispo, por otra parte muy contenido, no aprobó sus pretensiones, le mandó dar de bofetadas y arrastrarle por el suelo. Porque el Papa Urbano no se manifestaba benévolo á sus ideas, el Príncipe se

(1) *Arnold. Lubec. Chron. Slav. III. cap. 16.*

apoderó de una gran suma de dinero restituida al Papa, y mandó cortar la nariz al conductor. En cuanto al Emperador, sin querer desautorizar lo que se habia arreglado tan costosamente con respecto á las investiduras, quiso á lo menos mantenerse en algunos otros usos que no habian sido abolidos de una manera tan auténtica, y que Urbano III miraba con todo como abusivos. Formóse un partido entre los señores y los prelados cada uno de los contendientes. Fermentó la division con ardor: el Emperador prorumpió en quejas injuriosas contra el Papa; el Papa amenazó al Emperador con los rayos de la Iglesia, y para arrojarles mas libremente habia salido ya de Verona que era adicta á Federico, cuando la muerte del Pontífice previno este terrible golpe, y todas las desgracias que se habrian subseguido.

21. Mas en tanto que estas tempestades agitaban toda la Iglesia, la obra del Señor se adelantaba á lo lejos en las naciones bárbaras del septentrion (1). Un celoso canónigo de Sigeberg, llamado Meinardo, hizo muchos viages á Livonia con mercaderes para efectuar un comercio bien diferente de aquel que al parecer se proponia: por esta industria se insinuó en el espíritu de aquellos pueblos, les inspiró el gusto por las riquezas que la polilla y los gusanos no corrompen, y ganó gran número para Dios. Instruido el arzobispo de Brema del estado de los asuntos, le confirió su mision en forma, y á fin de conciliarle la mayor autoridad le ordenó de obispo. Meinardo

(1) *Arnold. Lubec. Chron. VIII. cap. 8.*

estableció su silla en Riga, capital del país, y edificó una iglesia catedral en 1188. Su afabilidad, su dulzura, sus liberalidades, junto con sus virtudes atrajeron una multitud de paganos. Bertoldo, abad sajón del orden del Cister fue á trabajar en su compañía, dejó su abadía para consagrarse á esta misión, y por los ejemplos de sus austeridades y de su desprendimiento, de su modestia y de su paciencia inalterable imprimió en los nuevos fieles, y aun en los infieles, un gran respeto al Evangelio. Estos fueron los apóstoles de la Livonia, y los dos primeros obispos de la iglesia de Riga, en la que Bertoldo fue sucesor de Meinardo.

22. Tocaba ya el extremo de arruinarse la iglesia de Jerusalem lo mismo que el reino. Cometióse además la imprudencia de irritar á Saladino, en medio de la decadencia en que se hallaba, y de darle justa causa de quejas en la infracción de los tratados y de las leyes mismas de la humanidad, sin respeto á la tregua concluida entre los cristianos y el sultan. Siguió sus incursiones contra los infieles Reinaldo de Chatillon, Principe de Carac, y de acuerdo con los templarios que abundaban en sus estados, los cargó por todas partes, y los trató con bárbara dureza. Una caravana muy numerosa pasando tranquilamente bajo la fe de los tratados desde Egipto á la Arabia fue acometida, y todos los peregrinos reducidos á las cadenas. Reclamó estos prisioneros Saladino: Reinaldo, en vez de hacer justicia, se dió á los ímpetus de un falso celo, y vomitó mil injurias con-

tra Mahoma. Indignóse Saladino de suerte, que tomando á Dios por testigo de la fe de los juramentos violados por los cristianos, juró hacerles la guerra con todo su poderío, y quitar con su mano la vida á Reinaldo de Chatillon.

Poco despues entró en las tierras de los cristianos á la cabeza de un ejército de mas de cincuenta mil hombres (1). Cayó desde luego el peso de su venganza sobre los grandes maestros del Temple y del Hospital, Gerardo de Bideford y Rogerio de Moulins, á quien sorprendió y destruyó en el dia primero de Mayo de 1187. Marchó desde allí contra Tiberiades, perteneciente al conde de Trípoli, que se habia reconciliado á lo menos en la apariencia con el Rey Guido de Lusignan; pues la fe de este señor permaneció siempre sospechosa despues de la elevacion de Guido al trono, y diferentes autores afirman que su ambicion desenfadada escuchó la oferta que le hizo Saladino de darle la corona de Jerusalem si abrazaba el mahometismo. El sultan tomó por asalto la ciudadela. Volaron entonces el Rey de Jerusalem y todos los Príncipes, reunidos por la grandeza del peligro, al socorro de la plaza. Halláronse los dos ejércitos uno enfrente del otro en Hittin, poco distante de Tiberiades en 2 de Julio, que era un viernes, dia feliz y sagrado para los musulmanes. Con gran corage se trabó desde luego el combate, y duró tres dias. En fin, los cruzados agoviados por el número, in-

(1) G. Naug. Chron. ann. 1186. 1187. = Chron. Reichersp. ann. 1187.

habilitados por el exceso de la fatiga, de la sed y del calor, fueron enteramente vencidos. El Rey Guido, Reinaldo de Chatillon, los maestros del Temple y del Hospital quedaron prisioneros con una infinidad de guerreros de menor consideracion. Despues de haber hecho prodigios de valor el conde de Tripoli, que sin embargo no pudieron restablecer su reputacion, se abrió paso con espada en mano por medio del enemigo, y se retiró á Tyro, llevando consigo el desprecio de los infieles y la execracion de los cristianos. Fue la pérdida mas sensible la de la verdadera cruz que llevaron á la pelea, segun uso. Los orientales cismáticos no manifestaron con menos viveza su dolor que los latinos. Los mismos mahometanos miraron este monumento sagrado como el fruto mas precioso de su triunfo.

23. Concluida la batalla, condujeron los prisioneros mas distinguidos á la tienda del sultan. Principió dando gracias á Dios por el buen suceso de sus armas, que menos atribuía á su valor que á las traiciones de los cristianos. Luego mandó sentar á su lado al Rey Guido de Lusignan, á Reinaldo de Chatillon y los otros señores. Como se hallaban devorados de la sed, trajeron sorbete y se le presentaron al Rey. Despues que bebió este Príncipe, pasó la copa á Reinaldo de Chatillon; pero Saladino dijo al Rey por medio de su intérprete: yo he presentado la copa á vos, y no á ese mónstruo que no debe esperar cuartel; y era que entre los arabes, aun en el día á pesar de su carácter inhumano, el derecho de hospitalidad es tan

inviolable, que un prisionero á quien ellos dan de comer ó beber tiene asegurada la vida. Envió el sultan á los Principes cristianos á tomar algun alimento en un parage apartado. Luego volvieron á llevarlos á su presencia, y dirigiéndose á Reinaldo con tono terrible y con aspecto horroroso le reprendió el desprecio de la fe jurada, sus invectivas contra Mahoma, y aun el haber intentado saquear la Meca. „Debo, añadió, vengar á nuestro profeta y su ley. Tan solo bajo una condicion puedo perdonarte, y es que abracés la religion que has blasfemado. Los beneficios y los favores mas señalados ocuparán entonces el lugar de los castigos que tienes bien merecidos.” Reanimándose enteramente en este peligro estremado la fe que Chatillon habia practicado muy mal, despreció con energía así las promesas como las amenazas del musulman, y dijo con intrepidez que queria morir cristiano. Levantándose irritado Saladino, le descargó un golpe de cimitarra en la cabeza, y los que le acompañaban acabaron de matarle. Así cuentan los escritores mahometanos el martirio de Reinaldo de Chatillon. Todos los templarios y hospitalarios fueron sucesivamente degollados. Cuéntanse hasta doscientos templarios asesinados de este modo á sangre fria. No daban estos cuartel á los musulmanes, ni en paz ni en guerra; y Saladino creyó hacer un gran servicio al pais espurgándole, como decia, de todos estos asesinos.

24. Apenas forzara la ciudadela de Tiberiades, su primer objeto fue arrojar á los franceses de las pla-

zas marítimas para quitarles toda comunicacion con la Grecia y el resto de la Europa. En efecto, consiguió quitarles la mayor parte, bien fuera por composicion, ó bien á viva fuerza; permitiendo á los cristianos de las ciudades que se rendian retirarse con sus familias y bienes, tratando á los demás con una severidad proporcionada á su resistencia. Por esta causa Cesaréa que se defendió con vigor, fue entregada á las llamas y saqueada sin consideracion alguna.

Por último, en 19 de Setiembre atacó el sultan la ciudad de Jerusalem, que era el objeto capital de su empresa. Tenia bastantes fuerzas, y aun estaba en estado de poderse defender largo tiempo: mas la derrota de Tiberiades, la toma de otras tantas plazas, y sobre todo la pérdida de casi todos los oficiales mas distinguidos esparcieron la mas fatal consternacion. Acabó de desesperar á los sitiados el haber descubierto una conjuracion formada por los cristianos del rito griego que eran muchos; arrepintiéndose sobradamente tarde de haberlos atormentado sin consideracion. Hicieron proposiciones al sultan que las desechó con altivéz, contando con los conjurados que debian franquearle una puerta de la ciudad. Algunos escrúpulos propuso de su religion vengativa, y dijo que el honor y la conciencia le precisaban á vengar la sangre de tantos millares de musulmanes asesinados por los cristianos. Pero habiéndole replicado de parte de la Reina y de los señores, que si no les otorgaba una capitulacion honrosa, no tenia que esperar mas que una defensa la mas obstinada y todo el

resentimiento del valor ultrajado, temió reducirlos á la desesperacion, y capituló con las condiciones que siguen: que entregarían la ciudad en el estado en que se hallaba sin demoler cosa alguna: que la nobleza y los militares saldrían con armas y sin escolta para ir á Tyro, ó á cualquier otro lugar que quisiesen: que los ciudadanos llevarían sus muebles, y serían conducidos igualmente con seguridad, pagando antes un tanto fijo por cabeza.

Bajo de estas condiciones fue entregada Jerusalem, el viernes, segundo dia de Octubre, á Saladino, que preciado de generoso y fiel á su palabra, las hizo observar con una rigurosa exactitud. Habiendo recogido el patriarca Heraclio todas las riquezas y los ornamentos de la iglesia, hasta las planchas de oro y plata de que estaba cubierto el santo sepulcro, pretendieron los oficiales del sultan que la capitulacion solo permitia llevar los bienes de los particulares. Quiso Saladino, que supuesto que no esceptuaban los de las iglesias, no se agravase mas el infortunio de aquellos desgraciados con razones que no eran incontestables á la letra. Manifestó en todas las cosas una magnanimidad igual. Trató á la Reina Sibila, como tambien á las Princesas sus hijas, con mucho respeto, y la dió esperanzas de la libertad del Rey su esposo á costa de un mediano rescate, que se verificó al punto con la entrega de la ciudad de Ascalon. Seguían en gran número á la Reina las mugeres y jóvenes de Jerusalem, llevando los niños por la mano, y lamentándose lastimosamente. Díjoles el ven-

cedor: ¿qué podría él hacer para mitigar su dolor? „Señor, le contestaron, todo lo hemos perdido; pero podreis sin menoscabo de vuestro poder convertir nuestra desgracia en alegría. Tornadnos nuestros padres, tornadnos nuestros esposos que gimen entre cadenas, os abandonamos gustosas todo lo demás. Confundidas sus lágrimas con las nuestras, les quitarán toda su amargura; y el que alimenta á las aves del cielo, nos alimentará á nosotros y á nuestros hijos.” Inmediatamente mandó Saladino buscar entre los cautivos todos aquellos que reclamaban, pagó de su tesoro su rescate á los soldados, é hizo á estas familias desgraciadas diversos regalos proporcionados á su condicion.

25. Mas al paso que este Príncipe infiel hacia brillar su humanidad, otro tanto el conde de Trípoli se mostraba indigno de la ley de gracia y de caridad que profesaba. Apenas aquellas infelices llegaron á él buscando su refugio, les quitó con vileza cuanto Saladino les habia dado; y las abismó en tal desesperacion, que viéndose una muger reducida á no tener de que alimentar á su infante, le echó en el mar. No tardó en recibir el premio de su rapiña detestable. Saladino, lejos de tratarle como favorecido y hombre de confianza, quiso poner guarnicion en Trípoli. Perdió el conde el juicio, y asaltado de una especie de rabia, murió de repente.

Así que los cristianos francos salieron de Jerusalem, los musulmanes derribaron todas las cruces, las pisaron, cometiendo en ellas toda especie de p. ofa-

naciones, como en instrumentos de idolatría afrentosos al mismo Mesías, segun el alcoran que dice que no fue Jesus el crucificado, sino Judas en su lugar. Fueron todas las iglesias convertidas en mezquitas, escepto la del santo sepulcro, por causa de las peregrinaciones que hacian la riqueza de Jerusalem, aunque no fue permitido visitar los santos lugares, á no ser sin armas, siendo pocos en número los peregrinos, y pagando algunos derechos. Permanecieron en ella los cristianos sirios, armenios, griegos y de todos los demás ritos, esceptuando el latino. Tal fue el estado á que vino Jerusalem bajo la dominacion de los infieles, despues de haber agotado á la Europa durante ochenta y ocho años de casi todas sus riquezas y de sus mas distinguidos paladines. No conservaron los latinos en oriente mas que tres plazas considerables, Antioquia, Tyro y Trípoli.

26. Llegaron estas noticias á Italia con aquella rapidéz que acompaña á la fama en sus anuncios funestos (1). Súpolas en menos de tres semanas Urbano III, y murió de sentimiento el 19 de Octubre de 1187, despues de un pontificado de menos de dos años. Eligieron en su lugar á Alberto, cardenal cancelario de la iglesia romana, que tomó el nombre de Gregorio VIII, en 20 del mismo mes. Hizo concebir su eleccion las mayores esperanzas. Píntale el historiador Hugo de Auxerre como un hombre sabio, elocuente, de gran celo, de sanas costumbres y aun de vida egemplar. Mas solo ocupó la silla un mes y

(1) *Geros. Chron. pag. 1507.*

veintisiete dias, habiendo muerto en Pisa, donde acababa de reconciliar esta república con la de Génova (ambas poderosísimas á la sazón), á fin de que trabajasen de comun acuerdo en la reconquista de la tierra santa. Tres dias despues de su muerte; el 19 de Diciembre, eligieron en Pisa mismo por sucesor á Paulo ó Paulino, cardenal, obispo de Palestina, á quien dieron el nombre de Clemente III.

Aplicóse luego despues de su coronacion á restablecer sólidamente la paz entre los romanos agitados por repetidas facciones durante muchos pontificados. Era el objeto principal de esta larga division la ciudad de Túsculo, perteneciente al Papa, y que los romanos despues de algunas batallas deshonrosas, querian enteramente someter para reparar su honor. Cedió el Papa Clemente sus derechos sobre las fortificaciones de esta plaza, y con esta condicion le volvieron su ciudad, su senado y el derecho de fabricar moneda, reservando con todo la tercera parte de ella para los senadores, hasta que las deudas contraidas con ellos por algunas iglesias fuesen del todo satisfechas (1). Además se obligaron, así que fuesen requeridos, á marchar con sus tropas, las que tendria entonces el Papa á sus espensas, siguiendo el antiguo método. Concluido este tratado, pasó Clemente III á Roma, donde se halló á 3 de Marzo.

27. Dió entonces las disposiciones oportunas para hacer predicar la cruzada en los diversos estados de la cristiandad. Envió legados á Alemania, Francia é

(1) *Rog. pag. 689.*

Inglaterra. Mandó egecutar lo que habia ordenado su predecesor para aplacar ante todo la ira de Dios, á saber, ayunar por espacio de cinco años todos los viernes. Los que disfrutaban de completa salud, debian abstenerse tambien de comer carne los miércoles y sábados, á lo que los eclesiásticos añadieron el lunes. Fue el primero en dar egemplo de una reforma general en el gasto de la mesa, de los muebles, de los vestidos y equipages, á fin de asistir con mas liberalidad á los que se cruzasen. Impusieronse los cardenales como un deber el imitarle. El sabio y celoso arzobispo de Tyro Guillermo, que habia ya pasado otra vez el mar para asistir al último concilio general, llegó á Europa para interesar los Príncipes á favor de la suerte deplorable de los latinos orientales. Entonces dispuso una conferencia entre los Reyes de Francia y de Inglaterra que se hacian una guerra muy viva. En esta asamblea augusta y numerosa pintó con colores tan vivos la desolacion de la iglesia de oriente, y los males aun mas espantosos que la amenazaban, que los dos Reyes olvidando sus querellas particulares, no pensaron mas que en vengar la injuria de la Religion. Tomaron al punto la cruz, y á su egemplo la tomaron tambien Ricardo, conde de Poitiers, hijo primogénito del Rey de Inglaterra; Hugo III, duque de Borgoña; Felipe, conde de Flandes, y otros muchos señores de menor consideracion. Convinieron para distinguir las naciones en que los franceses llevarian una cruz roja, los ingleses una blanca, y los alemanes verde.

28. Para impedir los desórdenes durante el viage, se publicaron diversas ordenanzas, y tambien para mantener la paz en los dos reinos cuyos Soberanos se habian cruzado. Tambien se estableció en estas circunstancias la imposicion famosa que fue llamada décima saladina, como exigida para hacer la guerra á Saladino. Quedaron obligados todos cuantos no se cruzaron á pagar durante el año de 1188 la décima parte de todas sus rentas, y aun de sus muebles. Sujetaron al anatéma los refractarios; y para asegurar aun mejor la percepcion, establecieron comisarios poderosos y vigilantes, entre ellos un templario, un hospitalario, un ministro del Rey y un obispo. Fueron sometidas las personas de todo estado y condicion á este impuesto, clérigos y legos, seculares y regulares, esceptuando los leproseros, los cartujos, los cistercienses y los de Fontevrault. Murmuraron los eclesiásticos y publicaron sus quejas por medio del sabio Pedro Blesense. Dijeron que la Iglesia quedaba de este modo reducida á servidumbre; aplicando á las cosas temporales la idea de la libertad santa, que solo se refiere á la esencion del pecado y de las ceremonias legales, y que mira por otra parte al cuerpo de los fieles de la propia manera que al clero. Desatendiéronse estas quejas, y la colecta llegó á su debido efecto.

29. Sobrevino entretanto entre los Reyes de Francia y de Inglaterra una guerra nueva que retardó su partida. Habiendo Ricardo, primogénito del Monarca inglés, abandonado al Rey su padre para ponerse ba-

jo la proteccion de Felipe Augusto, envió el Papa Clemente al cardenal Juan de Anagni para dar fin á una diferencia tan poco necesaria. Túvose una conferencia en Ferte-Bernard, donde el legado habia reunido los Monarcas con el Príncipe Ricardo. Desde luego exigió Felipe Augusto el cumplimiento del matrimonio que se habia prometido entre su hermana Alix y el conde de Poitiers. Por el contrario, queria el Rey Enrique casar con Alix á Juan, su segundo hijo, de quien creía poder recelar menos que de Ricardo. Vista una diferencia tan poco conciliable, protestó el legado que si el Rey Felipe no convenia con el Rey de Inglaterra, pondria entredicho en todos los estados de Francia (1). Felipe, al paso que respetaba con religiosidad los verdaderos derechos de la Cabeza de la Iglesia, tenia muchas luces y una alma muy elevada para que pudiera venir á bien en el menor menoscabo de las prerogativas, igualmente eminentes y naturales de su corona. Protestó que no deferiria á una sentencia claramente injusta: que no habia en la tierra poder autorizado para impedir á los Monarcas franceses reprimir á los vasallos rebeldes, y vengar las injurias y el desprecio de su corona: que las esterlinas de Inglaterra podrian muy bien alucinar á un cardenal, pero jamás debilitarian la magestad y la soberania de un Monarca francés.

Sostuvo Felipe con sus hazañas este noble orgullo, y el Rey Enrique se vió reducido á firmar un tratado por el cual se puso á su discrecion. Entre

(1) *Chron. Clarav. Rog. pag. 652.*

otras cosas convinieron, en que partirian por la primavera del año siguiente á la tierra santa; pero el Rey de Inglaterra concibió una tristeza tan viva al verse abandonado de sus hijos, que cayó enfermo en Chain de Turena, donde murió el 6 de Julio de este año de 1189. Algunos dias antes de su muerte echó la maldición á sus hijos, y jamás quiso revocarla á pesar de las instancias que le hicieron los obispos y otras personas piadosas; bien que se hizo conducir á la iglesia donde recibió el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, despues de absueltos sus pecados.

Sucedióle en todos sus estados Ricardo su hijo, conde ya de Poitiers. Juró delante del altar de Westminster antes de la consagracion, que conservaria toda su vida la paz y el honor de la Iglesia: que gobernaría su pueblo siguiendo todas las reglas de la exacta justicia: que aboliria las malas costumbres, y estableceria las buenas. Despues de esta ceremonia, mientras estaba dando á los obispos un convite solemne en que servian los señores mas distinguidos, vinieron los judíos á ofrecerle sus presentes.

30. Estaba esta nacion muy notada de maleficios, y por otra parte era un objeto de odio en Inglaterra, lo mismo que en Francia, despues de los sacrificios de los niños cristianos que motivaron la espulsion que Felipe Augusto fulminó contra ellos. Quiso un cristiano impedirles la entrada al lugar del convite, y dió una bofetada á uno de ellos. Otros muchos celosos á su egeplo los repelieron con iguales ultrages. La conmocion se hizo bien pronto general. El

tumulto pasó del palacio á toda la ciudad de Londres, donde se divulgó la voz de que el Rey habia mandado esterminar los judíos. El pueblo numeroso de esta gran ciudad, y los que la ceremonia habia atraido de las provincias que eran aun muchos mas, se armaron por todas partes y les cargaron con furor. Pusiéronse en fuga los judíos hácia sus casas, pero perecieron una infinidad antes de llegar á ellas. Prendieron fuego á aquellos sitios donde los demás se habian refugiado, y con un furor tan ciego que muchas casas de los cristianos fueron presa de las llamas. Hizo el Rey vanos esfuerzos para contener este desórden: el pueblo furioso no escuchó á los grandes señores que envió Ricardo al efecto, quienes se retiraron muy pronto, temiendo ser tambien víctimas del furor popular.

Tratando el Monarca al menos de impedir que tal barbarie se estendiese á las provincias, espidió por todas partes órdenes rigurosas prohibiendo hacer daño alguno á los judíos; pero antes de la publicacion, el egeplo de Londres habia arrastrado ya á muchas ciudades, y en el año siguiente fue tambien imitado por la ciudad de York. Acosados por los cristianos los judíos de esta ciudad, el viernes de la semana de pasion, 16 de Marzo, se encerraron en la torre, y se negaron á entregarla. Al verse atacados en ella vivamente sin intermision noche y dia, ofrecieron una gran suma de dinero por su libertad y su vida, lo que no les concedieron. Uno de ellos entonces propuso la idea de degollarse unos á otros.

que le advirtiesen sus faltas. El Rey Ricardo, de edad de treinta y tres años, no tenia ni el cuerpo ni el espíritu tan bien formados como Felipe. Era duro y altanero, tanto mas escedido en exigir, cuanto mas condescendian á sus deseos, sin consideracion, sin respeto á los mismos derechos de la naturaleza, que no se detuvo en violar armándose contra su propio padre; mas poseía un brio heroico, y una capacidad igual en el arte de la guerra; era emprendedor, intrépido, valeroso hasta el punto de no ceder á cosa alguna, lo que le adquirió el sobrenombre de *Corazon de Leon*.

Haciendo en Normandía los preparativos para su viage, fue á Tours á tomar la esclavina y el bordon de peregrino, y luego partió para Vecelay en Borgoña, á donde se citaron ambos Reyes. Principió Felipe á tomar muy por menor las medidas mas sabias para el buen gobierno del reino mientras su ausencia, cuyo cuidado encargó á su madre Adela. Ordenó hasta el nombramiento para los obispados y abadías reales; mandando que durante la vacante de estas dignidades conservara la regente la regalía en su poder hasta que el candidato fuera consagrado ó bendecido. Tambien estableció que los beneficios vacantes realengos se confirieran en su nombre á personas virtuosas y literatas, segun el consejo del célebre solitario Bernardo que vivia con fama de santidad en los desiertos de Vincennes. Este es uno de los testimonios mas formales y antiguos del derecho de regalía para conferir los beneficios. Fue despues

de estas prudentes disposiciones á San Dionisio acompañado de una corte numerosa, donde el dia de San Juan recibió junto con la esclavina y el bordon el estandarte llamado el Oriflama, cuya sola vista creían llenaba de terror á los mas formidables enemigos. Luego partió á Vecelai, lo mismo que Ricardo, el 4 de Julio de este año de 1190.

Ambos Monarcas seguidos de una multitud prodigiosa de vasallos, fueron á embarcarse separadamente, Felipe en Génova, y Ricardo en Marsella, para reunirse en Messina. Uno y otro llegaron en el mes de Setiembre, y pasaron allí el invierno. Durante esta mansion, el Rey de Inglaterra cuyo carácter estremado no conocia reserva en el bien ni en el mal, juntó en una capilla á todos los obispos de su comitiva, se postró en túnica á sus pies, confesó sus vicios y la disolucion de su vida con señales las mas notables de arrepentimiento, y recibió la penitencia que le impusieron.

34. Gozaba entonces de una gran reputacion en todas aquellas comarcas por su virtud, su ciencia y su inteligencia en los escritos proféticos, Joaquin, abad de Curaco del orden del Cistér (1). La inquietud natural al espíritu del Rey Ricardo, le inspiró la curiosidad de entender las interpretaciones que hacia del Apocalipsis aquel genio exaltado, del cual se ha dicho mucho bien y mucho mal. El Rey breton le consultó sobre el éxito de la cruzada que emprendia; y Joaquin respondió que Saladino perderia á Je-

(1) Roger. 681.

rusalen y la tierra santa; pero esto al cabo de siete años despues de la conquista que el sultan habia hecho de aquella ciudad. „¿Por qué pues, replicó con viveza Ricardo, nos hacen partir tan pronto? Vuestra llegada, dijo Joaquin, no será menos útil, y hará famoso vuestro nombre sobre todos los Príncipes de la tierra. No pongais en duda de que Dios os dará la victoria contra los enemigos de su nombre.” Añadió siempre á consecuencia de sus observaciones sobre el Apocalipsis, que el Anti-Cristo estaba ya en Roma, y que sería elevado á la Sede apostólica. Las muchas predicciones de esta naturaleza, acompañadas con frecuencia de la palabra puede ser, ó de otras espresiones llenas de ambigüedad y de incertidumbre, movieron á Santo Tomás de Aquino á decir, que este autor de predicciones así verdaderas como falsas, tenia, no el espíritu de profecía, sino el espíritu de congetura que casualmente acierta con la verdad (1). Acerca del misterio de la Trinidad cayó el abad Joaquin en errores que fueron condenados en el concilio cuarto general de Letran. Aseguraba que las Personas divinas no tienen una esencia comun, y que su union no es real sino similitudinaria. Con todo, no fue tratado como herege, porque sometió sus escritos al juicio de la santa Sede.

Llevó siempre una vida edificativa, laboriosa y muy solitaria. Distinguióse en especial por su celo á favor de la castidad. Eran sus costumbres austeras; y como tenia el temperamento robusto, se daba á

(1) *In 4. Sent. dist. 43. cuest. 1. art. 3.*

las faenas pesadas para el cuerpo. Sufria alegre el frio, el calor, el hambre y la sed. Pareciéndole poco rigurosa la regla del Cistér, fundó bajo de una observancia mas estrecha la abadia de Flora en los montes de Calabria, y gobernó hasta su muerte esta casa egemplar, donde es venerado como un Santo á pesar de que la Iglesia no le haya decretado hasta ahora ningun culto.

35. El primero que partió de Sicilia fue Felipe Augusto, y llegó el 20 de Abril delante de la ciudad de Acre, sitiada dos años habia por los cristianos. Saladino que miraba este sitio como una rareza, no se habia movido á enviar auxilios á la plaza. En esto la llegada diaria de diversos cruzados, entre otros de una armada flamenca y brabanzona, principiaban á hacer la empresa respetable. Llegando el Rey Felipe en estas circunstancias, se habria puesto muy en breve en estado de dar el asalto y tomar la plaza, si por un exceso de deferencia y de fidelidad á su palabra no aguardase al Rey de Inglaterra, como se lo habia prometido para repartir con él el honor de la primer victoria.

No partió Ricardo de Messina hasta el 10 de Abril, y fue arrojado por una tempestad sobre las costas de Chipre. Tuvo tan mal acogimiento de Isaac Comneno, que habia quitado esta isla al Emperador Isaac Angelo, que se creyó bastante autorizado para arrojar á un usurpador tan odioso por su rebelion, como por el desprecio de la hospitalidad. Fácilmente hizo esta conquista, y por decirlo así, de paso; pero

Hízola adoptar en general la desesperacion: cada padre de familia tomó un cuchillo, cortó la garganta á su mujer, á sus hijos, á sus domésticos, y por último á sí mismo. De este modo acabaron los judíos de York en número de quinientos, contando tan solo las cabezas de familia. Tomó el Rey Ricardo las medidas mas capaces de prevenir los desórdenes mientras su ausencia, y para procurar los fondos que habia de menester para la expedicion de levante.

31. Predicóse la cruzada en Alemania, lo mismo que en Francia y en Inglaterra. Leyóse públicamente una relacion de la toma de Jerusalem en una dieta extraordinaria convocada por el Emperador en Maguncia. Inmediatamente se cruzó el Emperador junto con su hijo, llamado tambien Federico, y sesenta y ocho de los señores mas distinguidos, así eclesiásticos como seculares. Fue tal el número de personas de toda clase que se cruzaron, que temiendo el Príncipe los desórdenes y obstáculos que podia ocasionar tanta multitud, hizo prohibir bajo pena de excomunion, que marchasen con su ejército aquellos que no tuviesen á lo menos tres marcos de plata.

Partió inmediatamente despues de Pascua del año 1189, y tomó su ruta por la Hungría, donde fue perfectamente acogido del Rey Bela, tercero de este nombre. Pero en Bulgaria, por donde penetró poco despues, se vió frecuentemente precisado á abrirse paso con espada en mano. No esperimentó menos contradicciones de parte del Emperador Isaac Angelo

en los estados del imperio de oriente, que las que ya habian sufrido anteriormente los cruzados á causa de la perfidia de los griegos. Dando Isaac crédito á las predicciones de un monge de Studio llamado Dositheo, se habia puesto en las mientes que Federico iba con intencion de coronar á su propio hijo por Emperador de Constantinopla (1). Estaba persuadido de que él mismo debia el imperio á este visionario, á quien en premio hizo patriarca de Jerusalem, siguiendo los griegos en instituir patriarcas de su rito en esta iglesia y en la de Antioquia, á pesar de la posesion en que estaban los latinos. Tan mal procedió con los alemanes, á quienes no obstante habia prometido el paso libre, que Federico indignado desoló las tierras del infame griego, y se apoderó de Philippopolis, donde se hallaba de gobernador el historiador Nicetas. Hablando este escritor del suceso, tiene á los alemanes por iconoclastas: lo que no puede tener mas fundamento que, ó las preocupaciones nacionales, ó los excesos del soldado y sus profanaciones, sea la fe que profesa cual fuese. Dirigióse Federico de Philippopolis á Andriúpoli, donde pasó el invierno. Con su ejército que era de ciento cincuenta mil hombres y su habilidad en el arte de la guerra, se habria sin duda apoderado de Constantinopla, si el griego no se hubiera humillado en su presencia con toda la bajeza de un traidor disfrazado. Se contentó con sacar grandes sumas de

(1) *Nicet. lib. 11. cap. 4.*

dinero, víveres en abundancia y buques para pasar el estrecho.

32. Adelantóse con confianza en Asia despues de haber atravesado el Helesponto, convidado por el sultan de Yconio Keligé Arslam, cuarto de los Selyoucidas, á fin de reunir sus fuerzas contra Saladino su comun enemigo; pero reconciliados entre tanto los sultanes de Yconio y de Egipto en honor de Mahoma, acababa de casarse Meliek, primogénito de Arslam con la hija de Saladino, y este le habia enviado sus mejores tropas. Era el sultan de Yconio por otra parte el mas poderoso de los Príncipes musulmanes despues de Saladino: poseía la Licaonia, la Pisidia, la Pamphilia, la Isauria y la Capadocia. Atacó con tan terribles fuerzas á Federico en los desfiladeros, famosos por la derrota de la retaguardia del Rey Luis el jóven. Espantoso fue el combate, y solo con una habilidad igual al valor pudo el Emperador forzar el paso de las montañas de Licaonia, y llegar al llano. Todavía ganó dos batallas, y tomó por asalto la ciudad de Yconio, donde su ejército se enriqueció con el botin, pero se disminuyó lo bastante. Luego pasó los montes de Capadocia, y quiso dar descanso á sus tropas en un valle fértil y placentero bañado del rio Cidno. Era escesivo el calor; quiso bañarse como en otro tiempo Alejandro el grande en el mismo sitio, y el éxito fue aun mas funesto: apenas Federico, de edad de setenta años, hubo entrado en el rio, cuyas aguas son estraordinariamente frias, cuando perdió el conocimiento, y so-

lo le recobró para dar gracias al Señor por haberle cumplido una parte de sus votos, despues de lo cual espiró el 10 de Junio de 1190. Federico, duque de Suabia, su segundo hijo, tomó el mando del ejército, y venciendo obstáculos increíbles llegó á Antioquia, pero se introdujo la peste en sus tropas, y en breve se vieron reducidos á siete mil hombres de infantería y seiscientos caballos. Tambien murió él al cabo de seis meses de la muerte de su padre, delante de la ciudad de Acre, ó Ptolemaida, que Guido de Lusignan, libertado de la prision, tenia sitiada con los cristianos fugitivos de Jerusalem y algunos auxilios de Italia. Habia quedado en Europa Enrique VI, primogénito del Emperador Federico, y fue proclamado Rey de Germania.

33. En tales circunstancias los Reyes de Francia y de Inglaterra perfectamente amigos, segun lo daban á entender tiempo habia, resolvieron marchar juntos al socorro de los cristianos de Palestina. De estos dos Príncipes reunidos eran de esperar los sucesos mas brillantes. Ambos estaban en la flor de sus dias: Felipe Augusto tenia veinticuatro años: estaba dotado de toda la fuerza, y aun de todas las gracias de cuerpo y de espíritu, de una grande elevacion de sentimientos, de gusto á todo lo bueno y á las cosas grandes, del valor hereditario en la casa de Francia, de una sabiduría y moderacion rarissima en su edad y mas aun en los Príncipes revestidos tan pronto de la dignidad real: escuchaba de buen grado el consejo de los ancianos, y no llevaba á mal

no dejó de tomar las precauciones oportunas para asegurarla; hizose prestar juramento de fidelidad por los naturales del país, echó á todos los griegos y puso guarniciones europeas en las plazas.

36. Poco tardó en llegar al sitio de Acre; pero con mucho orgullo de haber conquistado un reino, y entregado á una vanidad, que junta á la aspereza natural de su carácter, dió mucho que sufrir á sus propios aliados, sin exceptuar á Felipe Augusto, su señor feudal y hasta entonces su amigo. No dejaron los dos Reyes de atacar la ciudad como si hubieran estado de buena inteligencia, y la redujeron á capitular despues de haber dado algunos asaltos. Por la capitulacion se estipuló, que los musulmanes volverian la verdadera cruz tomada en la batalla de Tiberiades, y que darian libertad á doscientos caballeros y á otras mil personas de menor consideracion. Desde este tratado, Acre ó Ptolemaida vino á ser plaza de refugio de los latinos en Palestina, y la escala donde esperaron largo tiempo, mas siempre en vano, la ocasion de restablecer el reino de Jerusalem.

37. Establecieron para los enfermos privados de todo auxilio un hospital mientras el sitio de Ptolemaida algunos alemanes de Brema y de Lubec, donde el orden de caballeros teutónicos adquirió por fin su perfeccion y su forma regular (1). Segun hemos visto, habia ya un hospital en Jerusalem para los peregrinos de Alemania que no entendian la lengua franca, es decir, la francesa, que usaban ya los otros

(1) *Chron. Prus. c. 1. Jac. Vitr. Hist. Hier. c. 66.*

cruzados. Tambien se juntaron luego á estos hospitalarios varios caballeros y nobles que tomaban asimismo las armas para la seguridad de los peregrinos y defensa de los santos lugares. Adquirió esta devocion un nuevo grado de perfeccion en el sitio de Ptolemaida, y se formó un tercer orden militar por el modelo de los templarios y de los hospitalarios de San Juan. Luego fue aprobado por el patriarca y los obispos del país, y confirmado en el año siguiente por el Papa. Era el hábito del orden un manto blanco con cruz negra. El hospital fue su principal casa acompañado de una iglesia que hizo fabricar en Ptolemaida el primer gran maestre llamado Enrique Walpot, dándole con todo el nombre de Santa María de Jerusalem.

38. Felipe Augusto en el entretanto cayó en una enfermedad que agotó sus fuerzas todas, y debia partir al punto á juicio de sus médicos á respirar los aires nativos. Estaba por otra parte muy poco satisfecho del Rey de Inglaterra, con el cual solo pudo conservar la concordia, ó evitar un entero rompimiento á fuerza de paciencia y de disimulo. Mas para no ser acusado de que vengaba sus disgustos personales á espensas de la Religion, dejó tropas considerables en Palestina al mando del duque de Borgoña, y las exhortó antes de partir á sostener de concierto con el Rey Ricardo la gloria del nombre cristiano. Felipe al pasar por Roma quiso tambien impetrar la absolucion de su voto, por cuanto no le habia cumplido del todo; y el Papa, mas que satisfecho de la

prudencia y generosidad de sus procedimientos, le colmó de honores y de testimonios de reconocimiento.

39. Entonces ocupaba la Cátedra de San Pedro Celestino III, á la que fue exaltado tres dias despues de la muerte de Clemente III, el 30 de Marzo de 1191. Hallábase en edad muy avanzada; pues fue cardenal diácono por espacio de sesenta y cinco años: mas su espíritu y aun su cuerpo, no se resentian todavía del peso de los años (1). Fue coronado de un modo nuevo, segun el ceremonial del orden romano, compuesto entonces por el camarero Cencio. El Papa electo, dice este autor, se postra delante del altar mientras se canta el *Te Deum*: luego los cardenales obispos le conducen á su Silla detrás del altar donde ellos se postran á sus pies y reciben el beso de paz. De allí le llevan en seguida á una cátedra de piedra colocada delante de la basílica de Letran; y luego delante de la basílica de San Silvestre, donde sentado en una silla de pórfido recibe la férula en señal de su gobierno pastoral, y despues las llaves del palacio de Letran. Pasa en fin á otra silla semejante, y en ella le ciñen una faja de seda roja de la cual está pendiente una bolsa de púrpura que contiene doce sellos adornados de piedras preciosas y mezclados de perfumes, símbolos diversos que tiene cada uno su significacion mística. La faja ó cinturón, la continencia: la bolsa, la limosna: las piedras preciosas, el colegio apostólico cuya cabeza es el Papa; y los perfumes, el buen olor de Jesucristo.

(1) *Mabill. Ms. Ital. tom. 2. pag. 210.*

40. Salió de Alemania para hacerse coronar Emperador en Roma el Rey Enrique VI, con la noticia de la muerte de su padre Federico. Dióle la corona el Papa Celestino, y le hizo grandes honores, sin dejarle no obstante tomar autoridad alguna en la ciudad. Adviértese tambien que esta coronacion se hizo de una manera no puesta en uso hasta entonces. Fue colocada la corona á los pies del Papa, que estaba sentado en su trono pontificio; y para manifestar el derecho que pretendia tener de deponer al Emperador si lo mereciese, la arrojó con el pie y la hizo rodar por tierra; mas los cardenales la cogieron al momento y la pusieron sobre las sienes de Enrique (1). Además exigió Celestino de este Príncipe la promesa de que restituiria la ciudad de Túsculo, lo que se ejecutó al siguiente dia martes de Pascua. Entrególa el Papa á los romanos el miércoles, los cuales abandonándose á la venganza fomentada por la envidia, la destruyeron hasta no dejar piedra sobre piedra. Nunca ha sido reparada desde entonces; solos algunos de sus desgraciados ciudadanos se formaron algunas chozas cubiertas con ramas de árboles entre las ruinas de uno de sus arrabales, de donde lleva su origen y nombre el pueblo de Frascati.

Prohibió asimismo el Papa al Emperador de un modo espreso que pasase á la Pulla contra Tancredo, Rey de Sicilia, á quien Celestino queria sostener en la posesion en que estaba de este reino. Enrique que hacia muy poco aprecio de las órdenes del Pontífice

(1) *Rog. Hoc. pag. 689.*

en tal materia, llevó inconsideradamente sus armas á aquella provincia, donde se apoderó de muchas plazas y aun de Salerno que es la capital. Todo cedía á su presencia, y á no haber sido por la epidemia que se introdujo en sus tropas, se habria hecho dueño entonces de la Sicilia, como igualmente de la Pulla. Algun tiempo despues habiendo muerto Tancredo, y dejando sus estados á su hijo Guillermo todavía niño, no perdió el Emperador esta ocasion tan favorable al triunfo de sus derechos. Volvió á la Italia con un nuevo ejército, se hizo coronar Rey de Sicilia en Palermo, y mandó sacar los ojos al Rey Guillermo. Fue luego este jóven Príncipe conducido á Alemania, en donde murió en una prision. Tal fue el fin que tuvo la dominacion de los normandos en la Pulla y en Sicilia, despues de cien años de un glorioso reinado.

41. Cuando Felipe Augusto dejó la Palestina, el Rey de Inglaterra que quedaba sin freno y sin competidor, dió libre rienda á la fogosidad de su carácter, y decidió en todo con una autoridad y una altivez despótica; lo que entibió mucho á la nobleza, y ocasionó un descontento general. Retiróse á su casa con sus tropas y sus naves el marqués de Monferrato, uno de los cruzados mas poderosos como señor de Tyro, irritado de que Ricardo sostenia abiertamente contra él el partido de Guido de Lusignan. Volvieron los alemanes á embarcarse con Leopoldo, duque de Austria, para aproximarse á su país. Persuadiéronse otros muchos cruzados de que habian cum-

plido su voto con la toma de Ptolemaida; y de este modo en breves dias y sin haber dado todavía una batalla formal, el ejército cristiano se vió debilitado en gran manera.

Todavía se hallaba no obstante en estado de intentar las mayores empresas; y si con cerca de cien mil hombres que restaban, el Rey Ricardo hubiera marchado sin detencion á Jerusalem en la consternacion en que estaban los musulmanes, y aun el mismo Saladino, es muy probable que se habria apoderado de aquella ciudad, objeto de tantos votos y de tantos afanes. Pero entreteniéndose en reparar las fortificaciones de Acre, dió tiempo al enemigo para juntar un ejército considerable. Sin embargo, salióle al encuentro, y le acometió cerca de Cesaréa: la batalla fue enconada, y combatieron cuerpo á cuerpo Ricardo y Saladino que se cargaron con furor. Saladino quedó tendido en tierra: los suyos le creyeron muerto, y volvieron las espaldas. Ricardo no menos obstinado en perseguirlos que ardiente en cargarlos, quedó dueño del campo de batalla. Tampoco supo servirse de esta ventaja; pues en lugar de volar en derechura á Jerusalem, empleó el resto de la campaña en alzar sobre las costas las fortificaciones de algunas plazas desmanteladas. No marchó contra esta capital hasta seis meses despues, cuando el rigor del invierno hizo el sitio imposible. Fue preciso acamparse y esperar la primavera; pero los soldados franceses llenos de desesperacion por tener que abandonar la ciudad santa, cuando apenas habian descubierto

las puntas de sus torres, acusaron á Ricardo de infiel á la Religion, y sin escuchar otra cosa quisieron volverse á Europa.

Vióse muy presto este mismo Príncipe obligado á volverse á Europa, á causa de los arriesgados movimientos que su ausencia producía en Inglaterra, donde los Príncipes sus hermanos habian ya sublevado la mayor parte del reino contra el obispo de Eli, encargado de la regencia. Dióse prisa en concluir con Saladino una tregua de tres años, tres meses, tres semanas y tres dias. Quedó establecido que toda la costa desde Jaffa hasta Tyro sería para los cristianos, con Ptolemaida y Ascalon; y que los cruzados podrían ir en cortas partidas á visitar el santo sepulcro. Juró Saladino sobre el alcoran; pero Ricardo alegando con su comun altanería que era suficiente su palabra real, dió tan solo la mano á los musulmanes. Luego dispuso de los dos reinos: dió el de Chipre á Guido de Lusignan, el que cedió sus derechos sobre el de Jerusalem al conde de Champaña, sobrino del Rey Ricardo. Acababa de casarse este joven Príncipe llamado Enrique con la Princesa Isabel, hermana de la Reina Sibila, y viuda de Conrado de Monferrato, señor de Tyro, asesinado poco tiempo habia por el viejo de la montaña, que principió á adquirir fama por estos horribles crímenes. Mandaba una secta de musulmanes y la hizo muy numerosa, dispensándoles de los egercicios mas molestos de su religion, y permitiéndoles toda especie de atrocidades. En inminente riesgo se hallaba la vida de los

Príncipes mas poderosos que osaban resistirles (1). Amenazóle un enviado del sultan Geladel-Doulet con la indignacion de su amo en las montañas donde se habia establecido á los confines de la Persia: el viejo mandó á uno de sus vasallos á presencia del enviado del sultan, que se arrojase de lo alto de una torre, y á otro que se clavase un puñal en el pecho: obedecieron sin vacilar y con cierto gozo. Entonces volviéndose al enviado: id, le dijo, y participad á vuestro amo que tengo setenta mil prontos á egecutar mis órdenes de la manera que habeis visto. Sacrificaron estos furiosos á la venganza de su gefe una multitud de Soberanos, que no pudieron precaverse de su ciego furor. Como no traían mas armas que un puñal, les dieron el nombre de *hasasins* en árabe, de donde tomó origen entre nosotros la palabra asesino.

42. Temiendo el Rey Ricardo aportar á la Pulla, donde se hallaba con fuerzas formidables al Emperador Enrique VI que no le era apasionado, tomó el rumbo de Dalmacia. Naufragó en el golfo de Venecia, y se vió reducido á adelantarse por tierra en los estados del duque de Austria, á quien habia ofendido vivamente en Palestina. Aunque disfrazado de templario, fue reconocido y conducido al duque, el cual le detuvo en Viena en una estrecha prision, y le entregó despues al Emperador su enemigo. A fuerza de instancias muy vivas y reiteradas de la Reina Leonor, madre de Ricardo, escribió el Papa Celestino al Emperador y al duque de Austria, y negán-

(1) *Elmac.* pag. 286.

dose á entregarle, pronunció contra ellos sentencia de excomunion, estensiva á aquellos que atentasen á la persona y bienes de los cruzados. Fue preciso, no obstante, despues de un año de prision, que Ricardo pagase un rescate escesivo, dejando rehenes para seguridad del cobro de lo que no pudo pagar de pronto. Pero apenas se vió libre, no se creyó obligado á estos contratos forzados, y el Papa le dispensó de sus juramentos. El duque Leopoldo, que juzgó esta conducta mas propia de un pirata que de un Soberano, se abochornó de sí mismo, y dió á entender que se arrepentia con sinceridad. Herido, como se persuadió, de la mano de Dios en sus estados y en su persona, se confesó culpable, y entregó los rehenes de Ricardo, y ordenó la restitucion de las sumas que ya habia percibido, y que no podia entregar en persona. Tenia rota la pierna de una caída del caballo, y nunca pudo restablecerse. Sobrevinole la gangrena, y fue necesario cortársela, pero subió la corrupcion mas arriba, y fue inevitable la muerte que sufrió prometiendo hacer una penitencia egemplar si Dios le restituía la salud.

Llegó por último despues de tantas humillaciones el Rey Ricardo á su reino. Para borrar la mala impresion que los ultrages cometidos en la Magestad Real podian dejar en el espíritu de los pueblos, se hizo coronar de nuevo con tanta solemnidad como si principiase su reinado. Godofrido, arzobispo de York, su hermano natural con el conde de Mortain, que reinó despues con el nombre de Juan

Sin-Tierra, eran las causas principales de las conmociones que habian agitado el reino durante la ausencia del Rey. En tanto que este prelado se ocupaba en las cábalas é intrigas, olvidaba escandalosamente todas las funciones del santo ministerio. Todos los dias iba á caza, no celebraba sínodo alguno, fulminaba las excomuniones segun la impetuosidad de su cólera y los caprichos de su fantasía. Quejóse su iglesia al Papa, y éste comisionó al santo obispo Hugo de Lincoln para hacer una informacion jurídica.

43. Para reprimir el desprecio de la disciplina eclesiástica sin ceder á respeto alguno, no habia persona mas á propósito que este prelado (1). Presentado de edad de ocho años en un monasterio de canónigos regulares por su padre valeroso y virtuoso caballero borgoñés, en el cual él mismo se consagró despues al Señor, se arraigó desde muy pronto en los principios de una sólida piedad. Luego le hizo pasar al órden de los cartujos el deseo de una vida mas perfecta, donde anunciaba siendo de edad aun tierna su aficion á los egercicios del cielo, y aquel carácter de firmeza que nos hace á propósito para ellos cuando le acompañan la prudencia y la modestia. Preguntóle uno de los ancianos, llegado el tiempo de ordenarle de sacerdote, ¿si deseaba recibir las órdenes sagradas? Respondió sencillamente, que nada deseaba tanto en este valle de lágrimas. ¿Pues cómo, replicó el anciano, osais desear lo que hace temblar á los mas perfectos? Hugo amedrentado de

(1) *Vit. S. Hug. ap. Sur. 17. Apr.*

B x 944

B-1

V.14

HISTORIA

DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

EL ABATE BERNARDINO

VERITATIS

CAROLINO DE MOYON

Esta obra es propiedad de la casa de Monfort.

HASTA EL PONTIFICADO DEL SR. P. LION XII

TOMO III

Desde la muerte de San Bernardo en el año 1053 hasta el primer concilio general de Lyon en el año 1245

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135831

135831

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-SÉPTIMO.

N.º 1. *San Guillelmo de York.* 2. *Enrique Rey de Inglaterra, primero de este nombre y de la familia de los Plantagenetas.* 3. *Adriano IV sucede al Papa Anastasio IV.* 4. *Arnaldo de Brescia puesto en manos del Papa.* 5. *Coronacion del Emperador Federico.* 6. *El Rey de Sicilia es reconocido por el Papa.* 7. *Congregacion de Malavale.* 8. *Santa Isabel de Schonange.* 9. *Muerte de Pedro el Venerable, sus virtudes y doctrina.* 10. *Muerte de Otton de Frisinga.* 11. *Origen de las discordias de Federico II con los Papas.* 12. *Asamblea de Roncaille.* 13. *Universidad de Bolonia.* 14. *Decreto de Graciano.* 15. *Estado de las ciencias.* 16. *El libro de las sentencias.* 17. *Antigüedad del derecho de regalia.* 18. *Principio de la tercera cruzada.* 19. *Institucion del orden militar de Calatrava.* 20. *Discordias de Adriano IV, y del Emperador Federico.* 21. *Consejos dados al Papa por Everardo de Bamberg.* 22. *Cisma de Octavio.* 23. *Esfuerzos del Emperador para estender el cisma.* 24. *San Anthelmo de Belui.* 25. *Pedro de Tarentesia.* 26. *Alejandro III en Francia.* 27. *Beneficiados ausentes en servicio del Rey, tenidos como presentes.* 28. *Conferencia en San Juan de Laune.* 29. *Construccion de la iglesia de nuestra Señora de Paris.* 30. *El Papa tiene un concilio en Tours.* 31. *Principios de Santo Tomás de Cantorberi.* 32. *Su obispado.* 33. *Mudanza del Rey contra el santo arzobispo.* 34. *Santo Tomás huye á Francia.* 35. *Conducta religiosa de*

TOM. XIV.

1

Luis el joven. 36. Costumbres de Inglaterra. 37. Santo Tomás en Pontigni. 38. San Gilberto de Sempriguan. 39. Dieta de Wirsburgo. 40. El Antipapa Pascual. 41. Regreso de Alejandro III á Roma. 42. Canonización de Carlo-Magno. 43. Manuel Comneno ofrece socorros al Papa. 44. Federico se aproxima á Roma, y en breve se vé precisado á abandonarla. 45. Santo Tomás es instituido legado de Inglaterra. 46. Carta del Santo á los obispos de este reino. 47. Se vé precisado á retirarse de Pontigni. 48. Generosidad religiosa de Luis el joven. 49. Tratado de Montmiral. 50. Luis el joven declarado mas fuertemente que nunca á favor de Santo Tomás. 51. San Gotrico recluso. 52. Reconciliacion de Santo Tomás con el Rey de Inglaterra. 53. Anuncia estar su muerte cercana. 54. Su martirio. 55. Su canonización. 56. Venganza divina sobre los asesinos y sobre el Rey de Inglaterra. 57. Penitencia de Enrique II. 58. Conversion de la Pomerania. 59. Carta del Papa al sultán de Iconio. 60. Pedro de Blois. 61. Pedro Comestor. 62. Libros rabínicos. 63. El Papa escribe al Preste Juan. 64. Conferencia de Teoriano con el católico de Armenia. 65. Lamberto el Tartamudo instituye los begüinas de Flandes. 66. Orden militar de Santiago. 67. El abad de Strum, bajo el nombre de Calisto III, sucede al Antipapa Pascual. 68. Federico es derrotado, y resuelve sujetarse á la santa Sede. 69. Tratado de Venecia. 70. El Antipapa Lando. 71. Tercer concilio general de Letran. 72. San Lorenzo de Dublin. 73. Cánones de Letran.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO TRIGÉSIMO-SÉPTIMO.

Desde la muerte de San Bernardo en el año 1153,
hasta el tercer concilio general de Letran en el
de 1179.

1. **D**ejó en la Iglesia un vacío inmenso que causó un sentimiento general, la muerte de un Pontífice como Eugenio III, y la de San Bernardo acaecida por el propio tiempo; mas pronto se conocieron las justas razones que tenían los fieles para gemir. Lloraban la necesidad de la mediacion y del ascendiente de Bernardo sobre el espíritu de los pueblos y de los Reyes, en las guerras cismáticas que abortaron el trastorno de la Alemania y la Italia, y en las tristes disputas que se suscitaron entre el primado y el Rey de Inglaterra.

Demasiado pronto murió el Papa Anastasio IV, anciano de grande esperiencia y de insigne virtud, para que la Iglesia pudiese recoger los frutos que debia esperar. Durante su pontificado que duró año, y

medio, restableció en la silla de York á Guillelmo, sobrino del Rey de Inglaterra, prelado de costumbres muy puras, de una dulzura admirable, de una liberalidad sin límites para con los pobres, y que no obstante esto había sido depuesto en el concilio celebrado en Rems el año de 1148. Acusáronle en él y convenciéronle de no haber sido electo libremente, sino que había sido nombrado por el Rey antes de su elección. Sufrió esta afrenta sin quejarse de nadie, no dando oídos á las sugerencias de los que procuraban alentarle contra sus adversarios, y se retiró á un país distante del tumulto del siglo, donde se ocupó solamente en la oración y en los ejercicios de la penitencia (1).

Uno de los que juzgaron que no debían deponerle fue el cardenal Conrado; y habiendo llegado á ser Pontífice con el nombre de Anastasio, y habiendo muerto Enrique Murdas elevado á la silla de York, Guillelmo sin quejarse de la sentencia fulminada contra él, se dirigió á Roma implorando misericordia. Le restableció el nuevo Papa en su dignidad de acuerdo con sus cardenales, y le concedió el palio de que hasta entonces había carecido; mas apenas se puso en camino para su diócesis, le acometió una enfermedad de la que predijo que no saldría. Además señaló á sus domésticos el día de su muerte, despreció los auxilios inútiles de la medicina, y murió en el día indicado 9 de Junio, el mismo en que la Iglesia honra su memoria desde que le canonizó el Papa

(1) *Bolland. 3. Jun.*

Honorio III en 1225. Muchos milagros acompañaron la traslación de su cuerpo efectuada después de un siglo.

2. Murió también el Rey su tío en el año 1154. Enrique Plantagenet de la casa de Anjou, cuya madre fue Matilde, hija del Rey Enrique I, el cual era ya duque de Normandía, fue en fin coronado Rey de Inglaterra en 20 de Diciembre del mismo año. Casó con la famosa Leonor, duquesa de Aquinania, después que se separó del Rey Luis el joven. Poseyendo de este modo por su madre el reino de Inglaterra y el ducado de Normandía, por Godofredo su padre los condados de Anjou, de Turena y de Maine, y en cabeza de su esposa el ducado de Aquitania con el condado de Potiers, se halló el más poderoso de los Príncipes cristianos. Esta circunstancia no pudo sin embargo ponerle á cubierto de los reveses, de las guerras civiles y de todo género de aflicciones, siendo una de las más sensibles haber encontrado aduladores que creyeron ganar su gracia viniendo á ser verdugos de un santo.

3. El Rey Enrique, segundo de este nombre, poco tiempo después de su coronación escribió al Papa Adriano IV, que había sucedido á Anastasio algunos días antes de la coronación de Enrique, es decir en 3 de Diciembre de 1154. Adriano que antes se llamaba Nicolás Brekspese, esto es, Rompe-lanzas, nació en Inglaterra de humilde familia, y el Rey al cumplimentarle por su elevación, felicitó á la nación por haber producido en su suelo una tierna

planta que trasplantada había llegado á ser un árbol tan grande y fértil (1). Pidióle al mismo tiempo el permiso de hacerse dueño de Irlanda para restablecer en ella el cristianismo en toda su pureza; lo que le concedió el nuevo Papa, con la inteligencia de que todas las islas que habían recibido la fe cristiana pertenecían á la iglesia romana como lo expresa la bula. El Pontífice, en señal de investidura, envió al Rey un anillo de oro adornado de esmeraldas que se guarda en los archivos.

Adriano era hijo de un notario llamado Roberto, que se hizo monge de San Albano, y el mismo Adriano en sus primeros años subsistió algun tiempo de las limosnas de aquel monasterio; pero creciendo con la edad y con las instituciones paternas el espíritu y los sentimientos, se avergonzó de esta dependencia, pasó el mar, y penetró al mediodía de la Francia hasta San Rufo, monasterio famoso de canónigos regulares cerca de Aviñon. Como su aspecto era hermoso, su caracter amable, su espíritu vivo, lleno de inteligencia, y al mismo tiempo de reserva y de juicio, encantó á toda la comunidad, y ésta le propuso tomar el hábito. Vivió muchos años entre estos religiosos, señalándose por su regularidad, por su aplicacion á las ciencias y á la elocuencia, en la que hizo muchos progresos. En fin, de tal modo se granjeó la estimacion de todos, que habiendo muerto el abad le nombraron para sucederle.

Pero este afecto no fue duradero: el capricho de

(1) *Petr. Bl. Ep.* 163.

sus compañeros llegó tan adelante, que se quejaron contra él al Papa Eugenio. Esta primera tentativa no produjo mas que una reconciliacion paliada y poco durable; pero importunado el Papa segunda vez de las quejas de los canónigos, les dijo: „id con Dios, y elegid un abad con el cual podais vivir: por lo que toca al que os es tan gravoso, á mí me será útil.” Despachólos de este modo, y retuvo consigo á Nicolás para que le ayudase en el gobierno de la Iglesia, á cuyo fin le hizo cardenal y obispo de Albano. Despues le confirió la legacion de Noruega, en la cual se dedicó con celo infatigable á hacer verdaderos cristianos aquellos pueblos todavía muy bárbaros. A su regreso fue elevado á la Silla apostólica en el dia siguiente al de la muerte de Anastasio.

4. Hallábase en Roma Arnaldo de Brescia, donde sostenido siempre por ciudadanos poderosos, y principalmente por los senadores, continuaba sus invecitivas sediciosas contra el clero. Inflamados sin cesar por este entusiasta algunos de sus partidarios, se arrojaron sobre el cardenal Gerardo, que iba á visitar al Pontífice, y le hirieron gravemente. En castigo de este crimen se puso entredicho en la ciudad de Roma, suspendiéndose los oficios divinos, hasta que los senadores, obligados por el pueblo, se presentaron al Papa y le juraron sobre los Evangelios que arrojarían á Arnaldo y á sus secuaces. En efecto, fueron desterrados, y por consiguiente levantado el entredicho. Entonces el Sumo Pontífice salió de la ciudad Leonina, donde había permanecido desde su consa-

gracion, atravesó por medio de Roma con un séquito numeroso de cardenales, obispos y nobleza, y fue á establecerse en el palacio de Letran con gran regocijo del pueblo.

Poco tiempo despues supo el Papa que el Rey Federico marchaba á Roma con mucha diligencia (1). Como este Príncipe se hallaba al frente de un ejército numeroso, y habia cometido muchas hostilidades en Lombardia antes de hacerse coronar por Rey, temia Adriano que fuese á Roma con intenciones dañadas; y esto con mas razon porque Federico tenia consigo á Arnaldo de Brescia, al que los señores de la Campania habian libertado poco tiempo antes de las manos de las gentes del Papa y remitido al Rey. El Papa juntó su concilio, envió tres cardenales al encuentro de aquel Príncipe, y les prescribió los artículos segun los cuales debian tratar. No dejaron de reclamar al revoltoso sectario, que el Rey les entregó desde luego, dándoles por otra parte un acogimiento que disipó enteramente sus temores.

5. Despues de otras muchas seguridades que el Papa creyó debia exigir además de éstas, salió de Citiá-di-Castello, fortaleza reputada por inespugnable, en la cual se habia ya encerrado, y fue á encontrar al Rey en su campo, cerca de Viterbo. De allí pasaron uno y otro á Roma. Al dia siguiente de su llegada 18 de Junio de 1155 recibió Federico solemnemente de manos del Papa la corona imperial, que era el objeto de su viage. La ceremonia se hizo pa-

(1) *Otho. lib. 2.*

cíficamente á pesar del descontento de los romanos, cuyo consentimiento no se habia esperado; mas habiéndose retirado el Emperador á su campo bajo los muros de la ciudad, salieron los descontentos del castillo de Sant-Angelo, de que se habian apoderado, se arrojaron sobre algunos alemanes que quedaron en San Pedro, y los asesinaron en la misma iglesia. Acudió el Emperador con sus tropas. Los romanos se atrevieron á sostener el combate, y perecieron en él cerca de mil, sin contar doscientos prisioneros, cuya libertad solicitó y obtuvo el Pontífice.

6. Fomentaba la rebelion de los romanos Guillelmo, Rey de Sicilia, por sobrenombre el Malo, que en el año anterior habia sucedido á Rogero su padre. El nuevo Rey estaba irritado contra el Papa Adriano, por haberle negado la confirmacion de la dignidad real, y escitado al Emperador Federico á que le declarase la guerra; pero obligado Federico á emprender la ruta de Alemania por causa de los calores del estío y de las enfermedades que se introdujeron en el ejército imperial, invadió Guillelmo las tierras de la iglesia romana, y tomó muchas plazas en la Campania. En fin, habiendo el Papa partido á Benevento, donde Guillelmo fue á sitiarse, reconoció á este por Rey de Sicilia, y convino, con respecto al régimen eclesiástico, en diferentes artículos que muchos cardenales que le acompañaban tuvieron por vergonzosos á la santa Sede. El Rey por su parte prometió pagar el tributo anual, conforme lo habian practicado sus predecesores, y en recom-

pensa del reino de Sicilia dió al Papa el ducado de la Pulla, el principado de Capua y todas sus dependencias. Estos tratados recíprocos del Papa y del Rey tienen la fecha del mes de Junio de 1156.

7. Durante las revoluciones que les precedieron, un varón de Dios llamado Guillermo, libre de las pasiones é inquietudes que agitaban al mismo clero, después de haber mudado muchas veces de domicilio, fue á establecerse en Toscana en las inmediaciones de Siena, en un desierto estéril llamado por esta causa Malavale (1). Vivió allí diez y ocho meses, mas bien como ángel que como hombre, y dejó en su muerte grande opinion de santidad. Un jóven llamado Alberto habia ido desde luego á alistarse por su discípulo. Después de su muerte, Reinaldo se reunió á Alberto, é imitáronle muchos, los cuales formaron poco á poco una congregacion de solitarios llamados guillerminos bajo la regla de San Benito. Venera la Iglesia la memoria de San Guillermo de Malavale en el dia de su muerte 10 de Febrero. Ignoramos el pais donde nació y aun la mayor parte de su vida; y varios escritores han interpolado muchas fábulas, confundiéndole algunas veces con Guillermo, duque de Aquitania y conde de Poitiers, muerto en Compostela. Ha llegado la falsa crítica hasta confundirle con Guillermo, duque de Aquitania en el reinado de Carlo-Magno, y fundador del monasterio de Galona, ó San Guillermo del desierto en el territorio de Lodeva.

(1) *Bolland. 10. Februar.*

8. Floreció por el propio tiempo Santa Isabel de Schonauge ó Bellavista, llamada así del sitio del monasterio adonde se retiró en la diócesi de Tréveris. Fue favorecida como Santa Hildegarda, á quien profesaba estrecha amistad, con éstasis, revelaciones y otras muchas gracias sobrenaturales y superiores á la vida comun. Descubrieron en su tiempo en Colonia muchos sepuleros, cuyas inscripciones demostraban ser los de Santa Úrsula y de sus compañeras, veneradas en aquella ciudad por espacio á lo menos de trescientos años. Temiendo Gerlac, abad de Duits, que los mismos que hicieron el descubrimiento de estos cuerpos santos hubiesen sobrepuesto las inscripciones, comunicó las principales á Isabel con la esperanza de que Dios la favoreciese con alguna nueva revelacion acerca de ellas. Muy verosímil es que la santa temiese tentar al Señor, y no pidió ni obtuvo luces milagrosas para un género de descubrimientos, que solo deben buscarse en la historia y en la crítica segun las reglas del arte y los principios de la razon. No sabemos en todo caso cual fue en verdad su respuesta á las preguntas de Gerlac pertenecientes á Santa Úrsula y á sus compañeras. Mas en cuanto á la historia de éstas mártires, segun la hallamos en el libro cuarto de las obras de Isabel de Schonauge, no solo parece supuesta, sino que es insostenible y á las claras fabulosa. Hállanse en ella Papas y Soberanos que nunca existieron, y hechos contrarios á las historias y á los monumentos mas auténticos. Induce esta razon á creer que el espresado libro cuar-

esta reprehension, se postró y pidió perdon llorando. El anciano siguió con dulzura: alzaos, hijo mio, y no os turbeis; veo el espíritu que os anima: si ya vais á ser sacerdote, y sereis tambien obispo cuando haya llegado el tiempo que el Señor tiene señalado. Despues que Enrique hubo levantado en el condado de Sommerset la cartuja de Onitham, la mas antigua de las fundaciones de este órden en Inglaterra, los dos primeros priores no pudieron sacar fruto alguno de los inaccesibles naturales del pais. No solo ganó Hugo, tercer prior, el afecto de un pueblo áspero en particular respecto de los extranjeros, sino que por el ascendiente de su genio y de sus virtudes adquirió tanto crédito para con el Rey, que este Principe, aunque muy pagado de su propio talento, decia á cada paso que habia encontrado su maestro en un monge.

Fue Hugo arrancado del retiro para ascender á la silla de Lincoln, y llenó todas las esperanzas que de él se habian concebido, así por la rectitud de su alma, como por la rara penetracion de su espíritu. Habia recibido del cielo un don tan singular en discernir entre los buenos derechos y las pretensiones no justas, que los mas hábiles jurisconsultos le miraban como su oráculo en las decisiones de los asuntos trascendentales aunque jamás habia estudiado la jurisprudencia. Cuantos tenian causas justas le pedian por juez, con tanta mayor confianza quanto añadía á sus luces una circunspeccion igual, y un valor incapáz de dejarse corromper por ningun res-

peto humano. Así los Papas bajo cuyo gobierno vivió, le encomendaron los mas importantes asuntos de la iglesia anglicana. No estorbó á Hugo la sangre real que corria por las venas del arzobispo de York, vengar la disciplina de los golpes que recibió de este prelado por sus costumbres en un todo seculares. Procedió contra él intrépidamente. Apeló el arzobispo á la santa Sede: Hugo le prefijó término dentro del cual debia comparecer en Roma, y entretanto envió las informaciones que le habian encargado. Por último, no habiendo comparecido el arzobispo, cuyo designio no habia sido otro que eludir con tergiversaciones y dilaciones, fue declarado suspenso del palio, de las funciones episcopales y de toda administracion tanto espiritual como temporal de su iglesia.

44. El santo obispo de Lincoln no mostró menos su firmeza respecto al mismo Rey Ricardo, á pesar del imperio absoluto que egercia en su reino. Mediaba una grande antipatia entre este Principe y Felipe Augusto, y ambos Monarcas orgullosos y valientes eran demasiado vecinos para permanecer mucho tiempo en paz. Poco despues que Ricardo fue sacado de las prisiones de Alemania, quiso vengarse de Felipe que habia entrado en sus estados. Hallándose exausto el erario, hizo juntar los prelados para exigir las grandes sumas que necesitaba. Examinando la cosa el obispo de Lincoln con aquella justificacion que le era tan propia, halló que iba á ponerse el clero en estado de no poder atender al auxilio

su carácter turbulento le opuso cada día nuevos óbices. Respecto de la Francia, el Rey Felipe estaba implicado en un negocio que absorbía todos sus cuidados, y que no le permitía salir del reino. Muerta que fue su primera mujer Isabel de Hainaut, aunque le dejó un hijo que le sucedió con el nombre de Luis VIII, quiso contraer segundas nupcias. Pidió y obtuvo á la Princesa Isemburga, hija de Canuto III, Rey de Dinamarca, cuya distinguida belleza y virtudes encomiaban todos. Fue á recibirla á Amiens, y quedó tan gustoso de experimentar por sí mismo lo que la fama divulgaba, que se casó en el mismo día de su llegada. Mas desde el día siguiente concibió un disgusto tan grande, que no lo atribuyeron á causa mas plausible que al sortilegio. Antes de cumplir tres meses de matrimonio, tuvo el Rey en Compiègne con los obispos y los señores un parlamento en que presidió su tío Guillermo, arzobispo de Rems y legado de la santa Sede. No faltaron testigos que aseguraron con juramento mediar parentesco entre Isemburga y la difunta Reina Isabel, por parte de Carlos el Bueno, conde de Flandes de la casa de Dinamarca. Por su parte sostuvo el Rey que no habia consumado su segundo matrimonio, aunque Isemburga afirmaba lo contrario. Habiendo pues juzgado los prelados que habia nulidad, el arzobispo legado la pronunció por sentencia. Inmediatamente dejó el Rey á la Princesa, y quiso enviarla libre á Dinamarca; pero ella pidió entrar en un monasterio, prefiriendo pasar el resto de su vida en continencia, al contrato de

un nuevo matrimonio que miraba como un delito. Púsole el Rey en una comunidad de Flandes, dejándola en tal indigencia, que no hizo mucho favor á la causa del Monarca.

48. Estévan, que de la abadía de Santa Genoveva de París habia pasado al obispado de Tournay donde estaba esta Princesa, se poseyó de la compasion mas viva y generosa. Estévan tenia el obispado por eleccion de Guillermo, arzobispo de Rems, encargado del gobierno de aquella provincia mientras el viage del Rey Felipe al oriente; además gozaba de tanto favor con el mismo Rey, que fue uno de los padrinos del Príncipe Luis, heredero presuntivo de la corona. Mas ninguna de estas consideraciones le detuvo para recomendar con eficacia la suerte de esta Princesa al mismo prelado que sentenció contra ella, y le escribió de este modo (1):

„Dejando para Dios el juicio de un asunto tan delicado, no puedo menos de plañirme de una Princesa reducida á pedir el alimento, despues de haber vendido para su subsistencia su vajilla y sus mejores vestidos. ¿Quién no se compadecerá sobre todo al ver tanta miseria con tanta virtud? ¿Quién podrá observar indiferente la estraña desgracia de una jóven de sangre real, mucho mas recomendable por su virtud que por su cuna? Pasa los días enteros dada á la oracion, á la leccion y al trabajo. Ocupan todas sus horas los egercicios serios y penosos; tan solo le falta el tiempo para la alegría y los divertimientos que

(1) Ep. 261.

de los pobres y á la magestad del culto, que eran los únicos objetos á que estaban destinados los bienes de la iglesia. Elocuentemente esplicó sus razones, y solo pudo atraer á su dictámen á uno de sus compañeros, el que se separó tambien pasado poco tiempo.

Muy irritado el Rey con esta resistencia, pues por ella osaba un solo obispo distinguirse de todos los demás, envió gente armada para despojarlo de todos sus bienes y separarle de su silla; pero los que fueron encargados de esta comision no se atrevieron á ponerla en práctica. Dejólos admirados al llegar á su presencia su aspecto firme é intrépido; el temor de los castigos divinos se apoderó de su espíritu, y se tornaron sin haber hecho cosa alguna. No obstante, temeroso el Santo de atraer sobre su rebaño los ímpetus de un Príncipe tan colérico como Ricardo, quiso esponerse él solo á todo el riesgo, y partió á encontrarle. Saliéronle al encuentro al acercarse á la corte algunas gentes buenas diciéndole que no se presentase al Rey; que no se espusiese á una muerte segura; y que no diese lugar á que se renovasen los delitos y calamidades que hicieron gemir por tanto tiempo á la Inglaterra despues de la muerte del santo mártir de Cantorberi. Viendo que no le movian estas pinturas horribles, para obligarle mas eficazmente á retirarse, un señor muy virtuoso se ofreció por mediador. „¡Qué! le respondió, ¿quereis que huya del riesgo para sumergir en él á vos y á vuestros hijos?“ Así que acabó estas pocas palabras, se adelantó y entró en el palacio.

Noticioso de que el Rey estaba oyendo misa, fue en derechura á la capilla; y sin esperar á que le dieran aviso, le acometió repentinamente, y le dijo: „dadme el beso de paz. No lo mereceis, le respondió el Rey. Yo he venido á buscarle desde muy lejos, replicó el obispo, y es forzoso que me le deis.“ Inclínose el Rey con sonrisa y le dió el beso. Oyeron juntos el resto de la misa, y cuando trajeron al Monarca el porta-paz, le hizo presentar primero al santo obispo. Los otros prelados y todos los asistentes apenas podian creer lo que veían. El Santo le dijo acabada la misa: *aun no está hecho todo*; y le llevó detrás del altar.

Allí sentándose junto á él, „venid acá, le dijo, decidme ¿cómo va vuestra conciencia? Pues vos sois de mi diócesi, y tengo de responder de vuestra alma en el juicio de Dios.“ Deponiendo Ricardo toda la altivéz y la aspereza de su índole, le respondió: „mi conciencia está en muy buen estado, á no ser que sea culpable el enojo que me obliga á perseguir á los enemigos de mi reino. ¿Qué me decís, replicó Hugo, no vejais á vuestros propios vasallos? ¿No oprimís á los mas débiles y á los mas inocentes? ¿No haceis gemir á toda Inglaterra bajo el peso de vuestras continuas exacciones? Por otra parte he sabido que habeis faltado á la fe conyugal; ¿son pecados tan despreciables para que vuestra conciencia pueda estar tranquila?“ El Rey quedó á estas palabras tan sorprendido, que no se atrevió á desplegar los labios; y siguiendo el santo pastor en su reprehension, se disculpó

Ricardo tartamudeando sobre algunas cosas, pidió con humildad perdon de otras, y prometió enmendarse. Luego á presencia de toda la asamblea enumeró el obispo todas las justas razones que habia tenido para oponerse á lo que deseaba el Rey. „¿Y no me mostrara indigno del título de pastor, añadió, si me hubiese hecho cómplice en la vejacion de mis ovejas?“ No necesitó el Rey mas apología, y aun se tuvo por feliz en que el Santo no pasase mas adelante en la correccion. Así que partió, volviéndose Ricardo hácia los señores de su comitiva con voz trémula aun, les dijo: „si todos los obispos se parecieran á este, los Príncipes y los cortesanos no tendrian ningun imperio sobre ellos.“

Poco despues el santo prelado, haciendo la visita de su diócesis, encontró en la abadía de Godestabe un sepulcro soberbio, que le dijeron ser el de Rosemunda, dama de Enrique II. Esta fue, dijo, una prostituta: que la saquen de aquí. No estuvo en su mano sufrir que la disolucion y el adulterio fuesen colocados en un lugar honorífico, y se egecutaron al punto sus órdenes.

45. Sin ser tan duro como el Rey Ricardo, el Emperador Enrique VI, no usó de la misma moderacion que este Príncipe en un lance mucho menos ofensivo (1). Vióse, á consecuencia del furor á que se abandonó, renovar la escena sangrienta ocasionada por las quejas indiscretas del Rey Enrique II contra el santo primado de Inglaterra. Habiendo muerto de un veneno Ro-

(1) *Ælgid. de episc. Leod. cap. 56. et seq.*

dolfo, obispo de Lieja, al llegar cerca de su casa de vuelta de la cruzada, á donde siguió al Emperador Federico, los votos para la eleccion de su sucesor se dividieron entre dos concurrentes, llamados los dos Albertos, y los dos archidiáconos de la iglesia vacante. Igualmente eran uno y otro de sangre ilustre, el uno hermano del duque de Lorena, y el otro del conde de Rethel; pero éste, que era hombre sin letras y sin disposiciones para adquirirlas, no tenia mas mérito que el esplendor del nacimiento, en que igualándole, á lo menos, Alberto de Lorena, le escedia indudablemente en todo lo demás. No se atrevió sin embargo el Emperador, que no amaba al duque de Lorena, á declararse por Alberto de Rethel, notoriamente incapáz; pero pretendia que en este caso de division, la eleccion pertenecia á él solo; y dió la investidura al hermano del conde de Hotstad, que le habia hecho señalados servicios. Apeló al Papa el clero de Lieja, é hizo ver que la eleccion de Alberto de Lorena era canónica. Pasó este en persona á Roma, á pesar de los espías que el Emperador habia puesto en el camino, viéndose en la precision de vestirse de criado para burlarlos. Fue presentado al Papa Celestino en este trage, quien llorando de compasion le consoló paternalmente, y le colmó de todos los honores debidos á la reputacion que se habia granjeado en Italia. Llegó el Pontífice hasta despreciar con magnanimidad el consejo de algunos cardenales que temian el odio impetuoso de los alemanes; y confirmó en público la eleccion de Alberto de Lorena.

El protegido del Emperador entretanto tomó posesion del obispado y de las fortalezas que dependian de él. Habiendo vuelto Alberto de Roma, el duque de Ardena su tio le hizo ofrecer sus fuerzas y las de sus amigos, para apoyar los derechos reconocidos por la santa Sede: pero este prelado virtuoso protestó que queria mejor renunciarlos que hacerlos valer por unos medios tan poco eclesiásticos. Llegaron estando en Rems, donde se creía seguro contra el resentimiento del Emperador, tres caballeros alemanes y cuatro escuderos que se suponian haber caido de la gracia de este Príncipe. Fueron en clase de compatriotas á saludar al nuevo obispo de Lieja, y se insinuaron tanto en su amistad, que en vano trataron de hacerlos sospechosos. Convidóles frecuentemente á comer, é insensiblemente llegaron á ser compañeros inseparables. En fin, un dia con pretesto de un paseo, le sacaron fuera de la ciudad, seguido solo de un canónigo y de un caballero. Al estar á medio cuarto de legua de los muros, dos de estos hábiles asesinos que iban á sus lados, le metieron de repente sus puñales por las sienas; luego todos juntos le cargaron de golpes con espada y cuchillo hasta hacerle trece heridas profundas. Picaron al punto la espuela á sus caballos, y caminaron con tanta presteza, que habiendo dado el golpe al anochecer, á las nueve de la mañana ya estaban en Verdun, donde fueron muy bien recibidos del Emperador. Fue el muerto desde luego enterrado en la catedral de Rems, y venerado como mártir de la libertad eclesiástica. El año de

1612, de consentimiento con el arzobispo de Rems, y por la piedad de Alberto, archiduque de Austria, fue trasportado con solemnidad á la iglesia de los carmelitas que este Príncipe acababa de fundar en Bruselas. Cuentan varios milagros obrados en su sepultura, y hace mencion de él el martirologio romano á 21 de Noviembre.

46. Aconteció en el año de 1199 en el gobierno del Egipto y de la Siria una mudanza que aumentó las esperanzas de los cristianos de Palestina, y dió nuevo ánimo al celo en todo el occidente. Murió Saladino el 13 de Marzo de este año en medio de sus triunfos, despues de haber dividido sus vastos estados entre doce hijos que dejaba, sin dar cosa alguna á su hermano Saphadino, que con tanto valor habia contribuido á su conquista. No solo dejó desde entonces esta potencia de ser formidable por motivo de la reparticion, sino mucho mas aun por las divisiones intestinas que se promovieron. Los soldados, conociendo el valor y la habilidad de Saphadino, prefirieron su obediencia á la de unos niños inespertos, y no tardó en hacer la guerra á sus sobrinos. Por esta circunstancia se vió el Papa Celestino obligado á mandar publicar la cuarta cruzada. Envió con este fin tres cardenales á Francia; dió igual comision á los obispos de Inglaterra, y verosíilmente escribió con el mismo objeto á los prelados de diversas naciones.

47. No habia cesado de llevar la cruz el Rey Ricardo, y siguió protestando que al espirar el término de la tregua con Saladino volveria al oriente; mas

la són desconocidos. Cada dia ora sin interrupcion y con efusion de lágrimas desde la mañana hasta medio dia, y lo que fuera increíble en una virtud menos acendrada, sus oraciones mas ardientes tienen por objeto, no su propia santificación, sino la felicidad perfecta y la salud del Monarca."

Eran muy capaces de dar peso á su recomendacion las cualidades eminentes del obispo de Tournay. No solo era este uno de los hombres mas sabios y de los mejores escritores de su tiempo, sino tambien un prelado de los mas inteligentes y prudentes. Ya hacia trescientos años que sitiando los normandos á París, habian arruinado la abadía de Santa Genoveva, y así continuaba aun sin reedificarse del todo. Levantó Estévan todo lo mas principal para el uso de la comunidad, construyó la iglesia tal cual se vé en el dia, y en fin, mereció ser reputado como un segundo fundador.

Los gemidos de los buenos á vista de la Reina desgraciada, y las quejas del Rey de Dinamarca su hermano, llegaron á oídos del Sumo Pontífice, quien procedió al punto con mucha viveza, y aun anuló en 3 de Marzo de 1196 la sentencia de divorcio pronunciada en Francia como contraria á los derechos de la santa Sede en las causas mayores (1). Mas con todo, habiendo el Rey Felipe contraído matrimonio por el mes de Junio del mismo año con Inés de Merania, no observamos que fuese molestado mas por el Papa Celestino. Este Pontífice sumamente anciano,

(1) *Apud. Rad. de Die. 681.*

aunque conservaba cabal su razon, no tenia el vigor y la entereza que exigia tal materia, y por otra parte vivió muy poco.

49. No obstante, algun tiempo despues le pidieron se interesase por el obispo de Beauvais Felipe de Dreux, nieto del Rey Luis el Gordo. Este prelado, con costumbres mas propias de un Príncipe del siglo que de un Príncipe de la Iglesia, y mas dado al arte de la guerra que al ministerio pacífico de los altares, fue cogido por los ingleses con las armas en la mano, y le tuvieron mucho tiempo en una penosa prision. Despues de haber escrito muchas veces en vano al Papa Celestino, encargó al obispo de Orleans que iba á Roma la entrega de una carta mas expresiva que todas las anteriores. Atreviase á decir entre otras cosas al Sumo Pontífice, que él se hacia cómplice de la violencia británica, si no hacia justicia. Respondióle el Papa, que se quejaba sin razon, que tenia muy merecido lo que sufría por haber olvidado las máximas convenientes á su profesion (1). Sin embargo, escribió al Rey de Inglaterra en favor del obispo prisionero; mas con tono de peticion, absteniéndose de toda frase que indicara autoridad. En respuesta envió Ricardo la cota de malla con que el obispo habia sido hecho prisionero, y mandó decir al Papa: *mirad si es este el vestido de vuestro obispo.* No fue este prelado puesto en libertad hasta el año 1202, el sexto de su prision y el cuarto de la muer-

(1) *Ep. 150.*

te de Celestino III, verificada en 8 de Enero de 1198.

50. Este Pontífice no omitió nada para hacer que le sucediera el cardenal Juan de San Pablo, hasta ofrecer la dimision en favor suyo. Pero aunque este cardenal fuera digno del pontificado por su sabiduría, rigidez, equidad y otras muchas y grandes virtudes, sus colegas, poco dispuestos á escluirse de una dignidad que todos podian esperar, contestaron que no habia egemplar de que un Papa renunciase, y que en todo caso la eleccion de su sucesor debia ser perfectamente libre. Verosímilmente á consecuencia de esta proposicion y de las resultas que temian aun, se apresuraron en el mismo dia de la muerte de Celestino, contra la costumbre establecida, á elegir al cardenal Lotario, de la casa de los condes de Segni, que fue llamado Inocencio III. Su edad era de solos treinta y siete años, y no merecia menos los primeros honores de la gerarquía, así por sus buenas costumbres como por su doctrina. La resistencia sincera que hizo á su eleccion hasta derramar lágrimas y prorumpir en espresiones las menos equívocas de sentimiento, justificó una precipitacion tan poco arreglada al uso acostumbrado.

Inocencio no tan solo llenó las esperanzas que de su eleccion se habian formado, sino que tambien las escedió por la grandeza de sus designios y de sus trabajos, por un vigor y una firmeza que desgraciadamente no siempre se contuvieron dentro de sus justos límites. Si su pontificado debió una parte de su esplendor al concurso de aquellos extraordinarios suce-

sos que sirven para desplegar toda la energia de las almas grandes, halló en sí mismo recursos proporcionados á las necesidades de las circunstancias en que tuvo que vivir. En las révoluciones de Alemania y de las regiones meridionales de la Italia, en la Francia agitada por el matrimonio ilegítimo de Felipe Augusto, en todo el mundo cristiano donde el celo de los cruzados reproducia una fermentacion del todo nueva, halló materia en abundancia en que egercitar todos sus talentos, y no hubo ocasion en que se mostrasen inferiores á su elevado destino.

51. Poco mas de tres meses antes de su exaltacion al pontificado, murió el Emperador Enrique VI en Messina, el 28 de Setiembre de 1197, aborrecido de los sicilianos sus nuevos vasallos por las crueldades que con ellos habia cometido. Todos, hasta su esposa Constantina descendiente de la casa real de Sicilia, tomaron parte en los sentimientos de sus desgraciados compatriotas; y cundió la voz de que ella le habia hecho dar veneno. Tenia un hijo de edad de solos tres años que habia sido coronado ya Rey de romanos en vida de su padre, y por la muerte de este fue al punto coronado Rey de Sicilia. En 8 de Marzo del año siguiente, Felipe, tío de este jóven Príncipe, se hizo elegir á sí mismo inmediatamente por la mayor parte de los señores de Alemania, y despues por los de la Pulla y Sicilia, declarando con todo para dar colorido á su ambicion, que solo pretendia sostener la tutela y los derechos de su sobrino. Mas el resto de los señores alemanes declararon nula

esta eleccion , y eligieron sucesivamente y coronaron en Aquisgran á Otton , duque de Sajonia.

52. Segun era de esperar , Inocencio III no permaneció mudo espectador de estos grandes movimientos. Para prevenirle en su favor la Emperatriz Constantina , le envió ministros de confianza , quienes despues de una larga y penosa negociacion obtuvieron en fin la investidura del reino de Sicilia para ella y para sus hijos. Mas para esto debia renunciar á los privilegios arrancados por los sicilianos al Papa Adriano IV , especialmente en punto de las apelaciones de Sicilia á Roma , y de las legaciones de Roma en Sicilia. Vióse Constantina acometida , poco despues de la conclusion de este tratado , de la enfermedad de que murió. Al hallarse en el último extremo , formó para el jóven Rey su hijo un consejo compuesto del obispo de Troyes , cancelario de Sicilia , y de los tres arzobispos de Palermo , Monreal y Cápua ; y lo que todos estaban muy lejos de pensar , hizo al Papa regente del reino , consignándole mientras la regencia una renta anual de treinta mil de aquellas piezas de de oro que se llamaban tarines.

Impidieron bastante tiempo á Inocencio III todas estas negociaciones y disposiciones el tomar parte en la discordia del imperio , y declararse en favor de la casa de Sajonia contra la de Suabia , „ en la que se cuentan (dijo al fin cuando se decidió) tantos perseguidores de la Iglesia , cuantos Emperadores han salido de ella (1). Fuera suministrar armas sobrado ofensivas

(1) *Innoc. III. pag. 26.*

contra la santa Sede , admitir otra larga serie de Emperadores de esta familia de odioso recuerdo , volver el imperio como hereditario á los descendientes , ya de Enrique V , que detuvo por traicion al Papa Pascual y logró violentamente las investiduras , ya de Federico I que escitó contra el Papa Alejandro aquel horrible é interminable cisma que comprendió á otros muchos , ya de su hijo Enrique VI , muerto escomulgado , y ya de Felipe que esgrime actualmente su espada contra la iglesia romana.” Respecto á Otton de Sajonia , realza por el contrario mucho Inocencio la adhesion de este Principe y de sus antepasados á la santa Sede , y en particular la de Lotario II , de donde concluye que era forzoso reconocer á Otton por Rey de romanos , y llamarle á la corona imperial.

53. No pudiéndose prescindir de que Felipe de Suabia habia sido elegido por el mayor número de los Principes del imperio , pretendió que su eleccion era nula , porque habia sido escomulgado por el Papa Celestino por haber invadido con mano armada el patrimonio de San Pedro. Con relacion al jóven Federico su sobrino , como era ya Rey de Sicilia , dice el Pontífice : „ puede temerse que reuniendo en su persona el imperio con el reino , niegue algun dia el homenaje que se debe á la iglesia romana. Además , un niño de dos años que aun no está bautizado , se halla en una evidente incapacidad de regir el imperio romano : necesita la Iglesia de un Emperador que la proteja , y la magestad del imperio no permite ser administrada por procurador.” En



fin, el Papa Inocencio se hace juez competente y supremo en las cuestiones políticas del primer orden. „Hace mucho tiempo, dice, que ha debido acudirse á la santa Sede en el presente asunto, á quien pertenece principal y finalmente: principalmente, porque ella transfirió el imperio de oriente á occidente; y finalmente, porque da la corona imperial.” Estendiendo tambien esta pretension á todos los estados en general; „cada Rey, continua, tiene su reino particular; mas Pedro tiene la preeminencia sobre todos los estados como vicario de aquel á quien pertenecen el mundo y todos sus moradores.” Se notan aquí en toda su estension las consecuencias de las máximas introducidas por Gregorio VII: se verán en lo sucesivo las discusiones y desórdenes que renovaron, tanto en la iglesia como en el imperio.

54. No escitó menos la atención del Papa Inocencio el escándalo que daba en Francia la conducta de Felipe Augusto, respecto á su esposa legítima Isemburga, que las discusiones de Alemania. Muy diverso del Papa Celestino, cuya primera energía en estrechar á este Príncipe se debilitó con asombro, Inocencio emprendió el mismo asunto y le prosiguió con vigor hasta su consumacion. Apenas se halló colocado en la Cátedra de San Pedro, escribió con este fin á Eudes, obispo de París, que tenia, como su predecesor Mauricio, el sobrenombre de Sulli, pero con título muy diferente. Era Eudes hijo de Archambaldo, señor de Sulli, y reunia á la nobleza de esta calidad una pureza de costumbres que prin-

ció á lucir en sus primeros años, una caridad generosa que hacia de todos sus bienes el patrimonio de los pobres, y aquel espíritu de celo que en un obispo va siempre acompañado de la piedad. El Papa, no contento aun con haber puesto en movimiento á este virtuoso prelado, escribió por sí mismo al Rey Felipe para exhortarle á que asegurase el estado de su conciencia.

55. Algun tiempo despues repitió otra carta quando le envió el legado Pedro de Capua, así para este asunto, como para procurar la paz entre la Inglaterra y la Francia, y promover una nueva cruzada. A su llegada á la capital de Francia supo este legado que todos los años el primer dia de Enero, no obstante la fiesta de la Circuncision, se hacia en la catedral una diversion profana, llamada la fiesta de los locos. Cometíanse en ella mil indecencias y excesos de toda clase, que correspondian enteramente al nombre que tenia. Usó Pedro de Capua de la autoridad de que era depositario para corregir este abuso. Asimismo promulgó el obispo Eudes una ordenanza por la que arreglaba individualmente el ceremonial de este dia; obligó á los canónigos á permanecer con modestia en sus sillas, y señaló las distribuciones que debian cesar si volvian á comenzar los desórdenes. Es de presumir que quedaron reprimidos, mas no fueron olvidados del todo, pues hallamos aun la fiesta de los locos al cabo de doscientos cuarenta años.

Buscó entretanto el legado los medios de recon-

ciliar á los dos Monarcas, y pudo lograr una conferencia en los confines de ambos reinos entre Andeli y Vernon. Numerosa fue la asamblea y las exhortaciones muy vivas sin poderse conseguir el fruto de la paz. No obstante, concluyóse una tregua de cinco años, que apenas se observó por espacio de tres meses, empleados en pedir la confirmacion pontificia.

56. Bastaba la mas leve ocasion para que Ricardo lo alterase todo, y se empeñara en las empresas mas peligrosas. Habiendo hallado un tesoro el vizconde de Limoges su vasallo, le envió aquella parte que creia corresponderle como á su señor feudal. Pretendió Ricardo que el tesoro le pertenecia por entero, y al punto fue á sitiar al vizconde en su castillo de Chateló. Este fue el término de las inquietudes y de la vida de este Príncipe, hombre grande en la guerra, genio superior, Soberano imperioso, vecino inquieto y aliado cuasi insociable. Al reconocer la plaza, recibió un golpe de ballesta, del cual murió el 6 de Enero de 1199, dando muestras poco esperadas de penitencia. Fue tomada la plaza por asalto, y el que le hirió quedó á su discrecion. Mandándole que se acercase á su cama, éste hombre que creia caminar á la muerte, quiso antes hacerse honor despreciando los suplicios mas terribles; principió á echar bravatas, y habló insolentemente al mismo Rey Ricardo (1). Cuasi espirando le dijo éste

(1) *Roger. ann. 1199. pag. 790.*

con dulzura: „amigo mio, vos me dais la muerte, y yo os concedo la vida para imitar á nuestro Señor que perdonó á sus adversarios.” Quiso que le enteraran en Fontevrault á los pies del Rey su padre, como para darle satisfaccion de la guerra con que le habia hecho tan grande ofensa.

57. No solo tuvo el Rey Ricardo contra sí muchas debilidades y faltas secretas, sino tambien muchos vicios capitales y tan evidentes que no fueron menos conocidos en Francia que en Inglaterra. Foulques de Nevilli, aquel hombre extraordinario que en su tiempo arrastraba á todo el mundo con la vehemencia de sus predicaciones y de sus amonestaciones apostólicas, se dirigió cierto dia á este Príncipe, y con el estilo figurado, que le era familiar, le dijo: „de parte de Dios Todopoderoso os ordeno, que caiseis euanto antes á tres jóvenes perdidas que teneis. Hipócrita, contestó groseramente el Rey, tú has mentido. Tres teneis, replicó Foulques, y de las cuales es preciso que os separeis, no sea que os suceda alguna cosa peor: estas son la soberbia, la avaricia y la lujuria. En horabuena, dijo el Rey, volviéndose con risa maligna hácia sus barones; doy mi soberbia á los templarios, mi avaricia á los monges del Cister, y mi lujuria á los prelados de la corte.” A pesar de todos estos vicios, Ricardo tuvo la felicidad de conservar la fe, que se reanimó en la muerte, y dió buenas esperanzas de su salvacion. No arrastraron tras de sí las flaquezas y los engaños de aquellos tiempos de sencillez, como sucede en un siglo que se cree mas

filósofo y racional, la adhesión inmutable al crimen y la desesperación de la apostasía.

58. Foulques de Nevilli, llamado así de la villa de este nombre, situada sobre el Marne entre París y Lagni de donde era cura, tuvo el encargo de predicar la cruzada, primero del legado Pedro de Capua, y después del Papa Inocencio, fundados en la elevada reputación que este buen ministro del Señor había adquirido hasta en las regiones más distantes. Precipitáronle la ignorancia y la mala educación desde luego en una vida disoluta; mas habiéndole Dios tocado después en el corazón, puso al punto su parroquia en el mejor estado, extendió luego su celo de uno á otro pueblo exhortando á todos al desprecio de las cosas del mundo, y haciendo una guerra irreconciliable á los escandalosos, en particular á las mugeres de malas costumbres y á los usureros de que abundaba mucho su vecindario. Siendo muy sencillo y poco versado en letras, no recogió más fruto en el espacio de dos años que risas y desprecios.

Para adquirir la ciencia cuya necesidad no se le ocultaba, se propuso el medio de ir á París en el discurso de cada semana, á oír á los doctores. En un librito de memoria recogía los textos más convenientes de la Escritura, algunos pasajes notables de los santos padres y algunas máximas de moral: las meditaba luego, y formaba las instrucciones que predicaba el domingo siguiente. Pedro el cantor, uno de los doctores más nombrados de su época, y cuyas lecciones iba frecuentemente á aprender, quedó pe-

netrado de su fervor, y se interesó vivamente en el buen éxito de sus trabajos. Cierta día le hizo predicar en París, en la iglesia de San Severino, y asistió él al sermón acompañado de muchos de sus discípulos; y fue tal la vehemencia que dió Dios á las palabras del piadoso orador, que su maestro y los demás concurrentes exclamaron arrebatados de admiración, que el Espíritu Santo hablaba por la boca de Foulques. Desde este momento todos los doctores y estudiantes corrían en gran número á sus sermones, llegando á ser tan grande el concurso que no cabían en las iglesias. Predicando en la plaza de los Campos, es decir, en los mercados delante un numeroso concurso de clérigos y pueblo, habló de las postrimerías con tanta fuerza, que muchos se postraron compungidos en su presencia con los pies descalzos y en camisa haciendo una confesión pública de sus pecados, presentándole las varillas y las correas, y abandonándose á su discreción. Foulques, dando gracias á Dios, los abrazaba derramando lágrimas, los confirmaba en sus buenos propósitos, y daba á cada uno los consejos convenientes. Muchos usureros restituyeron lo mal ganado: detestaron las barraganas sus infamias, y se cortaron los cabellos para consagrarse á una humilde penitencia, y él promovió la fundación de la abadía de San Antonio á fin de asegurarlas un retiro.

Tal autoridad adquirió, que los escolares y los doctores concurrían alternativamente con sus tabletas para recoger lo posible de sus sermones, y hacer uso

punto. Alegaron por causa, que Octaviano, cardinal obispo de Ostia y legado apostólico, les era sospechoso. Llegó también tres días después á Soissons el cardinal Juan de San Pablo asociado á la legación de Octaviano. La probidad de Juan no era equívoca. Señaló su desinterés y escrupulosidad rehusando admitir los más pequeños presentes del Rey Felipe, y persuadió á todos la entera y justa confianza que depositaba en él el Papa Inocencio. No pudo la Reina Isemburga negarle los mismos sentimientos; pero después de la partida atropellada de los defensores que le había enviado el Rey su hermano, no tenía ya nadie que litigase su causa. En tan crítica situación y teniendo en poco todo respeto humano, un clérigo desconocido y pobremente vestido se adelantó en medio de la multitud, pidió al Rey y á los legados el permiso de defender la inocencia, y se lo permitieron. Su elocuencia y su erudición justificaron su magnanimidad. Todos quedaron enternecidos: el cardinal Juan de San Pablo se persuadió de que no había causa para la separación, y se dispuso á fallar en favor del matrimonio.

Retiróse el Rey Felipe muy turbado, salió de Soissons al amanecer sin anunciar su partida: llevó en su compañía á Isemburga, é hizo decir luego al prelado que la reconocía por esposa, y que no instaría más en la separación. Es verdad que la encerró inmediatamente en el castillo de Estampes, como en una prisión honesta, donde la suministró lo preciso para su subsistencia. Felipe renovó sus tentativas du-

rante esta detención, que también fue larga, para ablandar al Papa, quien permaneció inmutable, mas sin exasperar al Rey con una precipitación ó un rigor extraordinario. Se esforzó en hacer conocer las causas de su fingida inflexibilidad al mismo Príncipe que tenía por objeto: le representó el escándalo que causaría la disolución de un matrimonio tan solemne, y de cuya consumación no podía dudar la prudencia. Concluyó con esta reflexión notable, y tan propia para causar impresión: „si pronunciamos en esta materia sin la deliberación de un concilio general, á mas de la ofensa de Dios y de la mala opinión en que incurriríamos, nos pondríamos á riesgo de perder nuestra dignidad (1).” Rindióse por fin el Rey Felipe: sacó á la Reina Isemburga del castillo de Estampes; y esta acción, como una de las más bellas de su vida, causó en todos sus pueblos un gozo inexplicable.

61. Atento á todo Inocencio III, supo que Alfonso, Rey de Leon, al contrario que Felipe Augusto, no quería de modo alguno separarse de Berenguela, hija de Alfonso, Rey de Castilla, su primo-hermano, con quien había casado contra las leyes canónicas. Para este objeto envió á España á Reinerio, monge del Cister, quien después de reiteradas moniciones señaló al Rey de Leon lugar y día fijos para comparecer ante él. No se presentó el Príncipe: Reinerio pronunció excomunión contra su persona, y el entredicho en todo el reino. Habiendo declarado el

(1) *Lib. 15. ep. 105.*

Rey de Castilla que estaba pronto á recibir su hija si se la enviaban, no se fulminó contra él ninguna censura (*).

62. Inocencio III por este propio tiempo confirmó

(*) Era ya esta la segunda vez que la Iglesia descargaba sus rayos sobre este Monarca, y siempre por igual motivo. Alfonso IX de Leon habia sucedido á su padre Fernando II, que murió con universal sentimiento de sus vasallos á 21 de Enero de 1188. Al año siguiente de su coronacion se casó Alfonso con Doña Teresa, Infanta de Portugal, hija de su primo-hermano el Rey D. Sancho. Luego que el Sumo Pontífice Clemente III tuvo noticia de este matrimonio, procuró por medio de su legado que se declarase por nulo, como efectivamente lo era; pero no quisieron venir en ello los Reyes, creyendo, segun dice Rogerio Hobeden, ó que el impedimento era puramente civil en el que ellos mismos podian dispensar, ó que no debia entenderse con las personas reales. Estos pretextos de nada sirvieron: el Papa nombró su legado para terminar esta cuestion á Jacinto, cardenal de Santa María en Cosmedín; pero habiendo fallecido entretanto Clemente III, y elevado Jacinto á la santa Sede con el nombre de Celestino III, quedó por entonces suspendida la legacion. Celestino trató el negocio con grande cuidado, dió sus instrucciones y envió á España al cardenal Gregorio de San Angelo. Este juntó un concilio en Salamanca de los prelados de Leon y Portugal, de los cuales la mayor parte declararon el matrimonio por nulo; mas los obispos de Leon, Astorga, Salamanca y Zamora no asistieron al congreso, y persistieron en defender el matrimonio como válido, apoyados en los pretextos que alegaban los mismos Reyes. El cardenal legado pronunció la sentencia de excomunion contra los cuatro prelados, y amenazó y por último puso entredicho en los reinos de Leon y Portugal, de que se siguieron no pequeños disturbios. Finalmente, despues de muchas conferencias y deliberaciones, se resolvió Alfonso á la separacion, y envió á Doña Teresa á Portugal, la que en adelante vivió con tanta perfeccion y virtud que vino á mere-

la órden de la Santísima Trinidad para la redencion de cautivos. Despues de tan tristes revoluciones suscitadas en el transcurso de algunos años en los estados cristianos del oriente, era excesivo el número de

cer el título y veneracion de Santa, y fue canonizada por Clemente XI en 1705.

Las mútuas guerras que ocurrieron despues entre Alfonso de Leon y Alfonso de Castilla y los deseos de ajustar las paces, dieron ocasion al enlace del Rey de Leon con Doña Berenguela, hija del Rey de Castilla, el que se efectuó á mediados de 1197. La Infanta era la muger de mas amables prendas que se conocia, por su gran virtud, extraordinarios talentos, sensibilidad, hermosura y demás dotes personales, con las que se granjeó todo el corazon de su esposo y de su reino que gobernó ella misma con indecible acierto. Sin embargo, este enlace era incestuoso y semejante en todo al que se habia visto precisado Alfonso á disolver. El Papa Inocencio III renovó entonces todas las providencias que diera antes su predecesor, y se puso el entredicho en el reino de Leon. Enviaron los Reyes de España sus embajadores á Roma para obtener la necesaria dispensa del parentesco, mas ninguna representacion bastó á inclinar el ánimo del Sumo Pontífice, queriendo este que quedase definido y asentado en España que no pertenecia á la potestad temporal dispensar en los impedimentos del matrimonio. Disolvióse en fin al cabo de siete años aquel enlace, y el Rey fue absuelto de la censura en Octubre de 1204. No obstante la invalidéz del matrimonio de Alfonso con Berenguela, fue él para nuestra España el principio de su mayor gloria. En 1200 dió á luz Berenguela al glorioso San Fernando, honor eterno de España y de sus augustos Monarcas, azote de los moros y restaurador principal de la monarquía española. Tuvo Alfonso otros cuatro hijos de Berenguela, los cuales al tiempo de la separacion quedaron todos legitimados, y el Príncipe San Fernando jurado heredero y sucesor de su padre en aquel reino con aplauso general de los estados. Ferreras tom. 5. — Mariana lib. 11. Ortiz lib. 8. cap. 5.

en sus propios discursos. Aunque sencillos en el fondo los de Foulques, por su claridad, por el tono de razon que sabia conciliar con el de la piedad, independientemente de la mocion que rebosaban, tenían mas atractivo que aquella masa de divisiones y subdivisiones arbitrarias, de lugares comunes, de alegorías forzadas, de alusiones pueriles que encontramos cuasi inertes y sin raciocinio en los sermones de entonces, sin exceptuar los de Estévan de Tournay y de Pedro de Blois. De esta manera Foulques exhortaba á los doctores á abstenerse de las vanas sutilezas y de las cuestiones supérfluas, á buscar en sus instrucciones la exactitud y la utilidad, y á mezclar aquellas gracias juiciosas que las hacen agradar sin debilitarlas (1). Muchos sabios hubo que se gloriaron de ser sus discípulos y compañeros en su carrera apostólica; entre otros Pedro el cantor, el abad de Perseigne del orden del Cister, y Alberico, archidiacono de París, que en lo sucesivo fue arzobispo de Rems.

Igualmente egirió Foulques su predicacion apostólica en toda la Francia, la Flandes, la Borgoña y en gran parte de Alemania. Disputábanse los obispos la gloria de llevarle á sus diócesis, y por do quiera era recibido como un ángel descendido del cielo. Nada tenia de singular en su exterior ni en su método de vida: viajaba á caballo, y comia sin melindre lo que le presentaban. No dejó el Señor de comunicarle el don de milagros en grado muy elevado (2). Curaba toda especie de enfermedades con sola la im-

(1) *Ott. á S. Blas. cap. 47.* (2) *Ott. ibid.*

posicion de las manos ó con la señal de la cruz; pero no usaba de este poder con todos los enfermos que se lo pedian. Negóse con algunos en un todo, por cuanto su curacion, decia, no era saludable á su salvacion. A otros les alentaba á que siguiesen en hacer mas penitencia. Le presentaron algunas personas de condicion noble á un jóven de su familia, imposibilitado de todos los miembros; principió dándole una fuerte reprehension sobre la vanidad de su trage, y despues le curó de golpe.

Teniendo potestad de la santa Sede para emplear en la predicacion de la cruzada á los que creyese á propósito elegir entre los monges negros ó cluniacenses, los monges blancos ó cistercienses y los canónigos regulares, principió cruzándose á sí mismo. Siguiéron inmediatamente su egemplo una multitud de gentes de toda condicion, queriendo todos á porfía recibir la cruz de su mano, siéndole imposible complacer á todos por ser tantos. Prometianse ellos el buen éxito de una empresa, á la cual sabian que les debia guiar. Los dones de toda especie que pusieron en sus manos para los gastos de la espedicion, ascendieron á sumas prodigiosas: pero á pesar de su desapego de todas las cosas perecederas, decayó considerablemente su reputacion y su autoridad: tan cierto es que se siguen muchos inconvenientes, aun á los eclesiásticos mas santos, de mezclarse en este género de administracion.

Fueron los principales señores que tomaron la cruz á impulso de sus predicaciones, Tibaldo V, conde

de Champaña, y Luis, conde de Blois, uno y otro primos-hermanos del Rey de Francia y sobrinos del de Inglaterra; Simon de Monforte, tan famoso despues por sus triunfos contra los albigenses, Godofrido de Villa-Harduino, mariscal de campo y autor de la historia de esta cruzada; los señores de Montmiral, de Montmorenci, de Laval y de Dampierni.

59. No estorbó en manera alguna el celo de la guerra santa al legado Pedro de Capua promover con viveza la causa de Felipe Augusto y de Isemburga. Despues de largas é inútiles tentativas para inducir al Rey á que volviera á unirse con su esposa legítima, Pedro puso un entredicho general en su reino con órden á todos los prelados de observarle bajo la pena de suspension (1). Despues de algunas representaciones que hicieron al Papa los obispos, que no fueron oídas, se conformaron tan puntualmente con sus intenciones, que habiendo resuelto Felipe el matrimonio de Luis su hijo con Doña Blanca de Castilla, se vió precisado á celebrarle entre Vernon y Andeli, en los estados del Rey de Inglaterra, tio de esta Princesa. Enfurecióse el Rey Felipe contra el clero en los primeros impulsos de su resentimiento; arrojó á muchos obispos de sus sillas; desterró sus canónigos y clérigos; depuso á los párrocos de sus curatos, y se apoderó de sus bienes. Sin embargo, poco despues, movido de los clamores de su pueblo y de los gritos de su propia conciencia, entabló una negociacion inmediata con el Sumo Pontífice, é intentó componerse

(1) Roger. pag. 802. Rigord. pag. 44.

mejor que con el legado. Sobre todo exigió Inocencio de este Príncipe que volviese á tomar su esposa legítima, mirando como de ningun valor la primera sentencia de divorcio pronunciada en Compiègne.

60. Felipe, cuya aversion á Isemburga igualaba á la aficion que tenia á Inés, apeló en situacion tan penosa á los consejos de algunos prelados y señores para saber el partido que debia tomar. Respondiéronle todos á una voz sin esceptuar el arzobispo de Rems su tio, que era forzoso prestar obediencia á la santa Sede (1). „Luego la sentencia que pronuncias- teis en Compiègne, replicó mirando al arzobispo, fue una pura ilusion.” Y no osando el prelado decir lo contrario, le trató el Rey de juez inconsiderado y perverso. No obstante, separóse de Inés, y volvió á tomar á Isemburga á fin de poner por este medio las cosas en estado, y proceder en forma á un nuevo juicio. Entonces se levantó el entredicho, prefijóse tiempo para prepararse á este juicio definitivo, y el Papa escribió así á la Reina como al Rey de Dinamarca su hermano, que se dispusiesen á defender bien su causa. Esta prudente lentitud, y la muerte de Inés de Merania que sucedió en este intervalo, allanaron el mayor óbice. El asunto se terminó en el año de 1201 en un concilio de Soissons; mas de un modo del todo inesperado. Los enviados del Rey de Dinamarca, despues de haber propuesto el estado de la cuestion, interpusieron apelacion con Isemburga al tribunal del Sumo Pontífice, y se retiraron al

(1) Gest. Innoc. num. 52.

los fieles conducidos al cautiverio; y sus Soberanos no estaban en estado ni de cangearlos por otros cautivos, ni de pagar su rescate. Corrompianse en las cadenas estos desdichados prisioneros sin esperanza alguna de libertad; y lo que era aun mas funesto, corrian su fe y su salvacion el peligro mas inminente. San Juan de Mata, natural de la Provenza y poseido mas que cualquiera otro de estas calamidades, se unió con un santo solitario llamado Felix de Valois, y los dos resolvieron consagrarse á la redencion de los cristianos cautivos que gemian bajo el yugo de los infieles. Concibieron para perpetuar esta santa empresa el plan de un nuevo instituto religioso, y partieron á Roma con el fin de hacerle autorizar por el Papa. Envió Inocencio el exámen de este asunto al obispo de París y al abad de San Victor, que estendieron la regla de este nuevo orden de acuerdo con Juan de Mata, sacerdote y doctor célebre en aquella capital. El Papa despues de haber hecho varias adiciones, conforme á los deseos del santo fundador, la confirmó con bula solemne.

Prescribese en ella que los religiosos reserven la tercera parte de todos sus bienes para la redencion de cautivos: que sus iglesias estén dedicadas en general á la Santísima Trinidad: que en cada convento no haya sino tres sacerdotes y tres legos, á mas del ministro que ha de ser tambien sacerdote, y el confesor de la comunidad: que vayan vestidos de blanco con una señal en sus escapularios para distinguirse de los demás religiosos: que no vayan en

caballos sino en asnos: lo que practicaron luego tan exactamente, que los llamaron largo tiempo los frailes de los asnos. Toda esta regla respira el espíritu de humildad y de la mortificacion evangélica. Absténianse estos religiosos siempre de comer carne, y aun del pescado no yendo de viage. Ciervo-frio fue la casa principal de la orden, en la diócesi de Meaux, donde Juan de Mata fue á reunirse con Felix de Valois, cuyo edificio les concedió Margarita, condesa de Borgoña. Les dió treinta años despues el cabildo de París en esta ciudad una iglesia dedicada á San Maturín, de donde les vino el nombre de maturinos que tienen en Francia (1). Fueron tan rápidos sus progresos en este reino, en Italia, en España y aun mas allá de los mares, que en el espacio de cuarenta años tuvieron hasta seiscientas casas, las cuales, á egemplo de los cistercienses se unieron en congregacion, y obedecieron á un superior general llamado ministro de igual manera que los superiores locales. Haciendo su encomio el monge Alberico, observa sin embargo desde entonces que sus largos viages daban grandes ocasiones de disipacion.

63. El orden de Val-des-choux fue establecido algunos años antes. Debió su origen á un cartujo de Lugni, en la diócesi de Langres, llamado Viard, que se sintió inspirado á llevar una vida mas solitaria, que la que permitia su estado de fraile converso ó lego. Con el asenso de sus superiores se estableció en lo interior de un desierto á dos leguas de Lugni,

(1) *Albert. Chron. ann. 1198.*

y perseveró por mucho tiempo como sepultado en una caverna, donde ejercitaba las austeridades mas prodigiosas (1). Descubierto en fin por los pueblos vecinos, llegó á noticia del duque de Borgña que le visitó frecuentemente. Al ir este Príncipe á dar una batalla muy peligrosa, prometió al santo anacoreta, que si salia vencedor le fundaría un monasterio en el mismo lugar. Alcanzó la victoria, y cumplió su promesa.

Dió Viard constituciones á sus discípulos, y segun el modelo de los cartujos los alojó en celdas pequeñas para que se entregasen tranquilamente á la oracion y á la lectura. No quiso tener rebaños ni tierras de labor á fin de dejar los cuidados esteriores; y fuera de la huerta del monasterio les señaló límites bastante estrechos, de los que no podian pasar. Podia salir tan solamente el prior, ya para visitar los varios conventos que estaban todos sujetos á su obediencia, ya para otros objetos indispensables, mas debia llevar no obstante por compañero en estas diligencias algun religioso de la casa. Tenian dentro de su recinto huertos y árboles frutales: salian en comunidad á ciertas horas para cultivarlos y recoger los frutos. Para suplir el resto de sus necesidades, y á fin de evitar que una indigencia escesiva les arrastrase á la distraccion que se propusieron precaver, ó les redujese á la mendicidad, tenian rentas anuales de fácil percepcion, y tan solo admitian en

(1) *Jac. Vitr. hist. Occ. lib. 17.*

cada casa tantos sugetos cuantos podian mantener con tales rentas.

64. Tuvo principio en el año de 1201 una nueva congregacion de canónigos regulares, establecida en el pontificado de Inocencio III y confirmada por Honorio su sucesor (1). En París habia cuatro profesores de teología llamados Guillermo, Eurardo, Ricardo y Manasses, no menos recomendables por su piedad que por su doctrina. Cierta dia tratando de las cosas eternas, dijo Guillermo que habia visto por tres veces un árbol misterioso, cuyas ramas inmensas estendiéndose por todas partes daban un abrigo dichoso á provincias enteras. Afirmaron los otros tres doctores que ellos habian tenido muchas veces igual vision. Despues de haber deliberado maduramente sobre el asunto con otros muchos sabios, se creyeron llamados á instituir un nuevo orden religioso. Partieron á los confines de la Champaña y de Borgña, se abismaron en un hondo valle, y se fijaron cerca de una fuente que descubrieron entre unas rocas muy ásperas y encumbradas. Pertenece este desierto al obispo de Langres, Guillermo de Joinville, el cual les cedió fácilmente una parte. En ella fabricaron desde luego unas pequeñas celdas, y principiaron á practicar las reglas de San Agustin, segun los usos de San Víctor de París. Algunos años despues Federico, obispo electo de Chalons, renunció este obispado para reunirse á los cuatro doctores. Siguiéronlos muchos estudiantes, que formaron insensiblemente

(1) *Labb. Bibliot. tom. 1. pag. 391.*

la nueva congregacion, y le hicieron dar el nombre de Valle de los Estudiantes. La alta consideracion de que disfrutaba en Francia la cultura de las letras, hizo que se acreditase estraordinariamente el nuevo instituto.

65. Tenian tal reputacion en particular las escuelas de París, y proporeionaron tantas ventajas á aquella ciudad, que el Rey Felipe Augusto les dió grandes testimonios de su fervor. A motivo de una discordia suscitada entre un pastor y los estudiantes alemanes, acudió el preboste de París con paisanos armados, y mataron á un noble aleman con algunos de sus criados. Dieron al punto los doctores sus quejas al Rey, quien mandó poner en prision al preboste y á algunos de su comitiva; y habiendo huido los otros, hizo demoler sus casas y asolar sus tierras.

Aun temiendo que á pesar de este egemplar los estudiantes malcontentos abandonasen á París, ordenó para lo venidero, que si alguno de ellos fuese herido ó insultado, los paisanos que lo viesen, quedasen obligados á apoderarse del culpado, y entregarlo á los ministros vocales que harian buena justicia (1).

„Nuestro preboste y demás jueces, sigue la ordenanza, no encarcelarán á ningun estudiante, ó si lo hiciesen, lo remitirán á la justicia eclesiástica. Si el caso fuese grave, nuestros jueces tomarán conocimiento de lo que debe hacerse por el estudiante: mas por ninguna especie de perjuicio ó agravio pon-

(1) *Conf. Ord. tom. 1. pag. 985.*

drán la mano en el gefe de las escuelas de París, esto es, en el rector; y si mereciera la prision, lo egecutará la justicia eclesiástica. Respecto de los criados legos de los estudiantes, que ni disfrutaban del privilegio de vecindad, ni el de regnícolas, que no tienen egercicio alguno, y de los que no se sirven los estudiantes para alterar el orden público, no pondrán la mano en ellos nuestros ministros, á no ser en el caso que el delito sea manifiesto. Es nuestra voluntad que los canónigos de París y sus domésticos gocen del mismo privilegio.” Esta ordenanza en que vemos principiár la distincion del delito comun y del caso privilegiado, es del año 1200, y es el monumento mas antiguo que exime á los escolares, en calidad de clérigos, de la justicia secular.

66. Quedó por fin terminada en el año anterior la famosa contestacion relativa á la metrópoli de Bretaña, que duró por espacio de trescientos cincuenta años. Nunca se vió pretension tan mal fundada subsistir tan largo tiempo y molestar á tantos tribunales. Remitióse á tres concilios, fue examinada delante de cinco Papas; y el metropolitano que no tenia mas título en su favor que la innovacion profana de un duque de Bretaña, fue mirado constantemente como merecia. Pero el Papa Lucio II creyendo preparar atemperadamente la aceptacion de la sentencia final que intentó dar, permitió al obispo de Dol que conservase el palio, dando con esto margen á que se renovara la contienda, y se prolongase hasta el pontificado de Inocencio III. Este Pontífice, en fin, des-

pues de haber examinado el asunto con una atención capaz de cerrar para siempre la boca á la obstinacion bretóna, la decidió de una manera concluyente. Pronunció en público una sentencia que confirmaba las de sus predecesores, y estableció que la iglesia de Dol estaria siempre sujeta á la de Tours, y su obispo privado para siempre del uso del palio, sin poderse admitir nueva contestacion, como de cosa juzgada, con pretesto de descubrimiento de títulos y de nuevos medios de defensa (1). La sentencia fue egecutada de buena fe por el obispo Juan de Vau-noise, y desde su publicacion verificada en 1199, la iglesia de Dol, junto con todos los demás obispos de Bretaña, ha permanecido pacíficamente sujeta á la iglesia de Tours.

67. Llamó la atención del Papa Inocencio en el propio año un negocio mucho mas triste en el seno mismo de la Italia, y aun muy cerca de Roma. Queriendo mortificar á los habitantes de Orbieto que le tenían disgustado, detuvo á su obispo en Roma cerca de nueve meses. Estas ausencias de los pastores, las excomuniones, los entredichos, la cesacion de los oficios y de la instruccion cristiana fueron otros tantos medios de que abusaron los nuevos maniqueos, para lograr, á pesar del horror que merecian, su multiplicacion en todas las regiones, y sus insolentes triunfos en algunas iglesias. En Orbieto eran tan poderosos, que se disponian á arrojar á los católicos y convertir aquella plaza, reputada por inconquistable,

(1) *Innoc. lib. 2. 8p. 24. et seq.*

en un receptáculo de todos los hereges y en baluarte de la heregia. Los cristianos ortodoxos pidieron en este riesgo al Papa un gobernador que juntase las virtudes cristianas al valor y á la prudencia, y que pudiese salvar la libertad y la fe amenazadas á un mismo tiempo.

Persuadióse Inocencio á que no podia elegir mejor que enviándoles á Pedro de Parenzo, noble romano, jóven aun, pero sabio, valiente, lleno de talentos y de capacidad, y de aquella pureza de costumbres y virtud sincera que Dios se complace en coronar con las mas preciosas dotes en una alma cristiana (1). Logró sofocar la heregia, mas á pesar de la prudencia con que se condujo, no pudo ganar el corazon de aquellos hereges, cuyo poder era muy grande para que se dejasen despojar de él pacíficamente. Desde entonces previó el término hasta donde podria arrebatarles su furor, y no cuidó de otra cosa que de prepararse para el martirio. Habiendo vuelto á Roma para celebrar la Pascua con su familia, y pidiendo cuenta el Papa de su arriesgado gobierno: „Santo Padre, le contestó, me he conducido de un modo capaz de merecer que los hereges me amenacen en público con la muerte. Seguid, hijo mio, replicó el Pontífice, en combatir generosamente por la fe: ellos solo os pueden quitar la vida del cuerpo; y si morís á sus manos, os aseguro en nombre de Dios y de los Santos Apóstoles la remision de todos vuestros pecados.” Inclínose el santo goberna-

(1) *Boll. tom. 10. ad 21. Maji.*

dor, dió gracias al Papa, fue á su casa á disponer su testamento, y volvió á partir á Orbiato arrancándose de los brazos de su madre y de su esposa que se deshacian llorando.

Formaron durante su ausencia los sectarios una conspiracion, y corrompieron con metálico á uno de sus domésticos llamado Rodolfo. A su vuelta persiguiólos con el mismo celo que antes; y lejos de temer sus amenazas, alzaba muchas veces las manos al cielo pidiendo al Señor y al Príncipe de los Apóstoles, que si habia de morir con muerte violenta, fuese por mano de los hereges y por la defensa de la fe. Asíéronle de improviso algunos sectarios introducidos por el traidor Rodolfo en la noche del 20 al 21 de Mayo al tiempo de acostarse, le cubrieron la cabeza, y le apretaron el gáznate para que no pudiese gritar, y sacándole del palacio le llevaron á un parage retirado. Allí le propusieron que si quería salvar la vida debia abandonar el gobierno de la ciudad, y hacer juramento de que protegeria su secta en vez de perseguirla. Contestó con valor que no haria juramento alguno en favor de la heregia, y que no violaria el que habia hecho de gobernar á Obiatio durante un año. Entanto que aquellos furiosos le ostigaban de semejante modo, sobrevinieron otros aun mas furiosos; y uno de estos levantando el puño dijo: ¿á qué vienen tantas palabras? y le descargó un golpe tan violento en la cara, que le quitó un diente saliendo arroyos de sangre de su boca. Derribóle otro dándole un garrotazo, y todos juntos con espadas y

cuchillos acabaron de matarle, despues de lo cual huyeron precipitadamente de la indignacion del pueblo ortodoxo, á quien sumergió esta pérdida en una desolacion que no cabe explicar. Llevaron el cuerpo á la iglesia catedral, y le enterraron por honor en el mismo lugar en que acostumbraba conferenciar con los católicos celosos sobre los medios de reprimir la heregia. El Señor obró luego en él insignes milagros, de los cuales se conservan las relaciones mas circunstanciadas y auténticas. Celebra la iglesia de Orbiato solemnemente la fiesta de este santo mártir en el dia de su muerte.

68. En el mismo año en que San Pedro de Parenzo fue víctima de la fe, otro santo lego llamado Homobono, murió en paz despues de haber ganado á muchos hereges por su dulzura y virtudes atractivas (1). Canonizóle el Papa Inocencio pasados dos años despues de su muerte. Era de Cremona de una familia antigua, pero de mediana fortuna, lo que le redujo lo mismo que á su padre á egercer algun tráfico. Parece que no tuvo carga mas capital, aunque tomó el estado de matrimonio, que la de socorrer las urgencias de los pobres. Añadia á las limosnas los ayunos, las vigalias, la oracion continua y aun los oficios nocturnos de la Iglesia, á pesar de haber cesado su uso comun en el pueblo. Mas el sacerdote Oberto, que conocia la piedad de Homobono, tenia cuidado de abrirle todas las noches la puerta de la iglesia de San Guilles su parroquia. Permanecia con-

(1) Sur. 13. Nov.

cluido el oficio en el lugar santo, postrado delante de un Crucifijo hasta la misa, que oía con los demás fieles. Tuvo el don de milagros, y el mas maravilloso aun de curar la ceguera de los sectarios obstinados, á los que la elocuencia de los hombres mas doctos no habia podido persuadir. Un dia que asistió á maitines y perseveró en oracion hasta la misa, conforme lo tenia de costumbre, se postró al *Gloria in excelsis* estendidos los brazos en forma de cruz. Al ver que no se levantaba al Evangelio, creyeron todos que estaba dormido: quisieron despertarle y le hallaron muerto. Fue su tránsito en 13 de Noviembre de 1197, dia en que la Iglesia venera su memoria.

69. Todo se disponia entretanto en el mundo cristiano para ofrecer espectáculos en un todo diversos. La predicacion de la cruzada en todas las regiones del occidente desde la muerte de Saladino, esto es, durante el espacio de siete á ocho años, dió fervor á todos los espíritus, y juntó una infinidad de combatientes de todas las naciones. Tanto creció desde el tiempo del Papa Celestino en sola la Alemania el número de cruzados, que formaron tres egércitos, y llegaron todos á Palestina. Mas las facciones y trastornos que originó en su patria la muerte del Emperador Enrique VI, les hizo volver á ella sin haber adquirido ninguna ventaja notable á los cristianos de oriente, á quienes por otra parte escandalizaron en gran manera con su vida desarreglada, y aun sospecharon que tenian inteligencia con los sarracenos para hacerles perecer. El resto mucho mas numeroso

de occidentales que partieron despues de estos para la propia expedicion de la cruzada, todavia fueron menos provechosos á la tierra santa, pues no pusieron en ella los pies.

Disgustados de los viages por tierra, casi todos funestos, acordaron ir por mar. Habiéndose reunido en el centro de la Francia, patria de la mayor parte de ellos, trataron con la república de Venecia, á fin de obtener los buques necesarios para el transporte, y para esto determinaron que se entregaria la suma de ochenta mil marcos de plata (1). Murió en el interin el conde de Champaña, nombrado gefe de la expedicion en la edad de veinticinco años, y ofrecieron el mando al duque de Borgoña y al conde de Bar; mas no habiéndole admitido, se le dieron por fin á Bonifacio II, conde de Monferrato. Partió á Soissons, donde recibió la cruz de Foulques de Nevilli, que seguia siendo el alma de esta empresa; á la que no pudo asistir con gran sentimiento de los cruzados por haber muerto al cabo de algunos meses en su parroquia de Nevilli. Volvió á sus estados el conde de Monferrato para hacer los preparativos de su viage: luego entró á Francia con el fin de ponerse á la cabeza del egército, el cual partió para Venecia hácia Pentecostes del año 1202. En el camino encontraron una muchedumbre de otros cruzados que se unieron á ellos alegremente, con el intento de embarcarse todos juntos para ir en derecha á Egipto, á fin de no romper la tregua que los cris-

(1) *Vill. Hard. n. 7. et seq. = Gest. Innoc. III. n. 83. et seq.*

71. Los cruzados, al ver que no comparecia ningun diputado, se acercaron á la ciudad, forzaron la cadena que cerraba la puerta, y pasaron á tiro de saeta por debajo del muelle y de las murallas, coronadas de tantos combatientes, que segun cuenta Villa-Harduino en una relacion veridica, parecia una masa de armas relucientes. Pasaron los occidentales á cuchillo á todo el ejército del tirano Alejo, que era seis veces mayor que el suyo, y le obligaron á encerrarse dentro de la ciudad. Alejo admirado de la pujanza de los latinos, no se creyó seguro en su doble fortaleza, defendida por doscientos mil hombres; y metiéndose desesperado en un bosque, huyó hácia la Tracia. Al punto los senadores y los principales ciudadanos sacaron de la prision al Emperador Isaac, y abrieron sus puertas á los cruzados que entraron con el jóven Alejo en medio de las aclamaciones del pueblo. Confirmó Isaac el tratado que hicieron con su hijo. Despues de coronado Emperador este jóven Príncipe en el primer dia de Agosto del mismo año de 1203, escribió al Papa como á Cabeza de la Iglesia universal, y le prometió obligar á todos sus súbditos á renunciar el cisma.

72. Tal era el aliciente ilusorio que empleaban los griegos, siempre que tenian necesidad de los occidentales. Olvidó Alejo sus promesas así que creyó podia pasar sin sus bienhechores. Se separó de ellos insensiblemente, y franqueó sin reserva su corazón á uno de sus parientes, llamado como él, Alejo, y mas conocido aun por el nombre de Murzulphe, que

le hizo dar el aspecto siniestro de sus cejas herizadas. Quejáronse al Emperador jóven los Príncipes latinos de la infidelidad á su palabra, y el elocuente y altivo Bethune que iba á la cabeza de la diputacion, habló con tal entereza, que los griegos, siempre insolentes cuando no se ven en riesgo, estuvieron para pasar á cuchillo á los diputados, y los despacharon con amenazas injuriosas. Estalló al punto el rompimiento, y se prepararon al combate: en el interin murió el Emperador Isaac.

Formó entonces Murzulphe el intento de hacerse él mismo Emperador. Habíase hecho el jóven Alejo muy odioso á los griegos por sus exacciones, que llegaron al término de no exceptuar los vasos sagrados, con pretesto de satisfacer á los latinos. Los desórdenes ocasionados por la guerra que tuvo con ellos, despues de tantas contribuciones, y las imprudencias de toda clase á que le precipitó el traidor Murzulphe, dueño absoluto de su corazón, pusieron el colmo al odio y al desprecio público. Mostróse de repente la revolucion sin que el imprudente Alejo tuviese de ella la menor sospecha. Murzulphe, despues de algunas vanas tentativas para envenenar á su rival, tomó un medio mas seguro, que fue el de ahogarle con sus propias manos el 8 de Febrero de 1204, seis meses y ocho dias despues de la coronacion de este desgraciado Príncipe. Hizose el parricida proclamar Emperador, y declaró la guerra á los Príncipes cruzados.

73. Animaron su valor todos estos motivos reuni-

dos, y les persuadieron que no debían considerar el prodigio de su primer triunfo sino como un suceso ordinario. Se apoderaron efectivamente de la ciudad con tanta celeridad como en la primera vez. Después de un asalto que duró todo el día, entraron en ella por escalada. Murzulphe que se encontraba acampado sobre una altura con más de cien mil hombres, se puso en fuga en la noche siguiente. Toda la ciudad se dirigió al otro día en procesion á pedirles misericordia. Concediéronles la vida, y se permitió el pillage, prohibiendo á los soldados conspirar contra el honor de las mugeres. Hallaron riquezas inmensas, á pesar de que los griegos tuvieron tiempo de enterar la mayor parte, aunque se encontraron después de hecha la paz. Nunca, dice Villa-Harduino, se hizo en parte alguna un botín tan rico de oro, plata y piedras preciosas. Halláronse cuatrocientos mil marcos de plata para los franceses, y otros tantos para los venecianos; sin hacer mérito de lo que cada particular cogió para sí, contra la órden publicada de llevarlo todo á un mismo sitio, así para hacer una justa distribucion, como para deducir la cuarta parte del total á beneficio de aquel Príncipe de los cruzados que fuera elegido Emperador. Igualmente cogieron una multitud prodigiosa de reliquias insignes, que todos los Emperadores desde Constantino el Grande se esmeraron en transferir á la nueva Roma, y que de allí se esparcieron por todo el occidente; mas no fue fácil en tal confusion hacer constar la autenticidad.

74. Luego se trató de elegir un Emperador, y nombraron doce electores, seis franceses, todos eclesiásticos, y seis legos venecianos. La eleccion recayó en Balduino, conde de Flandes y de Hainault, el cual en la edad de treinta y dos años tenia todas las cualidades capaces de hacerle respetable. Fue elegido el segundo domingo después de Pascua, y coronado con solemnidad en Santa Sofia el domingo siguiente 17 de Mayo de 1204 (*). Habiendo convenido en que si era exaltado un francés al trono imperial, lo debiese ser al patriarcado un veneciano, eligieron por patriarca á Tomás Morosini, natural de Venecia y cardinal subdiácono de la iglesia romana. Para indemnizar al conde de Montferrato, gefe de los cruzados, de la preferencia concedida al conde de Flandes, á quien emulaba en valor, en sabiduría y en otras cualida-

(*) Al subir Balduino I al trono de Constantinopla, quedó solamente un simulacro del grande imperio que fundó Constantino en oriente. Aun prescindiendo de las conquistas que hicieran hasta entonces los califas de Egipto y de la Siria, las divisiones que se siguieron á esta ocupacion de los latinos, desmembraron de tal modo el imperio que se vió reducido al estado de una potencia muy inferior á las monarquías de occidente. Erigiéronse á la vez tres tronos, vecinos y por lo mismo émulo del de Constantinopla: el Príncipe Bonifacio de Montferrato fue declarado Rey de Tesalia ó de la Morea. Teodoro Láscaris, yerno del Emperador Alejo Angelo, formó para sí un imperio en Nicéa ó Andrinópolis; Alejo Comneno se coronó Príncipe y después Emperador de Trebisonda; y los venecianos se apoderaron de varias islas del Archipiélago formando otro estado independiente: así fue caminando á su total ruina el imperio de oriente, en otro tiempo tan brillante y poderoso.

des dignas del trono, le nombraron Rey de Tesalia. En fin, nada se omitió para establecer sólidamente el imperio de los latinos en Constantinopla; mas habia una especie de fatalidad, inseparable de todas las empresas del occidente en oriente. Despues de algunos reinados y mil agitaciones funestas, veremos á todos estos peregrinos conquistadores experimentar iguales reveses en Grecia que en Palestina.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-NONO.

N. 1.º Disposiciones de Inocencio III relativas á la conquista de Constantinopla. 2. Division de los cristianos en el principado de Antioquia. 3. Fin desgraciado del Emperador Balduino. 4. Institucion de los carmelitas. 5. Foulques arzobispo de Tolosa. 6. Mision del obispo de Osma en el Languedoc. 7. Principios de Santo Domingo. 8. Martirio del legado Pedro de Castelnau. 9. El Papa escita los Principes y los pueblos contra los sectarios. 10. Hazañas de los cruzados de Languedoc. 11. Simon de Monforte instituido gefe de los cruzados. 12. Juan Sin-tierra depuesto del reino. 13. El Príncipe Artus asesinado por Juan Sin-tierra. 14. Sumision de Juan Sin-tierra. 15. Batalla de Bovines. 16. Embajada de Juan Sin-tierra al Rey de Marruecos. 17. Agitaciones en el imperio. 18. Eleccion de Federico II. 19. Sucesos de España. 20. Liga del Rey de Aragon con el conde de Tolosa en favor de los albigenses. 21. Batalla de Muret en la que pereció el Rey de Aragon. 22. Muerte santa de Balduino de Tolosa. 23. Institucion del Rosario. 24. Principios de San Francisco. 25. Su regla es aprobada por el Papa. 26. Su primer establecimiento. 27. Sus predicaciones. 28. Retiro de

tianos de Palestina habian hecho con los infieles de Siria.

En este largo intervalo, una armada mandada por Juan de Nele, señor de Briga, pasó el estrecho de Gibraltar, y otra multitud de cruzados así franceses como flamencos, á pesar de sus promesas tomaron tambien una ruta muy otra de la de Venecia, lo que puso á los que llegaron á esta república en la imposibilidad de pagar á los venecianos la suma acordada. Despues de haber satisfecho la parte que les tocaba de lo que habian prometido, y aun despues que el conde de Monferrato, el de Flandes y los otros señores principales empeñaron su vagilla de oro y plata y cuanto pudieron, faltaban aun para completar la suma estipulada treinta mil marcos de plata. Les propuso para el cobro del resto, Enrique Dandol, anciano venerable que hacia nueve años que gobernaba la república con mucha sabiduría, que ausiasen á los venecianos en la reconquista de la ciudad de Zara, en Dalmacia, usurpada por el Rey de Hungría: él se obligaba por su parte, aunque ciego y de mas de ochenta años, á acompañarles con cincuenta galeras para libertar el santo sepulcro. Repugnaban tanto mas los cruzados volver las armas preparadas para abatir á los enemigos del cristianismo contra un Príncipe cristiano, tambien cruzado, quanto el Sumo Pontífice lo habia prohibido espresamente, y su legado hacia ya vibrar sobre sus cabezas los rayos de la Iglesia; pero los deudores, estrechados por una especie de necesidad, aceptaron la propuesta. El con-

de de Monferrato, á quien el Papa habia hecho esta prohibicion en persona de viva voz, pretestó prudentemente un motivo de ausencia, y no se halló en el sitio de Zara. Tomó Simon de Monforte bajo de su proteccion al abad de Valdesernay, cuya vida estuvo en peligro por haber denunciado á los señores la prohibicion pontificia. Además separóse del egército junto con Guido su hermano y algunos otros generales, y se pasó al del Rey de Hungría, de donde sin embargo volvió á la tierra santa. Pasó adelante el sitio de la plaza, y fue tomada al quinto dia.

70. La proximidad del invierno forzó al egército á esperar en Dalmacia una estacion mas propicia para acometer al Egipto. Entretanto el Príncipe Alejo, hijo de Isaac Ángelo, Emperador destronado de Constantinopla, imploró el auxilio de los Príncipes cruzados. Siete años hacia que otro Alejo, hermano de Isaac, habia arrancado la corona á este infeliz Emperador, despues de haberle mandado sacar los ojos el dia 10 de Abril de 1195, y le tenia en una dura prision, donde le daban el alimento por medida como al mas desdichado de los hombres. Era al propio tiempo el hijo de Isaac cuñado de Felipe de Suabia, electo Rey de los romanos, y fué á encontrarse con este Príncipe para captar con mas facilidad por su mediacion la benevolencia de los otros Príncipes latinos. Felipe les envió á este efecto embajadores, y habiendo llegado poco despues el mismo Alejo, ratificó lo que en su nombre se habia prometido; esto es, que sujetaria en primer lugar el imperio de Cons.

Constantinopla á la obediencia de la santa Sede: que suministraría doscientos mil marcos de plata para la empresa de los cruzados, y víveres para todas las tropas: que les acompañaría en persona donde mejor les pareciera: que enviaria diez mil hombres á sus expensas para hacer la guerra por espacio de un año, y que toda su vida pagaría quinientos caballeros para la defensa de los santos lugares.

Habia prohibido el Papa á los cruzados acometer á Constantinopla, de la misma manera que á Zara, por cuanto siempre se derramaba sangre cristiana, y se perdía de vista el objeto principal del viage. Por el contrario, ellos se persuadian que estableciendo un Emperador que les fuera adicto, sus progresos en Siria y en Egipto serian mas rápidos, y llegaron á creer que el Papa nada podia desear mas que el ver establecida su potestad en Constantinopla, si fuese posible, y que el buen suceso de esta empresa les obtendria con facilidad el perdon. Mas las dificultades y riesgos los llenaban de pavor. Su ejército, despues de la partida del religioso Simon de Monforte y de otros muchos señores que quisieron obedecer á la letra, quedaba reducido á unos cuarenta mil hombres; y se trataba de atacar á una ciudad muy bien fortificada, donde habia mas de doscientos mil hombres armados: aunque esceptuando algunas tropas extranjeras, asalariadas por los Emperadores de Constantinopla, todos los demás eran gente poco valerosa, y de los mismos ciudadanos la parte mas sana ansiaba la llegada del jóven Alejo.

No dejó el tirano su tio de mostrar desde luego resolucion, y aun de revestirse de un tono muy orgulloso, que era sobrado jactancioso para poder inspirarle el verdadero valor (1). Envió á los latinos una especie de heraldo, de nacion italiano, con el mandato de decirles: „¿Por qué compareceis en mis dominios vosotros que sois cristianos como yo, y que aspirais tambien al recobro de la tierra santa? Si necesitais de víveres ó de dinero, os lo daré con gusto, con tal que saliendo de mis estados continueis vuestra piadosa expedicion: pues yo no pretendo haceros ningun daño, aunque tengo fuerzas para ello. No evitariais la muerte ó la derrota aunque fueseis veinte veces mas, si yo quisiera desplegar mi venganza.” Conon de Bethúne se levantó, y en nombre de los barones contestó: „no es en los estados de Alejo, el tirano, donde hemos entrado, puesto que el imperio no le pertenece. Quanto podemos prometerle, si quiere restituir la corona á su dueño legitimo sentado aquí entre nosotros, es que pediremos á este jóven Príncipe que le perdone sus atentados: el usurpador debe contentarse con disfrutar de la honrosa comodidad que su augusto sobrino, en consideracion á su sangre, tiene la generosidad de ofrecerle. Volviéndose con aspecto horrible al legado; partid quanto antes, le dijo: llevad esta contestacion á quien os envia, y no tengais la audacia de volver otra vez, á no ser para prometer la satisfaccion que le importa dar sin demora.”

(1) *Vill. Hard. n. 72.*

des dignas del trono, le nombraron Rey de Tesalia. En fin, nada se omitió para establecer sólidamente el imperio de los latinos en Constantinopla; mas habia una especie de fatalidad, inseparable de todas las empresas del occidente en oriente. Despues de algunos reinados y mil agitaciones funestas, veremos á todos estos peregrinos conquistadores experimentar iguales reveses en Grecia que en Palestina.

RESUMEN

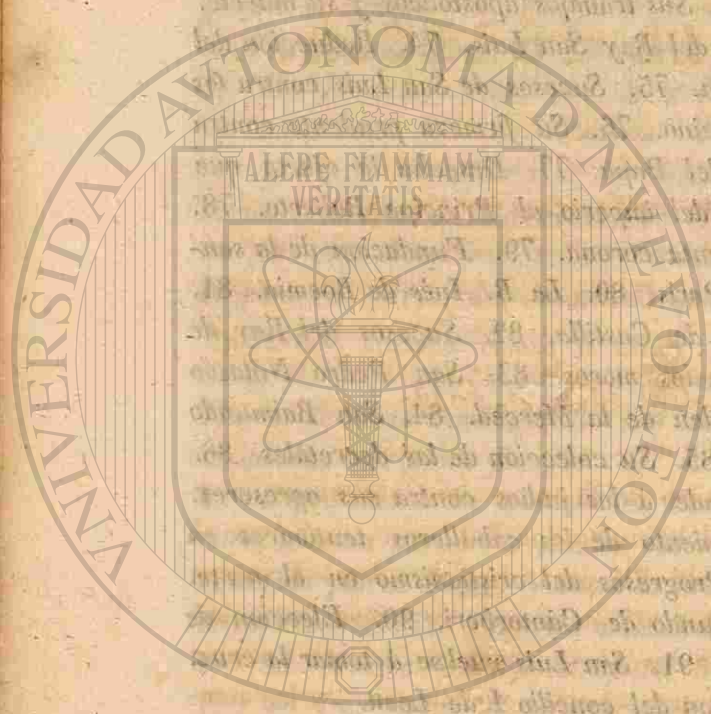
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO TRIGÉSIMO-NONO.

N. 1.º *Disposiciones de Inocencio III relativas á la conquista de Constantinopla.* 2. *Division de los cristianos en el principado de Antioquia.* 3. *Fin desgraciado del Emperador Balduino.* 4. *Institucion de los carmelitas.* 5. *Foulques arzobispo de Tolosa.* 6. *Mision del obispo de Osma en el Languedoc.* 7. *Principios de Santo Domingo.* 8. *Martirio del legado Pedro de Castelnau.* 9. *El Papa escita los Principes y los pueblos contra los sectarios.* 10. *Hazañas de los cruzados de Languedoc.* 11. *Simon de Monforte instituido gefe de los cruzados.* 12. *Juan Sin-tierra depuesto del reino.* 13. *El Príncipe Artus asesinado por Juan Sin-tierra.* 14. *Sumision de Juan Sin-tierra.* 15. *Batalla de Bovines.* 16. *Embajada de Juan Sin-tierra al Rey de Marruecos.* 17. *Agitaciones en el imperio.* 18. *Eleccion de Federico II.* 19. *Sucesos de España.* 20. *Liga del Rey de Aragon con el conde de Tolosa en favor de los albigenses.* 21. *Batalla de Muret en la que pereció el Rey de Aragon.* 22. *Muerte santa de Balduino de Tolosa.* 23. *Institucion del Rosario.* 24. *Principios de San Francisco.* 25. *Su regla es aprobada por el Papa.* 26. *Su primer establecimiento.* 27. *Sus predicaciones.* 28. *Retiro de*

Santa Clara. 29. La B. Maria de Ognies. 30. Piedad de los pueblos de Flandes. 31. Reforma establecida en la universidad de Paris. 32. Cuarto concilio general de Letran. 33. Establece la inquisicion y forma diferentes cánones. 34. Muerte de Inocencio III. 35. San Francisco dedica sus discipulos á los trabajos apostólicos. 36. Fr. Pacífico. 37. Principio de los cardenales protectores de las órdenes. 38. Franciscanos mártires de Marruecos. 39. Mártires de Ceuta. 40. San Francisco en el palacio del sultan de Egipto. 41. Fr. Elias humillado por el Santo. 42. Instituto de los frailes predicadores. 43. Milagros de Santo Domingo. 44. Los Santos Jacinto y Ceslao. 45. Muerte de Santo Domingo. 46. Los cristianos en oriente quedan con pocas fuerzas. 47. Cruzada de niños. 48. Expedicion de los cruzados en Portugal. 49. Damietta tomada por los cruzados. 50. Federico II es coronado por el Papa, y toma la cruz. 51. Cruzada en el norte. 52. Imperios multiplicados en la Grecia. 53. Muerte de Felipe Augusto. 54. Enrique III Rey de Inglaterra. 55. Fin de Simon de Monforte. 56. Luis VIII marcha contra los albigenses. 57. Su muerte. 58. Muerte de San Francisco. 59. Su testamento. 60. Su modo de pensar sobre los monasterios de monjas de su orden. 61. Gregorio IX visita á Santa Clara. 62. El Papa se indispone con el Emperador. 63. Federico escomulgado. 64. Marcha para la cruzada á pesar del Papa. 65. Cruzada en Italia contra el Emperador. 66. Juan de Briena pasa al imperio de Constantinopla. 67. Santa Isabel de

Hungria. 68. Tercera orden de San Francisco. 69. Las Santas Hedwigis y Gertrudis. 70. San Antonio de Padua. 71. Sostiene la pureza del instituto de San Francisco. 72. Sus trabajos apostólicos y su muerte. 73. Principios del Rey San Luis. 74. Reduccion del conde de Tolosa. 75. Sucesos de San Luis contra los enemigos del reino. 76. Su firmeza prudente contra las empresas del Papa. 77. Desecha la oferta que hace el Papa del imperio al Principe Roberto. 78. Adquiere la santa corona. 79. Fundacion de la santa capilla de Paris. 80. La B. Inés de Boemia. 81. San Fernando de Castilla. 82. Sucesos del Rey de Aragon contra los moros. 83. San Pedro Nolasco instituye la orden de la Merced. 84. San Raimundo de Peñafort. 85. Su coleccion de las decretales. 86. El Papa desfiende á los judios contra sus opresores. 87. Establecimiento de los caballeros teutonicos en Prusia. 88. Progresos del cristianismo en el norte. 89. San Edmundo de Cantorberi. 90. Eleccion de Inocencio IV. 91. San Luis vuelve á tomar la cruz. 92. Convocacion del concilio I de Leon.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUCARAMANGA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ACADÉMIA

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO TRIGÉSIMO-NONO.

Desde la toma de Constantinopla por los cruzados en el año 1204, hasta el primer concilio general de Leon en el de 1245.

1. La noticia de la toma de Constantinopla y de la elección del Emperador Balduino, embarazó al Pontífice Inocencio III para responder á este Príncipe que le pedía la confirmacion de lo que se habia hecho. Los obstáculos que los griegos zelosos oponian á los progresos de los latinos en Palestina, y los atentados de los últimos usurpadores sobre los Emperadores legítimos, no eran para él causas capaces de cohonestar la venganza, tomada contra unos culpables que no eran súbditos suyos. Arrebatábale por otra parte la idea de ver otra vez en el centro de la unidad á la iglesia de oriente, y la facilidad que ofrecia este medio para enviar auxilios á la tierra santa. Tomó en su respuesta el partido de bendecir los desiguos de la Providencia, que con los procedimien-

tos injustos de los latinos habia castigado con justicia á los griegos y sus muchos delitos. Y sin profundizar demasiado estas materias delicadas, contestó: que podian conservar la Grecia conquistada por un secreto juicio de Dios, y que debian satisfacer á la divina justicia por lo pasado (1).

El patriarca electo para Constantinopla se hallaba todavía en Roma, de cuya iglesia era subdiácono. Confirmó Inocencio su eleccion, ó por mejor decir, suplió su legitimidad con la plenitud de su poder, como él mismo dice. Confirióle luego por sí propio las órdenes, le dió el palio, previniendo que sus sucesores le enviasen á pedir á Roma, y le concedió muchos privilegios, entre otros el de consagrar los Reyes en el imperio de Constantinopla, y absolver á los pecadores de los clérigos. Dispensóle tambien la prerogativa disputada tanto tiempo por los Pontífices á los patriarcas de Constantinopla (2); es decir, el primer lugar despues de Roma con respecto á las demás iglesias; y se hace aun mas de admirar, que en la concesion de esta gracia al patriarca latino Morosini, dice el Papa espresamente, que se deriva (dicha gracia) de la santa Sede, la cual ha sacado como de la nada, por la plenitud de la potestad apostólica, á la iglesia de Bizancio, y la ha elevado sobre las iglesias de Alejandria, Antioquia y Jerusalem. No es menos notorio lo contrario por las cartas de San Leon; y aun el Papa Nicolao I, cuatrocientos años despues de Leon, pone en segundo lugar la silla de

(1) *Lib. 8. ep. 131.* (2) *Ibid. ep. 19.*

Alejandria, y no cuenta al obispo de Constantinopla entre los verdaderos patriarcas.

Para conservar el nuevo imperio de los latinos en oriente, ordenó el Papa á los occidentales, tanto clérigos como legos que residiesen en la Romanía, esto es, en el pais de Constantinopla, que perseverasen allí un año entero, si los cuidados de la tierra santa no los llamasen á otra parte (1). Escribió además á Francia persuadiendo á los varones recomendables por sus talentos y sus virtudes que pasasen á Grecia. Háiale el Emperador Balduino suplicado que procurase estos socorros á la nueva iglesia latina de su imperio, y escitase generalmente á los occidentales de todos los paises, de todos los estados y sexos á ir á tomar posesion de los ricos dominios que les ofrecia, y á formar establecimientos en una region cuya fertilidad y delicias encarecia sobremanera. Produjeron demasiado efecto estos llamamientos, á lo menos entre los habitantes de la tierra santa. La revolucion de la Grecia, que se habia creido tan favorable al socorro de los santos lugares, sirvió por el contrario á acelerar ó consumir su pérdida.

2. Olvidaron sus propias diferencias los sarracenos mucho mas afligidos por la sujecion de Constantinopla á los occidentales, que lo habrian sido por la toma de Jerusalem, y procuraron por todos los caminos imaginables debilitar y dividir á los cristianos. Habia entre estos dos partidos que se disputaban el principado de Antioquia; uno era el de Boemundo,

(1) *Ibid. ep. 64. et 71.*

conde de Trípoli, y otro el de su sobrino Rupin, quien por su madre era tambien sobrino de Livon ó Leon, Rey de Armenia. Declaróse por el conde de Trípoli el sultan de Alepo, hijo de Saladino; y Denefin, otro Príncipe musulman poco célebre despues, apoyó el partido contrario. Defendian al conde los templarios y el pueblo de Antioquia; el patriarca y los hospitalarios al Rey de Armenia que sostenia á su sobrino. En cuanto al reino de Jerusalem, el Rey Amalrico II de Lusinan, muerto en San Juan de Acre durante las revoluciones de Antioquia, á saber, el primero de Abril de 1205, tuvo por sucesor á Juan de Briena, como esposo de Maria, hija primogénita de la Reina Isabel heredera de el derecho de su padre Amalrico I de la casa de Anjou. Era igualmente Rey de Chipre, aunque por derecho de herencia, y dejó esta corona á su hijo Hugo I, niño de corta edad: débil recurso para la situacion en que se hallaban los negocios de los cristianos en oriente.

Los búlgaros por otra parte se unieron á los cumanos y á los turcos, para defender á los griegos contra los latinos. Eran sin embargo unos y otros grandes enemigos de los griegos, cuyo yugo habian sacudido despues de haberle tolerado por espacio de ciento y cincuenta años. Su Rey Juan ó Joannicio, heredero del poder de sus hermanos Pedro y Asan libertadores de su patria, habia recibido del Papa la corona real, y sometido con el mayor esplendor todas las iglesias de su reino á la iglesia romana, cu-

vos ritos y usos abrazaron (1). Mas los griegos suplieron la falta de fuerzas con los artificios y tramas secretas; desprendieron al Rey Joannicio de los latinos, prometiéndole que le reconocieran por Emperador si les libertaba de su dominio. Subleváronse los griegos por todas partes despues de estas convenciones, y se apoderaron de muchas plazas, y entre otras de la de Andrinópolis.

3. Púsose en campaña el Emperador Balduino, y formó el sitio de esta ciudad (2). Teniendo aviso de que el Rey de los búlgaros se adelantaba á defenderla con un poderoso ejército, encargó el sitio al mariscal de Villa-Harduin y al dux de Venecia; y acompañado del conde de Blois salió al encuentro de los enemigos con fuerzas muy desiguales á las suyas. Disipó la caballería tártara que servia de vanguardia al Rey de Bulgaria: mas dejándose llevar de su valor le persiguió tan lejos, que los búlgaros se replegaron por una parte, y por otra le cortaron la retirada, cercándole por todos lados. Mataron el caballo al conde de Blois, y él mismo cayó herido: los suyos le aconsejaron que se retirase, ofreciendo que abririan camino con espada en mano. No permita Dios, respondió, que jamás puedan echarme en cara que he huido del combate. Murió junto con otros muchos señores, y el Emperador quedó prisionero. Sucedió esta derrota el 14 de Abril de 1205. Hizole Joannicio poco despues cortar los brazos y las piernas, y arrojar el tronco por un precipicio, don-

(1) *Vill. Hard. n. 117.* (2) *Id. n. 189. et seq.*

de dicen que estuvo por tres dias luchando con los horrores de la muerte. Añaden que el cruel búlgaro mandó hacer luego una copa de su cráneo para beber en ella al modo de los antiguos scitas. Ensalzan mucho á Balduino, aun los mismos griegos, por su justicia y su castidad. Eligieron á Enrique su hermano para sucederle el 20 de Agosto de 1206; pero en el mismo año proclamaron los griegos por su Emperador á Teodoro Láscaris, que estaba casado con la hija del Emperador Alejo Angelo, y estableció su trono en Nicea, capital de Bitinia.

4. Mientras ocurrían estas revoluciones en la iglesia de oriente, Alberto, patriarca latino de Jerusalem y en lo sucesivo obispo de Verceli, compuso para algunos solitarios del Carmelo una regla que no tardó en hacer esta asociacion muy numerosa, dilatando su nombre hasta las estremidades del occidente. Debían su origen á un monje venerable de Calabria, que á pesar de su avanzada edad, fue, segun dicen, á situarlos en aquel lugar por revelacion que tuvo del profeta Elías. Se descubre aun la caverna de este profeta y algunos vestigios de un antiguo monasterio que parece haber sido considerable (1). Formó el piadoso calabrés una pequeña clausura en medio de estas ruinas, y levantó una capilla y una torre, reuniendo de diez á doce frailes. Encargábales en la regla que les dió el patriarca Alberto, principalmente el trabajo y el silencio á imitacion de los antiguos solitarios. Vivían en celdas separadas, oían misa to-

(1) *Canis. tom. 5. pag. 386. = Boll. tom. 9. pag. 773.*

dos los dias cuando les era posible, rezaban el oficio, y los que no sabían leer, cierto número de padre nuestros por cada hora canónica. Jamás comían carne, y ayunaban desde la exaltacion de la cruz hasta la Pascua.

5. Cuando el oriente llamaba así la atencion y los esfuerzos de los occidentales, una tempestad fatal se formaba sordamente contra la Religion en el seno de la nacion mas cristiana, y el refugio mas seguro de la Iglesia en todos sus peligros. Los waldenses y los nuevos maniqueos esparcidos en tantas iglesias distintas á favor del tiempo y del artificio, se habían hecho formidables en algunos sitios por su reunion, avasallando con insolencia insoportable las provincias de Francia confinantes con las de España. Sosteníanles los señores del pais, sobre todo Raimundo VI, conde de Tolosa, y Raimundo Rogerio, conde de Fox. Dió el Papa Inocencio para reprimirlos el carácter de legado al abad del Cistér, y á dos religiosos célebres del mismo orden llamados Radulfo y Pedro de Castelnau, sacados de la abadía de Fuentefria, diócesi de Narbona; y reclamó el Sumo Pontífice el poder y la proteccion del Rey Felipe Augusto.

Habíanse hecho culpables diferentes prelados, aun de los mas distinguidos, ya por connivencia respecto á los hereges, ya por debilidad en su conducta, ó á lo menos causaban mas daño á la Religion con obras indignas de su carácter, que utilidad con sus vanos discursos. Por autorizacion espresa del Sumo Pontífice, informaron los legados contra Berengario,



arzobispo de Narbona, suspendieron de las funciones episcopales á Guillermo de Roquesel, obispo de Viviers, y usaron de la misma severidad con Raimundo de Rabastens, que se habia elevado por simonía á la silla de Tolosa. En lugar de este último eligieron á un abad del orden del Cistér, llamado Foulques ó Foulquet, prelado que sirvió mucho á la Religión en este puesto importante. En su juventud se dió á la poesía, y tuvo fama entre los poetas provenzales, bajo el nombre de Foulquet de Marsella, lugar de su nacimiento. Habiendo despues renunciado á todas las diversiones del siglo, se hizo monge en la fervorosa casa de Gran-Selva, de donde pasó á ser abad de Toronet, diócesi de Frejus, y de aquí al obispado de Tolosa.

6. Entretanto preparaba el Señor un nuevo socorro á su Iglesia contra las sectas corrompidas que infestaban una de sus mas bellas porciones, en la persona de un prelado extranjero que se hallaba en Francia por una de aquellas casualidades aparentes de que se vale la Providencia para ocultar sus designios (1). Diego de Azebes, obispo de Osma en Castilla, á su vuelta de Roma pasó por Montpellier, y encontró á los legados encargados de trabajar en la reduccion de los hereges, precisamente cuando iban á rennnciar su legacia por el disgusto que les causaba la multitud de sus trabajos. Uno de los principales obstáculos que impedian el fruto de su celo, era

(1) *Jord. Princ. Fr. Præd. M. S. cap. 7. et seq. — Vit. S. Dom. ap. Sur. 4. Aug.*

la vida poco arreglada de los eclesiásticos, que no dejaban de oponerles los sectarios cuando los exhortaban á abandonar sus errores. El obispo de Osma, recomendable por su nacimiento y su doctrina, lo era todavía mas por su virtud. Habia establecido en su catedral el instituto de los canónigos regulares: pasó á Roma para obtener del Papa el permiso de abdicar el obispado, y de consagrarse á la conversion de la nacion bárbara de los cumanos, que habitaban cerca de la embocadura del Danubio. No habiendo podido lograr su solicitud, tomó el hábito monástico en su tránsito por el Cistér, para juntar los egercicios rigurosos del claustro á los trabajos del obispado que se le obligaba á conservar.

Este prelado virtuoso y lleno del espíritu del Señor, concibió que era imposible reducir con palabras solas á una secta que pervertia á los sencillos con una suma afectacion de santidad y de modestia, mientras que los misioneros católicos tuviesen grandes equipages, multitud de caballos y de criados, y vistiesen y comiesen espléndidamente. Habiendo acudido los legados á tomar su consejo, como de un personage tan acreditado por su prudencia y por su piedad; „hermanos míos, les dijo este varon apostólico, nada adelantaremos, mientras que los sectarios acrediten el error con la modestia y autoridad de que hacen alarde, si no damos egemplos enteramente contrarios á su modo de vivir. Es necesario combatir su virtud aparente con una piedad efectiva, ir á pie, no llevar dinero, imitar en todo la vida de los Apóstoles.” Y

se á ella, tanto por esta razon como por el temor que le inspiraban las consecuencias de la excomunion publicada contra él. Mas despues de muchos juramentos reiterados, no hacia caso de sus mismas promesas siempre que creía poder violarlas sin peligro. Pedro de Castelnau penetraba demasiado su carácter para ser el juguete de estos artificios, y era muy grande su valor para disimularlos. Dió en rostro al conde con su mala fe y sus perjuros; y haciéndole presentes los escesos á que este Príncipe era capaz de dejarse arrebatar, y que su misma vida corria peligro, respondió: „la causa de Jesucristo no triunfará en estas comarcas sin que ninguno de nosotros muera por la fe. Quiera Dios que el perseguidor me elija por su primera víctima.”

En fin, el conde pérfido hizo convidar á los legados á conferenciar con él en San Guilles de Provenza (1). Prometió satisfacerles sobre todos los capítulos de que era acusado; y en efecto manifestó desde luego recibir con docilidad sus consejos saludables, pero dejando bien pronto este papel violento, y quitándose la máscara sin reserva, les amenazó públicamente con la muerte, y les dijo al retirarse que cualquiera camino que tomasen por tierra ó por mar no escaparían seguramente de su venganza. El abad y los magistrados de San Guilles entendieron con razon esta amenaza reflexiva por una resolucion fija y determinada, por cuyo motivo condujeron á los legados con buena escolta hasta las orillas del Ró-

(1) *Chron. S. Mar. Antis. ann. 1208.*

dano; pero solo se procuraba evadir la violencia mientras era todavía mas temible la traicion. Dos hombres del conde, desconocidos á los legados, los habian seguido, y los alcanzaron en el lugar donde pernoctaron antes de pasar el rio. Al dia siguiente por la mañana, despues que los legados celebraron misa, como lo acostumbraban antes de partir, uno de los incógnitos se acercó á Pedro de Castelnau y le dió una lanzada por debajo de las costillas. Pedro cayendo en tierra le miró y le dijo: *Dios quiera perdonarte como yo te perdono*, lo que repitió muchas veces con un aumento siempre nuevo de caridad y de piedad, hasta que rindió su espíritu.

9. El rumor de este delito causó una conmocion universal, y llegó en poco tiempo hasta Roma (1). El Papa escribió en términos muy vivos á todos los señores y caballeros de las provincias de Narbona, Arlés, Aix, Ebrun y Viena. Despues de referir el hecho, da el título de mártir al difunto, que habia en efecto derramado su sangre por la fe, y como tal es venerado por la Iglesia el dia 5 de Marzo, no obstante haber muerto á lo mas en el mes de Febrero. Encarga á los arzobispos y á sus sufragáneos que publiquen la excomunion contra el asesino y todos sus cómplices, encubridores y defensores, y denunciarla de nuevo contra el conde de Tolosa, que con tanto fundamento se presumia culpable de esta muerte. En fin, segun las nuevas máximas que él

(1) *Gest. Innoc. III. cap. 8.*

erige en cánones, declara absueltos del juramento á todos aquellos que le hubiesen prometido al conde Raimundo fidelidad, sociedad, ó alianza, pronuncia ser permitido á todo católico, tanto perseguir su persona como apoderarse de sus estados, y concluye exhortando á la nobleza de estas provincias á armarse para la estirpacion de la heregía y la conservacion de la verdadera fe.

El Pontífice escribió además al Rey Felipe Augusto, suplicándole que fuese en persona á reprimir un vasallo, enemigo tan dañoso de la Iglesia, ó que enviase á lo menos á su hijo Luis. Como el Rey corría mal con Otton, Rey de romanos, y con Juan, Rey de Inglaterra, respondió, que teniendo á sus lados dos grandes leones que solo aguardaban ocasion favorable para asolar sus estados, no podia él ni su hijo ausentarse sin cometer una imprudencia; pero que permitiría á sus barones que fuesen á esta espedicion. El Papa habia escrito al propio tiempo á todos los señores y á todos los pueblos de Francia, como igualmente á todos los prelados, prometiendo indulgencia plenaria á los que se cruzasen para combatir á los sectarios de la provincia narbonense, lo que hizo tomar las armas y la cruz á una infinidad de personas, que la traían sobre el pecho para distinguirse de los cruzados de levante que la llevaban en el hombro. El estrépito de estos armamentos atemorizó de tal manera al conde Raimundo, que tomó él mismo la cruz contra la secta de la que era el principal fautor.

10. Para reemplazar á Pedro Castelnau y á Rodolfo, su colega en la legacia, que murió hácia el mismo tiempo, envió el Papa dos nuevos legados, Milon, clérigo de la iglesia romana, no menos recomendable por la profundidad de su doctrina que por la solidéz de su virtud, y el doctor Teodosio, canónigo de Génova. Encamináronse por la parte de Leon delante de los cruzados que se juntaron de todas las regiones de la Francia en seguimiento del duque de Borgoña, de los condes de Nevers, de San Pablo, de Monforte, del arzobispo de Sens, de los obispos de Autun, de Clermont, de Nivers, y de otros infinitos personajes de consideracion en el estado y en la Iglesia. Raimundo se habia hecho ya absolver por los legados en el mismo lugar en que fue enterrado el bienaventurado Pedro de Castelnau, para darle en alguna manera satisfaccion honrosa. Juró sobre el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo que observaría las órdenes del Papa para la paz de la Iglesia y la espulsion de los hereges; que no haría sospechosa su fe dándoles su proteccion; que rompería con aquellas cuadrillas de bandidos llamados ruterros, y que no molestaría mas á los pueblos ni á los prelados ortodoxos. Para mayor seguridad, entregó siete castillos de sus estados, y consintió en su confiscacion, si no observase sus juramentos. No prescribiendo límites algunos á sus precauciones ni á su terror, se adelantó en persona hácia Valencia para unirse á los cruzados, con quienes renovó sus empeños, prometió sin reserva hacer cuanto quisiesen, y ofre-

como los legados manifestasen temer ser censurados de singularidad abrazando una vida tan nueva, les declaró que los acompañaría para trabajar según este método en la defensa de la fe. Remitió inmediatamente su equipage, todos sus caballos y todas las gentes de su comitiva, reservando solamente á Domingo de Guzman, canónigo regular y superior de su catedral, es decir, primera dignidad después del obispo que era el prior. Después de haber predicado el Evangelio por algún tiempo con fruto, según este nuevo plan, el sabio prelado quiso volver á su diócesis para poner en orden sus negocios, y suministrar de sus rentas para sus amadas misiones. Apenas llegó á su casa murió en una dichosa senectud (*).

7. Domingo, á quien habia escogido por continuo compañero de sus trabajos apostólicos, y que llegó

(*) La muerte del venerable obispo de Osma sucedió á principios de 1207, no á poco de haber llegado á su ciudad, como dice Berault, sino después de haber visitado su diócesis y al prepararse para volver de nuevo á Francia á continuar la grande empresa de la reducción de los hereges. Su iglesia y todas las de España lloraron amargamente la pérdida de este prelado ilustre, cuyo corazón siempre abrazado de celo por la gloria de Dios y honor de la Religión, estaba igualmente lleno de amor hácia los pobres y de la caridad más compasiva para con los pecadores. Su eminente santidad, verdaderamente digna de un obispo de los primeros siglos, le habia ganado el afecto de todos los católicos y, lo que es más, la estimación de los mismos hereges. Afirman graves autores que el Señor manifestó la gloria del santo obispo con repetidos milagros que se obraron en su sepulcro. Theodor. de Apold. num. 32. = Touron vida de Sto. Domingo. lib. 1. cap. 3. et seq.

en lo sucesivo á ser cabeza de esta misión, era suscitado del cielo para servir á la Iglesia de un modo más durable, instituyendo el orden de frailes predicadores. Nació en Castilla en la diócesis de Osma, y presumióse antes de nacer su destino por un sueño que tuvo su madre hallándose embarazada de él, en el que imaginó que llevaba en su seno un mastin generoso con una antorcha en su boca que abrasaba á toda la tierra(*). Hizo sus estudios con aprovechamiento en la escuela de Palencia, una de las más famosas de España, desde que el Rey Alfonso IX atrajo á ella de Francia é Italia los maestros más sabios en todo género; pero aprovechó todavía más en las

(*) Este brillantísimo astro de España y de toda la Iglesia nació en Caleruega, pequeña villa de la diócesis de Osma, en el año de 1170. Sus padres D. Felix de Guzman y la B. Doña Juana de Aza, eran igualmente recomendables por su fe viva y fecunda en toda clase de obras de justicia y caridad, y por la antigüedad de su nobleza y demás timbres que aprecia el mundo. No creemos ser necesario en nuestros días renovar ó repetir las disertaciones en que muchos escritores con la más rigurosa crítica y exactitud han demostrado la acendrada nobleza de las dos ilustrísimas familias de Guzman y de Aza. Los diferentes enlaces que se efectuaron entre las personas de esta familia y los Príncipes y Soberanos de Castilla y Portugal, y el honor de que se glorian nuestros Augustos Monarcas declarando su parentesco con la B. Juana de Aza y con su hijo el gran Patriarca Santo Domingo, prueban mucho más de lo que nosotros pudiéramos decir. Pero no podemos pasar en silencio uno de los más gloriosos títulos que se ha añadido á esta escelsa familia en nuestros días. Aunque las virtudes de Doña Juana de Aza se habian atraído la veneración de todos aun durante su vida mortal, y mucho más después de su gloriosa muerte, sien-

virtudes. Tomó tal gusto á la mortificación cristiana, que pasó diez años enteros sin beber vino. Su amor á la pureza fue singular, y conservó sin la mas leve mancha su virginidad hasta la muerte. Su caridad llegó hasta el extremo de vender los libros para socorrer á los pobres en tiempo de hambre.

A la fama de un mérito tan extraordinario en un estudiante, el obispo de Osma le sacó del lugar de sus estudios, y le hizo canónigo regular de su iglesia. Esto fue para Domingo un nuevo motivo de adelantar en la perfeccion, y sus nuevos progresos le merecieron ser elevado al primer puesto de su cabildo. Pero la conversion de los pecadores era su principal inclinacion, de lo que tardó poco en convencerse su santo obispo en las ocasiones que le ofreció su viage á Francia. Hallándose hospedado con él en Tolosa en casa de un sectario, pudo tanto Domingo, ya con su modo dulce é insinuante, ya con la fuerza de sus razones, que en el mismo dia de su llegada convirtió á este herege. Noticioso del riesgo que corrian muchas jóvenes nobles ó indigen-

do venerada con culto público en Aza, Caleruega, Gumiel de Izan, Peñafiel y en otras muchas ciudades y pueblos; sin embargo, no había aun pronunciado el oráculo de la Iglesia el decreto solemne de su beatificación. Mas en Setiembre de 1828 se efectuó lo que tanto tiempo deseaban los españoles, y despues de un riguroso exámen de las virtudes de la venerable Juana, y de las pruebas de su culto inmemorial, el Smo. Padre Leon XII, de gloriosa memoria, verificó su beatificación con aplauso de todo el sagrado colegio y de la Iglesia universal. Véase el decreto dado en Roma en 27 de Setiembre de 1828.

tes, que con abuso infame de la liberalidad procuraban los sectarios atraer á su partido, las fundó un monasterio en Prulla, cerca de Monreal, donde en esacta clausura, silencio, oracion y trabajo hallaron una seguridad igual para el alma y para el cuerpo.

Era difícil verle y oírle sin prestarse á lo que deseaba. Sus ideas puras y muy eficaces, sus resoluciones tan ajustadas á la razon que cuasi nunca se le vió obligado á mudarlas, la igualdad de su alma siempre inalterable, su rostro mismo donde brillaban la paz de la conciencia y la alegría que se gusta en el servicio del Señor, el fuego de su cara y de sus ojos, su voz dulce y penetrante, todo arrebatava en él á la virtud, y comunicaba á sus oyentes los ardores del amor divino que abrasaban su corazón. No obstante, faltó muy poco para que no hubiese producido entre los sectarios de Languedoc los frutos de bendicion que se podian esperar. El conde de Tolosa, fautor obstinado y artificioso de esta secta abominable, hacia ineficaces los esfuerzos de los hombres mas apostólicos.

8. El legado Pedro de Castelnau era para él un objeto particular de odio, lo mismo que para todos sus protegidos hereges, á quienes perseguia este legado con tanta perseverancia como vigor (1). Formó una confederacion poderosa para la defensa de la fe, é hizo entrar en ella á la nobleza de Provenza, dependiente del conde, quien se vió precisado á unir-

(1) *Hist. Albig. cap. 64.*

ció en rehenes á su hijo además de las plazas que habia ya entregado.

Marcharon luego todos juntos á Beziers. Los moradores de aquella ciudad, abandonada al maniqueísmo, se habian hecho odiosos por sus rapiñas, por sus asesinatos y por todos los delitos que eran las consecuencias de su horrible doctrina. Inspiraba sobre todo la mayor indignacion el asesinato de Raimundo Trincavel su vizconde, á quien hicieron pedazos en la iglesia de la Magdalena, despues de haber quebrantado los dientes á su obispo que se esforzaba en disuadirles. Comenzaron requiriéndoles que entregasen cierto número de hereges, cuya lista remitian, y que eran al parecer los principales autores de su perversion. No solo se negaron con insolencia, sino que adelantándose algunos de ellos antes de ser acometidos, hicieron caer sobre los cruzados un diluvio de flechas. Llenos de furor los soldados católicos, aguardaban con impaciencia las órdenes de sus gefes; y en el interin los criados del ejército, sin observar disciplina alguna é ignorándolo sus amos, se acercaron á las murallas, y tomaron la plaza por asalto. Pasaron á cuchillo á todos los habitantes, y pusieron fuego á la ciudad. Era dia de la Magdalena, y en la iglesia que la estaba dedicada mataron hasta siete mil personas que en ella se habian refugiado, circunstancias que fueron realzadas como una señal de la divina venganza, tanto por la muerte del vizconde Trincavel, como por las blasfemias de aquellos sectarios impuros, particularmente contra la

brillante santidad de esta amante de Jesucristo. Los cruzados marcharon luego á Carcasona, que habrian podido tomar fácilmente por asalto: mas la suerte que Beziers acababa de experimentar, les causaba todavía horror. Admitieron una composicion reducida á que los habitantes de aquella ciudad lo abandonarían todo, y saldrían en camisa.

11. Celebraron luego un consejo para determinar á quien establecerían señor y conservador de estas conquistas. El desinterés que manifestaron los principales señores, dió á entender que no era el espíritu de ambicion el que los conducia. El conde de Nevers y el duque de Borgoña lo rehusaron absoluta y constantemente; y no bastando las mas vivas instancias para que al fin lo aceptase Simon de Montforte, fue necesario que los legados se lo mandasen por autoridad de la Sede apostólica.

Ya observamos en la espedicion de Zara en la Dalmacia, el gran respeto que tenia á las órdenes del Vicario de Jesucristo este héroe piadoso, á quien no impedia el tumulto de las armas oír misa todos los dias, rezar el oficio divino, y observar inviolablemente los ayunos de la Iglesia. Honraba su fe y su piedad con sus costumbres muy puras y virtudes sólidas, con una modestia y humildad tan extraordinaria, que á pesar de la superioridad de su mérito, se atemorizaba de su insuficiencia, y se creía muy inferior á su destino. Su valor no obstante era único y tan terrible en los combates, que con solo el movimiento de su sable huían todos sus enemigos: era

calles y plazas públicas se decían misteriosamente unos á otros que el Rey estaba escomulgado (1). Hallándose Godefrido, archidiacono de Norwic en Westminster para negocios de su iglesia, dijo un día á los que le acompañaban que no estaban seguros los beneficiados permaneciendo al servicio de un Príncipe herido de anatéma. La proposicion fue denunciada al violento Monarca: hizo prender al archidiacono, le aprisionó, dejándole sin alimento, cargado de cadenas y revestido de una capa de plomo, cuyo peso junto con el hambre le quitó la vida en pocos dias. La crueldad natural de Juan Sin-tierra recibió todavía mayor estímulo con las insinuaciones de un aventurero, llamado Alejandro Masson, que se tenia por teólogo. Decia, y probó de un modo plausible lo que no era muy difícil, que los bienes temporales de los Príncipes y el gobierno de sus vasallos no pertenecian de modo alguno á la Cabeza de la Iglesia. Mas no cesaba de repetir que el Rey era el instrumento de la ira de Dios, establecido para gobernar el pueblo con vara de hierro.

Por mas agradable que se hiciese al Rey con esta máxima tiránica, tuvo Inocencio III bastante crédito en Inglaterra para hacerle despojar de un gran número de beneficios que habia adquirido por medio de sus intrigas, y reducirle á un estado de miseria en que se le vió mucho tiempo mendigar el pan de puerta en puerta.

En fin, el Papa Inocencio declaró á todos los va-

(1) *Matth. Pat. ann. 1209.*

sallos y súbditos del Rey de Inglaterra absueltos del juramento de fidelidad, y prohibió bajo pena de escomunion que persona alguna comunicase con él en cualquiera manera, ni aun en la mesa, ni por consejo, ni simplemente para hablarle. Pasó todavía mas adelante. De consejo de los cardenales y de otras personas graves, pronunció sentencia espresando, que el Rey de Inglaterra fuese depuesto del trono, y que á instancia del Sumo Pontífice se le diese un sucesor mas digno de reinar. En su consecuencia, escribió Inocencio á Felipe Augusto que se encargase de esta empresa para obtener la remision de sus pecados, y á fin de que él y sus sucesores, despues de haber destronado al Rey Juan, poseyesen perpétuamente el reino de Inglaterra. Escribió tambien una carta circular á todos los señores, caballeros y hombres de guerra de diversas naciones, que no se detuviesen en cruzarse para deponer al Rey de Inglaterra, y vengar la injuria de la Iglesia universal, bajo la conducta del Rey de Francia. Añadia, que cualquiera que concurriese con sus bienes ó en otra manera á la destruccion de este Rey perverso, recibiria de la Iglesia la misma proteccion que aquellos que visitaban el santo sepulcro.

13. La tempestad que se formaba de este modo sobre la cabeza del Rey Juan, debia tener las consecuencias mas funestas. Conferíanse los derechos y la potestad de la Iglesia á Felipe Augusto, enemigo ya bastante temible y que tenia por su parte derechos muy plausibles para hacerlos valer contra el Rey

de Inglaterra. El Príncipe Godefrido, hermano mayor del Rey Juan, muerto en el año de 1186, dejó á su esposa en cinta de un hijo que fue llamado Artus, y á quien el Anjou, el Maine y la Turena reconocieron por su Señor. Su madre Constanza le procuró desde luego la proteccion del Rey Augusto, y le puso en sus manos á la edad de doce años. Pero habiendo encontrado el Rey Juan su tio medio de apoderarse de su persona, despues de haberle tenido algun tiempo encerrado en Ruan, le hizo pasar de la prision á una barca, donde le mató con sus propias manos, y arrojó su cuerpo al Sena. Felipe Augusto hizo citar á Juan como á su vasallo para responder de este crimen en la corte de París, y negándose á comparecer, la corte con voto unánime confiscó á beneficio del Rey Felipe todo cuanto poseía el Rey Juan de este lado del mar. Entró inmediatamente el Monarca francés en Aquitania y despues en Normandía, para egecutar la sentencia con las armas en la mano, é hizo muchas conquistas.

14. El Papa Inocencio emprendió entonces restablecer la paz entre los dos Reyes, siguiendo un camino incierto, porque es difícil fijarle no gobernándose por los verdaderos principios. Adoptó cierto tono de imperio, que el Monarca y los señores franceses miraron como poco decoroso á una potestad que no debe entrometerse en el gobierno político: mas la mudanza de circunstancias hizo tambien á Inocencio mudar de disposiciones, y para activar de nuevo la espedicion de Felipe Augusto, le envió á Pandolfo,

subdiácono de la iglesia romana. El Rey de Francia se veía escitado por otra parte de una multitud de señores ingleses, que solo aspiraban á verse libres del yugo tiránico del Rey Juan. Este Príncipe desatinado, cruel, avaro, disoluto, se hizo al fin insupportable, no solo á los eclesiásticos de su reino, sino tambien á la nobleza, á las ciudades, á las campiñas y á todos sus pueblos. Violentó á muchas mugeres y jóvenes de distincion, redujo con sus estorsiones á la mayor indigencia á una multitud de familias honradas, y desterró á innumerables sugetos irrepreensibles, á fin de apoderarse de sus bienes.

Los obispos arrojados de Inglaterra, de donde llevaron sus quejas á Roma, ordenaron á la vuelta al Rey Felipe, de parte del Papa, que entrase con mano armada en la gran Bretaña, destronase al tirano, y pusiese en su lugar un Príncipe digno de reinar. Felipe, que solo aguardaba la ocasion, mandó bajo la pena de incurrir en la culpa de rebelion á todos sus vasallos que viniesen á juntarse con él en Ruan, de la cual ya se habia hecho dueño, é hizo equipar una flota cargada de toda especie de municiones.

Entretanto el legado Pandolfo pasó á Inglaterra, y encontró al Rey Juan en Dowres. A su partida de Roma le dió el Papa con mucho secreto un proyecto de reconciliacion para este Príncipe, en caso que resolviera someterse á las órdenes de la santa Sede. Pandolfo aprovechándose del terror, que no podian estermiar de una alma tan criminal sesenta mil hombres de buenas tropas y una armada superior á la

activo, emprendedor, firme en sus designios y consiguiente en sus miras: su destreza en los ejercicios militares era incomparable, su temperamento robusto, el talle alto, bien formado, y por la afabilidad de su trato no menos que por la facilidad en explicarse, era igualmente propio para conciliarse el respeto de sus nuevos vasallos que para conservar la estimacion de los señores sobre los cuales se le habia elevado. Si en la carrera de sus hazañas se hallan muchos hechos de una severidad asombrosa, conviene tener presente la cualidad de los monstruos, de cuya infeccion creyó no poder purgar de otra suerte las provincias, ó á lo menos las costumbres y preocupaciones de su siglo.

12. Por las consecuencias abusivas de los mismos principios, conmovió el Papa Inocencio los fundamentos de un poder que ofrecia á sus empresas prestos mucho menos plausibles que los que daban la conducta de los albigenses y de sus fautores. Toda Inglaterra quedó entredicha; el Rey Juan escomulgado y depuesto de la corona, á que se siguieron los desórdenes y desgracias inseparables de estas revoluciones, y todo por una causa la menos proporcionada á este trastorno enorme, cual fue la eleccion de un obispo. Nombraron á un mismo tiempo para la silla de Cantorberi al superior del clero monástico de esta Iglesia, y al obispo de Norwic. El caso llegó á Roma, y ambas elecciones, á la verdad poco regular una y otra, fueron igualmente anuladas. Propuso luego el Papa para este arzobispado al car-

denal Estévan de Langton, que fue elegido en Roma por los monges diputados de Cantorberi, contra la voluntad del Rey declarada por el obispo de Norwic (1). Estévan era natural de Inglaterra y de un verdadero mérito; pero habia estudiado en París, de cuya catedral fue doctor, canónigo y cancelario de la universidad. Ya fuese esta la razon que le hizo muy odioso á Juan Sin-tierra, enemigo declarado de todo lo que decia relacion con Francia, ya la afrenta que creía este Príncipe haber recibido en la persona del obispo de Norwic, Juan descargó el primer peso de su resentimiento sobre los monges de Cantorberi con toda la violencia de que era capaz.

Escribió luego al Papa en estilo agrio y picante, que no podia recobrase de la sorpresa que le habia causado el ver al Pontífice y á toda la corte romana olvidados al parecer de lo útil que les era su amistad: que sacaban mas beneficio de su reino que de todos los otros estados cisalpinos: que si la eleccion del obispo de Norwic no era ratificada en Roma, impediria á sus vasallos llevar las riquezas que él necesitaba para rechazar á sus enemigos que allí eran protegidos, y que la Inglaterra se abstendria de ir á buscar entre los estrangeros tan mal dispuestos en su favor, la justicia y las luces que podria hallar en sus propios prelados.

El Papa Inocencio respondió al Rey con bastante moderacion; se justificó acerca de no haber esperado el consentimiento de este Príncipe para la eleccion

(1) *Matth. Par. ann. 1206. Gest. Innoc. III. n. 131.*

del cardenal Estévan , y pretendió haberle pedido suficientemente. Sin embargo, añade, de que no estaba en uso aguardarle para las elecciones que se hacen en la corte romana. Concluyó exhortando al Rey que no resistiese al Señor, y no reprodujese las costumbres fatales, á las que los Reyes su padre y su hermano habian renunciado. Mas Inocencio escribió en seguida á los obispos de Londres, de Worcester y de Elí previniéndoles que si despues de sus representaciones no recibiese el Rey al arzobispo Estévan, pusiesen en toda Inglaterra un entredicho general de todas las funciones eclesiásticas, escepto del bautismo para los niños y la penitencia para los moribundos. Esta carta amenaza todavía al Rey con mayores penas en caso de no triunfar de su resistencia.

Los tres obispos, obedeciendo á las órdenes del Papa, se presentaron al Rey, y le suplicaron con lágrimas en los ojos que asegurase su autoridad y su salvacion previniendo el entredicho. El Rey les interrumpió con furor, dijo mil injurias contra el Papa y los cardenales; y en términos de blasfemia que le eran familiares, juró que si alguno de sus obispos osaba publicar el entredicho, le enviaría á Roma con todos los demás prelados y su clero, despues de haberles despojado de todas sus posesiones: que haría sacar los ojos y cortar la nariz á todos los romanos que se hallasen en sus estados, y añadió: *¡ojala pudiese hacer distinguir de las demás naciones con esta señal de infamia á todo el resto de*

ese pueblo detestable. En fin previno á los tres obispos que se alejasen prontamente de su presencia, si querian asegurar sus vidas.

Retiráronse con efecto los tres prelados, mas no les impidió el temor cumplir con su comision: el lunes de Pasion que cayó este año en 24 de Marzo, pusieron entredicho en toda Inglaterra, y salieron cuanto antes del reino para substraerse del furor del Rey. El entredicho fue observado puntualmente y sin ninguna escepcion, no obstante todos los privilegios, segun las órdenes del Papa: de suerte que llevaban los muertos de las ciudades y de las aldeas sin sacerdotes y sin rezo alguno, á manera de cadáveres de animales, y los arrojaban en cualquier hoyo donde los cubrian precipitadamente de tierra. Los clamores generales de los pueblos no tardaron en hacer temblar al inconsiderado Monarca. Envió legados al Papa, é hizo todas las promesas que creyó podrian sacarle del embarazo en que se hallaba, porque le costaban poco en tales circunstancias. Pero tan temerario en la esperanza como débil y cobarde en el peligro, y así en el bien como en el mal siempre incapáz de consistencia, dilató mucho la negociacion, se abandonó por intervalos á las fogosidades de su resentimiento, y al fin rompió de un golpe.

Al cabo de dos años, el Papa escomulgó al Rey de Inglaterra: mas no se halló en toda la estension de este Reino un solo obispo que se atreviese á publicar la censura. No obstante, en poco tiempo llegó á noticia de todos sus vasallos, los cuales en las

de los franceses, le hizo este discurso: „mirad al Rey de Francia en la embocadura del Sena pronto á humillaros por la autoridad del Sumo Pontífice, y á apoderarse de vuestros estados. Con él vienen los prelados de vuestro reino, y una multitud de ingleses ya clérigos ya legos animados de todo el ardor que puede inspirar la esperanza de volver á entrar en su patria, y de recobrar sus bienes.” Manifestó por otra parte las cartas de casi todos los señores de Inglaterra, que le pedían por Soberano y le prometían fidelidad. „A lo menos, continuó Pandolfo, reflexionad sobre vuestros intereses, aplacad al cielo justamente irritado, someteos á la Iglesia, recuperad la gracia del Papa que está pronto á restituiros la corona que os ha quitado.”

Este discurso no dejó de producir su efecto. Juan, todo fuera de sí y como desesperado, condescendió á las proposiciones de Pandolfo, y prometió someterse sin restriccion á las órdenes del Papa en todos los objetos que le habian acarreado las censuras de la santa Sede. Dos dias despues declaró por una carta auténtica, que para espiacion de sus pecados daba de su libre voluntad, y con consejo de sus barones, á la iglesia romana, al Papa Inocencio y á sus sucesores, los reinos de Inglaterra é Irlanda con todos sus derechos: que no los retendria sino como vasallo del Papa: que le prestaria homenaje y haria liga con él; y en señal de su sujecion, sobre el dinero de San Pedro, pagaria todos los años al Papa mil marcos de esterlinas; en fin, que obligaba á to-

dos sus sucesores á mantener esta donacion, bajo la pena de perder su derecho á la corona. El Rey remitió este documento al legado para que le llevase á Roma, y al momento, en presencia de todo el mundo, hizo homenaje y juramento de fidelidad al Sumo Pontífice, representado por su ministro, el cual pisó algunas monedas presentadas en señal de la sumision del Rey. Juan fue entonces absuelto de la escomunion por el arzobispo de Cantorberi y los demás obispos perseguidos que habia llamado apresuradamente á la gran Bretaña.

El legado Pandolfo por el contrario pasó otra vez á Francia, fue á encontrar al Rey Felipe, y le significó de parte del Papa, que desistiese de su empresa contra el Rey de Inglaterra, respecto de haberse sometido ya á la Iglesia, y á quien no podia continuar persiguiendo sin ofender al Papa.

15. Felipe quedó sin duda tan picado como sorprendido de esta mudanza, la que no habria impedido llevar sus armas á las islas británicas, si el conde de Flandes, que fue el que mas le animó, no hubiese mudado tambien de modo de pensar para ligarse con el Rey Juan. Este era Ferrando ó Fernando de Portugal, casado con la hija mayor del conde Balduino, Emperador que vino á ser de Constantinopla, y tuvo que arrepentirse de su constancia. Marchó el Rey Felipe contra este vasallo infiel, confederado con el Emperador Otton y con el conde de Sarisberi, hermano natural del Rey de Inglaterra. La desigualdad del número no fue obstáculo al

al que tenia hecho anteriormente de conservar los derechos del imperio. Por esta razon acometió al joven Federico, Rey de Sicilia y pupilo del Papa Inocencio, para reconquistar la Pulla, que alegaba pertenecer á la corona imperial. Sostuvo igualmente, que antes que ésta se hubiese fijado en sus sienes, el Papa y los estados de Sicilia habian usurpado muchas posesiones que le pertenecian.

18. En fin, se exasperaron los ánimos hasta tal punto, que olvidando el Papa Inocencio todos los desvelos y trabajos que en el espacio de diez años habia empleado para elevar á Otton al imperio, pronunció escomunion contra él. Por una consecuencia tan ordinaria entonces como viciosa, declaró á todos sus vasallos absueltos del juramento de fidelidad, y prohibió con pena de anatéma reconocerle por Emperador. Otton resistió vigorosamente, y se vieron de nuevo todas las escenas de horror inseparables de las guerras civiles, animadas por un falso espíritu de religion. Llegó á adquirir ventajas considerables en Alemania y en Italia: hizo muchas conquistas en la Pulla y en Calabria, y se lisongé con la esperanza de quitar aun la Sicilia al Rey Federico por medio de un señor del pais, que con los sarracenos ocupaba plazas muy fuertes en las montañas. Mas los Papas tenian entonces mucha influencia en el gobierno general de los ánimos y de los imperios, para que las demás potestades no viniesen tarde ó temprano á estrellarse contra su preponderancia prodigiosa. Inocencio III consiguió en fin hacer coronar

Rey de romanos y de Germania, en una dieta celebrada en el año de 1202 en Coblenza, á Federico, Rey de Sicilia, descendiente de la casa de Suabia, escluida poco antes por este Pontífice como la enemiga mas irreconciliable de la Sede apostólica.

19. Inocencio III desempeñó mucho mejor con respecto á la España el cargo de Cabeza de la Iglesia y de Padre de los fieles. Alfonso VIII Rey de Castilla, declaró la guerra á Miramolin Abou Abdalla, el cuarto de los Almohades, el mismo cuya amistad buscaba Juan Sin-tierra, y que reinaba en España igualmente que en África (1). Los infieles consiguieron desde luego tan grandes ventajas, que se esparció el terror por toda la cristiandad (*).

(1) *Roderic. VI. et VII.*

(*) Las ventajas que obtuvieron los moros bajo la conducta de Miramolin, pertenecen al año 1195. Alfonso Rey de Castilla (llamado el VIII de este nombre porque ascendió al trono mucho tiempo antes que su primo-hermano Alfonso IX Rey de Leon) despues de haber sosegado los disturbios del reino ocurridos durante su borrascosa minoridad, recobró en pocos dias cuanto los moros habian usurpado en Castilla, y se apoderó además de la ciudad de Cuenca. Inflamando luego los ánimos de los españoles, y exhortándolos á reunirse y pelear contra los infieles, pasó al frente de un ejército numeroso las montañas de Sierra morena, asoló en su tránsito el territorio de Sevilla y llegó con sus triunfantes armas hasta las playas del Mediterráneo. Atónitos entonces los Reyes moros de Andalucía al ver las rápidas y felices expediciones de Alfonso, imploraron el auxilio del Rey de Marruecos, el cual reuniendo con presteza un ejército formidable vino con él á la Península y ocupó el mediodía de la España. Alfonso, menos prudente que fogoso en estas circunstancias, sin esperar la llegada de los Reyes de Leon y de Navarra que iban

El Papa escribió á todos los obispos de España para que reuniesen todos los Príncipes cristianos contra el

en su auxilio, ni arredrarle la superioridad de fuerzas del enemigo, le presentó batalla cerca de Alarcos, en 18 de Junio de 1195, en la que fue derrotado y herido gravemente en un muslo. Empezó en tan crítico estado una difícil retirada, y no paró hasta que pudo guarecerse con los restos de su ejército en Toledo. Perecieron en aquella funesta jornada veinte mil infantes y toda la flor de la caballería castellana, quedando tan ufanos los moros con su victoria, que talaron una gran parte de Castilla y amenazaron á los demás estados cristianos de España. Añadióse aun para colmo de tamaña adversidad, que los Reyes de Leon y Navarra, aliados de Alfonso, trataron de vengarse indignamente de la afrenta que creían haber recibido por no haberseles esperado para la batalla, é invadieron hostilmente á Castilla al mismo tiempo que los moros se apoderaban de muchas y muy importantes plazas. Quedábale todavía al Monarca castellano otro linaje de afrenta que purgar. Estaba apasionado á una hermosa judía llamada Raquel, muger orgullosa, que habiendo subyugado la voluntad del Rey, queria también gobernar el reino á su capricho. Los grandes y en particular los señores de la corte, indignados al ver que una hebrea intentaba dar leyes á Castilla, é irritados por el infortunio de Alarcos, atribuyeron á Raquel las desgracias del reino, y tramando conspiracion contra ella la dieron de puñaladas dentro de palacio y cuasi á presencia de su amante. Alfonso, de quien al parecer debia temerse en este caso una cruel venganza, mirando la catástrofe de su favorita como un castigo visible del cielo, solo trató de recobrar la confianza y el amor de sus vasallos, conduciéndose en adelante como un verdadero padre de sus pueblos. Hechas las paces con los Reyes de Aragon y Navarra, y tambien, despues de una corta campaña, con el de Leon, pensó únicamente en prepararse para vengar la derrota de Alarcos, y principió desde entonces á levantar nuevos ejércitos y tomar todas las disposiciones necesarias que tan gloriosamente coronó la victoria en la memorable jornada de las Navas de Tolosa. Mariana lib. 11. cap. 18. = Ortiz lib. 3. cap. 5. et 6.

enemigo comun. No pareciendo todavía iguales las fuerzas, envió el Rey de Castilla al obispo de Toledo, con otros embajadores á diferentes naciones para pedirles socorros. La Francia era siempre el recurso de la religion en las coyunturas en que además del valor se necesitaba franqueza y generosidad prontas á egecutar. Empeñó particularmente el Papa á los franceses de las provincias meridionales, como los mas vecinos al teatro de la guerra, á que participasen la suerte de una batalla decisiva que debia darse por Pentecostes de este año de 1212, y á este fin les concedia las indulgencias de la cruzada. Muchos prelados partieron inmediatamente, acompañados de un ejército formidable, entre otros Arnaldo, legado de la santa Sede contra los albigenses, el cual de abad del Cister pasó á la silla metropolitana de Narbona; el arzobispo de Burdeos, y á pesar de la distancia de los lugares el obispo de Nantes en Bretaña. Juntáronse dos mil caballeros franceses con sus escuderos, diez mil sargentos de á caballo, y cincuenta mil de á pie. Así llamaban á aquellos que servian en la guerra inferiores á los caballeros, como si se dijese sirvientes, ó gentes de servicio.

Para atraer las bendiciones del cielo sobre las armas cristianas, el miércoles de Pentecostes 17 de Mayo se hizo en Roma una procesion solemne en el órden siguiente: muy de mañana se juntaron las mugeres en Santa María la mayor, el clero en la basilica de los doce Apóstoles, y los legos en la iglesia de Santa Anastasia. Luego partió cada uno de estos cuer-

valor de Felipe. Hallándose frente á frente ambos egércitos cerca de Bovines, hizo á sus tropas esta corta arenga, copiada por el monge Rigordo, su capellan, que iba en su comitiva: „toda nuestra esperanza está en Dios: el Rey Otton y los suyos están escomulgados, enemigos y destructores de la Iglesia: su sueldo es la substancia de los pobres y el despojo del clero. Por lo que toca á nosotros, aunque pecadores, estando unidos íntimamente con la santa Iglesia, gozamos de su comunión, y defendemos sus inmunidades con todo nuestro poder. No dudamos de que Dios nos hará triunfar de nuestros enemigos y de los suyos.” Despues que el Rey hubo hablado de esta manera, le pidieron las tropas su bendición con una sencillez respetable por el principio que la animaba. Inmediatamente tocaron á embestir, no cesando en el interin el capellan y los clérigos de cantar salmos. La victoria fue completa para los franceses, el Emperador Otton se puso en fuga, y los condes de Flandes y de Sarisberi quedaron prisioneros. Para colmo de la felicidad supieron que el Rey Juan, que hizo un desembarco en Francia y puso sitio al castillo de Roche de Maine en Anjou, acababa de verse forzado por Luis, hijo del Rey Felipe, á levantar el sitio y retirarse vergonzosamente. En memoria de estos grandes sucesos fundó el Rey cerca de Senlis la abadía de la Victoria, donde puso canónigos regulares de San Víctor de París.

16. Mientras que Juan Sin-tierra afectaba tanta sumision en presencia de los comisionados del Papa,

envió secretamente y con gran diligencia, una embajada á Miramamolin, Rey de Marruecos. Los enviados que eran dos caballeros y un clérigo, presentaron una carta del Rey su amo, quien se ofrecia á someter su reino al Príncipe musulman, á pagarle tributo, y aun á dejar la Religion cristiana por la mahometana si queria darle socorros. Miramamolin estaba leyendo las epístolas de San Pablo, que habian llegado á sus manos. Quedó por algunos momentos muy pensativo, y despues respondió: „Ved aquí el libro de un cristiano sabio, cuyas obras y palabras me llenan de admiracion. No hallo en él otra cosa digna de repension, sino el haber dejado la religion de sus padres. ¿Qué puedo yo pensar de vuestro amo, que quiere renunciar á una religion tan santa y tan pura, que si yo no tuviera alguna la elegiría con preferencia á todas las demás?” Informóse luego del estado del Rey y del reino de Inglaterra, y como los dos caballeros le hicieron la pintura mas lisongera, prosiguió dando un grande suspiro: „jamás he leído ni oído decir que el Soberano de un estado semejante haya querido hacerle tributario de un estrangero. Vuestro amo es un cobarde y miserable. Es tal el desprecio que me inspira, que no le admitiera entre los mas viles de mis esclavos. Y vosotros, añadió, lanzando sobre los caballeros una mirada espantosa que les hizo temer por su propia vida: vosotros, agentes y aduladores de un tirano despreciable, no tengais la audacia de volver mas á mi presencia.”

Al retirarse llenos de confusion, puso Miramamolín los ojos en el tercer enviado llamado Roberto, que estuvo aparte mientras duró la audiencia. Viendo á un hombre pequeño, en extremo moreno y de malas facciones, juzgó que el mérito debía compensar lo ignoble de la figura en un ministro encargado de una negociacion tan delicada. Hizo detenerle, y le propuso varias cuestiones, á las cuales satisfizo Roberto con un aire de seguridad y con una franqueza que agradaron al musulman. El inglés dijo con ingenuidad, que su Soberano era un tirano, tan débil respecto á los estrangeros, como terrible para sus vasallos: que por su culpa habia perdido el ducado de Normandía con otros muchos grandes dominios: que no cesaba de arruinar el resto de sus estados, y de hacerse odioso á sus pueblos por sus exacciones, sus usurpaciones, sus vicios y sus adulterios. Miramamolín vituperó la paciencia escesiva de los ingleses, y añadió nuevos desprecios á los que habia manifestado contra la persona de Juan Sin-tierra. Tuvo otras muchas conversaciones con Roberto, le colmó de señales de su benevolencia, y le despachó cargado de presentes de oro, plata, piezas de seda y pedrería. Refiere todas estas particularidades el historiador Mateo Parisiense, y dice que las sabia del mismo Roberto. Añade que el Rey Juan pensaba tan mal acerca de muchos artículos de la fe, que se le escaparon impiedades las mas extravagantes y escandalosas, cuya relacion no se atreve á escribir.

17. Hacia mucho tiempo que la Alemania no go-

zaba de mas tranquilidad que la Inglaterra. Siempre se veía despedazada por las dos facciones de las casas de Sajonia y de Suabia, que pretendian á un mismo tiempo el imperio, y por el interés que tomaba alternativamente la Cabeza de la Iglesia en las pretensiones de una y otra. En vano el Rey Felipe de Suabia, tan vivamente perseguido del Papa Inocencio, se reconcilió al fin con este Pontífice. Despues de haber recibido la absolucion, y hallándose muy adelantada la composicion con el Rey Otton de Sajonia su competidor, fue asesinado por el conde palatino de Baviera, por haber negado su hija despues de habérsela prometido en matrimonio. Este acontecimiento, que parecia deber acelerar el restablecimiento de la buena armonía, la hizo sin embargo mas difícil que antes. A la verdad el Rey Otton, que ya no tenia mas rival, fue desde luego coronado Emperador, y aun se obligó al Papa con juramento á condiciones cuya ventaja era proporcionada á las obligaciones que le debia. Pero desde luego le hicieron entender los magistrados de las ciudades de Italia, que habia sido sorprendido, á lo menos en la promesa de restituir á la santa Sede las posesiones de la condesa Matilde: que la separacion de estos grandes dominios, causaria un perjuicio irreparable al imperio, y que los Papas solo habian conseguido hacérselos ceder, abusando de la debilidad del sexo, ó de la edad de la donante. Esta fue la razon que tuvo el Emperador Otton para negar su entrega, á pesar de sus juramentos que pretendia ser contrarios

pos para reunirse en la plaza de Letran. Delante de las mugeres iban las religiosas, siguiendo despues todas las personas de su sexo, sin adorno alguno de oro ni seda, y con los pies descalzos en cuanto lo permitian sus fuerzas. Los frailes y los canónigos regulares precedian al clero, y los hospitalarios á los legos. Al llegar todos á la plaza, el Papa con los cardenales y obispos entró en la iglesia, tomó la verdadera Cruz, y se colocó sobre las gradas, desde donde hizo un sermón al pueblo; despues de lo cual las mugeres fueron á la iglesia de santa Cruz á oír la misa que les dijo un cardenal, y el Papa celebró en la basilica de Letran para que la oyesen todos los hombres clérigos y legos, quienes fueron en seguida con los pies descalzos á santa Cruz para implorar en ella de nuevo todos juntos el auxilio del Dios de los egércitos en favor de su pueblo. Juntaron con la oracion las limosnas y un ayuno riguroso, sin comer pescado ni cosa alguna cocida; y todos los que pudieron ayunaron á pan y agua. Los fieles de las demás naciones se esforzaron del mismo modo con plegarias, votos y buenas obras á hacer al Señor una santa violencia.

No fue vana su esperanza. Dióse la batalla el lunes 16 de Julio en unas llanuras llamadas las Navas de Tolosa, cerca de los montes á quien dieron el nombre de cadena de los moros. La victoria, ó por mejor decir, la derrota fue tan completa, que hicieron prisioneros ciento y ochenta mil hombres de caballería, sin contar los de infantería que fueron in-

numerables. Doscientos mil infieles quedaron muertos, y solamente perecieron unos treinta cristianos. El botin fue inmenso. Tal es á lo menos la relacion que hizo el Rey de Castilla escribiendo á Inocencio, á quien envió regalos magníficos, como señales de este rico botin (1). Causó sobre todo admiracion una tienda de seda, cuyo trabajo parecia un prodigio, con un estandarte tegido de oro, que fue colgado en la iglesia del Príncipe de los Apóstoles. Halláronse en esta victoria, además del Rey de Castilla, los Reyes de Navarra y de Aragon, muchos prelados, y entre ellos fueron los mas considerables Rodrigo de Toledo y Arnaldo de Narbona, y una multitud de clérigos, que todos juntos cantaron el *Te Deum* en el campo de batalla con toda la alegría que debieron inspirar sucesos tan admirables (*).

(1) *Innoc. III. lib. 15. ep. 182. et 183.*

(*) Si intentáramos dar una relacion mas estensa y circunstanciada de esta incomparable victoria, nos seria preciso transcribir á la letra, escediendo nuestros límites, las que de ella hicieron el mismo Rey de Castilla D. Alfonso y D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, y que se encuentran en todos nuestros historiadores. Sin embargo, no podemos prescindirnos de añadir algunas particularidades interesantes y muy propias de la Historia Eclesiástica que omite el sabio Berault. Y en primer lugar, se hizo notable la piedad de los tres Reyes de Castilla, de Aragon y de Navarra, los cuales aunque provocados á la lucha é insultados de mil maneras por los bárbaros en el domingo 15 de Julio, no solo no quisieron aceptar la batalla en el dia del Señor, sino que mas bien le santificaron recibiendo los sacramentos de la penitencia y Eucaristía como la mayor parte de los caballeros, y mandando espresamente á todo el egército disponerse para la

peño de los cruzados en Langüedoc no era mas que para seis semanas, cuando el de otros cruzados se estendia ordinariamente á un año. Además, la que predicaban entonces para la tierra santa, perjudicaba en extremo á las empresas de Monforte, el cual sin embargo no decayó nunca de ánimo. Este hombre grande se vió con frecuencia reducido á recurrir á sí mismo ó á su familia. La condesa su esposa que era de la casa de Montmorenci, cooperaba perfectamente con el talento y con el valor de su esposo. Se la vió muchas veces llevarle en persona refuerzos arrojando mil obstáculos y emboscadas. Simon hizo armar caballero para esta guerra á Ansalrico su hijo primogénito, de donde en lo sucesivo su estado principal tomó el nombre de Monforte el Amalrico. Con las pocas tropas que podia sostener, y los socorros casuales que recibia por intervalos de diferentes pueblos adictos á la fe de sus padres, con su perseverancia y buena conducta, se apoderó sucesivamente de la mayor parte de las plazas de los hereges. Esto mismo le debilitó en extremo, y se hallaba casi abandonado, cuando se vió en la precision de hacer frente así al Rey de Aragon como á los sectarios cuya arrogancia se exaltó hasta lo sumo con estos socorros. El Príncipe Luis de Francia tomó entonces la cruz, y muchos caballeros imitaron su ejemplo: pero los fuertes ataques que hubo de sostener dentro de breve tiempo el Rey su padre contra el Rey de Inglaterra, llamaron á otra parte el valor de este joven Príncipe y el de aquellos que se cruzaron con él.

El estado de languidez en que se hallaba la causa de la Iglesia, animó el celo de dos virtuosos hermanos obispos, Manasses de Orleans y Guillermo de Auxerre. Cuanto menos ardor observaban en una cruzada que interesaba á los mismos domésticos de la fe, tanta mas prisa se dieron en juntar todas las tropas posibles, y conducir las por sí mismos al lugar de su destino. El conde de Monforte que los recibió en Carcasona, donde se hallaba con un puñado de soldados, miró su llegada como una señal de los favores del cielo. Sin embargo, á fin de evitar en lo posible la efusion de sangre cristiana, envió algunos eclesiásticos al Rey de Aragon para recordarle las intenciones del Sumo Pontífice, y exhortarle de nuevo á no proteger á los enemigos de la fe, la cual le vinculaba con los cruzados. El Rey no hizo uso de la dilacion que entorpeció este negocio mas que para aumentar sus tropas y proporcionar el medio de pagarlas. En fin, el 10 de Setiembre de 1213 llegó á la frente de un ejército mas numeroso, acompañado de los condes de Tolosa, de Fox y de Cominges; es decir, con los tres fautores mas resueltos de los maniqueos, y puso sitio á Muret, ciudad situada á dos leguas mas allá de Tolosa. El valiente y religioso Monforte, seguido de siete obispos y de tres abades, no dejó de adelantarse con cuantas tropas pudo juntar, á fin de socorrer la plaza, donde tuvo la felicidad de encerrarse.

Al dia siguiente muy de mañana se confesó é hizo su testamento. Todos los obispos se dirigieron luc-

go á la iglesia, y uno de ellos celebró la misa, durante la cual escomulgaron todos juntos á los condes de Tolosa y de Fox, á los Príncipes sus hijos, al conde de Cominges, y generalmente á todos los fautores de la heregía, sin señalar en particular al Rey de Aragon, cuyo nombre suprimieron por respeto. El jueves 12 de Setiembre al prepararse los cruzados para el combate, el piadoso obispo Foulques de Tolosa se revistió de sus ornamentos pontificales, y se encaminó á ellos llevando en la mano un pedazo de la verdadera cruz. Todos los que estaban á caballo se apearon por reverencia; los mas cercanos adoraron la cruz unos tras de otros, y el resto de las tropas recibió la bendicion. Al propio tiempo el obispo de Cominges los exhortó en estos términos: „En nombre de Jesucristo, marchad con valor y con santa confianza. El que muriere en esta batalla, no pongais la menor duda que recibirá la corona del martirio, y entrará en el reino de los cielos sin pasar por el purgatorio, con tal que vaya contrito y confesado, ó tenga á lo menos con un vivo dolor de sus culpas deseo sincero de confesarlas á un sacerdote, luego que le fuere posible.” Los otros obispos confirmaron estas promesas, luego entraron en una iglesia vecina con sus clérigos, y en voz alta mezclada de sollozos y gemidos, rogaron por el buen éxito de la accion, cuyo esplendor, poco diferente del de los milagros, no tardó en manifestar que sus súplicas habian sido atendidas.

Aseguran que Simon de Monforte hizo una salida

al frente de doscientos guerreros intrépidos, sorprendió al Rey de Aragon en medio de cien mil hombres, y le quitó la vida con su mano; lo que infundió tal terror en sus tropas que se dispersaron, sin ser posible á los oficiales reunir cincuenta hombres (1). A lo menos está fuera de toda duda que este héroe ganó en Muret una victoria de las mas brillantes que menciona la historia. Los obispos que se hallaban presentes, escribieron llenos de admiracion una carta á todos los fieles (2). „Los montones de enemigos, dicen entre otras cosas, que han quedado en el campo de batalla son tan grandes y tan multiplicados, que es imposible saber el número: de los nuestros no ha habido mas que un solo caballero muerto y muy pocos sargentos. Nosotros los obispos de Tolosa, de Nimes, de Ucés, de Lodeve, de Beziers, de Agde, de Cominges, con los abades de Clerac, de Vallemagna y de Santiberi certificamos ser cierto todo lo espuesto.” El cuerpo del Rey de Aragon, hallado desnudo en el campo de batalla, fue reconocido y enterrado por los caballeros de San Juan, á los cuales habia hecho mucho bien. Dejó por sucesor á un hijo de solos cuatro años que cayó en manos del conde de Monforte, quien le dió libertad á instancia del Sumo Pontífice, y reinó con el nombre de Jaime I (*).

(1) *Petr. cap. 71. ei 72.* (2) *Id. 73. = Tom. 11. Conc. p. 99.*

(*) Tal fue el desgraciado fin de D. Pedro, con el que perecieron los principales señores y grandes de Aragon que le habian seguido á aquella desastrosa campaña. Por lo demás fue uno

20. Poco despues de esta espedicion memorable, en que se distinguió mucho Pedro, Rey de Aragon, apenas habia llegado á su reino cubierto todavía de laureles, cogidos á manos llenas de los enemigos de la Religion, cuando los lazos de la carne y de la sangre le empeñaron en una empresa y en otros mil procedimientos muy inconsecuentes en un Príncipe

absolucion que dieron los prelados. Premió el cielo esta piedad de los católicos Monarcas; pues en el trance mas arriesgado de la accion y cuando todavía estaba indecisa la victoria, se les apareció en el aire una cruz brillantísima, semejante á la señal vencedora que en otro tiempo se manifestó al gran Constantino. No fue menos singular la intrepidez y valor cristiano del canónigo de Toledo D. Domingo Pascual, que llevando enarbolada una cruz penetró por dos veces en el campo enemigo, atravesando sin recibir el menor daño la innumerable infantería y caballería de los bárbaros que hacian llover sobre él un diluvio de flechas. Añadióse á estos portentos otro no menos singular. Las banderas reales, consagradas á la Santísima Virgen, tenian impresa su imagen, á cuya sola vista cayeron muertos infinitos moros. Tan decidida y manifiesta proteccion del cielo impulsó el ánimo religioso del Rey D. Alfonso y de los prelados españoles á instituir la festividad que todavía celebramos en España á 16 de Julio con el nombre del *Triunfo de la Santa Cruz*.

Despues de esta gran derrota, Miramamolín, antes tan soberbio que habia prometido á los suyos hacer prisioneros á tres Reyes y esterminar el cristianismo en España, no se atrevió á permanecer en la Península, sino que huyó precipitadamente al África donde solo mereció el desprecio de los mismos infieles. El Rey de Castilla por su parte se propuso en el año siguiente 1213 continuar sus conquistas en Andalucía, á pesar de la peste y hambre que asolaban aquellas provincias; y las hubiera sin duda sujetado á su dominio á no haberle arrebatado la muerte en la aldea de Gutierre Muñoz, dia 6 de Agosto de 1214, á los cincuenta y seis años de su reinado. Este Monarca, célebre por su

que acababa de defender su fe con peligro de la vida (*).

El protector obstinado de los albigenses Raimundo VI, conde de Tolosa, era cuñado de este Monar-

valor, su firmeza de carácter y sus triunfos, se hizo amar de sus súbditos por su desinterés y generosidad, al mismo tiempo que le respetan todos los pueblos y todos los Soberanos por la elevacion de su alma y la nobleza de sus sentimientos. Siempre activo y laborioso, defendió su reino combatiendo los enemigos del nombre cristiano; ilustró la Religion mostrándose invariablemente hijo sumiso de la Iglesia; fue amigo y protector de las letras y artes, fundó la universidad de Palencia, primer establecimiento de esta clase en España; y por fin, habiendo sido uno de los principales fundadores del poder y de las glorias de esta nacion, dejó en su muerte un trono firme y brillante á su hijo Enrique I, que le sucedió bajo la tutela de la Reina Doña Leonor.

(*) D. Pedro II de Aragon, á quien vimos en el principio de su reinado proseguir con celo verdaderamente cristiano y lanzar á los hereges de sus dominios, vino despues á manchar su nombre y oscurecer toda su gloria por la union y estrecha alianza que hizo con el infame conde de Tolosa. A mas de aquella primera prueba y de la tan brillante que dió en la batalla de las Navas, habia mostrado el Soberano aragonés su afecto á la verdadera Religion en otras muchas ocasiones. En 1204 deseoso de visitar los santuarios de Roma, pasó á aquella capital del orbe cristiano, donde recibido con extraordinario honor por el Papa Inocencio III, y coronado solemnemente por el mismo Pontífice, juró fidelidad y obediencia á Inocencio, á sus sucesores y á la Iglesia, y obligóse además, en agradecimiento á la santa Sede, á dar al Papa un censo anual de doscientas cincuenta doblas. Solicitado en 1210 por los legados pontificios y por los condes de Fox, de Tolosa y de Monforte, asistió á una conferencia en Narbona con muchos obispos y abades, y obligó al principal fautor de los albigenses á jurar que los arrojaría á todos de sus dominios. Tuvo despues otra conferencia con Simon de Monforte

ca. Infatuado siempre en su afecto á estos odiosos sectarios, que le habian hecho ya perder todas sus plazas á escepcion de las dos solas ciudades de Tolosa y Montalban, se transfirió personalmente á Aragon, é hizo al Rey su cuñado la pintura mas interesante del estado á que se veía reducido. „Aunque estoy pronto, le añadió, como ya frecuentemente lo he protestado y os lo protesto todavía, á hacer todo cuanto me fuere ordenado por el Papa. Pongo en vuestras manos, prosiguió, mis estados, ó por mejor decir mis títulos, mi hijo Raimundo vuestro sobrino, y mi esposa Leonor vuestra hermana, para que los defendais si los quereis bien, y sino para que ratifiqueis con vuestra propia mano el decreto de su desgracia.”

Enternecido el Rey, y atendiendo mucho menos de lo que debia á los intereses de la Religión, comenzó por escribir al Papa, á quien instruyó de los procedimientos del conde de Monforte, y de las verdaderas disposiciones del de Tolosa; de manera que Inocencio entró por muchos capítulos en los designios del Rey de Aragon. Tambien intentó este Prín-

en Montpellier, y entonces fue cuando le confió la educacion de su hijo Jaime I, segun afirma Pedro de Valsernay, nuestro Ferreras y otros muchos autores fidedignos. Todas estas acciones verdaderamente cristianas, merecieron al Rey de Aragon el renombre de Católico: pero arrastrado despues, verosímilmente por los lazos de parentesco que le unian al conde de Tolosa, perdió el mérito de todos sus hechos anteriores haciéndose el primer caudillo del ejército de los hereges, con lo que atrajo sobre su cabeza el castigo del cielo.

eipe sorprender á los prelados de la provincia Narbonense, congregados en Lavaur para responder á muchas proposiciones capciosas que les habia hecho. No tardaron en conocer que el verdadero objeto era entretenerlos, y consumir en conferencias inútiles un tiempo necesario para obrar. Dieron cuenta al Papa, no solo de esta tentativa, sino tambien de otras acciones dolosas del Rey Pedro, á quien prohibió el Pontífice formalmente proteger en lo sucesivo á los tolosanos.

21. Pero las tropas aragonesas capitaneadas por su Rey Pedro, y tan capaces de reanimar el valor de los tolosanos, como de apoyar poderosamente las negociaciones, habian entrado ya en el Langüedoc (1). Juntando el ardid con la fuerza, y hallándose el Monarca aragonés frente del conde de Monforte, le propuso suspension de armas y conferencias, que dando á los negocios un aire de incertidumbre y de indecision, estenuasen y amortiguasen el celo y el fervor, impidiesen la llegada de refuerzos al ejército católico, y aun obligasen á las tropas veteranas á retirarse de las banderas. Los progresos del valeroso conde de Monforte en medio de los obstáculos y contratiempos de toda especie que se oponian á sus designios, fueron una maravilla incomprendible. Apenas fue nombrado gefe de la cruzada, quando se retiró una gran parte del ejército á consecuencia de una contienda suscitada entre el duque de Borgoña y el conde de Nevers. Por otra parte, el em-

(1) *Petr. hist. Alb. Sc.*

to, cuyo título no es conforme con la sabiduría de los tres primeros, fue añadido poco despues que estos fueron publicados, y en tiempo que reinaba sobre todo el gusto indiscreto de los descubrimientos y multiplicaciones de reliquias.

9. El dia de Navidad del año 1156, contado, segun costumbre del pais, por el primer dia del año siguiente, Pedro el Venerable, abad de Cluny, vió el fin de su larga y honrosa carrera. En el espacio de treinta y cinco años que estuvo al frente de su congregacion, sostuvo su honor y su reputacion en todas las provincias de la cristiandad. Acompañó siempre á San Bernardo y al abad Sugero en la superioridad del mérito y la celebridad sobre los hombres grandes sus contemporáneos. No fueron menos sólidas sus cualidades, ni menos brillantes que las de sus competidores; y los Gefes de la Iglesia las emplearon muchas veces con igual éxito en el desempeño de los negocios de mas importancia. Mostró prudencia y aun destreza en las negociaciones delicadas que le confiaron, pero sin doblez ni astucia. Grangeándose la confianza con los atractivos de su candor y de su dulzura, nunca deterioró ó afeó su conducta con una débil condescendencia ó con una simplicidad imprudente.

No se distinguió menos por su doctrina, que por su arte en ganarse los corazones. Su tratado de la Divinidad de Jesucristo, probada por las palabras mismas de este Dios hecho hombre; otro contra los judíos, y el que refuta los errores de Pedro de Bruis,

le acreditan con razon por uno de los doctores mas grandes de su tiempo. Su racionio carece del fuego y del vigor de San Bernardo, y propone y descubre poco á poco sus pruebas de un modo que no se gana los espíritus con el mismo imperio, pero logra igual persuasion en aquellos que no se cansan de seguirle. Es limpio y correcto ordinariamente su estilo, sobre todo en sus cartas, que se han conservado en número de doscientas, y muestran un discernimiento y un juicio propio de su rara prudencia.

10. En el mismo año en que murió Pedro el Venerable, concluyó la última obra Otton de Frisinga, compuesta bajo el título de historia del Emperador Federico. Habia publicado antes una crónica que principia desde la creacion del mundo y acaba en el año 1146. Tenemos de este modo á lo menos por lo perteneciente á los sucesos de su tiempo, un testigo de toda escepcion, de una rectitud y de un discernimiento dignos de su cuna, como que su elevada calidad le puso en estado de instruirse perfectamente en todos los acontecimientos relativos al órden público. Era hijo de Leopoldo VI, marqués de Austria, contado en el número de los santos, hermano uterino del Rey Conrado, y tío como él del Emperador Federico. Obligóle su gran piedad á abrazar la vida regular en el Cistér: fue abad de Morimont, y el Rey su hermano le sacó del claustro para hacerle obispo de Frisinga. Gobernó su diócesis por espacio de veinte años enteros con toda la edificacion que podia esperarse de un Príncipe con-

sagrado al Señor con la intencion mas pura, y para quien el fausto de la corte llegó á ser tan extraño, que no quiso dejar en el obispado el hábito monástico. Murió en su antigua abadía de Morimont al regreso del capítulo del Cistér, cuyo espíritu conservó siempre del mismo modo que el hábito. No le faltó no obstante de que arrepentirse, y antes de espirar formó escrúpulo de haber culpado en otro tiempo á San Bernardo de preocupacion contra Gilberto Porretano, y aun de haber defendido la persona de Gilberto, de quien había sido discípulo, y esto con tanto calor que hizo sospechar que favorecía sus opiniones. Protestó que queria morir en la fe católica, del modo que Roma y la Iglesia universal la profesan, y entregó sus obras á hombres doctos y piadosos, á fin de que corrigiesen lo sospechoso que pudiera habersele escapado. Recibió el viático despues de esta declaracion, y murió en medio de una multitud de abades y de obispos, atraidos por el respeto debido á su nacimiento y á su mérito.

11. Fue esta una desgracia para Federico, pues quedó privado de los consejos de un prelado tan religioso y tan sabio, al tiempo de ir á despertarse las diferencias funestas de este Emperador con los Papas. Estando Federico en Borgoña para tener allí su corte, recibió por medio de legados romanos, que nunca faltaban en estas asambleas, cartas de Adriano, en las que este Papa parecia afirmar que el Emperador habia recibido su corona de la igle-

sia romana y no de Dios (1). Mostróse Federico tanto mas ofendido cuanto supo que le habian pintado poco hacia en el palacio de Letran, como en otro tiempo al Emperador Lotario, recibiendo de rodillas la corona de mano del Sumo Pontífice, con esta inscripcion: „El Rey, despues de haber reconocido con juramento los derechos de Roma, recibe la corona imperial y se hace vasallo del Papa.” Concibió que los romanos, entre quienes algunos defendian que los Reyes de Alemania solo de Roma habian recibido hasta entonces el imperio y el reino de Italia por la donacion de los Papas, ansiaban hacer de este pensamiento un artículo de creencia para la posteridad. Volvió á enviar los legados al dia siguiente prohibiéndoles que se detuviesen en parte alguna en casa de los obispos ó abades de su dependencia. En seguida espidió por todas partes cartas circulares, quejándose en ellas con amargura del Pontífice, y declarando que no reconociéndose deudor del imperio mas que á Dios por la eleccion de los señores, estaba resuelto á sostener toda la dignidad de su corona á costa de su vida.

El Pontífice instruido por sus legados de cuanto habia pasado con el Emperador, escribió sin detencion á este Príncipe para explicar las primeras cartas que tan vivamente le habian herido (2). Le dice, que al usar de aquellas espresiones, *no os habemos conferido la corona*, no quiso significar otra cosa sino que él se la habia puesto; de la misma manera, lla-

(1) *Radev. lib. 1.* (2) *Epist. 4.*

mando al imperio *un beneficio*, no habia querido entender por esto un feudo, segun la aceptacion moderna de este término, sino simplemente un acto de beneficencia; en una palabra, que de ningun modo habia pretendido que el Emperador fuese su vasallo. Añadió, que semejantes interpretaciones no podian tener su nacimiento sino en la intencion dañada de algunas gentes. Mostró el Emperador que quedaba satisfecho de estas esplicaciones, dió el beso de paz á los legados que trajeron esta segunda carta, y los despachó llenándolos de presentes.

12. Poco tiempo despues partió sin embargo para la Italia, donde habia convocado una asamblea general en Roncaille, entre Plasencia y Cremona (1). Concurrieron además de los prelados y los señores muchos magistrados de las ciudades de Lombardia, y los jurisconsultos mas célebres de Bolonia. Pidióles Federico una enumeracion de las regalías que le pertenecian en Lombardia á título de Emperador. Reuniéronse los jurisconsultos y los jueces en número de treinta y dos: despues de haber hecho sus investigaciones con separacion, y luego sus conferencias en comun, pasaron á manos del Emperador en presencia de los señores y de los gefes del cuerpo de la ciudad el escrito que habian trabajado teniendo presentes los monumentos mas seguros. Renunciaron públicamente en manos del Príncipe todos los prelados de Lombardia á cuya frente estaba Oberto, arzobispo de Milan, todos los derechos que los jurisconsultos

(1) *Ott. Mor. pag. 818. = Radev. lib. 2.*

tos daban por regalías. El les volvió desde luego todos aquellos cuya posesion pudieron justificar por cualquier título especioso; mas se hallaron á las claras usurpados otros, cuyo valor ascendia á mas de treinta mil libras de plata de renta anual, lo que no debe admirar si atendemos á que estas regalías ó derechos realengos comprendian ducados, marquesados, condados, dominios é imposiciones de toda especie, molinos y pesquerías, peazgos sobre los caminos, sobre los mercados, hasta el derecho de fabricar moneda, el censo real y el personal. Fue esta operacion tanto mas desagradable al Papa, quanto habia sido hecha por doctores legos, y los obispos se habian sometido.

Colmó Federico por el contrario de beneficios á estos doctores, y con ocasion suya á los estudiantes de todas las facultades (1). Formó antes de salir de Roncaille una constitucion dirigida á procurar la seguridad y la tranquilidad, así de los maestros como de los discípulos, tanto en los viages que hacian para sus estudios como en los sitios donde estaban las escuelas. Hace responsables á los gobernadores de las ciudades de su egecucion. En el caso de intentarse algun proceso contra los estudiantes, les concede el derecho de elegir por juez, ya sea su señor, ya su profesor, ó ya el obispo de la ciudad, imponiendo á los que quisieren llevarlos á otro tribunal la pena de perder su derecho. He aquí el privilegio mas antiguo que despues de la renovacion de los estudios se

(1) *Authent. tit. Ne á fil.*

ha concedido á los estudiantes de un modo auténtico y legal.

13. El principal objeto que tuvo esta ley, fue sin duda la escuela de Bolonia que ya gozaba gran celebridad. Habiase renovado en ella el estudio del derecho civil cerca de veinte años antes, como así mismo en otras muchas ciudades de Italia y del resto de la Europa, á causa del manuscrito original de las Pandectas de Justiniano, hallado en las ruinas de Amalphi, cuando tomó esta ciudad el Emperador Lotario al nuevo Rey de Sicilia. Renovóse tambien por el mismo tiempo el derecho canónico, aunque de un modo bien distinto, cuando el famoso Graciano, toscano de nacion y monge benedictino en Bolonia, publicó su *concordia de los cánones discordantes*, llamado comunmente *decreto de Graciano* (1). Gustaron mucho los Papas de esta obra, y fue tan bien recibida de los doctores de Bolonia, que la tomaron desde luego por testo de sus lecciones. Los de Paris fueron los primeros que siguieron este egeemplo; pero los franceses reclamaron fuertemente contra sus máximas inauditas, después que tuvieron tiempo para conocerlas.

14. Esta coleccion dividida en tres partes, trata en primer lugar del derecho en general, después de los ministros de la Iglesia, desde el Pontífice hasta el infimo clero, de las reglas de la penitencia, de la administracion de los sacramentos, de las ceremonias, y de muchas cuestiones diseminadas sin orden y sin método. Atribuye á la autoridad pontificia los

(1) Vid. Bossuet. sup. 4. art. cleri gallic.

derechos mas exorbitantes, sin alegar por lo comun otra cosa que sus aserciones decisivas, sus ideas singulares y algunas comparaciones aun mas estrañas. Para probar la independenciam pretendida en que están los Pontífices respecto á los cánones, se vale de esta semejanza. Así como Jesucristo ha hecho la ley, y después de haberla cumplido para santificarla en su propia Persona, se dispensó de ella en alguna ocasion para mostrar que era el Señor Soberano; del mismo modo el Sumo Pontífice forma los cánones por sí, ó por medio de sus representantes, los observa por humildad y para hacerlos observar á los otros, y luego manifiesta por sus órdenes y su conducta que no está obligado á las leyes de las que es autor. Su recopilacion presenta menos discernimiento y crítica que exactitud y discurso. Entre los cánones de los concilios y decretos pontificios que inserta allí, coloca las falsas decretales compiladas por Isidoro con tan poco juicio como erudicion. Las citas que hace tambien de los padres mas conocidos, tales como San Ambrosio, San Gerónimo, San Agustin, San Gregorio el grande, son sacadas con frecuencia de aquellas obras que tienen los caracteres mas evidentes de supuestas (1).

15. Yacian en un estado de languidez ó de una infancia aun mas imperfecta los otros estudios, cuyo esplendor se procuraba resucitar del mismo modo que el de las leyes. Todos los conocimientos humanos se limitaban durante los tres ó cuatro siglos precedentes

(1) Bellarm. de Script. in Grat.

á las siete artes liberales, cuya enseñanza por lo común se reducía á divisiones estériles y á áridas nomenclaturas. Dividíanlas en dos clases, de las cuales la mayor parte de los sabios no se atrevían á llegar mas que á la primera; y esta bajo el nombre de *Trivium*, comprendía la gramática, la retórica y la lógica. En cuanto á aquellos que pasaban hasta el *Quadrivium*, que abrazaba la aritmética, la geometría, la astronomía y la música, eran mirados como los prodigios de su siglo y las antorchas del universo. En la época á que hemos llegado, se aumentó el número de las artes liberales, contándose entre ellas la teología, la jurisprudencia y la medicina, del mismo modo que la filosofía. Reuniéronse despues insensiblemente las siete artes bajo el solo título de filosofía; y esta ciencia y las tres restantes formaron las cuatro facultades en que debían campear los talentos que aspiraban á la reputacion de universales, de donde tomaron los Liceos el nombre de Universidad.

No son desconocidos los engaños, los caprichos, las inutilidades de aquellos antiguos filósofos, los unos adictos esclusivamente á los principios y á las tablas descarnadas de Porfirio, los otros á las profundidades inaccesibles de Platon, ó á la simple esplicacion del testo abstracto de Aristóteles; y otros llamados libres que hacían profesion de no sujetarse á autoridad alguna sino tan solo á la razon, confundiendo con ella las vanas sutilezas de su metafísica, el amor de la disputa y el gusto del sofisma.

La misma teología se sujetó á los nuevos métodos,

y entró desde luego en un laberinto de cuestiones estrañas y ociosas, cuyo menor obstáculo fue consumir un tiempo del todo necesario al estudio inmenso de la tradicion. No obstante, debemos reconocer que esta teología filosófica ó escolástica, que subía hasta los primeros principios, y de allí por un encadenamiento metódico y sensible descendía á las consecuencias mas remotas, fue útil para la confusion de los hereges á quienes pone en contradiccion consigo mismos. Depuró este método Santo Tomás en el siglo siguiente, y le dió un grado de perfeccion digno aun en el dia de escitar la emulacion de los maestros mas grandes.

16. Hubo en el siglo doce sabios que huyeron los defectos de los nuevos métodos. Pedro Lombardo, natural de la provincia que le dió este nombre, y que llegó á ser el doctor mas célebre de la escuela de París, asombrado de los errores de Roscelino, de Abelardo y de Gilberto Porretano, seducidos por los principios de Platon y de Aristóteles, se abrió un camino opuesto, con el designio, nos dice, de combatir aquellos que, víctimas de sus propias ideas, trabajan por sostenerlas con perjuicio de la verdad (1). Su obra intitulada: *libro de las sentencias*, y que le ha dado al autor el nombre de maestro de las sentencias, es una coleccion de lugares de los santos padres, principalmente de San Agustin, donde sin citar los filósofos profanos, ni entregarse á las sutilezas de la escuela, se ocupa en conciliar las contra-

(1) *Præf. in lib. Sent.*

dicciones aparentes de los testos. Es un cuerpo entero de teología que comprende cuatro libros, donde no obstante omite otras materias importantes, tales como la Iglesia, la autoridad de la Escritura y de la tradición, cuando por otra parte se estiende sobre la naturaleza de los ángeles, sobre la del firmamento que juzgaba cuerpo sólido, y sobre otros varios artículos mirados en el día por puntos frívolos. Mereció esta obra tantos aplausos, que por espacio de siglos enteros la mayor parte de los maestros en teología formaban de ella todo el fondo de las lecciones que daban á sus discípulos. Cuéntanse hasta doscientos cuarenta teólogos, los mas famosos de su tiempo, que comentaron este libro. Elevaron al autor á la silla de París, para la cual habian elegido á Filipo, hermano del Rey y arcediano de esta iglesia; y este, segun dicen, cedió su derecho (1).

17. La historia nos suministra con este motivo un título antiguo, el mas formal de los Reyes de Francia con respecto á la regalía. Habiendo recaído el obispado y la regalía, dicen los monumentos antiguos, despues de la muerte del obispo Tibaldo, predecesor de Pedro Lombardo, en poder del Rey, dió la capiscolía que componia una parte, á los religiosos de Hieres para que la disfrutasen siempre que hubiera sede vacante (2).

18. El éxito desgraciado que tuvo el viage de Luis el jóven á Palestina, no le inspiró odio á esta clase de expediciones. Peregrinando despues á Santiago

(1) *Rob. an.* 1159. (2) *Gall. Christ. tom. 1. ad. ann. 1158.*

de Compostela, concibió é inspiró al Rey de Inglaterra el designio de ir á hacer la guerra á los infieles de España (*). Resolvieron la empresa, y ya se reunian tropas cuando envió á pedir indulgencias al Papa

(*) La venida de Luis el jóven á nuestra España, verificada en 1155, nos da ocasion para recordar algunos hechos muy gloriosos á nuestros mayores. Era ya entonces casado el Monarca francés con Doña Constanza, á quien en Francia llamaron Adelayde, hija del Emperador y Rey Alfonso VII, por cuyo motivo dispuso el Soberano español hacer ostension de toda su grandeza en presencia de los Reyes sus hijos y aliados. Recibiélos en Toledo á su vuelta de Galicia con tal magnificencia y aparato, que Luis y su comitiva quedaron sorprendidos. Halláronse al cortejo el primogénito de Alfonso D. Sancho y su esposa Doña Blanca, nombrados ya Reyes de Castilla; D. Fernando su hijo segundo, D. Ramon, Príncipe de Aragon, D. Sancho, Rey de Navarra, muchísimos obispos y toda la nobleza de la corte, concurriendo todos con la mayor ostentacion y lucimiento. El Rey Luis, considerada toda esta grandeza y visto el extraordinario presente que le preparaba su suegro, declaró no haber encontrado en Europa ni en Asia corte mas lucida; mas de todas las riquezas que se le habian ofrecido, solo quiso tomar un carbunco muy grande y de inestimable valor.

Todo esto nos da á conocer cuán glorioso fue para España el reinado de Alfonso VII. En efecto, pacificados con la muerte de su madre Doña Urraca los reinos de Leon, Castilla y Galicia, y reconocido y proclamado unánimemente Alfonso Rey y Emperador á los veintiun años de su edad, principió á manifestar las grandes prendas de que fuera dotado para gobernar así en paz como en guerra; y en los treinta años y medio que reinó despues de la muerte de su madre, no dejó pasar uno solo que no señalase con alguna accion heroica. Sujetó á los moros y venciólos repetidas veces hasta en medio de sus dominios de Andalucía. Fue por último uno de nuestros mayores Reyes; no hubo persona mas santa que él siendo mozo, ni vió España cosa mas justa, fuerte y modesta siendo varon: colmado de todo género

Esta victoria dió un golpe mortal al partido tanto tiempo temible de los albigenses. El celo de la cruzada se reanimó en todas partes. El duque Eudo III de Borgoña acudió de nuevo al socorro de Simon de Monforte, con los arzobispos de Leon y de Viena. El Príncipe Luis de Francia, hallándose libre por una tregua concluida entre Felipe Augusto y el Rey de Inglaterra, se dió prisa á cumplir el voto que hizo tres años antes. En poco tiempo las plazas que les quedaban á los sectarios cayeron en poder del gefe de los cruzados, el cual se vió entonces dueño del Langüedoc, de Querci, de Agen, de Rovergne y de una parte de la Gascuña. El derecho sobre estos

de los Príncipes mas famosos de su tiempo, celebrado con encarecimiento por los antiguos escritores. Era de estatura heroica, gallardo, liberal, magnífico hasta la prodigalidad, humano, amable y tan honrado y fiel á sus promesas, que por cumplir las que hiciera al conde de Tolosa perdió la vida. Fundó la caballería de San Jorge en el año 1201, y le hizo donacion del desierto de Alfama, para que se erigiese la primera casa de la orden. Cultivó con tal primor la poesía provenzal, que es contado entre los mas célebres trovadores de su tiempo. Véase la histor. de Langüed. tom. 3. pag. 253.

El conde Simon de Monforte, lograda ya la victoria, permitió á los aragoneses y catalanes que recogiesen y diesen sepultura al cadáver de su Rey, y ordenó que cuidasen y honrasen al Príncipe D. Jaime. Este, que no contaba aun los cinco años, vió alzarse en torno de sí mil dificultades que le hacian quasi inaccesible el trono de sus padres. Su tio D. Fernando, abad de Montaragon, intentó volver al siglo y apoderarse del reino: iguales proyectos abrigaba en su interior el conde de Rosellon D. Sancho, tio del difunto Rey, sin embargo de ser muy anciano. Ambos pretastaban que el Príncipe era bastardo por la

nuevos dominios le fue asegurado algun tiempo despues en el concilio de Letran, y el conde de Tolosa quedó escludido para siempre como Príncipe sin fe, en quien no se podia tener confianza alguna. Creyeron hacer demasiado permitiéndole retirarse á cualquiera lugar propio para la penitencia, con una pension de cuatrocientos marcos de plata, y reservaron para sus hijos algunas posesiones en Provenza. Por lo tocante á la Princesa su muger, cuya virtud y catolicismo ponderaban todos, se la conservó en lo posible el goce de su dote.

22. Es difícil concebir cómo de una sangre tan buena cual era la de los condes de Tolosa, tan distinguidos particularmente por su religioso heroismo en las espediciones de la tierra santa, pudo salir un Príncipe tal como Raimundo VI. El conde Balduino

supuesta nulidad del matrimonio de sus padres, aunque este habia sido declarado válido por el Sumo Pontífice, y por consiguiente el fruto de él legítimo. El mismo gefe de los cruzados ponía estorbos á la coronacion del Príncipe, resistiéndose á su entrega bajo el pretesto de tener concluido un tratado con el Rey D. Pedro en el que se estipuló el casamiento de D. Jaime con una de las hijas de Monforte. Mas el cardenal legado, siguiendo las instrucciones del Papa, congregó un concilio en Montpellier, al que asistieron cinco arzobispos, veintiocho obispos y muchos abades y señores, en el que se mandó al conde Simon, bajo pena de perder sus nuevos estados y amenazándole con las censuras de la Iglesia, que entregase el niño Rey á sus aragoneses. No pudo resistir mas el conde; y D. Jaime conducido á Barcelona, á Lérida y luego á Monzon fue proclamado Rey en estas y en las demás ciudades del reino. Mariana lib. 12. cap. 3. = Ferreras tom. 6. pag. 51. = Ortiz lib. 9. cap. 1.

bertado de la servidumbre del siglo. Habiendo recibido una mala túnica de uno de sus mas antiguos amigos, se dedicó al servicio de los leprosos y al egercicio de las obras mas mortificativas de misericordia y de humildad. Domicilióse despues en una pequeña iglesia llamada nuestra Señora de los Angeles, y mas comunmente Porciúncula, por el lugar donde estaba situada, á seiscientos pasos de Asís.

Un dia oyó leer en la misa el paso del Evangelio en que el Salvador dice á sus Apóstoles: *no lleveis oro ni plata, ni moneda alguna en vuestro bolsillo, ni saco para el viage, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo.* „Esto es, dijo, lo que yo busco hace tiempo, y lo que deseo con todo mi corazon.” Inmediatamente dejó sus zapatos, su báculo, sus bolsillos, renunció al dinero, y no conservando mas que una simple túnica, arrojó el cinto de cuero y se hizo uno de cuerda, dedicándose á conformarse en todo con lo que acababa de oír como á regla practicada por los Apóstoles. En este estado comenzó á predicar la penitencia, y en breve se vió con siete discípulos que se redujeron á la misma pobreza, y concurrieron con igual ardor á la conversion de los pueblos. „Hermanos míos, les dijo, prediquemos penitencia mas bien con el egeplo que con palabras. Confíemos en el Señor que ha vencido al mundo con su cruz. Hallaremos hombres duros que nos pagarán mal los bienes eternos que intentaremos procurarles; pero ganaremos mucho sufriendolo todo con paciencia y humildad: en una palabra, muchos

y nobles vendrán á juntarse á nosotros, y llevarán las verdades de salvacion á los Reyes y á los Príncipes, como tambien á los pueblos. Pues guardémosnos en todo caso de censurar á aquellos que viven con mas delicadeza que nosotros, ó que traen en sus vestidos adornos supérfluos. Ellos son como nosotros hijos de Dios, y por consiguiente hermanos nuestros: él puede llamarlos á sí, y hacerlos mas agradables á sus ojos que nosotros. Muchas veces aun sin haber recibido el don celestial, no dejan de procurar el servicio del Señor, socorriendo las necesidades corporales de sus siervos y de sus ministros.”

Los discípulos de Francisco comenzaron á llenar segun este plan sus funciones apostólicas. Predicaban con sencillez y sin aceptacion de personas, dirigiéndose á los primeros que encontraban, inclinando á todos á amar y servir al Señor, á temer sus juicios y los castigos eternos destinados para aquellos que no guardan sus preceptos. Algunos los escuchaban con atencion, y usaban de caridad con ellos; mas la mayor parte miraban con asombro su vestido extraordinario y la austeridad no menos singular de su vida. Les preguntaban de que profesion y de que nacion eran. Negábanles frecuentemente el hospedaje como á vagamundos y malhechores; de suerte que se veían reducidos á pasar noches enteras debajo de los pórticos de las iglesias. Algunas veces los cargaban de injurias ó los ultrajaban sin prudencia: los muchachos y el populacho les tiraban piedras y basura, y los arrastraban por las calles tirándoles del

su hermano tuvo tal afecto á la religion de sus padres, que no pudo debilitarle el furor mas bárbaro. Hallándose en Querci durmiendo sin la menor sospecha, fue sorprendido y conducido por los ruteros, aliados de su hermano Raimundo, á uno de los castillos que sus gentes defendian contra estos bandidos. No queriendo mandarle entregar como lo pedian, le tuvieron dos dias enteros sin comer. Resuelto á morir antes que condescender con estos enemigos de la probidad y de la Religion, hizo venir un sacerdote para confesarse y recibir el santo Viático. Mientras que el sacerdote le conducia, compareció un rutero furioso, el cual vomitando mil imprecaciones protestó que Balduino no comeria ni beberia hasta no haber entregado á otro rutero que tenia en las cadenas. „Hombre cruel, dijo el conde, yo no pido el alimento corporal, si solo el augusto Sacramento que es el alimento divino de nuestras almas. Obstinándose en negárselo: que me le manifiesten á lo menos, dijo, y le adoraré devotamente.” Lleváronle luego á Montalban donde se hallaba el conde de Tolosa, y este hermano bárbaro le hizo poner inmediatamente el cordel al cuello para colgarle. Pidió al momento la confesion y el Viático, que le fue negado como la primera vez. Tomó á Dios por testigo de su buena voluntad, y de la disposicion en que perseveraba de dar su vida por la defensa de la Religion. Entonces el conde de Fox, ayudado de su hijo y de un caballero aragonés, le llevaron arrastrando con la misma cuerda que tenia puesta, y le colgaron de un ár-

bol. Júzguese por esta atrocidad del carácter y de la impiedad del conde de Tolosa.

23. Cuando Santo Domingo vió que las guerras de religion habian llegado á semejantes furores, entró en su patria, é hizo misiones en Aragon, en Castilla, en Portugal y hasta en las provincias ocupadas por los moros. Entonces fue cuando para interesar la poderosa proteccion de la Madre de Dios en trabajos tan penosos, estableció la devocion del Rosario, conforme á las costumbres de un siglo y de un pais en que las guerras y continuos desórdenes hacian todavía de la meditacion de los libros santos un ejercicio reservado á pocas personas (*). Volvió

(*) Vemos, no sin admiracion y sorpresa, lo muy poco que nos dice el piadoso historiador Berault sobre la devocion del Rosario, y no nos podemos dispensar de estender algun tanto su narracion, para que se conozca mejor el origen de una práctica tan santa y saludable como generalmente recibida, y la que tanto honor hace al grande español Santo Domingo de Guzman. La institucion de esta práctica de piedad, precedió al rompimiento de la guerra; pues que el ver Domingo aproximarse el momento fatal que iba á quitar á muchos los medios de salud y hasta el tiempo necesario para trabajar en su propia salvacion, fue lo que mas le penetró de dolor, é impulsó su celo á interesar en él con sus oraciones á la Madre de misericordia. La instruccion que esta Reina de los Angeles dió á Domingo, apareciéndosele cercada de gloria, fue el primer principio del Rosario, el que publicado luego á luego por aquel padre de los predicadores, se mostró tan poderoso y útil por la multitud de prodigios que obró en todas partes, que en breve tiempo vino á ser la devocion mas general de la iglesia de occidente. Su escelencia y solidéz tan conocida, tan autorizada por la Iglesia, tan propia en fin para acostumar á los fieles á meditar con frecuencia los misterios de nuestra redencion, y á honrar á María Santísima con la imi-

sin embargo otra vez á Francia; pero con el fin de instituir misioneros pacíficos, ocupados en el ministerio puramente espiritual y en la salud de las almas. Recogiendo poco fruto los primeros discípulos, á causa de no tener vínculo alguno que los ligase á sus funciones, le ocurrió al pensamiento el formar un orden religioso que fuese consagrado á la predicacion del Evangelio, á la conversion de los hereges y á la propagacion del cristianismo. Encontró desde luego diez y seis compañeros que se comprometieron con él para estos trabajos apostólicos y para la vida pobre y mortificada del apostolado (*).

tacion de sus virtudes: las grandes ventajas que han sacado en todo tiempo los cristianos que procuran conformar su vida á la santidad de los objetos que el Rosario ofrece á su consideracion, prueban mas eficazmente que todo encarecimiento, que no hay otra práctica religiosa, entre las de su clase, mas conforme al espíritu del cristianismo, mas agradable á la Reina de las vírgenes, ni por consiguiente mas provechosa para los que desean merecer su proteccion y trabajar fructuosamente en la obra de su eterna salud. Por lo demás, los fundamentos que nos autorizan para reconocer en Santo Domingo el primer institutor del Rosario, dejando aun aparte la comun y constante tradicion de mas de seis siglos, son los testimonios espresos de los Soberanos Pontífices Leon X, San Pio V, Gregorio XIII, Sisto V, Clemente XI, Benedicto XIII y otros muchos. Véase Touron = Vida de Santo Domingo lib. 1. cap. 14.

(*) Antes de principiar Santo Domingo la fundacion de la orden de los frailes predicadores (de la que hablaremos en la nota siguiente) instituyó una orden militar con el título de *Milicia de Jesucristo*, por los años de 1210. Algunos escritores han pretendido sin fundamento alguno, que este orden no fue instituido sino despues de la muerte del Santo; pero está ya tan de-

om 24. En esta misma época de la ruina de la fe y de las costumbres, proporcionó el Señor á su Iglesia un nuevo refuerzo de tropas auxiliares por medio de San Francisco, natural de Asís en Umbria (1). Su

mostrada la verdad contraria, que no se podria hoy negar sin faltar á todos los documentos de la historia. Recibió el santo fundador en este, como se hacia en los demás órdenes militares, personas de ambos sexos y de todos estados. Los hombres venian obligados por su profesion á tomar las armas, cuando lo exigiesen las necesidades de la Iglesia, para oponerse á las violencias de los hereges y á sus usurpaciones. Las mugeres asociadas á esta sagrada milicia debian combatir á su modo á favor de la Iglesia, ya con sus oraciones, ya por medio de la práctica de todas las virtudes cristianas y ya finalmente con obras de misericordia. Para este efecto les prescribió el santo fundador á unos y á otras, pero solamente de viva voz, una cierta regla de conducta, una forma de hábito y algunas preces que debían rezar todos los dias en lugar de las horas canónicas.

Cuando el nombre del bienaventurado fundador fue puesto en el catálogo de los Santos, doce años despues de su gloriosa muerte, la orden de la Milicia de Jesucristo fue llamada tercera orden de penitencia de Santo Domingo. Mas como el Santo no habia dado regla alguna por escrito, acaeció que los superiores ó directores de las congregaciones de hermanos que se habian multiplicado en gran manera, mezclaron algunas prácticas segun su devocion particular que no estaban muy conformes con las primitivas. Entonces fue cuando Fr. Munio de Zamora, séptimo general de los frailes predicadores, escribió y redactó en veintidos capítulos la regla dada verbalmente por Santo Domingo, á fin de que se estableciese una perfecta conformidad en todas las casas y congregaciones del orden tercero. En los siglos siguientes se hizo muy célebre este orden, se estendió tanto como el de los frailes predicadores y fue ilustrado con un gran número de Santas y Beatas que han florecido en él. Tour. lib. 1. cap. 17.

(1) *Alb. Stat. ann. 1182. — Vadingg. annal. S. Franc. — Vit. pér. S. Bonav. cap. 1. et seq.*

nombre propio era el de Juan Bernardon, y tomó el de Francisco por la facilidad con que aprendió la lengua francesa, necesaria para el comercio que ejercía, como otros muchos de los principales ciudadanos de las ciudades de Italia. Aunque inclinado al placer, sin abandonarse no obstante á la disolucion, manifestó desde sus primeros años tan grande sensibilidad para con los pobres, que llegó á prescribirse por regla no negarse á ninguno, á lo menos cuando interpusiesen el nombre de Dios para pedirle limosna. Sin embargo, cierto dia (bien que estaba extraordinariamente ocupado en sus negocios) negó la limosna á un pobre contra su costumbre. Sintió al instante un remordimiento tan vivo, que corrió tras él, y se esforzó en darle satisfaccion así con las tiernas espresiones de su afliccion, como con la abundancia de su liberalidad. Luego prometió á Dios no despachar á ninguno en cuanto le fuese posible; lo que observó puntualmente toda su vida.

Algun tiempo despues, llevando un rico vestido que se habia mandado hacer poco antes, encontró á un hombre de buena familia, pero pobre y muy mal vestido. Causóle tanta lástima, que se quitó su ropa, y obligó al pobre á que se la pusiese. Otro dia yendo á caballo por el campo, encontró á un leproso tan desfigurado que sintió desde luego un vivo horror; mas reprimiendo al punto esta nueva repugnancia de la naturaleza, y reflexionando que para adelantar en el servicio del Señor es necesario aplicarse principalmente á vencerse á sí mismo, sal-

tó de su caballo y besó al leproso dándole limosna. Volvió luego á montar, y mirando á todas partes no vió á persona alguna, aunque todo era campo raso.

Los autores de su vida han creído que su caridad, como en otro tiempo la de San Martin, tuvo por objeto al mismo Jesucristo. Pero lo que es mucho mas dichoso, es que estos actos heroicos de virtud le fijaron irrevocablemente en la senda de la perfeccion, y que desde entonces pareció siempre un hombre enteramente nuevo. Ya no tuvo mas objeto que el servicio del Señor, la meditacion de las verdades eternas, sobre todo la caridad de un Dios hecho víctima por los pecadores, el aumento del culto divino y el cuidado de los lugares destinados á él. Consagró desde luego las ganancias de su comercio á reparar las ruinas de una iglesia en otro tiempo célebre, á cuatrocientos pasos de Asís su patria; y despues dejó para siempre el tráfico de las cosas terrenas. Ofendido su padre de que hubiese abandonado la profesion de su familia, le hizo renunciar todo lo que podía esperar de la herencia paterna, y llegó la dureza hasta despojarle de sus vestidos. En vista de esto, Francisco que aun no tenia veinticinco años, dijo estas palabras: en hora buena, pues me veo abandonado del padre que tenia en la tierra, diré en adelante con mayor confianza: *Padre nuestro que estás en los cielos.* Salió sin dilacion de la ciudad de Asís, y se abismó en los bosques alabando al Señor, y dándole gracias por haberle li-

capuz, mientras que ellos se complacian en sufrir estos oprobios en el egercicio de su ministerio evangélico. Su desinterés no menos que su invencible paciencia, disiparon todas las preocupaciones, y les conciliaron generalmente la veneracion pública.

25. Cuando Francisco vió que su compañía llegaba al número de once hermanos, y entre ellos un sacerdote llamado Silvestre, el primero de la órden que fue revestido de este carácter, dispuso en estilo sencillo una forma de vida que no era mas que los consejos evangélicos reducidos á práctica, con las pocas reglas necesarias para la uniformidad de la observancia; y despues resolvió hacer aprobar esta regla por el Papa, sin otro apoyo que la proteccion divina. Habiendo hallado medio de presentarse no sin trabajo al Sumo Pontífice Inocencio III, que naturalmente era perspicáz y estaba muy versado en los caminos de Dios, reconoció á pesar del exterior despreciable de este hombre, una sencillez verdaderamente evangélica, una pureza admirable de corazon, unos designios vastos, y aquella firmeza de resolucion que caracterizan el celo originado del espíritu de Dios. Aficionóse inmediatamente al humilde Francisco, y se sintió inclinado á concederle lo que pedia; pero muchos cardenales hallaron este instituto singular y muy superior á las fuerzas humanas. Por una feliz casualidad se hallaba en Roma Guido, obispo de Asís, que hacia mucho tiempo conocia y admiraba á su virtuoso diocesano. Este prelado dijo al Papa y á los cardenales: „si no accedeis á la de-

manda de este pobre de espíritu, temed que os opondreis al mismo Evangelio, puesto que la forma de vida cuya aprobacion solicita no es otra cosa mas que la observancia de la perfeccion evangélica. Ahora, pues, ¿no seria blasfemar contra Jesucristo, que es el autor, pretender que en él se contiene alguna cosa imposible ó menos razonable?” Movidó el Papa Inocencio de estas razones, aprobó la regla del santo; pero solo de viva voz, lo que acaeció en el curso del año 1210.

26. Al salir de Roma Francisco y sus compañeros, llenos de confianza iban discurriendo juntos acerca de los medios de guardar fielmente su regla: no se detuvieron hasta que la flaqueza natural y la necesidad de alimento les obligó á ello. Pero el lugar era desierto, y no sabian cómo buscar algun sustento. Entonces se presentó un hombre que les entregó algunos panes, y desapareció al momento. Este cuidado de la Providencia los confirmó en la resolucion de no separarse jamás de la pobreza absoluta que habian abrazado. Esta era tan estrecha, que en su cabaña adonde volvieron cerca de Asís, no tenian siquiera libros para rezar el oficio canónico; por cuyo motivo en el espacio de mucho tiempo, sus oraciones comunes y continuadas fueron casi todas mentales. Una cruz de palo colocada en medio de la cabaña donde se reunian, era el libro eficaz, cuya muda elocuencia producia en sus almas una fuente inagotable de luces y de santos afectos. El espectáculo de la naturaleza servia igualmente á elevar sus corazones há-

dor, tenia el mayor pesar de que sus discursos no correspondiesen á sus conocimientos. Consolábase no obstante con las alabanzas que no dejaban de darle, pero la bienaventurada María le curó de la vana complacencia que tenia en esta especie de elogios, y corrigiendo el amor propio del predicador, remedió al mismo tiempo el defecto principal de sus sermones, en los que acumulaba muchas materias, de las cuales no presentaba mas que lo brillante, sin poder desentrañarlas de un modo sólido.

María observó en este retiro un continuo ayuno, y aun practicó unas austeridades poco imitables, pero muy dignas de ser respetadas por razon de la inspiracion divina, cuyo influjo prueban de un modo casi evidente la solidez de su espíritu y de sus virtudes. Una vez pasó los diez dias que median entre la Ascension y Pentecostes sin probar bocado, sin aflojar en sus ejercicios laboriosos, y sin sentir la menor flaqueza. Miraba el trabajo como una penitencia impuesta á todos los hombres despues del pecado de nuestros primeros padres. Esta razon fue la que la redujo á abandonar todos sus bienes y á la necesidad de trabajar, tanto para procurarse el vestido y el alimento indispensable, como para satisfacer á la inclinacion que tenia de socorrer á los necesitados.

30. Sus egemplos contribuyeron poderosamente á mantener en su patria el espíritu de fe y de piedad que distinguía entonces á los flamencos entre todas las naciones cristianas. Los cruzados venidos de estas

provincias para combatir á los albigenses, fueron en medio del estruendo de las armas un espectáculo de edificacion y de admiracion á los ojos del piadoso obispo de Tolosa. Cuando éste pasó á Flandes, como tambien Jacobo de Vitri, la admiracion de los santos personajes llegó hasta el entusiasmo. Les parecia, dicen, haber dejado el Egipto, y haber entrado en la tierra de promision. Admiraron particularmente en el sexo devoto el profundo respeto de que se mostraba penetrado, tanto á las cosas santas como á sus ministros tan despreciados en el Langüedoc, haciéndose sensible hasta en sus modales exteriores. Admiraron en diferentes lugares compañías de vírgenes, que en medio de la humildad mas austera solo vivian del trabajo de sus manos, no obstante que muchas de ellas eran de familias ilustres y opulentas. Las mugeres igualmente consagradas á Dios se aplicaban con desvelo verdaderamente maternal, á preservar aquellas almas puras del contagio del siglo, y arraigarlas en la práctica de la vida perfecta. Las viudas mas ocupadas en agradar á Dios que lo habian estado jamás en agradar á los hombres, pasaban su vida en los ayunos y vigiliass, en la oracion, en el trabajo y en las obras de caridad. Hasta las mugeres empleadas en los cuidados del matrimonio, educaban sus hijos en el temor de Dios, guardaban á menudo continencia para vacar mejor á la oracion, y muchas la observaban habitualmente con consentimiento de sus esposos. Todas despreciaban los juicios y los discursos mundanos, que no atreviéndose

se á impugnarlas directamente, hacian de ellas el objeto de sus escarnios. Dieron una prueba brillante del horror estremado que tenian á los pecados en los desórdenes que ocasionaron las guerras civiles en algunas ciudades de los Países-Bajos. Muchas en Lieja se echaron en los rios y en las cloacas para salvar su honor; y atendiendo el Señor mas bien á la intencion que á esta conducta, la justificó en algun modo, no permitiendo que alguna de ellas pereciese.

El cielo favoreció á algunas con los dones mas extraordinarios, los que Jacobo de Vitri tuvo el cuidado de trasmitirnos (1). Atribuye sobre todo el don de milagros á la bienaventurada María de Ognies; y en la historia que compuso de esta heroína evangélica refiere muchas maravillas obradas durante su vida y despues de su muerte, que aconteció el 23 de Junio del año 1213, el treinta y seis de su edad. Hace muchos siglos que es honrada como bienaventurada en el pais donde se retiró, y aun edificó largo tiempo despues de su muerte con la memoria de sus virtudes.

31. Pero mientras que en un ángulo del mundo se ofrecian á la vista vestigios tan hermosos de la fe primitiva, la relajacion que cundia por todas partes hizo pensar seriamente en la reforma y en la celebracion del concilio general convocado ya para este fin. Todos los estudios florecian con esplendor en la universidad de París. En ella se estudiaban no solo las artes liberales, sino tambien la medicina, el de-

(1) Cap. 66.

recho civil y canónico, y con particularidad la teología. Concurrían de todos los climas una multitud prodigiosa de estudiantes, atraídos por lo delicioso del pueblo, por la abundancia de las comodidades de la vida, y por la proteccion especialísima que sucesivamente les concedieron los dos Reyes Luis el joven y Felipe Augusto. Los estudiantes innumerables estaban divididos por naciones, ingleses, alemanes, italianos y franceses; y entre estos los normandos, potevinos, bretones, borgoñeses, brabanzones y flamencos; pero cada uno de estos cuerpos era aun mas caracterizado por algun vicio particular que por el lugar de su origen. La diversidad de sectas y de sistemas producía una division todavía mas dañosa que la de las opiniones. El menor de los defectos era estudiar por vanidad, por una emulacion envidiosa, por interés y por ambicion.

Un profesor de lógica llamado Amalrico, y aun mas abiertamente sus discípulos, vinieron con sus sutilezas á dar en la heregía, adoptando los mas detestables principios de perversion. Sostenían que cada uno podia salvarse por la infusion interior de la gracia del Espíritu Santo, sin acto alguno exterior, y que por consiguiente la confesion, la Eucaristía, el bautismo y todos los sacramentos eran inútiles. Exaltaban la caridad hasta decir, que lo que era pecado en sí cesaba de serlo luego que tenia por principio esta virtud. En consecuencia cometían el adulterio y los excesos mas infames bajo el nombre de caridad; prometiendo recompensas eternas en vez de castigos

cia el Supremo Hacedor del universo, que admiraban y bendecían en todas sus obras. Aumentándose su número de día en día, á pesar de su austera indigencia, y no cabiendo ya en los estrechos límites de su cabaña, pidieron la iglesia de la Porciúncula á los religiosos benedictinos á quienes pertenecía, y era la mas pobre que habia en el país. Obtuvieronla fácilmente; y Francisco haciéndola su primera casa y como la cuna de su órden, se aficionó mas á ella que á ningun otro parage de la tierra.

27. De allí iba á predicar á las ciudades y comarcas vecinas. Sus discursos no eran estudiados; pero su solo aspecto prevenia y enternecia los corazones. Tenia siempre el rostro elevado hácia el cielo, adonde su alma queria al parecer lanzarse. Cualquiera le habria tenido por uno de los moradores celestiales, desterrado en la tierra y suspirando sin cesar por su libertad. Conocido en fin de todo el mundo, fue tenido en tal veneracion, que cuando entraba en alguna ciudad corrian á tocar las campanas, y acudia todo el pueblo y el clero llevando palmas y entonando cánticos. Unos le besaban las manos y los pies, otros tocaban sus vestidos, y se tenian por dichosos en poder besar la tierra que habia pisado. Su compañero lleno de admiracion á vista de tantos honores como recibia, se lo hizo presente. „Hermano mio, le respondió, ¿ignorais que todos estos respetos se dirigen á Dios? A mí me corresponde devolvérselos, al modo de los homenages rendidos á una estatua que debe referirse al original. ¿Deberemos pri-

var á este buen pueblo de la recompensa que merece su fe honrando á Dios en la mas vil de sus criaturas?” Hizo conversiones célebres, y redujo al camino de la perfeccion á muchas personas distinguidas, entre las cuales la mas notable fue Santa Clara, natural como él de la ciudad de Asís.

28. Era de una familia noble, todos sus parientes por parte de padre y madre militares, y su fortuna proporcionada á su nacimiento. Fue prevenida con las bendiciones celestiales en el seno de su madre que la dió el nombre de Clara, porque le fue revelado que traía una niña que esclareceria á todo el mundo (1). Desde su infancia manifestó una tierna caridad á los pobres y una inclinacion muy particular á la oracion. No tardó en tomar un cilicio que llevaba continuamente á raíz de sus carnes debajo de los vestidos preciosos que la obligaban á usar, y se negó á admitir un casamiento ventajoso, porque estaba resuelta á consagrar su virginidad al Señor. Penetrada de las máximas de perfeccion casi olvidadas, que Francisco se esforzaba en pintar á los fieles, deseó conversar con este gran siervo de Dios, quien por su parte movido de la reputacion de tan ilustre virgen, queria verla y unirla inseparablemente al Señor. En las disposiciones en que ella estaba, habria tomado bien pronto su partido bajo la conducta de un director tan santo. El domingo de ramos del año 1212, y el diez y ocho de la edad de Clara, fue esta á la iglesia con las otras personas de su sexo y con-

(1) *Vading, ann. 1213. — Sur. ad 12. Aug.*

dicion adornadas magníficamente; y al acercarse para recibir los ramos benditos, el obispo que estaba prevenido bajó al pie de las gradas del altar, y la presentó una palma, en señal de la victoria que ella meditaba conseguir del mundo y de la carne. La noche siguiente vino acompañada como lo exigía la decencia á la iglesia de Porciúncula, donde los frailes que cantaban maitines la recibieron con velas encendidas. Allí dejó todos los adornos del siglo, se hizo cortar el cabello, se revistió delante del altar de un hábito de penitencia; y luego la acompañó San Francisco al monasterio de San Pablo, que era de religiosas benedictinas, hasta que pudo proporcionarle otro domicilio.

Sus padres, que se creyeron deshonrados con la humilde profesion de su hija, hicieron todos los esfuerzos posibles para que desistiese de sus designios, moviendo contra ella una verdadera persecucion. No solamente se mostró inalterable, sino que atrajo al cabo de diez y seis dias á su hermana Inés, de menos edad que ella, á quien estaba mas estrechamente unida por la semejanza de virtudes que por los lazos de la naturaleza. Francisco, despues de haber cortado con su propia mano el cabello de Inés, estableció entonces á las dos hermanas cerca de la iglesia de San Damian, que él habia reparado algunos años antes. Reunieron muchas compañeras de su vida penitente, y formaron una comunidad que dió principio al instituto de las clarisas, ó segun la denominacion italiana, al orden de las mugeres pobres, capáz de

asombrar á los hombres mas esforzados por el rigor de su observancia.

29. Por el mismo tiempo vivia de una manera no menos admirable, aunque en estado menos perfecto, la bienaventurada María de Ognies, llamada así del lugar donde pasó la mayor parte de sus dias en la Bélgica sobre las orillas del Sambra (1). En la edad de catorce años tomó el estado de matrimonio. Poco despues inclinó á su marido á caminar como ella á la perfeccion, y á vivir en perfecta continencia. Ambos se dedicaron por algun tiempo al servicio de los leprosos cerca de Nivelles, lugar de su nacimiento; pero no pudiendo esta sufrir ya mas el concurso de aquellos que iban á visitarla por honor, se retiró cerca de un monasterio de canónigos regulares del mismo Ognies, recien fundado y frecuentado de muchos siervos de Dios, de cuyo espíritu se prometia grandes auxilios para su adelantamiento en la virtud. El buen olor de su vida atrajo tambien algunos, tales como el piadoso obispo Foulques de Tolosa, arrojado entonces de su silla, y Jacobo de Vitri, cura de Argenteuil, á quien predijo que seria obispo de la tierra santa, como en efecto lo fue de Ptolemaida. Hizo ella á este servicios mucho mas grandes que los que se podia prometer. La fama de la elocuencia de Vitri movió al Papa á darle la comision de predicar la cruzada contra los albigenses. Mas temiendo el entendimiento exacto, y con ideas mucho mas sanas que las de su siglo con respecto á las cualidades de un ora-

(1) *Boll. ad 23. Jun.*

á las mugeres de que abusaban. Nótese aquí los aspectos diferentes que el nuevo maniqueísmo y los otros errores corrientes tomaban, segun las circunstancias de los lugares, de las personas y de las condiciones.

A esta doctrina monstruosa debe atribuirse principalmente la estraña corrupcion de costumbres que reinaba entonces en la universidad de París, segun el testimonio de Jacobo de Vitri en la historia de su tiempo (1). „No se contaba, dice, la simple fornicacion en el número de los pecados. Las mugeres prostitutas detenian en las calles á los clérigos que pasaban, conduciéndolos como por fuerza á sus habitaciones. Aun llegó á mirarse como punto de honor el tener muchas concubinas. Dentro de un mismo edificio, en el piso bajo estaban las escuelas, y en el alto los lugares infames. Bien lejos de que la prostitucion imprimiese el deshonor y el desprecio, trataban de necios ó hipócritas á los que vivian en la inocencia y en la piedad.” El cardenal Roberto de Courzon, legado en Francia para los negocios de la cruzada, creyó que debia tener en consideracion estas escuelas célebres, donde, aunque inglés, habia estudiado y recibido el grado de doctor en teología (2). Por orden del Papa estableció para su reforma un reglamento concebido en los términos siguientes: „ninguno enseñará las artes en París que no haya llegado á la edad de veintiun años, y las haya estudiado por lo menos seis, cumpliendo primero en los exámenes acostumbrados. En cuanto á la teología,

(1) *Hist. Occid.* cap. 7. (2) *Id. Univ.* tom. 3. pag. 81.

deberá tener el que la enseñe treinta y cinco años de edad, y ocho á lo menos de estudio. Será igualmente examinado por lo tocante á las costumbres y á la fe antes de ser admitido á alguna leccion pública ó á predicar. Para esto tendrá todo estudiante un maestro determinado, y sin esta circunstancia ninguno será reputado por cursante.” Continúa el reglamento especificando los autores y los libros que han de esplicarse en las lecciones, á fin de evitar la alteracion de las sanas máximas, y contener de este modo el mal en su origen. La importancia de este negocio se miró como muy digna de ser tratada en un concilio provincial.

32. El duodécimo concilio ecuménico cuarto de Letran, se celebró poco despues para la reforma general de todos los estados de la Iglesia, y para proporcionar un socorro poderoso á la tierra santa. Halláronse en él cuatrocientos doce obispos, comprendiéndose en este número el patriarca de Constantinopla Gervasio, sucesor de Tomás Morosini; Radulfo, patriarca de Jerusalem, y otros setenta entre primados y metropolitanos. Radulfo habia sucedido al patriarca Alberto asesinado en el año precedente de 1214 en la iglesia de santa cruz de Ptolemaida, por un hombre á quien reprendia sus desórdenes. Es venerado como Santo por los carmelitas que recibieron de él la regla. El patriarca latino de Antioquia, detenido por una enfermedad grave, fue representado por el obispo de Antarade; y el diácono German representó al patriarca melquita de Alejandria, que quiso

de los abusos haya en cada diócesis personas capaces constituidas para inquirir con diligencia los que se introdujesen durante el curso del año siguiente. Los cabildos que estén en posesion de corregir las faltas de los canónigos, serán mantenidos en este derecho, que el concilio funda únicamente en la costumbre, sin hablar de privilegio ni de títulos de escepcion. Si no hicieren la correccion dentro del término prescrito por el obispo, ya será accion de este por derecho de devolucion.

El cánón octavo, que arregla el modo de proceder al castigo de los delitos, ha llegado á ser muy famoso, como que ha servido de fundamento á los procesos criminales, aun en los instaurados en los tribunales seculares. Prescribe que sobre la difamacion pública, deba el superior informar de oficio; pero que haya de estar presente aquel contra quien informa, á menos que no se haya ausentado por contumacia. Que el juez le proponga los artículos cuya informacion intenta hacer, á fin de que el acusado tenga la facultad de defenderse: que no solo le declare las disposiciones, sino tambien el nombre de los testigos, y reciba sus escepciones con sus defensas legítimas. Señala tres maneras de proceder en estas materias criminales: la acusacion que debe ir precedida de una inscripcion legítima segun el derecho romano: la denunciacion precedida segun el Evangelio de una monicion fraterna; y la inquisicion precedida de la difamacion pública (1). Los que deseen un

(1) *L. 19. Cod. Theod.*

pormenor mas exacto de los procedimientos que estaban entonces en uso, le hallarán en el cánón treinta y ocho. Observamos no obstante la prohibicion hecha á los clérigos de sentenciar en causas de sangre, de egecutarlas y de asistir á ellas, y aun de escribir con relacion á esta clase de egecuciones sangrientas. Prohibe además á los sacerdotes, diáconos y subdiáconos el egercicio de aquellas operaciones quirúrgicas, para las cuales se hace uso del hierro ó del fuego.

Espone asimismo el concilio las prerogativas de los cuatro antiguos patriarcas, y da en fin el primer lugar al de Constantinopla. Este artículo fue tomado de Graciano que le sacó tambien del concilio *in Trullo*, sin considerar que este concilio fue reprobado al principio por la santa Sede. Pero despues que Constantinopla vino á poder de los latinos, ya no temió cosa alguna el Papa de las pretensiones cismáticas de la Grecia. Establecióse además de esto para los patriarcas del oriente el uso del palio que debian recibir del Papa despues de haber prestado juramento de fidelidad, lo que no tenia egemplar en aquellas regiones.

Se ordena despues que en cada iglesia catedral haya un maestro de gramática, y en las metrópolis un teologal ó maestro de teología, á quien se señalará la renta de una prebenda para que disfrute de ella mientras dure la enseñanza, sin que por esto venga á ser canónigo.

En cuanto á las elecciones, se prohíbe dejar va-

cante por mas de tres meses un obispado ó una abadía: de lo contrario quedarán privados por esta vez del derecho de eleccion los que le tuvieren, y está se devolverá al superior inmediato, el cual estará obligado alternativamente á proceder á la eleccion dentro de tres meses de sede vacante, tomando consejo del cabildo. Las elecciones hechas por abuso de la potestad secular, son declaradas nulas *ipso jure*. Cualquiera que teniendo un beneficio con cargo de almas recibiese otro de la misma naturaleza, quede por el solo hecho privado del primero; y si se empeñase en retenerle, pierda uno y otro. El colator conferirá libremente este primer beneficio, y no haciéndolo dentro de tres meses, sea la colacion devuelta al superior, no obstante que pueda la santa Sede dispensar de esta regla con las personas distinguidas por la eminencia de su clase ó de su mérito.

En cuanto á los sacramentos se ordena que cada fiel de uno y otro sexo, habiendo llegado á la edad de discrecion, confiese con su propio sacerdote, es decir, con su párroco, á lo menos una vez al año todos sus pecados, y que cumpla la penitencia que le fuere impuesta: que cada uno asimismo reciba en la Pascua el Sacramento de la Eucaristia, á no ser que su párroco juzgue á propósito dilatarlo por algun tiempo; y que de lo contrario sea arrojado de la Iglesia, y privado de sepultura eclesiástica. Estaba ya introducida la costumbre de no comulgar mas que una vez al año en lugar de hacerlo por Pascua, Pentecostes y Navidad. Este es el primer decreto au-

téntico que ha ordenado la confesion generalmente. Los errores de los albigenses y waldenses acerca del sacramento de la penitencia, le hicieron mirar como necesario. Por igual razon se renovaron diferentes puntos de tradicion relativos á la confesion auricular y á la costumbre de guardar la santa hostia en las iglesias, y de llevarla á los enfermos con cirios encendidos; y se manda á los legos la comunion bajo de una sola especie. Se limitan de siete á cuatro los grados de parentesco que impiden el matrimonio. Condénanse los matrimonios clandestinos; y para obviar á la clandestinidad, generalizó el concilio la costumbre establecida ya en algunos paises, particularmente en Francia, de proclamar las amonestaciones en la iglesia con cierto término, dentro del cual pueden proponerse los impedimentos del matrimonio antes de su celebracion.

Se trata en fin del grande objeto de este concilio, y de otros muchos, á saber, de la reforma del clero, tanto regular como secular. La relajacion estaba introducida hasta en los monasterios que debian servir, y que efectivamente sirvieron largo tiempo de modelo á los demás estados. La famosa abadía de Monte-Casino, de donde se esparció por todo el occidente la regular observancia, habia caido, segun las quejas de Inocencio III, en un desórden que provocaba la detestacion del resto de los fieles (1). Los monges de Cluny por su ambicion, sus disensiones y su vida licenciosa causaban un escándalo

(1) *Ep. 5. ad Abbat. Mont. Cas.*

asistir al concilio, pero el dominio de los musulmanes, bajo el cual se hallaba, no le permitió concurrir personalmente. Vino tambien el patriarca de los maronitas, reunidos á la iglesia romana bajo el pontificado de Lucio III, para instruirse plenamente en la fe y en los santos ritos que procuró despues hacer observar puntualmente en sus pueblos. Además de los obispos se hallaron en el concilio de Letran mas de ochocientos abades, ú otros superiores de monasterios, con muchos ministros de los Príncipes mas poderosos y de la mayor parte de los estados republicanos.

Duró el concilio desde el dia de San Martin 11 de Noviembre de 1215, hasta el dia de San Andrés, el último del propio mes. El Papa Inocencio hizo la apertura con un sermón que puede dar idea del gusto de su tiempo (1). Este Pontífice, uno de los ingenios mas grandes que han gobernado la Iglesia, tomó por texto estas palabras del Evangelio: *he deseado ardientemente celebrar con vosotros esta Pascua*. Explicando luego la palabra Pascua que significa tránsito ó pasage, distinguió tres especies de tránsitos, que hicieron la materia y la division de su discurso: el pasage corporal de un lugar á otro, el espiritual de un estado á otro estado, y el pasage eterno de esta vida á la otra. No es mas feliz la manifestacion de estas tres ideas. Con respecto al pasage corporal, solo habla Inocencio del viage á la tierra santa, en cuya posesion parece quiere vincular la gloria y las

(1) Tom. 11. pag. 131.

ventajas mas preciosas del cristianismo. Hablando del pasage espiritual, trata de la reforma de la Iglesia; pero sin entrar en individualidad alguna interesante ni útil, y acumulando una multitud de textos de los libros santos, tomados en sentidos alegóricos y muchas veces forzados. No obstante, los decretos auténticos de este concilio comprendidos en setenta capítulos ó cánones, son tan puros como juiciosos; y sirven además de fundamento á la disciplina que se observa en el dia.

En él se condenan todos los hereges albigenses y waldenses, con los discipulos de Berengario; definiéndose espresamente que el mismo Jesucristo es sacerdote y sacrificio de la ley nueva: que en virtud de la potestad que concedió á los Apóstoles y á sus sucesores, los sacerdotes ordenados legítimamente pueden por sí solos consagrar el Sacramento de nuestros altares: que el cuerpo y la sangre de este Dios hecho hombre se contienen en él verdaderamente, transubstanciándose el pan en cuerpo, y el vino en sangre mediante la omnipotencia divina. Este término de la transubstanciacion, que solo esplica la doctrina invariable de la Iglesia, y que habia sido ya empleado por algunos doctores católicos, en particular por el célebre Lanfranco, fue consagrado en el duodécimo concilio ecuménico para significar la conversion de las especies sacramentales en el cuerpo y sangre de Jesucristo, así como la palabra consubstancial lo fue por el concilio de Nicea para espresar que el Hijo de Dios tiene la misma naturaleza que su

Padre. Condenáronse asimismo las sutilezas del abad Joaquin, de las cuales se seguía que la misma naturaleza divina no era Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por consiguiente que la union de las personas en Dios no es propia y real, sino solamente similitudinaria; al modo de lo que se dice en los libros santos, que la multitud de los fieles no tiene mas que un corazón y una alma. Sin embargo, como este doctor sometió sus escritos al juicio de la santa Sede, no decidieron nada contra su persona.

En cuanto á los sectarios que trastornaban los estados y arruinaban las costumbres, el concilio los abandonó á las potestades seculares, á fin de que estas les impusiesen el castigo conveniente; „pero despues que los clérigos hubiesen sido degradados, los bienes de los legos, dice, serán confiscados, y los de los eclesiásticos aplicados á las iglesias de cuyas rentas disfrutaban. Se advertirá á los depositarios del poder político, y en caso necesario se los obligará con censuras á prestar juramento de limpiar sus estados de todos los hereges notados por la Iglesia. Si despues de esta advertencia persevera el señor temporal en la inacción, sea escomulgado por los prelados de la provincia; y si dentro del año no satisface, se le denunciará al Papa, el cual declarará absueltos del juramento de fidelidad á todos sus vasallos, y abandonará sus dominios á las armas de los conquistadores ortodoxos, en cuyo caso los que se cruzasen ganarán las mismas indulgencias que los que van á la tierra santa. También escomulgamos, continúa, á los

fautores y encubridores de los hereges, de suerte que si no satisfacen en el año quedarán infamados *ipso jure*, y como tales escluidos de todos los oficios y consejos públicos, de los derechos de elección, del de testigos, de hacer testamentos y de recibir herencias. No se les contestará á sus demandas judiciales, y estarán obligados á responder á los otros. Si fuesen jueces, sus sentencias serán de ningún valor, y no se llevará causa alguna á sus tribunales. Si abogados, no se admitirán sus defensas en los pleitos: si escribanos, serán nulas cuantas escrituras hicieren; y así de los demás.” Véase aquí sin duda una de las disposiciones de la Iglesia, en la cual manifiesta entrometerse mas decididamente en lo que corresponde á los señores temporales; pero ellos consentían en estos decretos por medio de los embajadores que tenían en el concilio.

33. Se ordena asimismo la inquisición ó pesquisa de los hereges en los términos siguientes: „cada obispo visitará á lo menos una vez al año, sea por sí mismo ó por medio de un comisionado capaz, aquellos lugares de su diócesis donde corra la voz de que hay hereges. Allí llamando á tres personas de buena reputación, ó mas si lo juzgase á propósito, les recibirá juramento de que manifestarán fielmente así los hereges como los que tengan conventículos secretos, ó que practiquen singularidades ajenas de la común observancia de los fieles.” Despues de haber renovado la orden de tenerse anualmente concilios provinciales, quieren que para facilitar mejor la reforma

igual á la edificacion que habian dado por espacio de doscientos años. Peor sucedia todavía en los monasterios aislados que no tenian capítulos generales. Para remediar este desorden, ordenó el concilio, que todas las comunidades tuviesen un capítulo general á egemplo de los monges del Cistér; y que para instruirse en el método llamasen al principio á dos abades de este orden. En él se tratará maduramente, dice el concilio, de la observancia regular, y lo que se estableciere será observado inviolablemente. Añade, que se diputarán dos personas sabias para visitar en nombre del Sumo Pontífice todos los monasterios de la provincia, aun los de las religiosas, y para reformar todo lo que fuere conveniente. Los canónigos regulares estarán obligados como los monges á celebrar sus capítulos, y á observar del mismo modo que aquellos lo restante del decreto.

Oponiéndose la mucha diversidad de institutos á la observancia del buen orden, continua el concilio de esta manera: „prohibimos estrechamente fundar otros nuevos; y el que quisiere practicar la vida regular observará una de las reglas aprobadas.” Este cánón tuvo poco efecto; y despues del cuarto concilio de Letran se vieron establecer tal vez mas congregaciones religiosas que en los años precedentes. El Papa Inocencio, como ya hemos visto, habia aprobado verbalmente la regla de San Francisco, y presentándose este santo fundador al concilio de Letran, confirmó el Pontífice públicamente esta regla, declarando haberla anteriormente aprobado, aunque

sin bula. Compareció tambien Santo Domingo en compañía de Foulques obispo de Tolosa, que habia dado ya á Domingo y á sus discípulos la sesta parte de los diezmos de su diócesi, y propusieron al Papa el plan de institucion de los frailes predicadores. Inocencio dijo á su fundador que volviese á juntarse con sus discípulos, y eligiese con ellos una de las reglas autorizadas, y que despues se presentase para obtener la aprobacion de su instituto. Sometióse Domingo sin repugnancia á este mandamiento sabio, que no se diferenciaba del de el concilio (*).

(*) En lo poco que nos dice Berault sobre la fundacion de la orden de los frailes predicadores, encontramos algunas cosas que corregir y añadir, ya con respecto á la cronología, ya tambien por lo que toca á lo esencial de esta obra, la mayor sin duda de las muchas y muy grandes que hizo aquel insigne español. La perspectiva lastimosa que presentaban las provincias de la Francia infestadas por los nuevos maniqueos, y la escaséz de los ministros de la santa palabra que advirtió en ellas, fueron las causas que inspiraron á Domingo este gran pensamiento desde el momento que llegó á ellas á su regreso de Roma en compañía del venerable obispo de Osma Diego de Azebes. Aunque desde entonces y en los años siguientes se le reunieron muchos sacerdotes para ayudarle en los trabajos de la predicacion, mas este número si crecia de tiempo en tiempo tambien disminuía por intervalos, sucediendo con frecuencia que Domingo llegaba á quedarse casi solo, y acaso cuando las necesidades eran mas urgentes. Por otra parte, la obstinacion de los hereges iba siempre en aumento, á pesar de todas las victorias de los cruzados de tanta sangre derramada y de las humeantes ruinas de tantos pueblos entregados al saqueo y á la devastacion. Determinóse Domingo, en vista de tan grandes males, á dar principio á su obra, y despues de haber conferido su designio con los prelatos de la provincia y obtenido su aprobacion, reunió diez y seis

34. Cerca de ocho meses despues del concilio de Letran murió Inocencio III en Perusa, el 16 ó 17 de Julio de 1216. Su pontificado de mas de diez y ocho años fue distinguido por los acontecimientos singulares en los cuales tuvo parte, y por el gran número de decretales que son otras tantas pruebas de su habilidad en la ciencia del derecho, de la grandeza de sus miras y de la firmeza demasiadamente famosa de su carácter. Los autores de su siglo hablan de él con mucha variedad, y se manifiestan tan estremados en sus elogios, como en sus censuras. El monge Rigordo le tiene por un hombre incomparable, que no hizo mas que maravillas. Mateo Parisiense le acusa de soberbio y avaro: es un censor cuya malignidad así en éste como en otros muchos casos le hace juzgar muy mal. Con mas justo título habria vituperado las empresas de un celo indiscreto sobre las cosas temporales de los Príncipes, empresas que hicieron que este Papa estendiese la autoridad de su Silla mas allá que ninguno de sus predecesores, sin esceptuar á Gregorio VII. Dicen que Santa Ludgarda, religiosa del orden del Cistér en el Brabante, vió á Inocencio despues de su muerte librarse con dificultad de las penas eternas, y condenado á un largo purgatorio; lo que prueba á lo menos que sus contemporáneos los mas virtuosos pensaban que este Papa habia cometido grandes faltas (1). Inocencio III fue el que instituyó los primeros comisarios para la pesquisa y castigo de los hereges;

(1) Sur. 16. Jun.

es decir, la inquisicion, cuyo primer tribunal fue erigido en Tolosa (*). Además de las cartas de este Papa han quedado de él sus sermones, algunos tratados de piedad y otros muchos monumentos dignos de la estension y cultura de su genio. La Iglesia le es deudora en particular del bello himno: *Veni Sancte Spiritus*. Al otro dia ó al siguiente de su muerte, 18 de Julio, eligieron en el mismo Perusa para sucederle al cardenal Cencio Sevilla, que tomó el nombre de Honorio III.

35. Confirmado en el concilio de Letran el instituto de San Francisco, y viviendo todavía el Papa Inocencio, pareció estar indeciso el humilde fundador sobre si ocuparia á sus discípulos en la predicacion del Evangelio, ó solamente en la oracion y en

(*) Los historiadores han opinado con bastante divergencia sobre el origen de la inquisicion. Fleuri le asigna al año 1184 bajo el pontificado de Lucio III: el autor de la historia general de Langüedoc pone su principio en 1198, diciendo que dos monges del Cistér, Rainerio y Guidon fueron los primeros inquisidores: Mr. Baillet en la vida de Santo Domingo, y Ángel Maurique en la del bienaventurado mártir Pedro de Castelnau, sostienen que este mismo Pedro debe mirarse como el primer inquisidor, nombrado y autorizado por Inocencio III en 1204. Otros autores hacen retrogradar aun muchos mas años la institucion de este tribunal. Pero creemos como mas cierto en este particular, que la inquisicion fue instituida por Inocencio III durante las turbulencias de Langüedoc causadas por los albigenses, y que los primeros inquisidores fueron los mismos que componian la mision cuya cabeza fue Santo Domingo, aunque no egercitaron este oficio con las mismas formalidades y proceder judicial que tuvo despues la inquisicion. Bolland. 4. Aug.

los ejercicios pacíficos del retiro (1). Aunque versado en los caminos de Dios y frecuentemente guiado por el espíritu de profecía, no se desdenaba de tomar consejo hasta de los mas sencillos; y temiendo decidir esta cuestion, rogó á Fr. Silvestre, que estaba continuamente ocupado en la oracion sobre una montaña vecina de Asis, que consultase al Señor, y le comunicase las luces que recibiese (2). Pidió así mismo á Santa Clara que explorase la voluntad de Dios acerca del propio objeto, tanto por sí misma como por medio de alguna de sus religiosas que tuviese mas sencillez y pureza. Clara y Silvestre, acordando perfectamente en sus respuestas, aseguraron ser la voluntad de Dios que los frailes se dedicasen al ministerio apostólico. Francisco adoptó esta decision, y los efectos manifestaron que habia venido del cielo.

Repartió como á otros tantos Apóstoles las provincias y reinos entre los frailes mas distinguidos por su ciencia y virtud. En España Bernardo de Quintevalle su primer discípulo, con cierto número de cooperarios proporcionados á la importancia de esta mision; Juan Bonella con treinta y tres compañeros en Provenza; Juan de Strachia, establecido ministro ó superior en Lombardia; en la Marca de Ancona, Benito de Arezzo, muy querido del santo; en Toscana, Elias de Cortona, despues general de la orden; todos fueron recibidos de estos diversos pueblos como enviados del cielo. Juan de Penna destinado pa-

(1) *Vit. per Bonav. cap. 12.* (2) *Vading. ann. 1212. et seq.*

ra la Alemania con sesenta frailes, fue en ella desde luego muy mal recibido. El hábito pobre y singular que llevaban, hizo que se los confundiese con aquellos reformadores que propagaban la heregia á la sombra de su exterior mortificado. Pero algun tiempo despues parece que quiso esta nacion disputar á las demas la preferencia del afecto á estos religiosos, cuyo verdadero mérito no habia tenido lugar de conocer. San Francisco resolvió ir á Francia y penetrar hasta la Bélgica, y escogió á Paris para su mansion, como una ciudad distinguida por su piedad, especialmente para con el Sacramento adorable del altar.

36. Partió con este designio y llegó hasta Florencia, donde el cardenal Hugolino obispo de Ostia estaba de legado. Este prelado de insigne virtud deseó ardientemente ver á Francisco. A la primera vista le concibió un afecto tan estable, como el principio de donde nacia. No aprobó el designio que tenia el santo varon de salir de Italia, en las circunstancias del nacimiento de su orden que aun tenia enemigos ocultos. Francisco, que sacrificaba su propio dictámen al del mas inferior de sus hermanos, cedió hasta en su inclinacion por las misiones al modo de pensar del piadoso cardenal, y en su lugar hizo partir á Francia al hermano Pacífico. Este era un poeta convertido, cuyas composiciones le hicieron en otro tiempo tan famoso, que el Emperador le dió públicamente la corona poética, y le dieron el sobrenombre de rey de los versos. Habiendo oido hablar del santo, quiso verle, le oyó predicar, y re-

nunció inmediatamente el mundo para abrazar el nuevo instituto. Viéndole el santo fundador pasar de esta manera de la agitacion de las pasiones y de los remordimientos á la paz de la conciencia, le llamó Fr. Pacífico. Partió á Francia cuatro ó cinco años despues de su conversion, y fue el primer ministro de los frailes menores. Iba en compañía de Fr. Angel que fue tambien el primer ministro en Inglaterra, y de Fr. Alberto que se hizo muy célebre por su doctrina, y vino á ser el cuarto general de la orden.

37. Entretanto, bien informado Francisco de que este establecimiento tenia enemigos en Roma, y recibiendo quejas de muchos de sus hermanos acerca de la dureza con que los trataban algunos prelados, tomó la resolucion de pedir al mismo Papa un protector para sus frailes cerca de la santa Sede. El cardenal Hugolino le habia protestado en términos espresos que contase enteramente con su favor. Obligó no sin dificultad este prelado, que regresó á Roma de su legacion de Toscana, al humilde Francisco á predicar delante del Papa y del sacro colegio. El santo por puro respeto á esta augusta asamblea, compuso cuidadosamente un sermón, y lo aprendió exactamente de memoria: pero cuando quiso hablar no se acordó de una sola palabra de lo que habia escrito, porque el Espíritu Santo quiso ser su solo maestro. Despues de haber confesado el orador su perplejidad, se entregó á guia tan adorable. Habló con tal fuerza y emoción, que el Sumo Pontífice y toda la corte romana protestaron que no habian experimentado

jamás impresion tan viva. Al colmarle el Papa de caricias cuando salieron del sermón en presencia del cardenal Hugolino: „Santo Padre, le dijo el santo orador, las bondades que me manifestais á mí y á mis pobres hermanos, me confunden; pero me tendria por un usurpador de un tiempo debido á la Iglesia, si quitásemos algunos momentos muy preciosos á su Cabeza en medio de los negocios importantes que le cercan. Dadnos este cardenal para que maneje nuestros intereses bajo vuestra autoridad.” Condescendió el Papa Inocencio á su demanda, y el cardenal Hugolino fue el primer protector de los religiosos franciscanos, á imitacion de los cuales la mayor parte de las otras órdenes procuraron en adelante tener en Roma cardenales protectores.

38. No limitó su celo á las regiones habitadas por los cristianos (1). Envió al pais de Marruecos cinco misioneros, llamados Berardo de Corbe, Pedro de San Geminiano, Otton, Ajut y Acurso. Tomaron su ruta por Coimbra, donde residian entonces los Reyes de Portugal, y donde la Reina Urraca, que dos años antes habia proporcionado un establecimiento á los frailes menores, los recibió con sumo agrado. Habiéndose luego puesto vestidos seculares sobre los suyos, entraron en las tierras de los moros, penetraron hasta medio de Sevilla, y se presentaron á la puerta de palacio, anunciándose como embajadores enviados al Rey de parte de Jesucristo Señor de los Reyes. Inmediatamente hubieran sido sacrificados si

(1) *Vading. ann.* 1219.

A continuacion de los cánones de Letran se halla un decreto concerniente á la cruzada, cuya expedicion se señala para el primero de Junio de 1217. Además de las prohibiciones y concesiones en igual

compañeros de los que se habian mostrado mas celosos y perseverantes en la mision, los que se obligaron á no desampararle jamás, y le prometieron una perfecta obediencia. Pedro de Sellan, uno de los diez y seis, donó al instante las casas que poseía en Tolosa, donde se formó una habitacion religiosa, llamada despues el convento de la inquisicion. Para proveer á la subsistencia de esta nascente sociedad, el obispo de Tolosa de consentimiento de su cabildo cedió desde luego al santo fundador y á sus compañeros la sesta parte de los diezmos de su vasta diócesis, á cuyo objeto se aplicó tambien la donacion que hizo el conde de Monfort. Terminóse este primer establecimiento á principios de 1215.

En el mes de Marzo del propio año pasó el santo fundador á Roma para asegurar los fundamentos de la nueva orden y solicitar su confirmacion. Recibióle favorablemente Inocencio III, que no ignoraba ni su mérito, ni su reputacion, ni los frutos de su mision en el Langüedoc; é informado su Santidad por los obispos franceses que acudieron á Roma para la celebracion del cuarto concilio de Letran, hizo expedir un breve confirmando al monasterio de Prulla en la posesion de sus tierras, casas, rentas y heredades; cuyo breve lleva la data de 8 de Octubre de 1215, y por consiguiente es anterior á la apertura de aquel concilio verificada en Noviembre. En cuanto al punto principal, afirman algunos historiadores que el Papa concedió fácilmente á Santo Domingo cuanto pedia, mas otros dicen que opuso al principio algunas dificultades á la creacion de un nuevo orden religioso. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que el Pontífice, habiendo aprobado desde luego de viva voz el nuevo instituto, aconsejó al Santo alguna de las antiguas reglas aprobadas, á la que podría añadir sus particulares constituciones, segun la forma que quisiere dar á su orden. De esta suerte trató el Papa de conciliar la aprobacion que daba en el momento con el de-

caso, se prohiben en éste los torneos durante tres años, y se ordena que por espacio de cuatro á lo menos, se observe la paz por toda la cristiandad, bajo la pena de incurrir en las censuras eclesiásticas, y en los efectos temporales que en aquellos tiempos estaban anexos á ellas.

creto que iba á publicar en el concilio. No descansó ya un instante el santo fundador hasta que, despues de haber adoptado junto con sus compañeros la regla de San Agustin añadiéndole diversos puntos de constituciones particulares, y fundado algunos conventos en Francia y en Italia, obtuvo de Honorio III, sucesor de Inocencio, la bula solemne de confirmacion, dada en 22 de Diciembre de 1216. En esta ocasion nombró el Papa á Santo Domingo maestro del sacro palacio, creando esta nueva dignidad cuyo empleo era esplicar las santas Escrituras y hacer instrucciones familiares á todos los que frecuentaban la corte romana. Fue tan grande el fruto que hizo Domingo en aquellas lecciones, que este destino llegó á ser, y es aun en el dia uno de los mas considerables de la Iglesia. En efecto, el maestro del sacro palacio es el teólogo del Papa; y esta dignidad, tan distinguida desde su origen y que han ocupado desde entonces sin interrupcion alguna los hijos de Domingo, fue honrada en lo sucesivo con un gran número de privilegios. No se celebra consistorio público ó secreto, ni otro acto solemne á que asista el Papa, que no esté á los pies del solio el maestro del sacro palacio. Él solo puede dar en la corte de Roma el bonete de doctor, despues de un exámen practicado por los sugetos que él nombra: tiene el derecho de examinar las teses y los libros; de conceder ó negar su publicacion, y de dar licencias para leer los prohibidos. Elige los predicadores del Papa con facultad de corregir sus sermones, y aun en caso necesario á los mismos predicadores en presencia de su Santidad. En sus ausencias puede nombrar otro en su lugar que goza de las mismas prerogativas. Todas estas facultades fueron confirmadas y estendidas por Calisto III en el año 1456. Tour. lib. 2. cap. 1. 2. et 3.

el hijo del Rey no moderase la cólera de su padre, quien se contentó con mandarlos encerrar, y aun luego les dió libertad de pasar al reino de Marruecos.

No fue su celo allí menos vivo que en Sevilla; predicaban á los sarracenos en cualquier parte que los encontrasen; y viniendo un día el Rey de paseo, á tiempo que Berardo de Corbe estaba cercado de una multitud á la que se esforzaba á atraer al cristianismo, no intimidando la presencia de este Príncipe al misionero, redobló la energía de sus exhortaciones. Túvole el Rey por loco, y mandó enviarle con sus compañeros á pais cristiano, haciéndolos conducir á Ceuta para que allí se embarcasen. Todos cinco pudieron en el camino burlar la vigilancia de sus conductores, y vueltos á Marruecos se pusieron á predicar en la plaza pública. Los prendieron por segunda vez, á fin de enviarlos á tierra de cristianos. Tambien se escaparon, y fueron tercera vez á Marruecos, donde se presentaron al Rey en cuya presencia comenzó Fr. Berardo á predicar el Evangelio, cuando el Príncipe furioso á vista de esta perseverancia tan intrépida, y mucho mas de la inutilidad de sus razones dirigidas á trastornar su fe, les cortó la cabeza con sus propias manos el día 16 de Enero de 1220. Sus reliquias fueron recogidas por los cristianos de la ciudad, y trasladadas á Portugal al monasterio de Santa Cruz de Coimbra. El Señor obró allí muchos milagros que fueron causa de que colocasen á estos mártires en el número de los que la Iglesia públicamente venera.

39. Envió San Francisco á otros siete de sus religiosos á predicar el Evangelio en Ceuta, primera ciudad de Africa sobre el estrecho que la separa de España (1). Al anunciar que no habia salud sino en Jesucristo, el Príncipe musulman hizoles conducir á su presencia, y les ofreció grandes riquezas si querian abrazar el mahometismo. Viéndolos inalterables, los mandó separar y tentar á cada uno en particular bien con amenazas ó bien con promesas; y en fin, los condenó por su constancia á perder la cabeza. Algun tiempo despues fueron canonizados como los mártires de Marruecos.

No se contentó el santo fundador con poner á sus discípulos en accion; dióles el egeemplo del celo apostólico con tanta mas diligencia, quanto menos religiosos literatos hallaba que llenasen sus deseos para esponerse á tan grandes riesgos. Este motivo unido al ardor insaciable de caridad, movióle á enviar de antemano á fray Guilles á los sarracenos que habitaban las regiones orientales del Africa: era hombre dotado de gran sencillez, y Francisco le apreciaba en estremo. No pudieron adelantar cosa alguna contra la obstinacion musulmana Guilles y algunos compañeros tan virtuosos como él; y entonces tuvieron motivo de convencerse de que lejos de ganar perdía la verdadera Religion presentando la luz á unos furiosos cuyo abuso solo producía profanaciones y muertes.

40. Pasó no obstante Francisco en persona al Egipto, en uno de los buques de socorro enviado á los

(1) Sur. 13. Oct.

temia una sublevacion si hacia este pacto. Al Santo le ofreció ricos presentes, y rehusándolos éste se hizo todavía mas venerable á sus ojos. Despidióle luego, y le dijo suspirando: „rogad por mí, padre mio, á fin de que Dios me haga conocer la religion que le es mas agradable.”

41. Convocó Francisco á su vuelta de Egipto un capítulo en Asís. Grandes quejas recibió durante su ausencia contra fray Elías, á quien habia dejado, no sin cierta inquietud, por vicario general, como un hombre hábil para el gobierno, ó mejor diremos, muy acreditado entre los hermanos.

Poniendo Elías de manifiesto en el primer capítulo celebrado el año anterior, una sabiduría muy sospechosa á la humildad de Francisco, le hizo decir por medio del cardenal protector de la orden, que un hombre simple y sin letras debía oír los consejos de los religiosos versados en las ciencias y en las cosas, añadiendo á esto que no era cuerdo encarecer tanto el sistema de los antiguos padres de la vida cenobítica, y aficionarse solo á reglas nuevas superiores á la flaqueza humana. Descubriendo Francisco la maniobra, y penetrando hasta el fondo de los corazones, se levantó en medio del capítulo, y dijo en presencia del cardenal: „hermanos, mis queridos hermanos, Dios nos llama á la vida sencilla y humilde para seguir la locura de la cruz. No me propongais mas regla que la que el Señor se ha dignado enseñarme. Nada hago por mí mismo en esta materia, y Dios me ha hecho conocer su voluntad con señales que no son de

sospechar. Temed que los sabios que os sorprenden atraigan sobre sí ó sobre vosotros la cólera del cielo. Su prudencia carnal no engañará al Señor; mas ellos se engañan á sí mismos, esforzándose en destruir lo que Jesucristo ordena para su salud por el órgano de Francisco su indigno siervo.”

No pudieron dejar de causar impresion en el santo fundador las quejas que despues de esto ocurrieron contra las relajaciones de Elías; este tardó poco en ver con sus propios ojos cuan bien fundadas eran. El discípulo dégenerado, osó presentarse delante de su maestro con un hábito mas pulcro, y de una tela mucho mas fina que los demás, una capilla mas ancha, parecida á la que llevaban todavía muchas gentes del siglo, las mangas mas largas y un paso poco modesto (1). Sin esplicarse todavía el varon de Dios, le rogó que le presentase su hábito. Se le puso por encima del suyo, le plegó con elegancia por debajo de la cintura, levantó con orgullo la capilla, y marchando luego con pasos graves, la cabeza levantada y el pecho dilatado saludó á los presentes diciendo en tono de proteccion: *Dios os guarde, mis buenos hermanos.* Dió tres ó cuatro vueltas de esta manera en medio de la asamblea. Despojóse al punto de aquel hábito, le arrojó lejos de sí, y volviéndose al culpable: „ved, le dijo, como serán espelidos los frailes bastardos de la orden. Y ved, añadió, volviendo á su sencillez natural, el modo que caracteriza á nuestros hermanos legitimos.” Proscribió todas las nove-

(1) *Vading. 1220.*

dades que Elías habia introducido en la órden , le despojó del cargo de vicario , é hizo nombrar en su lugar á Pedro de Cátana. Luego quiso renunciar á todo gobierno y someterse á Pedro , como á ministro general ; mas los hermanos no pudieron consentir en ello , y declararon que entanto que viviese , cualquiera otro superior seria solo su vicario.

No se redujo á estas exterioridades la humildad de Francisco : se estendió hasta á las distinciones y prerogativas del estado , que los individuos de las comunidades sostienen á las veces con tanta mayor entereza , quanto se hallan mas desprendidos de los intereses mundanos (1). Quejáronse á San Francisco muchos frailes de que en las provincias lejanas varios obispos no les permitian predicar , y le rogaron que les sacase un privilegio del Papa para anunciar sin tal permiso la palabra divina donde les pareciese oportuno. Manifestóse asustado el santo varon de esta pretension , y respondió : „¿ qué , hermanos míos ! ¿ así olvidais el espíritu de vuestro estado ? Vuestro privilegio natural es no tener alguno ; solamente servirian las distinciones para ensoberbeceros , y suministrar á los demás causas de exasperacion y de discordia. Exige la órden que profesais , que ganeis desde luego la bondad de los superiores con la humildad y sumision , y despues con la palabra y el buen egeemplo á los fieles que viven sujetos á sus leyes. Al ver los prelados que vivís santamente , y que reverenciáis su autoridad , ellos serán los primeros en pedirnos que co-

(1) *Id. ann. 1219. num. 26.*

opereis á la salvacion de las almas que están confiadas á su cuidado.”

Representáronle algunos frailes que habian encontrado párrocos tan intratables , que todas las atenciones posibles y la mas egeemplar vida no podian reducirlos ; á lo que replicó el Santo : „nosotros hacemos en la santa milicia el papel de tropas auxiliares , y no estamos revestidos del mando : nuestra recompensa será arreglada , no á los sucesos , sino al trabajo y á la buena voluntad. En quanto á lo demás , si sois hijos de la paz ganareis al clero y al pueblo. Suplid el defecto de los pastores , y aun cubrid sus faltas ; y despues de todo procurad ser cada vez mas humildes (1).” No obstante , como la falta de aprobacion por escrito y de un modo auténtico del instituto de San Francisco , daba motivo al clero secular para causar á sus religiosos una gran parte de estos disgustos ; por consejo y auxilio del cardenal protector obtuvo del Papa Honorio una bula solemne de confirmacion con fecha de 11 de Junio de 1219 , la primera que ha sido concedida al instituto de San Francisco.

42. El mismo favor recibió el de Santo Domingo en el principio del pontificado de Honorio. Eran estas dos órdenes cual dos diques incontrastables , elevados en la Iglesia contra la avenida de la relajacion y de la corrupcion. Comunicó el Señor para animar la virtud de los maestros y de los discípulos á los dos fundadores luces del todo celestiales sobre la al-

(1) *Collat. 12. tom. 3. opusc.*

tura de su destino. Dicen, que habiéndose encontrado en una iglesia de Roma, se reconocieron sin nunca haberse visto. Propuso Domingo á Francisco reunir sus congregaciones, y hacer una sola de las dos; Francisco respondió (1): „hermano mio, la voluntad de Dios es que queden separadas, á fin de que esta diversidad suministre mas recursos á la flaqueza humana; y aquel á quien no convenga el rigor de la una, no deje de hallar en la otra el camino de la salud.” No fue la union menos perfecta entre los dos fundadores y sus discípulos. Al principio los frailes predicadores no fueron ni mendicantes, ni exceptuados del ordinario, sino canónigos regulares. La primera bula que aprobó su instituto, le califica de orden de canónigos bajo la regla de San Agustín, lo que estaba de acuerdo con el decreto de Letran, que solo prohibia el establecimiento de nuevas órdenes religiosas. Santo Domingo disponiéndose á llevar la luz del Evangelio á los sarracenos, hizo tambien elegir, con el nombre de abad, un superior general llamado Mateo; pero este fue el único que tuvo este título. El general de la orden tuvo despues el nombre de maestro, y los superiores locales el de priores.

43. Esparciéronse los frailes predicadores como los menores en toda region cristiana. Domingo envió quatro de sus frailes á España, á donde partió él despues, y fundó dos monasterios, uno en Madrid entregado casi al punto á las religiosas, y otro en Segovia, que fue la primera casa de la orden situada

(1) *Opusc. tom. 3. Collat. 10.*

al medio día de los Pirineos. Fueron á Paris otros siete frailes, donde adquirieron una casa en la calle de Santiago, que les hizo dar en toda la Francia el nombre de jacobinos. Siguió el brillante establecimiento de Bolonia en Italia, cuyo obispo á súplicas del cardenal Hugolino les dió la iglesia de San Nicolás de las viñas, y muchas personas ilustres se apresuraron á ensalzar esta orden en sus principios consagrándose ellos mismos al Señor. Concedióles en Roma el Papa Honorio la iglesia de San Sisto. Encargó casi al propio tiempo á Santo Domingo reformar y reunir para el efecto en este lugar á todos los religiosos diseminados en diversos cuarteles de Roma; y los frailes predicadores fueron trasladados al convento de Santa Sabina donde aun residen. Grandes dificultades experimentó esta reforma aunque continuada por tres cardenales que el Santo pidió humildemente por apoyo: empero lo que la autoridad de la púrpura no pudo conseguir, Domingo lo consumó con felicidad por la perseverancia de su virtud, y por el esplendor de muchos milagros que atestiguaron una multitud de personas que los presenciaron. Entre otros prodigios, resucitó tres muertos en esta sola ocasion.

44. Ivon, cancelario de Polonia, electo obispo de Cracovia, que fue á Roma para hacer confirmar su eleccion, es uno de los testigos de estas maravillas (1). Tan admirado quedó, en particular de la

(1) *Theod. lib. 2. cap. 3. et 6.*

cristianos que sitiaban á Damietta (1). Preparáronse los sitiadores poco despues de su llegada á dar una batalla á los infieles. El Santo tuvo revelacion de que el éxito no seria favorable á los cristianos; pero temió ser tenido por un visionario si anunciaba un acontecimiento tan impenetrable al espíritu humano. Comunicó su perplejidad al religioso que le acompañaba, quien le dijo: „hermano mio, temed mas á Dios que á los hombres, y tened en poco el juicio del mundo, que hace tiempo reputa por locura vuestra sabiduría evangélica.” Dirigióse luego Francisco al gefe de los cruzados para hacerle saber su revelacion, que se tomó en efecto por una ilusion: los cristianos habiendo dado el combate fueron derrotados y perdieron cerca de seis mil hombres entre muertos y prisioneros. Este fue el combate (á lo que se cree) que dieron los cruzados alemanes y húngaros á 29 de Agosto de 1219.

Quedaron con todo los dos egércitos el uno en frente del otro; pero los sarracenos estaban tan vigilantes que no podia cristiano alguno salir del campo sin manifiesto peligro. Habia prometido el sultan un besan de oro á quien le trajese la cabeza de un cristiano. Nada fue bastante á intimidar á Francisco, el cual halló medio de substraerse á la vigilancia de los infieles, y marchó á su campo con solo un compañero. Encontraron dos ovejas, y dijo al religioso que le acompañaba: „tomemos aliento, hermano mio, con las promesas de aquel que nos envia como ove-

(1) *Bonav. in vit cap. 19. — Jac. Virt. hist. occid. cap. 32.*

jas en medio de los lobos.” Pronto se vieron acometidos de dos sarracenos que los ataron y cargaron de golpes y de injurias. Francisco les dijo severamente: „yo soy cristiano, y tengo que tratar de un negocio con vuestro señor; no tardeis en conducirme á él.”

Era el sultan Melic-Camel, hijo de Saphadino y llamado Meledino por nuestros autores. Preguntó á los dos religiosos quién los enviaba: Francisco respondió: „el Señor muy alto es quien nos envia, para mostraros el camino del cielo á vos y á vuestro pueblo.” Prendado el sultan de su firmeza, le dió muchas audiencias en el espacio de pocos días, y le convidó á establecerse cerca de su persona. „Me quedaré gustoso, respondió Francisco, si quereis convertirnos junto con vuestro pueblo. Si tal vez os ocurre alguna duda sobre la necesidad de abandonar la ley de Mahoma para abrazar la de Jesucristo, haced encender una grande hoguera y yo entraré en ella con los doctores de vuestra religion, á fin de que Dios Criador de los elementos os haga conocer cual es la ley que es necesario seguir. Dudo mucho, replicó Meledino sonriéndose, que alguno de nuestros imanes quiera entrar en el fuego por su religion.” En efecto, uno de los mas ancianos habia ya desaparecido temblando, al primer desafío del santo varón, quien replicó al sultan: „Pues bien, yo entraré solo, si me prometeis que vos y vuestros vasallos abrazareis el cristianismo, suponiendo que salga sano y salvo.” Meledino respondió entonces mas seriamente, que

resurreccion de Napoleon sobrino del cardenal Estévan, que decidió absolutamente su aficion en favor de la persona de Santo Domingo y de sus religiosos. Poco satisfecho con atraerlos á su patria, despues de haber interesado á todo el mundo en favor suyo, les dió por cooperadores á sus propios sobrinos Jacinto, canónigo de Cracovia, y Ceslao, canónigo de Sandomira. Ambos eran mas ilustres por su virtud que por su nacimiento; ambos poderosos en obras y en palabras, restauradores de la piedad entre los fieles del norte, propagadores del Evangelio hasta los mas salvages confines del mundo, y ambos por fin honrados por la Iglesia con pública veneracion.

El buen olor de sus virtudes y la veneracion de los pueblos, en vida de estos dos Santos, fue causa de que se instituyesen casas de su orden en todas las regiones septentrionales. No hacia este instituto progresos menos rápidos en las otras naciones. En el segundo capítulo general de los frailes predicadores, cuyo método abrazaron del propio modo que los demás religiosos establecidos despues de los monges del Cistér, eligieron ocho superiores provinciales para que los gobernasen en otras tantas provincias; á saber, la España, la Francia, la Provenza, la Lombardia, la Romanía, la Alemania, la Hungría y la Inglaterra. Quiso Domingo renunciar la dignidad de general para ocuparse solo en su salvacion y prepararse á la muerte. Contaba entonces cincuenta y un años; pero no consintieron en ello, y solo ordenaron que durante la celebracion de los capítulos se

estableciesen definidores que tuviesen toda la autoridad aun sobre el mismo general.

45. En esto, habiendo ido á ver á algunos piadosos amigos que tenia entre los eclesiásticos de Bolonia, despues de haber hablado del desprecio del mundo y de las cosas terrenas, les dijo al despedirse de ellos cerca de Pentecostes, que en 1221 cayó en 14 de Mayo: „vosotros me veis bueno y sano; pero no obstante, iré á gozar del Señor antes de la Asuncion de nuestra Señora (1). No dejó de transferirse á Lombardia para tratar de los negocios de su orden con el cardenal Hugolino, legado en aquella provincia. Volvió á Bolonia fatigado en extremo del viage á fines del mes de Julio, y rendido del calor que era escesivo. Entonces fue acometido de una fiebre acompañada de disentería; y no dudando que su fin estaba próximo, hizo venir los novicios, á quienes encargó el espíritu de piedad y el amor á la observancia. Exhortó á todos los demás frailes á evitar con cuidado el trato con las mugeres, á edificar al prógimo, á honrar su estado por la integridad de su reputacion y el buen olor de sus virtudes. „Con la castidad, añadió, y la pobreza, que es el cimiento de nuestro instituto, sereis agradables á Dios y provechosos á la Iglesia.” Despues reuniendo todas sus fuerzas prohibió con voz muy animada, bajo la pena de maldicion divina y de la suya, introducir en la orden el uso de las propiedades temporales, y al punto espiró dulcemente tendido sobre la ceniza,

(1) *Theod. lib. 4. cap. 12. — Jord. cap. 52.*

un viernes 5 del mes de Agosto. Halláronle despues de muerto una cadena de hierro en torno de su cintura. Fue enterrado en Bolonia: el Señor obró muchos milagros en su sepulcro, y se multiplicaron sus retratos como de uno de los mas esclarecidos siervos del Señor. Su talle era mediano, pero agradable; las facciones del rostro regulares, tez encarnada y animada cual un querubin; barba y ojos de un rubio vivo, y aspecto halagüeño y noble que le atraía la afición y el respeto general. Dulce era su voz, pero sonora y penetrante como una trompeta, especialmente cuando tronaba contra el vicio.

46. Habia proyectado este hombre apostólico ir á predicar el Evangelio á oriente; mas impidiéronse los negocios de su órden, y la situacion de los occidentales en aquella region. Casi no les quedaba en Palestina mas que las dos ciudades de Tyro y Ptolemaida, donde estaban como encerrados y en un continuo temor de mayores escesos por parte de los sarracenos. Tenian por gefe á Juan de Briena, conde de la Marca y Rey titular de Jerusalem, como lo habia sido Amalrico de Lusignan, á quien sucedió en el derecho, y cuya descendencia quedó en posesion del reino de Chipre. Juan de Briena, asignado por el Rey Felipe Augusto á los diputados de Palestina para suceder á Lusignan, llevó en su compañía trescientos caballeros franceses, y algunas otras tropas de cruzados que ayudaron á respirar á sus nuevos vasallos. La cruzada publicada en el concilio de Letran, y que agitó de nuevo todas las naciones de Eu-

ropa, puso bien pronto á este Príncipe en estado de emprender mas importantes hazañas.

47. Muy distante estaba aun de amortiguarse aquel celo belicoso, y tan largo tiempo desgraciado (1). Pocos años antes se vió esta especie de fermentacion exaltar los ánimos aun de aquellas personas menos aptas para la guerra. Reunióse una multitud de niños de las ciudades y aldeas así de Francia como de Alemania, y cruzándose todos marcharon con presteza para la tierra santa. Consternados los padres detuvieron á muchos, pero hallaron medio de escapar y continuar su ruta. Cruzáronse para ir con ellos á su egemplo gran número de jóvenes de ambos sexos. Tambien hubo algunos ladrones y malvados que se mezclaron con estas sencillas tropas, y les robaron cuanto les habian dado. Perdiéronse muchos de estos niños en los desiertos y montañas, donde perecieron de fatiga y de indigencia: algunos llegaron á la otra parte de los Alpes, donde los lombardos acabaron de despojarlos, y los restos miserables de esta tropa confusa y dispersa recobraron segun pudieron la casa paterna.

48. Partieron los primeros entre las tropas arregladas, Andrés, Rey de Hungría, y Leopoldo, duque de Austria, con muchos señores y una multitud considerable de combatientes (2). Embarcáronse en el Mosa poco tiempo despues Guillermo, conde de Holanda y muchos cruzados alemanes, y pasaron á Lisboa en Portugal, que era el punto señalado de reunion á otras naves que debian seguirlos. Acababan

(1) *Alb. Stad. et Godef. an. 1212.* (2) *Chron. Godefr. an. 1217.*

los moros de quitar á los caballeros de la espada ó de Santiago el castillo de Alcazar, y le habian sujetado á una contribucion anual de cien esclavos cristianos á beneficio del Rey de Marruecos. Pintaron vivamente á los peregrinos estos caballeros con los del Temple y del Hospital y el resto de la nobleza del reino, la indignidad de esta servidumbre, y los no interrumpidos sobresaltos en que los tenia la proximidad de los infieles, de los cuales pidieron con las mayores instancias que los libertasen.

La estacion estaba adelantada, y el arribo de la flota á Palestina no podia entonces ser muy útil; en atencion sobre todo á que el Rey de los romanos y otros muchos Príncipes de Alemania, empeñados en seguirlos, no se habian puesto en movimiento, cedieron los cruzados á sus instancias, esceptuando las tropas de Frisia que prosiguieron su ruta con ochenta naves. Desde luego formaron el sitio de Alcazar y le estrecharon vivamente. Los Reyes moros de Sevilla, de Córdoba, de Jaen y de Badajóz volaron en vano al socorro de la plaza con un ejército mucho mas numeroso que el de los cristianos. Perdieron los infieles la batalla; los Reyes de Jaen y de Córdoba, con catorce mil de sus mejores soldados, fueron pasados á cuchillo, y la multitud de cautivos fue innumerable. Rindióse á discrecion Alcazar. Este suceso es atribuido por los autores de aquel tiempo á una proteccion milagrosa del cielo, que combatió tan á las claras por los fieles, que los sarracenos prisioneros les preguntaban dónde estaban aquellos guerre-

ros resplandecientes que los habian forzado á ponerse en fuga (1). Pero la maravilla mas feliz é incontestable fue la sincera conversion del señor mahometano de Alcazar, que recibió el bautismo con otros cien musulmanes. Inclinaron al Papa los efectos de esta expedicion á permitir emplearse en socorro de los cristianos de España una parte de la imposicion ordenada para el socorro de Jerusalem, y á conmutar el voto de ir á la tierra santa, por la obligacion de marchar contra los moros (*).

Todavía quedaban suficientes fuerzas para restablecer las cosas de oriente. Llegaron á San Juan de Acre una inmensa multitud de cruzados, caballeros y hombres de armas, tanto de Alemania como de otras regiones del norte, con el Rey de Hungría y los duques de Moravia y de Austria. Habia amenazado á la ciudad de Acre Coradino, hijo de Saphadino, sultan de Babilonia, con su hermano Meledino que mandaba ya en Egipto, y se adelantaba por la frontera hácia el pais del Jordán. No solo le obligaron á retirarse los cristianos, sino que hicieron gran botin y muchos cautivos, de los que Jacobo de Vi-

(1) *Rain. lib. 2. ep. 817.*

(*) Ocupaba á la sazón el trono de Portugal Alfonso II, llamado el *gordo*, hijo de Sancho I á quien habia sucedido en 1211. A mas de la de Alcazar, ó mas bien, Alcazadorsal, ganó otras muchas victorias á los moros; y á escepcion del odio que profesó á sus propios hermanos de que se originaron algunos disturbios, tuvo un reinado glorioso y feliz, pues se coronó en su juventud de laureles, dió nuevas leyes, hizo reinar la justicia y reformó el clero.

tri, obispo de Acre, libró á cuantos niños pudo para bautizarlos y hacerlos criar por mugeres piadosas.

Con todo, el Rey Andrés de Hungría tan ardiente al principio por la defensa de los santos lugares, y Hugo, Rey de Chipre, hijo de Amalrico de Lusignan, se separaron de los otros cruzados que los incitaban á que no los abandonasen. Andrés, habiendo pasado tres meses en Palestina, tuvo por cumplido su voto, y se creyó libre para volverse á sus estados. En cuanto al Rey de Chipre, murió el año siguiente de 1218 en lo mejor de sus días, dejando por sucesor á su hijo Enrique de solos nueve meses. Sin fruto intentó el egército cristiano apoderarse de la fortaleza del Tabor que los sarracenos habian edificado algunos años antes encima del monte de este nombre, tan cercano á Acre que la tenian en una continua inquietud. Para suplir el defecto de esta conquista, el Rey de Jerusalem y el duque de Austria, juntamente con los obispos de Munster y de Utrecht restablecieron el castillo de Cesaréa. Por otra parte, los templarios y los caballeros teutónicos edificaron sobre un promontorio poco distante una fortaleza á la que dieron despues el nombre de castillo de los peregrinos.

49. Habiendo por último llegado á oriente los cruzados de la Bélgica y de Alemania, que acababan de distinguirse en Portugal, el Rey de Jerusalem y el duque de Austria se resolvieron á llevar el fuego de la guerra á Egipto, y á poner sitio á Damietta. Con la noticia que de ello recibió el Papa, escribió á Ve-

necia, á Génova y á los demás puertos de Italia adonde llegaban diariamente nuevas tropas de cruzados franceses, alemanes y de todas las naciones, á fin de que partiesen en derechura á Damietta para la conquista de Egipto, que todo el mundo daba por segura. La muerte del sultan Saphadino, hermano y digno émulo del gran Saladino, acontecida al cabo de cuatro meses que se puso el sitio, en Setiembre de 1218, aumentó considerablemente las esperanzas del egército cristiano. Mas entre los quince hijos que dejó, Meledino el mayor, sultan de Egipto, y Coradino sultan de Damasco, tenian todas las qualidades propias para sostener la gloria de su padre. Varios combates tuvieron en que los cristianos no consiguieron ventaja alguna (1). No obstante, á fuerza de constancia, y recibiendo continuamente nuevos refuerzos, se hicieron dueños de la plaza, al cabo de cerca de diez y ocho meses de sitio, en 5 de Noviembre de 1219. Entre la muchedumbre de cautivos señaló su caridad el obispo de Acre, como ya lo habia hecho otra vez, con los niños, de los cuales mas de quinientos murieron poco despues de haber recibido el bautismo. Fue adjudicado el señorío de Damietta y sus dependencias al Rey de Jerusalem para acrescentamiento de su reino; mas no sin contradiccion.

Parecia que los cruzados no podian lograr una sola ventaja sin que desde luego renaciese entre ellos la desunion con todos sus riesgos (2). Indispúsose el

(1) *Jac. Vitr. lib. 3. ep. 417.* (2) *T. 8. Spicil. pag. 373.*

legado de la cruzada, Pelagio cardenal obispo de Albano, con el Rey Juan de Briena, disputándole el señorío de Damietta, y queriendo manejar todos los negocios de un modo despótico. Descontento el Rey abandonó el ejército, seguido de casi todas sus tropas. Las de Chipre, los templarios y la mayor parte de los caballeros franceses hicieron lo mismo. Así es que los vencedores de Damietta, encerrados, digámoslo así, en su conquista, y reducidos en breve á la indigencia y á los mayores trabajos, imploraron nuevamente el socorro del occidente, y pidieron al Papa que le acelerase.

50. Ya mucho tiempo que instaba el Papa Honorio á Federico Rey de Sicilia, y electo ya Rey de romanos, para que pasase al oriente, segun muchas veces le habia prometido. Entre las causas de dilacion que multiplicaba de continuo, alegó por esta vez que queria afirmarse la corona imperial antes de una ausencia tan arriesgada. Otton su competidor murió en el año 1218 en un abandono general, pero que le fue muy saludable, y le dió lugar de concebir un arrepentimiento sincero de sus culpas. Mientras la larga enfermedad que precedió á su muerte, se hizo dar todos los dias la disciplina; y antes de entregar el alma, quiso que los ínfimos de sus criados le pusiesen sus pies sobre el cuello. Federico, libre de las inquietudes que por otra parte le molestaban, dejó la Alemania, y vino á Roma donde fue coronado por el Papa en la iglesia de San Pedro, el Domingo 21 de Noviembre de 1220. Luego recibió

la cruz de mano del cardenal Hugolino, y reiteró públicamente el voto que habia hecho de ir á la tierra santa. El duque de Baviera, otra multitud de Príncipes y señores tanto de la Pulla como de Alemania en número de mas de cuatrocientos, con una infinidad de caballeros y gentes de á pie se cruzaron juntamente con el Emperador, el que prometió que enviaría al oriente un formidable ejército pasada la próxima primavera, y que partiria allá personalmente despues del mes de Agosto siguiente. La falta de cumplimiento á esta promesa y la severidad de los Papas, acarrearónle mil disgustos y fueron causa de horribles escándalos.

Honorio ocupaba entretanto por todas partes sus desvelos para aumentar los socorros que debian pasar á Damietta. Escribió al arzobispo de Ruan y á sus sufragáneos, que enviasen predicadores por toda la Normandía para mover á los fieles á cruzarse (1). Encargó, á pesar de la muchedumbre de alemanes que lo estaban ya, á su legado Conrado de Reimberg, electo poco antes obispo de Hildesheim, que no olvidase con su nueva dignidad la predicacion de la cruzada. Delegó en Italia para el propio efecto al cardenal Hugolino, como el mas capaz por su ingenio y vida egemplar para desempeñar fructuosamente este oficio.

51. Al propio tiempo ardía otra guerra de religion contra los prusianos, los livonios y otros paganos del norte. Alberto, obispo de Riga, instituyó

(1) *Ep. Honor. ap. Rain.*

para defensa de los nuevos cristianos de estas regiones la orden militar de Cristo, á quien dieron igualmente el nombre de orden de la espada, porque traían sobre el manto una espada con una cruz. No se escapó cosa alguna á la vigilancia y solicitud del Papa Honorio. Exhortó á los sajones á tomar las armas contra los paganos de Livonia, y les concedió para esta guerra la indulgencia de la tierra santa. En cuanto á los de Prusia encargó al obispo de Breslau que examinase qué era mas conveniente, ó que el duque de Polonia egecutase el designio que tenia de marchar al oriente, ó que permaneciese en el pais para combatir á los idólatras. Apenas supo poco despues que los cristianos de estas regiones habian conseguido una insigne victoria, los exhortó á no mostrarse mas crueles y altivos con los vencidos, y á manifestarles una caridad que les facilitase el camino de la fe. Sirvióse el Señor de todos estos medios para la reduccion de la Livonia al yugo del cristianismo, y pronto se contaron en esta provincia multitud de iglesias, obispos y metropolitanos.

52. No estaba en oriente la Grecia en un pie mucho mas ventajoso que el reino de Jerusalem. Roberto, hijo del Emperador Pedro de Courtenai, sucedió á su padre el año de 1219 por renuncia de su hermano mayor Felipe, que prefirió su condado de Namur al imperio de Constantinopla. Dió márgen la indolencia del voluptuoso Emperador al establecimiento de dos nuevos imperios, además del de Nicéa; esto es, el de Trebisonda por David Comneno,

y el de Tesalia por Teodoro Angelo Comneno, que no debe confundirse con Teodoro Láscaris, fundador del imperio de Nicéa. Con esto Roberto se dejó estrechar de suerte, que tan solo reinaba en el territorio de Constantinopla. Ratificó un tratado concluido poco antes con el clero de Romanía, por el que se advierte que en la iglesia griega no se usaba la percepcion de diezmos. Esta es la razon de haber obligado á solos los latinos á pagar el diezmo entero, y á los griegos la treintena solamente durante diez años, con intento de acostumbrarlos insensiblemente á pagar la décima. Teodoro Láscaris se sostuvo no solo contra los latinos, mas tambien se opuso á las empresas de los turcos con tal felicidad, que le mereció la reputacion del militar mas hábil y el político mejor de su tiempo. De tal modo consolidó su poder, que no se alteró por su muerte, y pasó en el mismo estado á Juan Vatacio su yerno, que le sucedió el año 1222.

53. El Rey Felipe, á quien el monge Rigordo, historiador contemporáneo, llama Augusto en razon de sus conquistas, murió á los cincuenta y ocho años de su edad, y cuarenta y tres de su reinado, en el dia 14 de Julio del siguiente año ⁽¹⁾. Durante el curso de su última enfermedad, que fue muy larga, redobló este gran Rey todas las pruebas religiosas que habia dado en mil ocasiones en la carrera dilatada de su reinado, y arregló su conciencia, é hizo un testamento donde luce el espíritu de fe y de peni-

(1) *Aig. p. 69. = G. Brito. p. 249.*

tencia que le dirigia. Da entre otros legados cincuenta mil libras, moneda de París, que equivalen á veinticinco mil marcos de plata, para reparar las culpas que pudiera haber hecho: diez mil libras á la Reina Isemburga, con respecto á lo que se produce en términos que no dejan la menor duda de los sentimientos cristianos que le animaban en su favor: seis mil libras al Rey de Jerusalem: cuatro mil al maestre del hospital de Tolosa: igual cantidad á los templarios ultramarinos; y á mas ciento cincuenta mil marcos de plata para socorrer á la tierra santa.

Tuvo por sucesor á su hijo Luis, octavo de este nombre, llamado Leon por su valor, á quien la imprudencia del Rey Juan de Inglaterra hizo tan formidable á sus pueblos. Llamado antes Luis á la corona de la Gran Bretaña por el cuerpo de la nobleza, como esposo de Blanca de Castilla, descendiente del Rey de Inglaterra Enrique II, entró felizmente con sus tropas, fue coronado en Londres, y derrotó al Rey Juan, indigno del trono en el concepto de sus vasallos, por habérselo usurpado á su sobrino Artus despues de asesinarle. Conoció Juan entonces la necesidad que tenia de reconciliarse con la santa Sede, y se hizo su vasallo; pero la bajeza de esta conducta no hizo mas que acrescentar el desprecio de sus súbditos, sin que la escomunion que despues se fulminó contra Luis fuera un óbice para los progresos de las armas francesas.

54. La muerte de Juan Sin-tierra, causada por el dolor de sus pérdidas el 19 de Octubre de 1216,

despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia, fue mas funesta al Príncipe Luis. Estinguió esta muerte el resentimiento de los ingleses, quienes le abandonaron entonces, y se declararon por Enrique III, hijo del Rey muerto, Príncipe jóven de solos nueve años, cuya inocencia le grangeó el afecto y ternura de todas las clases del reino. Volvió Luis á su regreso á Francia á emprender la guerra contra los albigenses, y sostuvo por do quiera la reputacion de valor que tenia adquirida.

Apenas se halló en el trono de Francia, le envió el Rey de Inglaterra á pedir la restitution de la Normandía. En respuesta hizo Luis publicar la confiscacion que el Rey su padre habia hecho, no solo de esta provincia, sino de todos los feudos de la corona de Francia que poseían los ingleses. Pasó al siguiente año el Loira, se apoderó del Poitou, del Aunes, del Lemosin, del Perigord, y conquistó en general cuanto restaba al Rey de Inglaterra hácia este lado del Garona. No le quedaba por someter sino á Burdeos y la Gascuña, cuando á ruegos del Papa y de muchos obispos volvió nuevamente sus armas contra los albigenses.

55. Cayó por fin á los reiterados esfuerzos de una secta tan pertináz el valeroso Simon de Monforte, tantas veces su vencedor, y con tanta frecuencia reducido á los últimos extremos por su indómita obstinacion. El viejo conde Raimundo de Tolosa, despojado de sus estados, despues de vagar largo tiempo errante por Francia y España, cruzó en fin los

Pirineos, se aproximó á su capital, y halló medio en secreto de hacerse dueño de ella, sostenido por su sobrino el Rey de Aragon Jaime I. En vano intentó el Papa Honorio reducir á este jóven Príncipe á los sentimientos de un justo reconocimiento hácia la santa Sede, la que despues de la triste muerte del Rey su padre le habia sacado de las prisiones del conde de Monfort; ni fueron mas eficaces las amenazas que le hizo de susci.ar contra él las naciones estrangeras (1). Nada fue bastante á impedir al altivo aragonés el socorrer á los tolosanos hereges. Sin embargo, el intrépido Monfort despreciando todos los obstáculos y peligros, puso al punto sitio á Tolosa: mas al cabo de nueve meses de una ruinosa empresa, lejos de hallarse en estado de reducir la plaza, se sintió tan falto de fuerzas, como lo estaba de dinero y de todo auxilio. Para colmo de su dolor, el legado que habia en su egército, segun el uso constante de estas guerras de religion, le trataba con injuriosa dureza, acusando á este hombre grande de inhábil, y casi de cobarde (2). Los sitiados por otra parte manifestaban una insolencia escesiva: al otro dia de San Juan, á tiempo que este héroe piadoso estaba en maitines, vinieron á anunciarle que los hereges se disponian á hacer una salida. Pidió sus armas, se revistió de ellas, y creyó tener aun tiempo para oir la misa. Ya estaba principiada, y oraba con particular fervor, cuando recibió el aviso de que atacaban á los que custodiaban las máquinas. Con-

(1) *Rain. lib. 1. ep. 692. 823.* (2) *Petr. hist. Alb. cap. 86.*

tinuando en su oracion, llegó otro correo que le dijo alterado: „apresuraos; los nuestros están muy cargados, y no podrán sostenerse mas. Tenga yo todavía el consuelo de adorar á mi Salvador, contestó de un modo que auguró algo de extraordinario.” Cuando elevaron la santa hostia, segun el uso establecido algunos años antes, recitó el cántico: *Nunc dimittis* puesto de rodillas y las manos elevadas al cielo; luego levantándose dijo vivamente: *vamos, ya es tiempo: muramos, si es necesario, por aquel que se dignó morir por nosotros.* No pudieron resistir los enemigos á su presencia, y fueron rechazados hasta sus murallas; pero en medio de una espesa nube de tiros fue herido de una pedrada y de cinco flechas. Dióse golpes de pechos, y encomendándose á Dios y á la Virgen cayó sin vida.

Amalrico su hijo primogénito y sucesor suyo, se vió obligado un mes despues á alzar el sitio de Tolosa. Los peregrinos habian desconcertado muchas veces los proyectos de Monfort con sus retiradas repentinas, y el hijo que no tenia igual grado de autoridad, ni igual ascendiente sobre los ánimos, se vió por esta causa abismado muy en breve en una multitud de obstáculos superables en su concepto tan solo por la energía de un poderoso Monarca. Hizo cesion á Luis VIII de todos sus derechos ó pretensiones sobre los estados del conde de Tolosa y de los otros albigenses; y luego se retiró al seno de la Francia, donde despues de la muerte de Mateo de Montmorenci, recibió en resarcimiento el cargo de con-

destable. Guido de Levi, singularmente distinguido por su valor en esta guerra de religion, obtuvo del mismo Amalrico el título de mariscal de la fe, que se ha perpetuado en su descendencia.

56. En un concilio nacional y en un parlamento, tenidos en París el 28 de Enero y el 20 de Marzo del año 1226, el legado romano, cardenal de San Angel, confirmó al Rey Luis la cesion de Amalrico de Monfort. El viérnes siguiente al concilio, esto es, el 30 de Enero, despues de haber deliberado el Rey con madurez, recibió la cruz de mano del cardenal legado, junto con casi todos los obispos y los barones del reino para ponerse en marcha contra los albigenses. A mas de la indulgencia plenaria y de la dispensa de toda especie de votos, fuera del de ir á Jerusalem, el legado con ascenso de muchos obispos, concedió al Rey por cinco años una suma anual de cien mil libras sobre la décima eclesiástica que el Papa habia impuesto.

El anciano conde de Tolosa habia muerto ya dando pruebas de un grande arrepentimiento, y su hijo Raimundo VII estaba en posesion de la parte mas florida de sus estados. Respecto á los hereges, observaba el mismo proceder, poco mas ó menos, que habia tenido su padre; esto es, mantenía con ellos relaciones sumamente sospechosas, al paso que evitaba seguir sus principios, y aun ser su fautor. En un concilio celebrado en Bourges en el año anterior, pidió con instancias al legado que le presidia que pasase á todas las ciudades de sus estados á informarse

de la fe de sus vasallos, prometiéndole hacer justicia contra todos aquellos que se hallásen culpables de heregia; y por esto el Rey de Inglaterra clamaba sin cesar diciendo, que era un abuso erigir en cruzada la guerra que el Rey de Francia queria hacer á un señor cristiano.

Despreció Luis estas voces que nacian menos de generosidad que política; esto es, del temor que tenía el Rey de Inglaterra, como tambien el Emperador y el Rey de Aragon de que el Monarca francés adquiriera el derecho soberano de conquista sobre los estados que el conde de Tolosa tenia en feudo de estos diferentes Príncipes. Dirigióse en el mes de Mayo de este año 1226 hácia el Ródano con un numeroso ejército. Precedíale el temor: los cónsules de las ciudades pertenecientes al conde de Tolosa, salieron al encuentro del Rey para entregarle sus fortalezas y darles rehenes. Aviñon que era la mas fuerte de estas plazas no dejó de someterse al punto; pero quiso despues poner condiciones que ofendian á la magestad del vencedor. Sitióla pues, y la obligó á rendirse al cabo de tres dias, en los cuales sufrió una mortandad horrible, destruyó las murallas, é hizo derribar trescientas casas que estaban guarnecidas de torres. Desde luego se adelantó por el Lngüedoc, donde todas las ciudades fuertes y castillos se rindieron hasta cuatro leguas de Tolosa.

57. Volvió triunfante á su capital al cabo de esta gloriosa campaña, con determinacion de volver en la primavera á dar fin á su empresa; pero acometió-

le en Mompensier de Auvernia una enfermedad mortal, que le arrebató en medio de esta luciente carrera un domingo 8 de Noviembre, cuando contaba solos treinta y nueve años. Realizáronse de este modo los temores de Felipe Augusto, cuando se esforzaba en moderar el celo de Luis, Príncipe verdaderamente virtuoso y admirable, sobre todo en sus costumbres; pero que consultó mas á los impulsos del fervor, que á las máximas de la prudencia. „A mi hijo, decia Felipe, solo le placen los consejos que le conducen á hacer la guerra á los enemigos de la Iglesia: él arruinará su salud en tales expediciones, y morirá quedando el reino de este modo en manos de una muger y de un niño.” Efectivamente, la corona pasó á un infante de once años, bajo la regencia de la Reina madre; mas por medio de la misma madre y del hijo parece quiso la Providencia preservar á la Francia de los riesgos á que la fe sobrado ardiente del padre la habia espuesto.

58. Causó quizá un vacío mas grande en el mundo cristiano San Francisco, que murió en el mismo año que este Príncipe, en un estado muy diverso de la magestad real (1). No habia region donde no floreciese su orden de la manera establecida por él, sin fondos, sin rentas, y sin mas auxilio que el trabajo de los frailes y la caridad de los fieles: dos cosas que el santo fundador no quiso separar nunca de la mas laboriosa de las sociedades regulares. Tan solo quiso adoptar aun la misma mendicidad á manera de un

(1) Vit. cap. 13. = Vading. ann. 1224.

suplemento del trabajo ó del salario que no fuese satisfecho. Despues de dos años que el Santo hubo recibido la impresion de las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo, segun la refiere San Buenaventura alegando muchísimos testigos oculares los mas virtuosos y calificados; despues de este favor extraordinario que ha llegado á ser tan famoso con el nombre de *Stigmata*, la salud de Francisco se debilitó cada dia, y sus enfermedades llegaron á tal grado, como tambien su paciencia, que sus discípulos creyeron ver en él otro Job. Antevió el tiempo de su muerte mucho antes que llegase; y aproximándose ya su postrer dia, declaró que saldria en breve de este valle de lágrimas, como el Señor se lo habia revelado. Mandó que le llevasen á su amada morada de la Porciúncula, á fin de dar el alma en el lugar donde habia recibido el espíritu de la gracia.

59. Entonces hizo su testamento como era de esperarse de un cristiano el mas pobre de espíritu y de efectos. Este no es mas que un compendio de los sentimientos de humildad y abnegacion que le caracterizaron desde que se entregó sin reserva al Señor. Quiere que sus discípulos se tengan siempre como los hombres mas ínfimos, conforme á su nombre de frailes menores: que la modestia y simplicidad de su alma resplandezcan en todo su exterior: que la pobreza se muestre en sus casas, hasta en sus iglesias, que deben ser bajas, reducidas y sin adornos esquisitos con pretesto de atraer á los pueblos: pues que, dice, cogerán mas fruto por la pobreza que los obligará á

predicar en otras iglesias, que con los discursos mas bien ordenados. Prescribió hasta que las paredes fuesen de cañas arregladas, ó de palos y tierra amalgamada con paja. Consintió, aunque no fácilmente, en que se fabricase de piedras comunes, á fuerza de instancias que le hicieron representándole que serian menos costosas que la madera, y menos sujetas á reparos. Luego encarga muy particularmente el respeto á los sacerdotes y á los pastores de las almas. „Y mando, dice hablando de la materia, mando absolutamente á todos los frailes, en virtud de santa obediencia, que en cualquiera circunstancias en que se encuentren, no osen de modo alguno solicitar por sí mismos ó por algun mediador, sea el que fuese, breve alguno de la corte romana, á efecto de poseer una iglesia ú otro lugar con pretesto de predicacion, y aun de seguridad para sus personas; y si no los recibieran en una parte, pasen á otra con la bendicion del Señor.” Acabó por vedar espresamente á todo fraile, clérigo ó lego, añadir interpretaciones á este testamento, ó á algun otro punto de la regla; „sino así como Dios, añade, me ha hecho la gracia de explicarlos con sencillez, así ellos lo entiendan y practiquen con la misma.”

60. Hablándole el cardenal protector de la orden sobre los monasterios de monjas de este instituto que principiaban á multiplicarse, respondió vivamente (1): „á escepcion de aquel en que coloqué á Clara, no he procurado la fundacion ni me he encargado del

(1) *Vading.* 1219.

cuidado de ninguno. Nada me affige tanto como el que los frailes se hayan apresurado en establecer otros, encargándose del gobierno de las monjas, y sobre todo el haberles dado el nombre de menores.” Conjuró al cardenal que alejase cuanto posible le fuera á los religiosos del cuidado y trato familiar de las monjas. Habian sido interesantes y enérgicas sus esplicaciones sobre este artículo, durante todo el curso de su gobierno. „¡Cuánto temo, exclamaba con frecuencia y siempre cada vez con mayor conmocion, cuánto temo que al propio tiempo que Dios nos ha quitado las mugeres, el diablo no nos haya dado las hermanas!” Muestra este rasgo por sí solo los buenos deseos de un Santo entregado enteramente á la sabia locura de la cruz.

Sintiendo el humilde Francisco cercana su última hora, se echó en la tierra desnuda, alzó las manos al cielo y bendijo al Señor porque iba á él con libertad perfecta y con entera desnudéz. Volvió sus ojos á los frailes que estaban presentes, y les dijo: „he hecho lo que me corresponde, nuestro Señor os ayudará en lo que os toca hacer á vosotros.” Entonces llegando los frailes que estaban en las cercanías deshechos en lágrimas, los exhortó á conservar el amor de Dios y del prógimo, la humildad, la pobreza, la paciencia, y en especial la fe de la iglesia romana; lo que pidió con tanta eficacia que el horror particular con que sus hijos miran las novedades sospechosas, prueba aun despues de tantos siglos la fuerza de su ruego. Luego mandó que le leyesen la

pasion del Salvador segun San Juan; recitó como pudo el salmo ciento cuarenta y uno, y al proferir aquellas palabras del último verso: *sacad mi alma de su prision para que celebre vuestra gloria: los justos esperan que vos me coroneis*: entregó dulcemente el espíritu la noche del 3 al 4 de Octubre del año 1226, el cuarenta y cinco de su edad, y el diez y ocho de la institucion de su orden. El cielo no tardó en honrar el sepulcro de su siervo con extraordinarios prodigios, é hizo su nombre tan famoso en el universo, cuanto mas habia él estudiado en hacerse pequeño y despreciable á los ojos de los hombres. El Papa Gregorio IX le canonizó dos años despues de su muerte con la mas ostentosa solemnidad; y para el efecto pasó en persona su Santidad á Asís, donde concedió indulgencias, imitando á su predecesor Honorio III, el primero que introdujo este uso en la canonizacion de los Santos.

61. Visitó Gregorio en esta ciudad á Clara, discípula tan digna de Francisco, y la ofreció posesiones considerables en bienes raices, como indispensables para acudir á varios inconvenientes que individualizó. Respondió Clara constantemente que la santa pobreza valia mas que todos los bienes y ventajas que la presentaba. „Hija mia, replicó el Papa, si es el voto lo que os detiene, yo os absuelvo de él. Santo Padre, respondió con libertad evangélica, yo no pido mas absolucion que la de mis culpas (1).”

Este era el cardenal Hugolino, que con el nom-

(1) *Sur. Vit. Clar. cap. 9.*

bre de Gregorio IX fue elegido por sucesor del Papa Honorio al dia siguiente de la muerte de éste, en 19 de Marzo de 1227. Hugolino procuraba con mucho celo el bien, como hemos visto; era gran protector de la virtud, y llevaba una vida muy egemglar; hombre de mucho espíritu y de gran memoria, y muy versado con particularidad en el derecho. Contaba cerca de ochenta y tres años cuando fue exaltado á la Cátedra de San Pedro. La ocupó no obstante catorce años, cinco meses y dos dias, y de este modo vivió cerca de un siglo. Sin embargo, tenia un celo rígido, que no consideró suficientemente el tiempo y las personas, y renovó las disensiones y discordias tan frecuentes desde las innovaciones de Gregorio VII.

62. El Emperador Federico se descompuso con la santa Sede, bajo el último pontificado, deponiendo á los condes de Anagnia, hermanos de Inocencio III, protegidos por Honorio su sucesor: esta semilla de division entre el Papa y el Emperador, rompió en diversos encuentros, y amenazaba llegar á los mayores extremos, cuando el Rey Juan de Briena, que habia venido á promover los socorros de Europa, procuró entre ellos una reconciliacion pasagera, dando su hija primogénita en matrimonio á Federico. Entonces este Principe ambicioso, guiado por su interés, intentó de veras el recobro de la tierra santa, que miraba ya como su propio dominio. Mas muy en breve mostró su ingratitude, despojando á su padre político de las rentas, y aun del título de Rey

de Jerusalem. Indignado Juan de Briena, se retiró á Roma, donde fue nombrado gobernador del estado eclesiástico; pero el Papa Honorio que le amaba con ternura no habia podido restituirle á sus derechos.

63. Gregorio su sucesor y pariente propíncuo de Inocencio III, cuya familia habia ya sido despojada por Federico, principió desde luego á estrechar vivamente á este Príncipe para que cumpliera su voto de la cruzada (1). No pudo dejar de embarcarse el Emperador, y estuvo algun tiempo en el mar; pero pretestando una enfermedad que habia muchos motivos para creer supuesta, entró en el puerto de Otranto, y fue causa de que la mayor parte de los cruzados se tornasen á sus hogares. Aconteció esto en el mes de Agosto del año 1227, término dado al Emperador por última dilacion, pasado el cual consintió él mismo en ser escomulgado si no cumpla su voto de la cruzada. Pronunció la sentencia de escomunión el Papa Gregorio asistido de los cardenales y de un gran número de obispos, el 29 de Setiembre siguiente dia de San Miguel; la reiteró en otras varias ocasiones, y añadió el entredicho en todos los lugares donde llegase el Emperador, y por todo el tiempo que permaneciese en ellos. Además amenazó á este Príncipe, en el caso de despreciar sus censuras, de que le trataria como herege, esto es, conforme al estilo de aquel tiempo, que absolveria á sus vasallos del juramento de fidelidad.

Federico, á quien tales rigores no inspiraron sino

(1) *Vit. Greg. ap. Rain. num. 29.*

venganza, sirvióse para satisfacerla de un ardid, que podrá dar una idea tanto de su espíritu artificioso, quanto del exceso en que le abismó el abuso de la feudalidad (1). Llamó de Roma á los Frangipanes con otros romanos ilustres y poderosos, de quienes estaba seguro; hizo valuar quanto tenían en la ciudad en casas, jardines y otras tierras, y se lo compró devolviéndoselo luego á título de feudo. Habiendo vuelto á Roma estos nuevos vasallos, sublevaron el pueblo contra el Papa, fueron á insultarle á San Pedro mientras la celebracion de la misa con clamores y amenazas tan terribles, que el Pontífice se vió obligado á buscar su seguridad fuera de Roma.

64. Tuvo despues el Emperador una grande asamblea para arreglar los asuntos de Sicilia durante su viage ultramarino, que las murmuraciones de toda la cristiandad le forzaron por último á emprender. Vedóle el Papa mezclarse estando escomulgado en una guerra santa; mas Federico no se detuvo en embarcarse, y despues de una navegacion bastante feliz llegó á Acre el 7 de Setiembre de 1228, aunque con un ejército casi aniquilado por sus dilaciones multiplicadas, y por las enfermedades que le asaltaron antes de su partida. Fue entre otros víctima de ellas Luis, landgrave de Turingia, el mas poderoso de los Príncipes alemanes que habian tomado la cruz. Para colmo de los reveses, envió el Papa dos frailes menores en seguimiento de Federico, con orden al patriarca de Jerusalem de denunciar á este Príncipe es-

(1) *Usperg. pag. 325.*

comulgado, y prohibir á los caballeros del Temple, del Hospital y órden teutónico que le obedeciesen.

No obstante, tuvo la felicidad de que Coradino, sultan de Siria y el mas peligroso enemigo de los cristianos, acababa de morir, y Meledino su hermano, sultan de Egipto, no queria la guerra. Envióle el Emperador embajadores con presentes, y le ofreció la paz si queria entregarle el reino de Jerusalem. El sultan consintió en poner en sus manos esta ciudad; pero toda desmantelada, y bajo de otras condiciones aun mas duras y tan vergonzosas que los cristianos del pais rehusaron acceder á ellas. No dejó por esto de hacer su entrada en esta ciudad, siendo este el último Príncipe de Europa que se presentó en ella como Soberano. Dirigióse con pompa regia al santo sepulcro acompañado de los caballeros teutónicos, y de gran número de pueblo y nobleza; pero no encontró un solo obispo para darle la corona, y así se vió obligado á tomarla por sí mismo del altar. Al dia siguiente partió por la mañana para volverse á Acre, sin haber hecho mas para la seguridad de la plaza, que exhortar á la nobleza á fortificarla. No obstante, escribió cartas triunfantes á Europa, y encareció su expedicion con un énfasis que no tardó en desmentir el patriarca de Jerusalem.

65. Entretanto el Rey Juan de Briena á quien el Papa habia puesto á la cabeza de las tropas de la Iglesia, tomó á los tenientes del Emperador las mejores plazas en el reino de Nápoles. Habia hecho ya una irrupcion en el patrimonio de San Pedro, Rainal-

do, duque de Spoleto, que mandaba el ejército imperial, trayendo de Sicilia sarracenos sujetos al Emperador que egercieron impiedades y no oidas crueldades. El Papa, despues de haber empleado inútilmente los rayos de la Iglesia, juzgó que era necesario rechazar la fuerza con la fuerza, y confió para esto un cuerpo numeroso de caballería y de infantería á Juan de Briena. Como se trataba de defender las posesiones de la santa Sede, se llamaron estas tropas ejército de la Iglesia, y pretendian servir á la Religion como los cruzados; pero en lugar de cruz traían sobre sus vestidos las llaves, que son el símbolo de la potestad Pontificia. El Rey titular de Jerusalem hizo esta guerra á la manera bárbara del oriente, ó por mejor decir, con el furor que le inspiró la naturaleza ultrajada en su persona por el Emperador su yerno, y el Papa procuró moderarle. „Dios, le dijo, quiere conservar la libertad de su Iglesia; mas no quiere que los que tienen el encargo de defenderla se muestren ansiosos de sangre, ni que trafiquen con la libertad de sus hermanos. Tratemos á nuestros prisioneros con una generosidad que reduzca los hijos engañados al seno de la Iglesia su madre (1).”

Con todo, enviaron á decir al Emperador, que en tanto que él combatia los enemigos del nombre cristiano, la Cabeza de la Religion invadia sus dominios, y que sus vasallos de Italia eran víctimas de los tratamientos mas ignominiosos. Obligóle el deseo

(1) *Matth. Par. ann. 1229.*

de remediar este daño á concluir una tregua de diez años con Meledino, y á acelerar su vuelta á Europa, dejando espuesta la seguridad de su cumplimiento. Tambien creyó que su propia persona no estaba segura en Palestina. Mateo parisiense, autor contemporáneo, acusa á los caballeros del Hospital, y mucho mas á los del Temple, de haber dado aviso al sultan de Egipto de un viage que por devocion hacia Federico á pie y con poco séquito. Añade, que indignado el sultan de semejante perfidia, de la que no quiso aprovecharse, puso en noticia de Federico los autores, el cual disimuló esperando sazón conveniente para vengarse, y que tal fue el origen de su odio contra los templarios. Bastó en Italia su sola presencia para disipar las tempestades que se formaban contra él. En poco tiempo recuperó todas las plazas que sus tenientes dejaron tomar; pero lo que fue mas interesante, y causó tanta mas alegría quanto menos se esperaba, hizo la paz con el Papa en el año siguiente, y recibió la absolucion de las censuras. Volvió Gregorio IX poco despues á entrar en Roma, cuyos ciudadanos se esforzaron á reparar sus faltas redoblando su respeto. Dicen que los movió á hacerlo así una inundacion prodigiosa del Tiber, despues de la cual quedó en la ciudad una enorme multitud de descomunales serpientes, que llenaron de espanto todos los cuarteles, y atormentaron á los romanos con sus mordeduras venenosas (1).

66. Fue llamado al imperio de Constantinopla

(1) *Ric. S. Germ. pag. 1005.*

Juan de Briena, que desde Italia habia pasado á Francia. El Emperador Roberto de Courtenai murió en el año de 1228, dejando por sucesor á su hermano Balduino, segundo de este nombre, de edad cuando mas de once años. Para gobernar el imperio durante su menor edad creyeron los francos de la Romanía que no podian hacer cosa mas acertada que recurrir al Rey desposeido de Jerusalem, el cual conocia las costumbres y los intereses del oriente. Convinieron en que una hija jóven que tenia todavia, á pesar de que él llegaba casi á los ochenta años, casaria con el jóven Balduino luego que uno y otro estuviesen en estado: que el padre de la Princesa seria entretanto coronado Emperador, y conservaria toda su vida el título y la autoridad.

67. El landgrave de Turingia, á quien solo la muerte pudo impedir el pasar en seguimiento del Emperador Federico á Palestina, dejó viuda en la edad de veinte años á Isabel, hija de Andrés, Rey de Ungría: era Princesa de acendrada virtud, uno de los modelos mas bellos de su siglo, y la que la Iglesia ha propuesto para la imitacion y el culto de los siglos siguientes (1). Desde la edad de catorce años fue educada en la corte de Turingia, donde su temprana virtud produjo copiosos frutos de edificacion, y movió en especial al jóven esposo, que la estaba destinado, á imitarla. Su caridad inestinguible y su heroica paciencia, son las dos virtudes que mas la distinguen en su vida. Alimentaba á nuevecientos po-

(1) *Hist. Landgr. cap. 40. et seq. = Bonav. Serm. de S. Eliz.*

bres todos los dias. En una hambre que afligió la Alemania el año 1225, hizo distribuir á los pobres todo el trigo que se habia recogido de sus tierras; y quejándose los ministros al landgrave de esta que llamaban disipacion, dejadla obrar, dijo el Príncipe, digno en verdad de semejante esposa: estoy cierto de que el Señor me acrescentará los bienes que ella gaste con los pobres. Para comodidad de los ancianos y enfermos que no podian ir fácilmente á buscar la subsistencia á su palacio de Vartberg, situado sobre una alta montaña, hizo edificar bajo un hospital, adonde asistia ella misma y les servia con sus propias manos; y como si todos sus cuidados y sus bienes no fuesen suficientes, se ocupaba de continuo en hilar lana y en otros rústicos trabajos, á fin de proveerles de vestidos.

Muerto su esposo, el cual la dejó un hijo y dos hijas, Enrique su cuñado se puso en posesion del estado con perjuicio de sus herederos legítimos; luego arrojó á la madre despojada de todo, y reducida á retirarse á una mala posada cerca de la ciudad de Lisenac, porque nadie era osado á darle acogida, temiendo irritar al Príncipe reinante. Para colmo del dolor la enviaron sus tres hijos, con los cuales vivió algun tiempo en una indigencia é incomodidades que hicieron brillar toda su admirable paciencia. Cuando este infortunio llegó á oidos de sus ilustres parientes, y sobre todo del Rey su padre, todos se dieron prisa á hacerla olvidar con las pruebas de su ternura unos ultrajes tan poco merecidos. Hasta el

mismo usurpador Enrique, confuso del contraste de su bárbara inhumanidad con la dulzura angelical de la Princesa, la volvió á llamar al palacio de Vartberg, y se esmeró en indemnizarla de todo cuanto habia sufrido. Mas Isabel, contenta de que cuidasen de sus hijas y de su hijo Herman, que en lo sucesivo recobró los estados de su padre, manifestó fijar sus delicias en la humillacion, se estableció en una casa rústica, y se consagró enteramente á las obras de caridad. Abrazó además la regla de la orden tercera de San Francisco, establecida algunos años antes, y confirmada despues por el Papa Nicolao IV.

68. Era esta una asociacion en que los piadosos fieles de uno y otro sexo, aun los ligados con el vínculo matrimonial, sin dejar sus profesiones y casas, seguian una regla dada por San Francisco, y podian aspirar á la perfeccion de la vida religiosa, sin practicar todas sus austeridades (1). Su vestido consistia en un hábito pardo y modesto, con un ceñidor lleno de nudos, y eran llamados los hermanos de la penitencia. Lucbesio, comerciante genovés, apasionado en otro tiempo á la faccion de los guelfos, los cuales con los gibelinos principiaban á desolar la Italia, fue el primero que abrazó esta vida egemplar. No la practicó largo tiempo Santa Isabel, porque el cielo quiso coronar pronto sus virtudes ya consumadas, á pesar de no contar mas que veinticuatro años. Antes de cuatro despues de su fallecimiento fue canonizada por una bula de primero de Junio de 1235, que

(1) *Vading. not. in regul. t. Ord. ser.*

manda celebrar la fiesta el 19 de Noviembre, día de su muerte.

69. Tuvo una tia y una prima hermana que son tambien contadas en el número de las Santas. Santa Eduvigis su tia, hija del duque de Carinthia, como la madre de Isabel, y esposa de Enrique el Barbudo, duque de Polonia y de Silesia, desde el principio de su matrimonio que contrajo á la edad de trece años, guardó la continencia en cuanto la fue posible (1). Así que vió asegurada la sucesion en la casa de su marido por el nacimiento de algunos hijos, le hizo consentir en guardar continencia perpétua, á la que se obligaron con voto, con aprobacion y bendicion solemne del obispo. Vivió el duque como un religioso, sin haber hecho profesion de tal, dejando crecer su barba cual los frailes conversos, de donde le vino el sobrenombre de Barbudo. Habiéndole inducido la duquesa á fundar cerca de Breslau en Silesia el monasterio de Trebnitz para las religiosas del Cistér, fijó allí su residencia, aunque fuera de la cerca del monasterio, á fin de guardar la libre disposicion de los bienes en favor de los pobres. No obstante, ofreció en él á Dios á su santa hija Gertrudis, que en lo sucesivo llegó á ser abadesa, y muy célebre por los favores extraordinarios con que la distinguió el cielo.

70. Floreció en el propio tiempo San Antonio de Padua, el mas illustre de los frailes menores despues del santo fundador de esta órden (2). Nació en Lis-

(1) *Sur.* 15. Oct. (2) *Bollant.* 13. Jun.

boa, en Portugal, y recibió en el bautismo el nombre de Fernando. Entró á la edad de quince años, en el órden de San Agustin, esto es, en los canónigos regulares, en los cuales descollaba por su amor al estudio de las letras sagradas, cuando llevaron á Portugal las reliquias de cinco frailes menores que habian sido martirizados en Marruecos. Concibió un deseo ardiente de sacrificarse como ellos por la fe, y resolvió abrazar su vida apostólica, como la mas adecuada para abrirle la senda del martirio. Habiendo tomado secretamente todas sus medidas para la egecucion, recibió al punto el hábito de mano de algunos de ellos que tenia ocultos, á quienes pidió le llamasen en lo sucesivo Antonio, para conservar mejor el secreto. Obtuvo el permiso de pasar á África, y en efecto pasó; pero Dios le destinaba, no á padecer el martirio, sino á mantener el espíritu apostólico en un seminario entero de mártires, esto es, en la nueva órden cuya profesion abrazó, y á hacer florecer las virtudes de los primeros fieles en el centro del mundo cristiano. Apenas pasó el mar, le acometió una enfermedad tan grave y tan rebelde, que le hicieron reembargar para España. Pero no era aun este el lugar que Dios le tenia señalado; los vientos contrarios le condujeron á Italia, donde permaneció lo restante de sus dias.

71. Depuesto Elias por San Francisco, habia sido restablecido por el mismo Santo, el cual se persuadió despues que era suficiente esta humillacion para con un hombre dotado por otra parte de talentos muy

proprios al gobierno de su órden. Sucediendo al Santo tambien en el poder, dedicó á su propio uso una parte de las limosnas hechas á los frailes, se echó un buen caballo y criados; tomó la costumbre de comer separadamente en su cuarto donde tenia una comida espléndida; y llegó hasta decir claramente que el método de vida de San Francisco no era practicable para una multitud de religiosos: que no todos podian ser tan santos como él. Y como tenia el arte de ganar los corazones, atrajo el mayor número á su partido, y contuvo al resto con el temor de su despotismo.

San Antonio fue casi el único que se opuso enérgicamente á esta subversion del instituto, lo que le hizo el blanco de toda especie de malos tratamientos. Por poco no le encarcelaron como un cismático que promovió la division de la órden. Sin embargo, halló medio de poder hacer el viage á Roma, burlando la vigilancia de los espías que Elias habia puesto para que le detuviesen en el camino, y llegó con felicidad por sendas escusadas. Recibióle con los brazos abiertos el Papa Gregorio que conocia su sabiduría y veneraba su santidad, y se condolió de ver el edificio de Francisco tan lastimosamente trastornado, cuatro años solos despues de su muerte. Citó á Elias á su tribunal: hizo constar la verdad de las quejas dadas contra él, le declaró privado del ministerio general, y al punto mandó nombrar un sucesor. No obstante, encontramos una bula pontificia espedita ó confirmada en este mismo año, en que se inter-

preta la regla y testamento de San Francisco que se habia declarado tan fuertemente contra esta clase de glosas. En ella se trata particularmente de la propiedad prohibida á los frailes menores: objeto de discusion en que veremos emplearse por mucho tiempo la sutileza escotistica, y agitar algunas veces la gravedad romana. Antonio, á quien se confirió el gobierno de la órden, sin perder el tiempo en estas sutilezas contenciosas, no se ocupó mas que en hacer florecer con exacta regularidad aquel amor y cultura de las letras que principió entonces á distinguir á sus hermanos, acusados de ignorancia antes de esta época.

72. Empero el amor á la oracion y el ministerio apostólico tenian para él mucho mas atractivo que los cuidados del gobierno. Hizo que lo exonerasen de toda superioridad el capítulo general y el Papa, y fue á establecer su domicilio en Padua. Logró tantos frutos de salvacion en menos de un año, y se hizo tan famoso en toda aquella gran ciudad, que ésta le dió su nombre. Todos los dias de la cuaresma predicaba, y sus sermones aumentaban el ansia de sus oyentes por el pasto evangélico. A bandadas venian de los lugares circunvecinos, caminando de noche, y disputándose la preferencia del paso por encontrar puesto. Llegó á ser tan grande el concurso, que siendo ya las iglesias muy estrechas, se vió obligado á predicar en campo raso. Durante el sermón, estaban todas las tiendas cerradas. Viéronse hasta treinta mil personas todas tan atentas como las que estaban junto al púlpito. Hablaba con un fuego, con una un-

cion y dignidad, que mas bien parecia un serafin que un orador mortal. Al dirigirse al púlpito, se veía obligado á hacerse rodear de una escolta de jóvenes fuertes y vigorosos. Dábanse todos prisa en tocarle de paso: hacian esfuerzos para cortar un pedazo de hábito, ó arrancar á lo menos algunos hilos que guardaban como preciosas reliquias. Despues del sermon venian los mas grandes pecadores á arrojarse á sus plantas pidiendo misericordia, y no eran bastantes los sacerdotes para administrar el sacramento de la penitencia. Oía cuantas confesiones podia, supliendo á sus fuerzas el ardor de caridad, y compensando ampliamente el esceso de la fatiga con los testimonios nada equívocos del arrepentimiento. Reconciliábanse los enemigos mas mortales; restituían los usureros sus lucros mezquinos; daban libertad á los deudores que ya mucho tiempo estaban encarcelados, y los absolvian frecuentemente de sus deudas; en una palabra, las pecadoras públicas rompian todas las cadenas que las tenian esclavas del demonio, y abrazaban las costumbres de las vírgenes mas recogidas.

Antonio, despues de esta incomparable mision, se retiró á un lugar poco distante de Pádua, á fin de entregarse completamente á la oracion y á la meditacion de las cosas del cielo. Allí se sintió repentinamente acometido de una enfermedad violenta, de la cual antevió que no saldria, aunque no contaba mas que treinta y seis años. Hizo que le condujesen á Pádua; recibió los últimos ausilios de la Iglesia,

juntó sus fuerzas todas para cantar los salmos acostumbrados al administrar el sacramento de la extrema-uncion, y al cabo de una media hora dió tranquilamente su espíritu al Criador. Los muchos y esplendorosos milagros obrados en su sepulcro, fueron causa de que le colocasen solemnemente en el número de los Santos antes de acabarse el año de su muerte, y para su fiesta señalaron el mismo dia en que sucedió, esto es, el 13 de Junio.

73. Al propio tiempo, y no en oscuros claustros sino en medio de los escollos que cercan un trono, se formaba en la persona del jóven Luis IX, Rey de Francia, un santo que podemos poner en parangon con los mas perfectos solitarios, en la piedad, en la pureza de corazon, en el desprendimiento y desprecio de las cosas terrenas, y en la ciencia del trono, en el arte de vencer y gobernar, contando pocos iguales aun entre los Príncipes de su misma prosapia, tan fecunda en grandes Monarcas. La Reina madre y regente se propuso formar un Rey cristiano, inspirándole con sus repetidas exhortaciones mayor horror al pecado que á la muerte; y á proporcion de este celo en establecer ante todas cosas el reino de Dios en el imperio francés, parece que quiso esmerarse la Providencia en consolidar la autoridad de la Reina y del jóven Monarca. Sometiéronse y se dejaron gobernar por una muger y un Rey niño los condes de Champaña, de Bretaña, de Boloña, de la Marca y casi todos los Príncipes y barones aliados entre sí.

74. Blanca y Luis obligaron al conde de Tolosa, acérrimo protector de los albigenses, á juntarse á la Iglesia, y á poner en sus manos la suerte de su hija única y de sus estados. Este tratado que fue confirmado en un concilio de París, estaba concebido en términos que sostenían toda la magestad de la corona de Francia (1). Dicen, que Raimundo había ido á pedir á la Iglesia y al Rey, no justicia, sino gracia y merced, prometiendo ser muy fiel en adelante. Las condiciones bajo las cuales le reciben, son, que arrojará á los hereges de todos sus estados, y que hará de ellos una pesquisa rigurosa. A consecuencia la inquisición que tuvo su origen en 1214, fue establecida en 1229 en las provincias meridionales de Francia, y confiada en general á los dominicos en 1233. Añádese que el conde restituiría los bienes raíces á las iglesias, y las pagaría los diezmos, aun de sus propios dominios: que daría diferentes sumas que se especifican para reparar los perjuicios que había causado: que entre otras liberalidades suministraría cuatro mil marcos de plata para establecer catedráticos en Tolosa, esto es, dos de teología, dos de cánones, seis profesores de artes liberales, y dos de gramática. He aquí el origen de la universidad de Tolosa. Después de su absolución, Raimundo VII debía además tomar la cruz para ir durante cinco años consecutivos á hacer la guerra á los sarracenos de levante.

El conde Raimundo fue absuelto en público de las

(1) Tom. 11. Conc. pag. 415.

censuras eclesiásticas junto con aquellos que habían incurrido en ellas por la misma causa en el día de viernes santo, que en este año 1229 se celebró en 13 de Abril. A pesar de su poder se vió precisado á presentarse delante del altar con los pies descázos, en camisa y calzoncillos. Juana su hija y heredera fue entregada al Rey, quien la dió por esposa á su hermano Alfonso, conde de Poitiers, estipulando que á falta de herederos que provinieran de este enlace, el condado de Tolosa se adhería á la corona de Francia, lo que en efecto sucedió. Así es que el reino debió á San Luis que apenas había salido de la infancia, el fin de la guerra desastrosa de los albigenses, y el recobro de uno de los mas bellos dominios que se habían separado de la corona. Por el mismo tiempo de este tratado y en las regiones á que se refería, se publicó en nombre del Rey una ordenanza cuyo preámbulo ha sido encarecido por varios escritores como el primer monumento que evidencia en términos expresos el uso mas libre en Francia que en otras iglesias de conducirse segun los antiguos cánones (1). Dirígese principalmente esta ordenanza que comprende diez artículos, á la estincion de la heregía. Los señores de los lugares y los alcaldes reales quedan obligados á pesquisar exactamente á los sectarios, y presentar los que encontrasen á los jueces eclesiásticos; y se señalan dos marcos de plata en premio al que prendiere un herege.

(1) Maroc. III. Concor. cap. 1. Fleuri. lib. 19. num. 50. Hist. Eccl. Gall. tom. 10. pag. 32.

75. San Luis no habia llegado á la edad de los veintiun años que se requerian , hasta el reinado de Felipe el Atrevido , para la mayoria de los Reyes de Francia , cuando sometió con espada en mano á los vasallos poderosos que se aunaron de nuevo en su contra , y habian atraído á su partido á Enrique III, Rey de Inglaterra. Aumentáronse cada dia con los años la autoridad y el poder de Luis. Vióse reducido á venir con la sogá al cuello á postrarse á los pies del Rey , y á pedirle perdon de su infamia el mas resuelto de estos perturbadores Pedro Mauclerc , duque de Bretaña. Perdonóle la vida , porque era Principe de la sangre , esto es , de la rama de los Dreux ; y le dejaron la Bretaña , solo mientras su vida y la de su hijo , debiendo luego volver á la corona. Fue humillado en varias reconquistas el mismo Rey de Inglaterra , reducido á pedir la paz y á ceder por último á los franceses una buena parte de las provincias que poseía su pais. Su aliado el conde de la Marca perdió la ciudad de Saintes , y una parte de la de Santogne.

76. No hizo el Rey brillar menos en todas estas adquisiciones su clemencia y generosidad , que la sabiduría de su política y la firmeza de su valor. El amor á sus obligaciones y á la sana piedad que regulaban todos sus pasos , le hicieron tomar invariablemente el justo medio entre los extremos viciosos , sin dejarse nunca sorprender por las apariencias de la virtud. Así aconteció , que el afecto y veneracion profunda que tenia á la Cabeza de la Iglesia no le es-

torbaron sostener con eficacia la independencia augusta del cetro francés. Habiendo ordenado el Rey el secuestro de las temporalidades contra los obispos que perturbaban á los jueces seculares en el egercicio de sus funciones , quiso el Papa Gregorio IX inmiscuirse en esta materia absolutamente temporal ; Luis no lo permitió : mantúvose firme , á pesar de las quejas del Pontífice , y la ordenanza se egecutó. Con igual firmeza y discernimiento retuvo el dinero que Gregorio mandaba sacar de Francia para sostener con la fuerza el rigor de sus procedimientos contra Federico.

77. Rompió nuevamente con el Sumo Pontífice este Emperador , despues de tantas reconciliaciones fingidas ó sinceras. Enrique , hijo natural de este Principe , habiendo casado con Adelaida , Princesa de Cerdeña , fue declarado por el Emperador Rey de esta isla. Tuvo el Papa Gregorio esta empresa por una usurpacion de los derechos de la santa Sede , no solo porque la Cerdeña le pertenecia , segun la antigua pretension de los Papas sobre todas las islas del mar , y en virtud especial de la donacion tanto de Luis el Hermoso como de los otros Emperadores , sino tambien con especialidad porque el padre de Adelaida habia tenido su principado en feudo de la iglesia romana. Sostenia el Emperador por el contrario , que la Cerdeña habia sido substraída á la obediencia de los Emperadores , mientras estos estaban ocupados en los negocios mas precisos , y que estaba obligado por el juramento que hizo en su eleccion , á recuperar cuanto habia sido desmembrado del imperio.

Hizo renacer la resistencia de Federico todos los agravios antiguos de los Papas contra él. Gregorio IX, que quiso arreglar definitivamente el negocio, espidió muchas moniciones en forma, y despues publicó solemnemente en Roma una escomunión contra el Emperador, que estaba concebida en estos términos: „Por la autoridad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y por la nuestra, escomulgamos y anatematizamos á Federico, que se llama Emperador, y declaramos absueltos del juramento á todos aquellos que le hayan jurado fidelidad, prohibiéndoles estrechamente observar sus antiguos juramentos mientras permanezca escomulgado.” Declarábanse muy por estenso en la sentencia todos los motivos de queja que tenia, ó pretendia tener el Pontífice, á fin de dar fundamento á su rigor. Fueron repetidos y divulgados en todas las iglesias y en todas las cortes por medio de una carta circular que el Papa hizo dirigir á sus legados, á los ordinarios locales, á los Reyes, á los duques, á los condes y á los principales señores. No permaneció en silencio el Emperador por su parte: mandó espedir manifiestos á todas las cortes, en los cuales no solo hacia su apología, sino que alegaba acusaciones contra Gregorio, el cual hizo una réplica aun mas viva que la primera denunciación. Prosiguió Federico volviendo amenazas por amenazas, injurias por injurias, y citando repetidas veces para este objeto los libros santos, á imitación de sus adversarios, y acumulando alusiones y figuras segun el uso de aquel tiempo.

Despues de tantos manifiestos escandalosos diseminados por todos los estados cristianos, vino el Emperador á las obras, y mandó publicar un acto de rompimiento abierto en su reino de Sicilia, como el mas vecino de Roma, y por consiguiente el mas temible para el Papa (1). Mandó espulsar á todos los religiosos originarios de otros países de Italia, exigir de todo el clero secular y regular subsidios que pudiesen al Príncipe en estado de vengarse con las armas en la mano, confiscar los bienes de todos los sicilianos que permaneciesen en Roma, impedirles ir y venir á esta ciudad en lo sucesivo sin orden de la corte imperial, y aun llevar cartas del Papa contrarias á las miras del Emperador.

Hizo tambien el Pontífice sus actos de hostilidad á su manera, y se esforzó en sublevar todos los Príncipes cristianos contra Federico (2). Escribió al Rey San Luis, y llegó hasta decirle que adquiriria mas mérito combatiendo contra el Emperador, que sacando la tierra santa del poder de los infieles, pintándole á este Príncipe como un enemigo declarado de la fe y como un impío detestable. Para asegurar mas el buen suceso de esta negociación, añadió los motivos de interés (3). „Sabed, dice, que por madura deliberación con todos nuestros hermanos los cardenales, hemos condenado y depuesto de la dignidad imperial á Federico, cuyo título toma, y que hemos elegido para ponerle en su lugar al conde Roberto

(1) *Ric. S. German. pag. 1031.* (2) *Id. pag. 1033.* (3) *Matt. Par. 1239. pag. 464.*

vuestro hermano, á quien Roma y toda la Iglesia quieren dar todo género de socorros, tanto para establecerse en esta dignidad, como para mantenerse en ella." ¿Quién no recibiría con entrambas manos tan lisongera oferta?

Pero mal conocían, no solo el desinterés, sino la rectitud de espíritu y esquisita penetración del santo Rey. Contestó al legado que le entregó las cartas del Papa: „¿cómo el Papa se ha atrevido á deponer á un Príncipe tan grande, y se ha dejado arrebatarse á una empresa que excede su potestad? No por cierto, no haremos la guerra á Federico que siempre ha sido buen aliado, siempre fiel á su palabra, y con el cual no tenemos motivo legítimo de rompimiento. Sería el colmo de la iniquidad y de la imprudencia el satisfacer los deseos de los romanos declarándonos contra un Príncipe que reina sobre tantas naciones: pero aun tenemos mas los riesgos á que nos espondríamos faltando á un Soberano que sostendrá la justicia de su causa." Algunos señores franceses añadieron: „no es la ambición la que mueve al Rey nuestro Soberano; ¿y qué nuevos grados de elevación pueden ilustrar su sangre? El que no debe su corona mas que á su nacimiento, es superior á todo Príncipe electivo. Bástale al conde Roberto ser hermano de tan gran Monarca."

No halló la resolución del Papa mejor acogida en Alemania (1). Pidiéronle los prelados que no los obligase á publicar las censuras contra el Emperador, y

(1) *Alb. Stad.* 1239.

que hiciese mas bien la paz con este Príncipe á fin de poner término al escándalo escitado en la Iglesia. En la misma Italia, Bertoldo, patriarca de Aquileya, tuvo tan poca consideración á estas censuras, que comunicó con Federico aun en los ejercicios públicos de la religion. Igualmente se negaron á romper con este Emperador los caballeros teutónicos; y el Papa para coactarlos á ello, los amenazó inútilmente en que revocaría sus privilegios. Tampoco sacó mas ventaja de los Príncipes de Alemania de quienes solicitó la elección de otro Emperador, pues firmemente le respondieron, que no tenía derecho para deponer del imperio, sino para coronar al que los Príncipes hubiesen elegido.

Empleábase entretanto el Rey de Francia en objetos mas dignos de su piedad. Balduino II, Emperador de Constantinopla, había llegado á Francia pidiendo auxilios contra los griegos que tomaban tambien el título de Emperadores. Allí supo la muerte de Juan de Briena, acontecida en 23 de Marzo del año 1237. La pérdida de este Príncipe, que con el título y la autoridad de Emperador le continuaba al imperio los buenos oficios que le había hecho durante la infancia de Balduino, puso en eminente riesgo el poder de los latinos en Grecia. Vióse el joven Emperador en la precisión de partir al punto con cuantos cruzados pudo reunir; pero le faltaba el dinero necesario, si no para el viage, á lo menos para trabajar con buen éxito en el restablecimiento de las cosas de su imperio así como arribase á él. Ya había

experimentado la generosidad magnífica del Rey, y bien fuese por un sentimiento de gratitud ó por sacar nuevas sumas de un Príncipe que nunca se dejaba vencer en liberalidad, le ofreció la corona de espinas que el Salvador había llevado en la cruz, la que se conservaba de tiempo inmemorial en la capilla de los Emperadores de oriente. „Nos veremos infaliblemente reducidos, le dijo, á ver pasar este monumento inestimable á manos extranjeras. Permitid, pues, que le remita á vos que sois mi padre, mi señor y mi insigne bienhechor; y que la Francia mi querida patria sea la depositaria.” Admitió el santo Rey la oferta con una alegría proporcionada á la viveza de su fe, y no perdió un punto para asegurarse su posesion.

78. Mas lo que Balduino recelaba, se había ya realizado. Estrechados los barones del imperio por la necesidad, empeñaron la santa corona á los venecianos por una gran suma de dinero á condicion de que no devolviéndole en el término convenido, la santa reliquia permaneceria en Venecia. Remitió San Luis sin dilacion esta cantidad á Italia, y mandó traer á Francia aquella prenda sagrada, tesoro de mucho mayor estima á sus ojos que todas las riquezas terrenas. Al propio tiempo tomó todas las medidas de la prudencia mas circunspecta para la autenticidad y el transporte de la reliquia. Al saber que había ya entrado en el reino, salió á recibirla hasta el pueblo de Villanueva del Rey entre Troyes y Sens, en compañía de la Reina su madre, de los Príncipes sus

hermanos y de una multitud de señores y de obispos. Reconocieron los sellos tanto de los señores latinos de Constantinopla como de los venecianos, puestos en la caja de plata, dentro de la cual estaba un vaso de oro que contenia la santa corona.

Dificil es esplicar la sensacion del Monarca y de los distinguidos personajes que le acompañaban cuando la descubrieron. Todos derramaron lágrimas, y exhalaron tiernos suspiros, qual si mirasen al mismo Jesucristo coronado de espinas. Al siguiente dia 11 de Agosto, dia en que se celebra todavia el aniversario de tan memorable ceremonia, llevaron la reliquia á Sens; y el piadoso Monarca no quiso repartir esta gloriosa carga mas que con Roberto, conde de Artois el mayor de sus hermanos: ambos iban á pie descalzo y con túnicas blancas. Toda la nobleza les seguia de igual manera, y la multitud que era inmensa, á pesar de la agitacion inevitable en esta clase de concursos, no respiraba sino piedad y compuncion.

Así que el Rey hubo depositado la corona en la iglesia metropolitana, partió sin demora á Paris. Recibió ocho dias despues la reliquia con religiosas demostraciones, enteramente nuevas, en las cuales toda la corte y la capital quisieron tomar parte. Habia dispuesto un gran tablado cerca de la abadía de San Antonio, desde donde muchos prelados revestidos de pontifical mostraron la caja al pueblo, quien prorumpió en sollozos y gemidos. Lleváronla luego el Rey y el Príncipe su hermano descalzos y en túni-

ca sobre sus hombros hasta la iglesia catedral, y de allí al oratorio del palacio que tenia el nombre de San Nicolás, y ocupaba el lugar en que se edificó poco despues la santa capilla.

79. El Rey recibió por el propio tiempo otras muchas insignes reliquias, tales como el hierro de la lanza que penetró el costado del Salvador, un pedazo de la esponja que le presentaron empapada con hiel y vinagre, y una parte considerable de la verdadera cruz, la misma, segun dicen, que la Emperatriz Santa Elena habia hecho trasladar de Jerusalem á Constantinopla. Determinó erigir dentro del recinto de su propio palacio un santuario, cuya riqueza y gusto fueran igualmente dignos en lo posible de estos preciosos monumentos. Mandó construir luego la santa capilla que se ve en el dia, muy superior á la idea que comunmente se tiene del gusto y habilidad de los artífices de aquel siglo. Costó al Monarca este edificio cuarenta mil libras de su tiempo, que equivalen á ochocientas mil de la moneda del dia. Además estableció en él un cabildo, el cual por sus liberalidades y las de sus sucesores, vino á ser uno de los mas espléndidos del reino.

80. En el mismo tiempo la bienaventurada Inés de Bohemia, hija del Rey Primislao, era la edificación de todas las regiones del norte ⁽¹⁾. Sucesivamente fue destinada para esposa de tres Soberanos, y prometida á uno de ellos; pero no pudiendo unir su

(1) *Boll. 6. Mart.*

corazon mas que á su divino esposo, se puso bajo la proteccion de la Reina de las virgenes, á fin de poder cumplir el propósito que habia formado de permanecer para siempre su semejante. Dispuso el cielo las cosas segun sus deseos, y se rompieron sus lazos por si mismos. El Emperador Federico, que era el tercero de los pretendientes despues de haber muerto Yolanda, hija del Rey de Jerusalem, fue el único que la causó algunas dificultades. Habian llegado ya á la corte de Bohemia los embajadores de este Príncipe, y hacian los preparativos para conducir á la Princesa con una magnificencia digna de su Soberano. Envió ella en secreto al Papa Gregorio, y le hizo requerir para que la eximiese de un yugo que la imponian contra su voluntad. Murió poco despues del contrato el Rey Primislao que habia concertado las bodas, y su hijo Wenceslao IV le sucedió en el trono. Habiendo Inés recibido del Papa una bula segun sus votos, se presentó al Rey su hermano, y le pidió que apoyase una resolucion autorizada por el Sumo Pontífice. Participó el nuevo Rey á los embajadores, los cuales partieron á instruir al Emperador. Manifestóse Federico desde luego muy irritado; pero despues de algunas reflexiones mudó de sentir, ó por lo menos lo dió á entender así en sus espresiones. „Si ella, dijo, me hubiese dejado por algun otro mortal, habria tomado terrible venganza; pero no puedo llevar á mal que prefiera á mi persona un esposo divino.”

Hasta entonces habia vivido Inés en la corte co-

á fin de alentar á los franceses. Alabó Adriano el celo de este Príncipe, mas no aprobó su ligereza. Recordóle que era muy propio de la urbanidad y de la sabiduría, antes de entrar en un dominio extranjero, esperar, si no un llamamiento formal, á lo menos el consentimiento de los Príncipes y de los pueblos del país (1). „Debeis traer á vuestra memoria, le di-

de virtudes, dejó una memoria muy agradable á la posteridad, principalmente por su celo en defender la Religión. Restableció muchas iglesias catedrales, enriqueció todas las de sus reinos, y fundó diferentes monasterios del orden del Cistér. Murió en Fresneda á 21 de Agosto de 1157, y dejó sus estados divididos en sus dos hijos, D. Sancho que fue Rey de Castilla, y D. Fernando de Leon y Galicia.

Durante el largo reinado de D. Alfonso, se tuvieron en España doce concilios provinciales en diferentes ciudades del reiuo, en todos los cuales se trataron los puntos de disciplina que necesitaban de alguna reforma, y se establecieron decretos y cánones para el mayor lustre y buen régimen de nuestra iglesia. Florecieron tambien por el mismo tiempo muchos santos é ilustres prelados, entre los cuales son venerados con culto público San Oron, obispo de Urgel, San Raimundo de Balbastro, San Oldegario, arzobispo de Tarragona, San Pedro, abad de Morerueta, San Martin de Soure, San Isidro Labrador y su muger Santa María de la Cabeza, Santa Radegundis y San Aston, natural de Badajoz, quien en su juventud fue á Roma á visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles, y dejando el mundo se hizo monge en el monasterio de Valleumbrosa, donde llegó á ser general, y despues obispo de Pistoya. Dejó este ilustre prelado algunos monumentos de su sabiduría, entre los que se cuenta un libro de la traslacion y milagros del Apóstol Santiago, patron de España, otro de la vida y milagros de San Juan Gualberto y muchos sermones y cartas. Véase Mariana lib. 10 y 11, y Ferreras tom. 5.

(1) *Epist.* 23.

ce, el viage de Jerusalem que emprendisteis otra vez con el Rey Conrado, sin haber consultado á los fieles que estaban en aquellos lugares, ni haber tomado por otra parte bastantes precauciones. Conoceis las funestas consecuencias de esta empresa y las quejas á que dió causa en la iglesia romana por haber condescendido á ella." Hizo uso el Rey Luis de esta sabia lentitud, y la expedicion diferida al parecer por entonces, jamás tuvo efecto.

19. Habiendo corrido por entonces la voz de que los árabes iban á acometer la villa de Calatrava en Castilla con un ejército formidable, los templarios, que tenian en su poder la ciudadela, la entregaron al Rey Sancho III, temerosos de no poder salvarla (1). Aterró tambien á este Príncipe el peligro que hacia temblar á una gente tan esforzada. Residia sin embargo en Toledo, donde estaba la corte, un monge de Fitero del orden cisterciense, llamado Diego de Velasco, con Raimundo su abad. Era de sangre noble, habia seguido la carrera de las armas, y la profesion monástica nada le habia quitado de su antiguo valor. Dijo á su abad que él daría al Rey buena cuenta de la plaza si se la quisiese confiar; y habló en un tono y con un aire de tanta seguridad, que obligó al abad á hacer esta proposicion al Rey, y á que este accediese á ella. Partieron sin dilacion el monge y el abad á tratar del asunto con el arzobispo de Toledo, el que aprobó tambien su designio contribuyendo con sus bienes á la egecucion, y con-

(1) *Roder. lih. 7. cap. 14. Marian. lib. 11. cap. 6.*

cediendo á todos aquellos que tomasen las armas con este fin el perdon de todos sus pecados , es decir, indulgencia plenaria , la primera que sabemos haber otorgado un obispo.

Velasco no tardó en verse al frente de veinte mil hombres , y partió con Raimundo á encerrarse en Calatrava , á quien los árabes ni siquiera osaron insultar. Muchísimos de estos guerreros abrazaron el instituto cisterciense ; pero bajo de un hábito particular, y convenienté á los egercicios militares. Raimundo hizo venir de su abadía los religiosos , los criados , los muebles y aun los ganados. Dejó solamente á los enfermos y algunas personas en un todo precisas para el cuidado de la casa : y espiró poco tiempo despues venerado como un santo. Estos fueron en 1158 los principios del órden militar de Calatrava , que en lo sucesivo sirvió de modelo á otros muchos (*). Aprobóle su Santidad Alejandro III , que en el año siguiente sucedió á Adriano IV.

20. Antes de la muerte de Adriano , su querella con el Emperador Federico , que mas bien hemos dejado adormecida que estinguida , volvió á resucitarse para sobrevivir con nuevo ardor á este Pontífice, que

(*) La narracion de Berault acerca de la institucion del órden militar de Calatrava , concuerda con la de nuestros historiadores , con sola la diferencia que estos atribuyen la mayor parte de la empresa á San Raimundo , abad de Fitero , y no al monge Diego Velazquez ó Velasco. Con la institucion de esta órden y aun antes que muriese su primer abad San Raimundo , tuvieron los moros de España un nuevo y muy terrible enemigo , á quien jamás pudieron superar. Véase Mariana lib. 11, cap. 6.

transmitió á su sucesor la Cátedra de San Pedro hecha el blanco de la ambicion , de la perfidia , de la cábala , de las agitaciones mas crueles y de todos los precursores funestos del cisma y de la discordia (1). Cuando los prelados de Lombardía reconocieron que habian recibido del Emperador los derechos de regalía , habia escrito el Pontífice Adriano á este Príncipe una carta muy comedida en las palabras, pero que respiraba por todos lados la amargura y el resentimiento. Además de esto el portador era un hombre comun que desapareció antes de poner fin á la lectura de la carta. No disimuló en la respuesta su descontento el Emperador ; Príncipe jóven , naturalmente altivo y picado vivamente. Tomó el estilo de los antiguos romanos , puso en el título su nombre antes de el del Pontífice , y en el cuerpo de la epístola usa de la segunda persona del singular hablando de su Santidad , contra el uso introducido mucho tiempo antes de nombrar en plural las personas de honor á quienes se hablaba. Adriano se quejó altamente en su contestacion del menosprecio , de la injuria , de la infraccion de la fe jurada de que pretendia se habia hecho culpable Federico al exigir el homenaje de sus obispos , en vez de contentarse con el juramento de fidelidad. Por último , llegó al extremo de amenazarle con la pérdida de su corona , si no usaba de una conducta mas prudente. Contestó el Emperador con mayor altivez todavía , defendiendo que él debia su corona solo á Dios , que los Papas

(1) Rodev. lib. 11. cap. 15.

por el contrario, así como los obispos, debían sus bienes temporales á la liberalidad de los Príncipes: y que todas las máximas contrarias eran sugerencias de una codicia y de un orgullo detestables, que con grande escándalo de los pueblos se habían introducida hasta en la Cátedra de San Pedro.

21. Exaltándose los ánimos mas y mas con estos nuevos motivos, Everardo, obispo de Bamberg, juzgó que debía contener las consecuencias de un encono tan peligroso. Era este un prelado distinguido por su doctrina, por la pureza de sus costumbres y por una piedad tan prodigiosa que en las distracciones de los negocios públicos y aun de la guerra, ocupaban todo su tiempo el estudio y la meditacion de las divinas Escrituras. El Emperador con una confianza enteramente particular en sus consejos, dividía con él la direccion de sus estados. De esta suerte el prelado no tenía menos afición al honor y al bien del imperio que á los intereses verdaderos de la Iglesia. Escribió al Papa y le manifestó con libertad respetuosa cuanto debía temerse que las palabras duras de una parte y otra por un choque tantas veces reiterado, encendiesen un fuego cuyas llamas se estendiesen muy lejos en el sacerdocio y en el imperio: que no le parecia conveniente hacer tanto análisis y dar tanto peso á las palabras, y pedir con tanta instancia la razon: que valia mas extinguir el fuego cuanto antes, que disputar de que parte hubiese venido.

A pesar de estas representaciones, teniendo el Emperador una asamblea en su campo cerca de Bolonia,

envió á ella el Papa legados para repetir otra vez sus quejas. Pedían especialmente que los obispos de Italia no quedasen obligados á tributar homenaje al Príncipe, y que este reconociese que la magistratura y las regalías de Roma pertenecían á San Pedro. A estas demandas, aparentando el Emperador grande moderacion, respondió con esta ironía: „aunque yo no deba esplicarme sobre semejantes objetos sin haber tomado antes el consejo de los señores, no me detengo en decir anticipadamente, que yo no pido homenaje alguno á los obispos, no queriendo ellos poseer cosa alguna de mis regalías. Mas si se les dice: *¿qué teneis vosotros que hacer con el Rey?* Yo les diré alternativamente: *¿qué necesidad teneis de dominios?* En cuanto á lo que se acaba de decir de la magistratura y de las regalías de Roma, comprendase por mi respuesta todo cuanto este artículo me da lugar de pensar: yo soy Emperador de romanos por orden de Dios, y solo tendría un título vano si Roma no estuviese en mi poder.”

Haciéndose cada vez mas difícil el negocio por medio de estas negociaciones multiplicadas, y no habiendo apariencias de que el Pontífice ni el Emperador tuviesen la disposicion de desistir de su intento, solo podia esperarse un funesto rompimiento, cuando la muerte del Papa Adriano hizo una diversion á estos primeros temores. Murió en efecto pendiente este negocio en el dia primero de Setiembre de 1159, después de haber ocupado la santa Sede cuatro años y cerca de nueve meses. Este Papa, uno de los mas ar-

dientes defensores de los intereses de la Iglesia, estuvo tan lejos de atesorar para sus parientes, que no les dejó ni siquiera un obolo. Después de su muerte, la madre que le sobrevivió no tuvo otro recurso en su vejez indigente que las limosnas de la iglesia de Cantorberi.

22. Seis días después de la muerte de Adriano, los cardenales y los obispos eligieron al cardenal Rolando, cancelario de la iglesia romana: el clero y el pueblo aprobaron su elección, y le dieron el nombre de Alejandro III. Solo hubo tres cardenales que no le dieron el voto, á saber: Octavio, Juan de Morson, y Guido de Crema, los tres eran sacerdotes, y bastante temerarios los dos últimos para intentar nombrar por sí solos á Octavio. Los que habian elegido á Alejandro, se dieron prisa á revestirle de la capa de escarlata, que era el hábito particular del Sumo Pontífice y la señal de la investidura del pontificado. Alejandro resistió y huyó por la iglesia, protestando su indignidad; pero consiguieron en fin revestirle. Entonces Octavio abandonándose á su despecho, arrancó la capa de los hombros de Alejandro; mas un senador indignado la arrebató de entre sus manos. Octavio habia premeditado la escena impia que presentaba su arrojó. Tenia preparada una capa que hizo traer con anticipación, y se la revistió con tal precipitación, que el que le precedia quedó atrás, lo que le hizo proclamar Papa por modo de burla con grandes carcajadas de risa. Mas no tardó en suceder lo trágico á lo burlesco: abriéronse de un golpe las

puertas de la iglesia, entró tumultuariamente mucha gente armada con espada en mano, nombrando á Octavio Víctor IV. El Papa Alejandro y los cardenales que le habian elegido entraron con dificultad en la fortaleza de la iglesia. Allí fueron inmediatamente atacados por gente armada, y la fortaleza fue para ellos una prision, de donde salieron únicamente para ser transferidos á otra mas estrecha al otro lado del Tiber.

Sin embargo, toda la ciudad se puso en conmoción: hasta los niños gritaban contra Octavio: las mugeres le cargaban de injurias, y le ajaban en sus canciones satíricas, no olvidando en ellas el modo ridículo con que se habia puesto la púrpura. Los cismáticos temiendo insultos mas serios, juzgaron á propósito poner en libertad al Pontífice y á los cardenales, los cuales se retiraron á los dominios del Rey de Sicilia. El 20 de Setiembre Alejandro fue consagrado allí segun costumbre por el obispo de Ostia. Octavio, habiendo buscado por espacio de un mes obispos para su consagración, fue en fin consagrado en 4 de Octubre por el obispo de Túsculo, que habia reconocido desde luego al Papa Alejandro, con asistencia de los obispos de Melphi y de Ferento.

23. Basta haber presentado á la vista estas dos elecciones para hacer palpable el crimen de la de Octavio. No parecia propio que Federico se hubiese manifestado su protector, á no estar habituados á ver representar tiempo habia estos papeles escandalosos por los Reyes de Germania. Mas lo que no deja de causar alguna sorpresa es, que una maniobra tan des-

tituida de colores plausibles pudiese alucinar á un Emperador político, juicioso y capaz de conciliar el despotismo que egirió en Alemania, con la consideracion que manifestaba tener á las decisiones de la dieta: Príncipe en quien los fuegos de la vanidad y las quimeras de la presuncion, casi siempre cedian á la razon despues de los primeros ímpetus: Príncipe en fin que al parecer no miraba como un juguete la Religion: Pero Federico habia concebido y fomentado por largo tiempo una fuerte aversion al Papa Adriano; y es muy de temer que la preocupacion contra un Pontífice se estienda contra otro, y aun contra la misma Cátedra pontificia, puesto que tambien pudo suceder que Federico conservase algun resentimiento particular respecto de Alejandro, el que habiendo sido enviado á este Príncipe por el último Papa sostuvo con gran firmeza intereses delicados que se habian confiado á su mediacion. Sea lo que fuese, el Emperador se declaró desde luego por el Antipapa, recibió muy mal á los nuncios que le envió el Papa legítimo, y no dió respuesta alguna á sus cartas. En ellas se le instruía no obstante de cuanto habia pasado, con una individualidad fácil de justificar estando tan cerca del lugar de la escena. No dejó de advertírsele que el Antipapa estaba ya cubierto de los anatemas de la Iglesia. Los cardenales escribieron por su parte, decidiéndose veintidos por Alejandro; es decir, todos cuantos habia entonces, á escepcion de dos, que eligieron desde luego á Octavio, y otros dos que le reconocieron despues.

Omitimos la larga relacion de todas las maniobras empleadas por el Emperador y el Antipapa, á fin de acreditar el cisma hasta en las naciones estrangeras, cuyos objetos pintados frecuentemente con sus verdaderos colores para imprimir el horror que merecen, no serian mas que repeticiones fastidiosas y sensibles á los oidos cristianos. Bastará para el orden y el hilo de la historia recorrer rápidamente esta triste parte. Federico y Octavio tuvieron algunos conciliábulos en Pavia y en Lodi, cuyas decisiones no dejaron de ser conformes á su voluntad: fue citado á ellos el Papa Alejandro; este rehusó comparecer, y fue condenado como contumáz. El Emperador obligó por un decreto lleno de amenazas á todos los obispos de sus estados á reconocer al Papa Víctor: muchos de ellos en Italia rehusaron obedecer, y fueron echados de sus sillas: todos los de Alemania tomaron alguna parte en el cisma, esceptuando el arzobispo de Salzburgo, San Everardo y el obispo de Brizzen, conducido siempre por las luces y virtudes de aquel: cualidades que resplandecian hasta en su rostro, y las cuales por confesion del propio Federico, le imprimieron constantemente un respeto tan religioso, que no se atrevió jamás á disgustar á este santo contradictor (1).

No fueron mas felices las pretensiones del Emperador con que intentó reducir á diversos Soberanos, principalmente á los Reyes de Francia y de Inglaterra. Estos tomaron con esfuerzo el partido de Ale-

(1) *Vit. Can. pag. 296.*

jandro en un concilio numeroso reunido en Tolosa, y compuesto de los obispos de ambas naciones, donde se rasgó fácilmente el velo de las imposturas que se habian empleado para sorprenderlos. Las tentativas del Emperador con respecto á la Gran Bretaña en particular, solo sirvieron para hacerle el objeto de la execracion pública (1). Debióse este desengaño á la relacion que hizo un sabio inglés, el cual aseguró haber sido testigo en tiempo del Papa Eugenio de que Federico habia prometido á este Pontífice someter toda la tierra á Roma, con tal que el Papa le auxiliase, escomulgando á aquellos á quienes el Emperador haria la guerra; y que desesperando de hallar un Pontífice legitimo capaz de semejante iniquidad, habia querido elegir uno que condescudiese sin pudor con sus ideas. El Rey de Jerusalem y otros muchos Príncipes siguieron el ejemplo de los de Francia é Inglaterra (2). El mismo Manuel, Emperador de Constantinopla, escribió al Rey Luis el Joven, que bajo su palabra reconocia á Alejandro por Papa legitimo (3). Hállanse otros muchos monumentos que comprueban la buena inteligencia entre el Papa Alejandro y el Emperador Manuel, de quien se cree con razon que no favoreció el cisma de la Grecia.

El Papa Alejandro por su parte hizo y sufrió lo mismo que hemos referido otras veces bajo los pontificados precedentes (4). Envió sus legados y su justificacion á diversos Soberanos de la cristiandad: ex-

(1) *Joan. Sarisb. ep. 59.* (2) *Guill. Tyr. lib. 8. cap. 19.*

(3) *Cinn. lib. 5. cap. 1.* (4) *Act. Alex. III. ap. Baron.*

hortó muchas veces al Emperador Federico á que desistiese de su error, le escomulgó, y declaró absueltos del juramento de fidelidad á los que se la habian prometido. Alejandro fue igualmente condenado y anatematizado por los cismáticos, dirigió sus quejas y manifiestos á los Príncipes y á las iglesias; y sus doctores publicaron una multitud de disertaciones y de apologías. El Emperador fomentó en Roma el espíritu de la cábala: la familia de Octavio, muy poderosa en Roma, redujo al Papa á estrañarse de ella, le quitó la mayor parte de los patrimonios de San Pedro, le puso asechanzas en todas partes, despojando y encarcelando á cuantos iban en su busca. Federico tomó y arruinó la ciudad de Milan, entre otras muchas, en venganza de la adhesion que el arzobispo y los cónsules profesaban al Papa: llegó á quitarles hasta las reliquias mas veneradas, tales como los cuerpos de los tres santos Reyes, cuya posesion suponian tener, y fueron transferidos á Colonia, donde se veneran en el dia. En fin, no pudiendo Alejandro vivir mas en la Italia con dignidad y seguridad, se refugió en un asilo abierto en todos tiempos á los Pontífices perseguidos.

24. Conoció las disposiciones particulares que tenia la Francia á su favor por medio del santo arzobispo Pedro de Tarentesia, que poco tiempo antes habia hecho venir cerca de su persona. Los religiosos del Cistér, antiguos compañeros del santo prelado, contribuyeron poderosamente á hacer reconocer al Papa legitimo, no solamente en los pueblos libres de

mo en el mas austero de los claustros. A los ayunos de cuaresma añadia el de adviento y el de otros muchos tiempos particulares, durante los cuales su abstinencia era tan rigurosa, que apenas mezclaba algunas gotas de vino al pan y agua en que consistia todo su alimento. Pero tenia gran cuidado en ocultar su penitencia. Siempre llevaba un cilicio y una cadena de hierro debajo de los vestidos adornados de oro y piedras preciosas que su clase la obligaba á llevar. Casi todas las mañanas las empleaba en diversas iglesias, y para poder mas libremente prolongar sus coloquios con Dios sin ser conocida, iba á ellas antes de amanecer, vestida de labradora ó de artesana. Por último, despues de haberse libertado de la brillante servidumbre á que se habian lisongeado reducirla, abrazó un género de vida en que pudo dar libre rienda á su fervor. Edificada mucho tiempo habia del instituto de San Francisco, y de lo que la habian contado de la vida maravillosa de Santa Clara, fundó un monasterio en Praga, titulándolo de San Salvador; y en él se consagró solemnemente á Dios, con otras siete doncellas de ilustre prosapia. Clara, con quien mantuvo correspondencia, la envió cinco de sus religiosas para instruir á esta comunidad naciente, y exhortó sobre todo á Inés al amor de la santa pobreza. Vistióse tan perfectamente Inés del espíritu de Clara, que no permitió nunca que el monasterio, del cual era abadesa y fundadora, tuviese rentas seguras, á pesar de las instancias que la hizo para esto el Rey su hermano. Contaba

treinta y un años cuando se consagró al Señor, y vivió despues aun cuarenta y cinco.

Adolfo, conde de Holsacia, dió á los pueblos y á los Principes cristianos igual egemplo. Despues de haber militado distinguidamente en el egército de Federico y gobernado prudentemente su estado, abrazó el humilde instituto de los frailes menores, sin que le detuviese la consideracion de tres hijos de tierna edad que dejó bajo la tutela del duque Abel de Dinamarca. Perseveró así hasta la muerte, acontecida al cabo de catorce años de su entrada en la religion.

81. Brillaba la virtud en el grado mas elevado desde el norte al mediodia (1). Fernando III, que juntó inseparablemente los reinos de Leon y de Castilla, se grangeó al mismo tiempo el titulo de Santo por su sólida piedad, y el de Grande por sus conquistas sobre los moros, á quienes quitó gran parte de las provincias usurpadas á sus predecesores (*).

(1) *Chron. S. Ferd. ap. Boll. tom. 18.*

(*) Con el reinado del Santo y Grande Rey Fernando III principió la época de la mayor y mas sólida gloria de nuestra España. Enrique I, único varon entre los hijos de Alfonso VIII á quien sucedió, primero bajo la tutela y regencia de su madre la Reina Leonor, y despues debajo de la de su hermana Doña Berenguela, murió desgraciadamente cuando aun no contaba catorce años. Por esta muerte recayó el derecho á la corona en Doña Berenguela, no solo por ser la primogénita del Rey Alfonso, sino tambien por haber sido jurada dos veces por sucesora suya á falta de su hermano; mas á pesar de esto, se siguieron al fallecimiento de Enrique grandes disturbios y revueltas ocasionadas por los condes de Lara, enemigos irreconciliables de

Hizo desde luego formidable su nombre la toma inesperada de Córdoba. Sus tropas sorprendieron de noche una batería avanzada, acudió Fernando con un corto número de soldados y sitió la ciudad. El Rey

la Reina, y fue necesaria toda la prudencia de esta muger incomparable para vencer las dificultades y allanarle el camino del trono á su hijo. Luego que tuvo noticia de la desgracia de Enrique, envió embajadores á Alfonso IX Rey de Leon un tiempo su esposo, pidiéndole que la enviase su primogénito Fernando, pues tenia sumo deseo de verla. Concedióselo el Rey, y el Príncipe fue recibido en Autillo con indecible ternura de la Reina y con infinitas aclamaciones del pueblo y de los grandes que la seguían. Aumentáronse entonces los daños de la guerra civil, y hasta el Rey de Leon invadió la Castilla con egércitos poderosos en persecucion del Príncipe y su madre; pero Berenguela atrayendo á Valladolid muchos pueblos y grandes del reino, cedió todo su derecho á su hijo D. Fernando, que fue jurado y proclamado solemnemente á 31 de Agosto de 1217, á los dos meses y veinticuatro dias de interregno.

Diez y ocho años tenia San Fernando cuando comenzó á reinar, y durante aun el primer año de su reinado restituyó la paz á Castilla, sojuzgó á los rebeldes condes de Lara, y tuvo córtes en Burgos donde se confirmó su coronacion. En 1219, por consejo de su heróica madre, casó con Beatriz, hija de Felipe de Suabia Rey de los romanos; cuyo enlace y la numerosa prole que concedió el cielo á los augustos esposos, fueron nuevos prestigios que atrajeron á Fernando el amor y respeto de sus súbditos, en cuyos corazones reinó como verdadero padre. Purgó su reino de ladrones, bandidos y hereges; concedió una amnistía general á todos los que al principio andaban alborotados, y por todas partes hizo resplandecer su prudencia, su justicia, su misericordia y las demás virtudes que tan perfectamente adornaron su alma y su cuerpo. Sosegadas de este modo las alteraciones, tuvo lugar el santo Rey de dirigir todas sus miras contra los moros, y en 1224 comenzó la gran carrera de sus victorias, de que daremos una breve reseña en la nota siguiente.

Abenhot habia salido afortunadamente de la ciudad para ir á socorrer á Valencia, acometida por el Rey de Aragon, y murió en esta expedicion por la perfidia de uno de los suyos. Introdújose despues de su muerte la division entre sus vasallos, mientras que el egército de Fernando crecia de dia en dia ante las murallas de Córdoba. Estrechada estaba la plaza por todas partes, interceptada la introduccion de víveres, y los innumerables moradores de aquella ciudad, una de las mas populosas del mundo despues de Roma y de Constantinopla, reducidos á los rigores del hambre: así es que pidieron capitulacion. Concedióseles por sola condicion que se les conservaria la vida, pero sin llevar nada consigo. De este modo fue arrancada Córdoba del dominio de los musulmanes, la vispera de San Pedro 28 de Junio de 1236, despues de haber sido su capital en España por espacio de quinientos y tres años, es decir, desde el año 713 (1). Al dia siguiente, fiesta de los santos Apóstoles, despues de haber purificado la mezquita principal, la mas grande y mas bien decorada de toda España, se celebró en ella misa solemne con sermon, siendo grande el contento del egército y de los demás cristianos que asistieron de toda la comarca. Como el pais de Córdoba es muy abundante y la situacion hermosa, la ausencia de los moros no dejó vacío alguno. Faltaron casas mas bien que ciudadanos nuevos para habitarlas. Establecióse la silla

(1) Ric. S. Germ. 1236.

episcopal, como en otro tiempo, bajo la metrópoli de Toledo.

Fernando tomó despues de esta hazaña brillante una preponderancia prodigiosa sobre los árabes (1). Quitóles en breves años á Jaen, Sevilla, Cádiz y otras innumerables plazas de menos monta. Vióse precisado Abusail, Rey de Granada, á rendirle vasallage dejando á Jaen bajo su poder. Los moros de Sevilla, en número de cuatrocientos mil, al cabo de un sitio de diez y seis meses se vieron obligados como los de Córdoba á retirarse sin llevar cosa alguna, unos al África, otros al reino de Granada y á las demás posesiones que les quedaban aun en España (*).

(1) *Annal. 23. VII. lib. 1.*

(*) La rapidísima narracion que nos da Berauld de las victorias de San Fernando, si bien es suficiente para hacer formar al lector alguna idea, aunque obscura, de las glorias de aquel héroe incomparable, necesita sin embargo de mayor estension, y de coordinar la cronología de los hechos, sin la cual no puede concebirse su grandeza y su mérito. El principio de estos triunfos se debe fijar, como dijimos en la nota anterior, en el año 1224, en cuya primavera una parte de su egército invadió el reino de Valencia, y la otra al mando del santo Rey penetró en Andalucía. En esta jornada se apoderó de Quesada y de otras seis plazas en las riberas del Betis y en el territorio de Jaen, pero las demolió por no poder poblarlas, y regresó á Toledo despues de haber pasado á cuchillo muchos millares de sarracenos. En 1225 entró al frente de su egército en el reino de Valencia, mas el Rey moro Zeit Abuzeit temiendo la ruina que le amenazaba, salió hasta Cuenca poniéndose en manos de San Fernando, que le recibió por vasallo, y le dejó libre el reino. Las campañas de 1226 y 1227 se redujeron á demoler todos los castillos y fortalezas que poseían los infieles en el reino de Jaen, y á la toma de Baeza, Andujar, Martos, Priego y Alhambra,

82. Pasó el Rey Jaime de Aragon con su gente á la isla de Mallorca en una flota formidable, ganó una gran batalla á los infieles, hizo prisionero al Rey y á uno de sus hijos, tomó por asalto la capital y

en todas las cuales destrozó las fuerzas del enemigo é hizo diez y siete mil cautivos. En los tres años siguientes, mientras que su padre el Rey de Leon Alfonso IX hizo la guerra en Estremadura, obligó San Fernando al Rey de Sevilla á rendirle homenaje y pagarle tributo, desoló el reino de Jaen y acometió la capital, aunque no pudo tomarla por entonces: apoderóse de Alcalá la real, y destruyó otros muchos lugares y fortalezas.

El fin de esta campaña fue muy sensible para el santo Rey. Su padre Alfonso IX de Leon, que se coronó en ella de nuevos laureles conquistando á Cáceres, Mérida y Badajoz, y destrozando en campo abierto el egército del Rey moro de Sevilla mucho mas numeroso que el suyo, se vió acometido de su última enfermedad y murió á 24 de Setiembre de 1230 en Villa-nueva de Sarria en Galicia, yendo á dar gracias al Apóstol Santiago por su favor en las victorias pasadas. Luego que recibió San Fernando esta triste nueva, dejó la guerra de Andalucía, y partió con el arzobispo de Toledo D. Rodrigo á consultar con su madre y con los prelados y señores del reino lo que convenia practicar para la sucesion de Leon. Resolvieron pasar á aquel reino sin detenerse, y hallaron en él las cosas en mejor estado de lo que creían. Los ánimos de los principales leoneses estaban inclinados á las virtudes y santidad del Rey de Castilla; por lo que se apresuraron á proclamarle y jurarle por su Rey, como lo efectuaron en la catedral de Leon con universal alegría, quedando así unidos para siempre ambos reinos. Adquirióse en breve San Fernando el amor de sus nuevos súbditos, y con este aumento tan considerable de fuerzas pudo ya emprender mayores hazañas y conquistas. En efecto, en 1234 tomó á Úbeda, y principió la guerra contra Córdoba que concluyó en el año siguiente con la toma admirable de aquella gran ciudad. La misma importancia de esta gran conquista, los cuidados necesarios que á ella se siguieron para la repoblacion y

se hizo dueño de toda la isla, y de la de Menorca, cediendo luego una y otra al Infante de Portugal en cambio del condado de Urgel (1). Después de la conquista de Mallorca, emprendió el Monarca aragónés

arreglo de los negocios civiles y eclesiásticos y la enfermedad que sobrevino al santo Monarca, le impidieron en los años siguientes continuar la guerra de Andalucía. Mas en 1243, su primogénito el Príncipe D. Alonso comenzó de nuevo las hostilidades, y ocupó las plazas y fortalezas del reino de Murcia, cuyo Rey moro se hizo vasallo y tributario de Castilla. En 1244 salió ya al campo San Fernando con un ejército destinado á la conquista de Jaen, la que efectuó después de haber derrotado varias veces y llenado de terror á todos los infieles de aquel reino y del de Granada, cuyo Rey se hizo también su vasallo y tributario.

Nada era ya bastante poderoso para arredrar la marcha triunfante de Fernando. Sin embargo, previno extraordinarios aparatos bélicos en 1245, para emprender la guerra de Sevilla que duró hasta el 22 de Diciembre de 1248, en cuyo día entraron en ella triunfantes el Rey y la Reina, el Príncipe D. Alfonso, los Infantes, el Príncipe de Aragon, D. Pedro, Infante de Portugal, los obispos, los grandes y la tropa procesionalmente. Traspasaríamos nuestros límites si quisiéramos describir uno por uno todos los admirables sucesos que ocurrieron en esta grande empresa, que dió el golpe verdaderamente mortal al poder de los musulmanes en España. Pero no podemos omitir el celo y magnanimidad del héroe que la llevó á cabo. No solamente perdonó San Fernando la vida á los vencidos, si que de mas á mas les concedió entera libertad de retirarse con todos sus haberes á donde quisiesen, y aun les dió guías y bagages á los que se retiraron por tierra, y trece buques mayores á los que pasaron al África. Luego de entrado en aquella inmensa ciudad, puso la mano el santo conquistador en la restauracion de la Religion y del culto, que fue siempre el primero y principal objeto de todos sus anhelos: hizo purificar las mezquitas y consa-

(1) *Index rer. Arag. tom. 3. = Hisp. illustr. pag. 75.*

la del reino de Valencia. Ganó muchas plazas que sometió durante el espacio de algunos años, y luego se adelantó hasta la capital (1). Era corto el número de sus tropas con respecto á la plaza que debia sitiarse; pero le llegaron luego auxilios no solo de sus estados, sino de Francia é Inglaterra. Habíase refugiado en Aragon el Rey legítimo Abuzeit, destronado por Zaen, donde tuvo la felicidad de abrazar el cristianismo, cumpliéndose el ruego profético de los santos misioneros á quienes hizo padecer el martirio. El usurpador, al cabo de un sitio de seis meses, se

grarlas en otras tantas iglesias que dotó abundantemente; designó para obispo á su quinto hijo el Infante D. Felipe, que estudió en París bajo la direccion del insigne maestro San Alberto Magno, encargándose del gobierno de aquella metrópoli mientras que el electo llegaba á la edad de recibir las órdenes, el obispo de Segovia Don Ramon, que después fue trasladado (en 1260) á la cátedra de Sevilla. Proveyó también el santo Rey á la repoblacion de la ciudad que estaba desierta: concedió varias esenciones á los que fuesen á poblarla, y le señaló los mismos fueros de Toledo, cuyas franquezas eran sumamente estimables en aquellos tiempos.

A consecuencia de la toma de Sevilla y en el año siguiente de 1249, se apoderó Fernando de todas las plazas del reino desde el Guadalquivir hasta el estrecho. Las principales fueron Jerez, Medina-Sidonia, Velez, Alcalá de los Gazúles, Sanlúcar, Cádiz, Puerto, Rota, Arcos, Nebrija y Tribujena. Comenzó luego sus preparativos para pasar al África y á la tierra santa, sabida la poco feliz jornada de San Luis, y aun llegó su armada á hostilizar las costas de Marruecos; empero cesaron bien pronto los estruendos militares á causa de la enfermedad que sobrevino al santo Rey, á quien Dios llamaba ya al premio de tantas hazañas y virtudes. Mariana, lib. 12. = Ortiz, lib. 9. Crónica de San Fern. &c. &c.

(1) *Escolan. lib. 5. cap. 4.*

vió obligado á entregar á Valencia, cuyos habitantes árabes fueron tratados con menos rigor que los de Sevilla y Córdoba. Concediéronles además de la vida, escolta para salir de la ciudad con todo cuanto pudieron llevar consigo (*). Abuzeit, llamado despues

(*) Desde que Jaime I se sentó en el trono de Aragon, despues de las muchas turbulencias que agitaron el reino durante su minoridad, se anunció como el héroe que con la conquista de tres reinos debía afirmar incontrastablemente el poder y gloria de su nacion. La primera de sus empresas tuvo por objeto á Mallorca. Juntó el Rey para esta expedicion una escuadra de ciento sesenta velas, en la que embarcó diez y seis mil infantes y dos mil caballos, á principios de Setiembre de 1229; y en el espacio de tres meses se apoderó de la capital y de toda la isla, aprisionando él por sus propias manos al Rey moro. Restableció luego la Religion, erigió con aprobacion del Papa la silla episcopal de Mallorca, dotóla magníficamente nombrando por su primer obispo á Bernardo, abad de San Feliu de Guixols, como consta del privilegio espedido en esta ocasion; y en Octubre de 1230 regresó triunfante á Cataluña. En el mismo año los moros de Valencia, enojados contra su Rey Zeit Abuzeit por la paz que tenía con D. Jaime, por las parias que le pagaba y por otros sus actos de rendimiento y vasallage, instaron á Zaen, gobernador de Denia, á que viniese con sus tropas á apoderarse del reino. Egecutólo así Zaen, y Zeit, abandonado de los suyos, se retiró con su hijo á Calatayud, donde le acogió el Rey D. Jaime benignamente, y se confederó con él para quitar el reino al usurpador. Empero mientras se hacian los aprestos para esta campaña, pasó el Monarca aragonés por segunda vez á las islas balears en 1232, y se apoderó de Menorca dejando á los moros en libertad de salirse de ella, ó quedarse vasallos suyos con los pechos ordinarios. De este modo faltando á los infieles el abrigo de aquellas islas que servían como de escala á los africanos para pasar á Valencia, se hizo ya mas probable el buen éxito de la conquista de este reino. Sin embargo, la empresa pedia mas fuer-

de su conversion Vicente de Belvis, permaneció reducido á la fortuna de un particular, mas con una opulencia proporcionada á lo que habia sido. Siguió morando en Valencia, donde su piedad le inclinó

zas de las que el Rey tenía prontas, por lo que á fines del año juntó córtés en Monzón, en las que se publicó la cruzada que á sus instancias habia concedido el Papa Gregorio IX, alistándose primero el Rey, y luego muchísimos caballeros y pueblo. Por otra parte, Zeit Abuzeit tenía en Valencia muchos partidarios, y con los auxilios de gentes y dinero de los pueblos que perseveraban en su devocion, iba recobrando otros que estaban por el usurpador.

Preparada así la jornada, se le dió principio en la primavera de 1233 durante el cual se apoderaron los cristianos de todas las plazas y fortalezas sitas hácia el norte del reino hasta seis leguas de la capital. En los años siguientes fueron coartando mas y mas á Zaen los límites de su reino: en 1235 hizo D. Jaime una diversion sobre Iviza y se apoderó de ella, cediéndola al Infante de Portugal D. Pedro como las otras balears en cambio del condado de Urgél que el Infante poseía por herencia de su muger la condesa Aurembiase. Por Enero de 1236 batió de nuevo á los moros hasta apoderarse del castillo del Puig de Enesa, á dos leguas de la capital, donde puso fuerte guarnicion para que incesantemente vigilase y combatiese á los infieles. El cielo se mostró en este lugar muy propicio á las armas de los cristianos. Con el corto número de tres mil infantes y cien caballos hicieron frente á un ejército de mas de cuarenta mil moros de todas armas, á los que derrotaron tan completamente, que despues de matarles una tercera parte de gente, los acuchillaron hasta media legua de la capital. Tan prodigiosa victoria se atribuyó á un milagro, pues afirman los historiadores de aquel tiempo que se apareció visiblemente y peleó por los cristianos el mártir San Jorge á quien invocaron al principio de la accion. Si así sucedió, no fue este solo el milagro obrado en el Puig de Enesa. Los centinelas del castillo, y todos los caballeros y eclesiásticos observaron repetidas veces bajar desde el cielo al anochecer di-

después á ceder su palacio para establecer en él un convento de frailes menores (1).

Estableciéronse en estas diversas conquistas de los Príncipes cristianos de España los obispos en el pie

versas lúces como otras tantas estrellas que se fijaban é iban á esconderse siempre en un mismo parage. Tuvieron esta señal por prodigiosa, como efectivamente lo era: registraron cuidadosamente aquel lugar, y encontraron en él debajo de una campana la preciosa y milagrosísima imagen de nuestra Señora que se venera aun en el pueblo, y cuya solemnidad celebra la iglesia de Valencia el domingo primero de Setiembre. Pertencen estos sucesos al año 1236, en el cual el legítimo Rey de Valencia Zeit Abuzeit abjuró el mahometismo y abrazó la verdadera Religión estableciéndose como un caballero particular en las tierras que le señaló D. Jaime.

La derrota del Puig infundió á los moros un terror pánico, y alentó sobremanera el valor de los cristianos, que no dudaron ya de la conquista de todo el reino. Acometieron á la capital con solos mil trescientos hombres, con los que no temió el gran corazón del Monarca poner sitio á una ciudad que podía por sí sola sacar á campo un ejército diez veces mayor que el suyo. Mas con el arribo diario de los prelados y caballeros que venían á reunírsele de todas partes, llegó á contar setenta mil infantes y mil caballos. Comenzáronse los combates á 16 de Abril de 1238, pero la defensa fue tan obstinada y vigorosa, que se prolongó el sitio por seis meses. En fin, el 28 de Setiembre víspera de San Miguel, determinó el Rey moro rendir la ciudad, pero no entraron D. Jaime y los cristianos hasta el día de San Dionisio, 9 de Octubre. En memoria de estos gloriosos días, mandó D. Jaime levantar la ilustre parroquia dedicada á San Miguel y á San Dionisio: hizo asimismo purificar la mezquita mayor y dedicarla á la Virgen María erigiéndola en cátedra episcopal cuyo primer obispo fue Ferrer de San Martín, preboste de Tarragona. Ganada así la capital, cayó muy pronto todo el reino en manos del conquistador, aunque no sin nuevas

(1) *Vading*. 1235.

en que estaban antes de la invasión de los moros; con todo, la mudanza acontecida en la dependencia política, la produjo también muchas veces en la jurisdicción eclesiástica. Así es que la sede episcopal

y admirables luchas que sería demasiado largo referir. Entre ellas fue extraordinariamente milagrosa, y no debe omitirse, la batalla de Luchente. Se habían adelantado seis caballeros cristianos con mil hombres hasta la frente del castillo llamado Chio; la guarnición hizo señal á los pueblos comarcanos pidiendo socorro, y en breve se vieron los fieles acometidos de un ejército de veinte mil hombres. Pero con el valor que les inspiraba la Religión que defendían, tomaron una resolución mas aventurada y generosa que prudente. Preparábanse los seis caballeros á la lucha recibiendo el sacramento de la penitencia, y pidiendo la sagrada Eucaristía para atraer á su favor el poder del Dios de las batallas: el capellan del ejército Mateo Martínez, cura de San Cristóval de Daroca, celebró la misa consagrando seis hostias para la comunión de los capitanes; mas en el momento mismo de acercarse estos á la santa mesa, principiaron los soldados á tocar la generala porque el enemigo acometía el campo. Partieron al punto los caballeros á tomar las armas y ordenar su gente: el sacerdote, confuso, envuelve las sagradas hostias en los corporales, corre á esconderlas en un matorral y alza sus manos al cielo en fervorosa oración. Entretanto los cristianos se precipitan impetuosamente sobre los moros, rompenlos por todas partes, y después de haber muerto á muchos miles, los ponen en desordenada fuga. Derrotados de este modo y ahuyentados los enemigos, volvieron los piadosos gefes y el sacerdote á buscar los corporales, halláronlos en el mismo parage, mas con asombro indecible vieron que las santas formas estaban pegadas al lienzo, bañadas en sangre fresca y como que se iban convirtiendo en carne. Lleno el sacerdote de un santo temor y reverencia, las enseñó á todo el ejército, y atónitos cuantos se hallaron presentes prorumpieron en lágrimas y sollozos, no encontrando palabras para significar su fe y gratitud al Dios de los ejércitos. Mas los infieles, corridos de verse vencidos

de Valencia, sujeta antiguamente á la metrópoli de Toledo; quedó sufragánea de la de Tarragona, ciudad del reino de Aragon, en lugar de que Toledo era del reino de Castilla. Habiendo concedido los Papas antiguamente á los Reyes de Aragon los diezmos de todas las posesiones que conquistasen á los moros, tuvo el Rey Jaime con que dotar los obispos que se

por tan pocos cristianos, acometiéronlos de nuevo y con mayor osadía, aunque no con mejor suceso; pues alentados los fieles por el favor divino y la maravilla que tenían á los ojos, se arrojaron otra vez al enemigo con tal denuedo que los derrotaron como en el primer choque, les siguieron al alcance por un largo trecho con tan buen efecto, que dejaron cubiertos de cadáveres los montes y valles circunvecinos: tomaron tambien entonces el castillo, pero lo demolieron por no poder conservarlo. Cada uno de los seis capitanes hubiera querido para sí el santísimo tesoro de los corporales; mas dejadas controversias, acordaron colocarlos en una arca preciosa, y que puesta sobre una acémila fuesen conducidos á donde Dios la guiase. Hízose así en efecto; y la bestia por instinto celestial tomó el camino de Aragon, llegó sin parar á Daróca dia 7 de Marzo de 1239, y entróse en la iglesia del hospital sito fuera de los muros de la ciudad. Los corporales con sus formas se depositaron entonces en la misma iglesia, y mas adelante fueron trasladados á la colegial donde se conservan y veneran, quedando aun en nuestros dias los mas auténticos testimonios de la verdad de este prodigio.

Así fueron progresando rápidamente los cristianos en la conquista de todo el reino, hasta que derrotados los moros en todas partes, tomadas sus ciudades, pueblos y fortalezas, fueron espelidos para siempre (bien que se quedaron todavía algunas familias confundidas entre los cristianos) por un decreto del Rey conquistador, espedido en 1253. Comentar. Jac. I. — Diago annal. Mariana, Ortiz, &c.

establecieron, de una manera conveniente á la dignidad de estas iglesias (*).

83. Tuvo este Príncipe además la gloria de contribuir al establecimiento del orden de la Merced,

(*) Si fueron muchas, segun aparece en las notas anteriores, las grandezas temporales de España bajo los reinados de San Fernando de Castilla y de Jaime I de Aragon, no fue menor el lustre y esplendor que estos piadosos Monarcas procuraron á la Iglesia. Jamás desde los tiempos del cautiverio se vió mas dilatada la Religion verdadera en nuestra Península, ni mas adorada la triunfante cruz de Jesucristo. A millares se levantaron los templos de nuestro santo culto en los reinos de Aragon, Valencia, Córdoba, Sevilla, Jaen, Algarbe y Niebla: estableciéronse muchísimas sillas episcopales, dotadas magníficamente por los Reyes conquistadores, y se celebraron diferentes concilios para promover la reforma y santidad de las costumbres, y procurar la conversion de los infieles. Véase sobre estos concilios particulares y sobre la consagracion de las nuevas iglesias y creacion de obispados, el tom. 3 del Emmo. Card. de Aguirre.

No juzgamos necesario el detenernos en la averiguacion de los años en que se fundaron en España conventos de los frailes predicadores y menores, punto muy controvertido y que nos ocuparia demasiado; creemos no obstante mas conforme con las historias y cronologías, que las primeras de estas fundaciones pertenecen al de 1218. Pero lo que está fuera de toda duda, y lo que testifica la ilustrada piedad de nuestros mayores (haciendo un admirable contraste con las decantadas luces del siglo diez y nueve) es el honor extraordinario con que fueron admitidas en España las órdenes mendicantes, los grandes privilegios que les concedieron nuestros Augustos Monarcas, y el respeto y deferencia que á porfía les manifestaron todos los españoles. Llegó á tanto su influjo y autoridad, que los prelados de los conventos mediaban en los negocios mas importantes del estado, dirigian las conciencias de los Reyes, y á egemplo de los antiguos abades autorizaban y ponian sus sellos en los privilegios, como se vé en algunos del Rey San Fernando.

instituido como el de la Trinidad para la redencion de cautivos, cuyo número era mayor que nunca despues de tantas guerras recientes con los musulmanes (1). En tanto que permaneció prisionero en el Langüedoc de resultas de la derrota y muerte del Rey su padre, tuvo el encargo de su educacion, por orden de Simon de Monforte, un hidalgo del pais llamado Pedro Nolasco. Cuando fue puesto libre y restablecido en el trono de sus padres, fuese este piadoso fundador á encontrarle en Barcelona, le comunicó la inspiracion que creía haber tenido de sacar á los fieles de la servidumbre de los moros, y le pintó sobre todo vivamente el peligro en que se hallaban de perder la fe.

84. Habia reunido Pedro ya algunos compañeros para su intento, apoyado en particular por Raimundo de Peñafort, santo y sabio dominico que fue su confesor. Afirman que en la misma noche apareció la Reina de los cielos á estos dos santos y al Rey de Aragon, para confirmarlos en su proyecto religioso. El primero que tomó el hábito fue Pedro Nolasco, el cual consistia en una túnica, un escapulario, una capa ó manto todo blanco, y sobre el escapulario las armas de Aragon con una cruz encima. Espuso Raimundo en un discurso elocuente las ventajas del nuevo instituto, y arregló al punto las constituciones, que fueron aprobadas por el Papa Gregorio en el año de 1235 (*).

(1) *Boll. ad 7. et 26. Jan.*

(*) Esta orden, segun el docto M. Fr. Mariano Ribera, fue

85. San Raimundo de Peñafort, que sucedió en la superioridad general de su orden al venerable Jordan, es tambien célebre por su coleccion de decretales, la cuarta despues de la de Graciano. Están divididas las decretales en cinco libros bajo diversos títulos, y colocadas por el orden cronológico; circunstancia omitida en las complicaciones anteriores: principian desde Alejandro III, donde acaba la obra de Graciano, y se estractan los decretos segun la materia de cada título. Autorizó Gregorio IX esta coleccion con exclusion de todas las demás (1). Fue enteramente su intencion cumplida, y la coleccion tan bien recibida, que desde entonces tiene el simple nombre de *Decretales* (*).

en sus principios militar, como las de Santiago y Calatrava, y hasta el año 1317 tuvo maestros seculares cuyo catálogo dió el citado erudito.

(1) *Lib. 8. ep. 218. ap. Rain.*

(*) San Raimundo de Peñafort, célebre en toda la Iglesia por su sabiduría, por sus virtudes y por sus estupendos milagros, nació en el castillo de su nombre de que eran señores sus padres, descendientes de los antiguos condes de Barcelona, y enlazados con la casa real de Aragon. Dedicado desde sus mas tiernos años á los egercicios de piedad y al estudio de las ciencias, manifestó muy pronto toda la belleza de su espíritu. Con su ingenio feliz, sólido, elevado y penetrante hizo tan rápidos progresos en las ciencias, que á los veinte años enseñaba ya públicamente la filosofía en Barcelona. Pasó despues á Italia, y se dedicó al estudio del derecho en la universidad de Bolonia, de cuya aplicacion tenemos el fruto en su coleccion de decretales, la mas perfecta de cuantas se habian formado hasta sus dias. Llamado de allí á poco por su propio obispo, y elegido canónigo y archidiacono de Barcelona, hizo resplandecer su humildad, su pé-

86. No brilló menos el celo de San Fernando de Castilla contra la corrupcion y las impiedades de la heregía, que contra las del mahometismo. Habiendo descubierto en Palencia sectarios corrompidos y re-

nitencia, su celo y todas las virtudes, que le grangearon ya entonces el renombre de Santo. Reformó el cabildo de su iglesia, restituyó el esplendor y magnificencia del culto, y con una caridad sin límites vino á ser el padre de los pobres y el modelo de los mas perfectos. En el año 1222, ocho meses despues de la muerte del santo fundador, tomó Raimundo el hábito de la órden de predicadores, y atrajo al claustro con su egemplo á muchos varones distinguidos por su nacimiento, por sus riquezas, por su sabiduría y por su piedad. Contaba á la sazón Raimundo cuarenta y siete años; y á pesar de su elevacion y conocimientos, se dejó ver como el menor de los novicios sometido enteramente á la mas pequeña insinuacion de sus superiores. Por su mandato compuso y dió á luz para utilidad de los confesores y penitentes la *suma de los casos de conciencia*, muy apreciada de los sabios y la primera que se escribió en este género. En ella resuelve todas las dificultades, y decide los casos por la autoridad de las santas Escrituras, por la doctrina de los santos padres, de los cánones y de los decretos pontificios, y muy raras veces por sus propias luces. La sabiduría de este santo doctor estuvo siempre igualmente distante del rigor excesivo y de la indulgencia arbitraria: nada añade á la ley, pero en nada debilita el rigor de sus preceptos.

Su celo no pudo ceñirse á la oracion y á la composicion de las obras dirigidas siempre al bien de sus prógimos, sino que además le empeñó en todos los trabajos del apostolado. Instruir á los fieles, atraer los pecadores á la penitencia, combatir á los hereges, judíos y mahometanos, adquirir para los pobres los tesoros de los grandes del mundo, emplear todo su crédito y ascendiente sobre los Príncipes y Reyes para la gloria de la Iglesia y bienestar de los pueblos, fueron los únicos cuidados de Raimundo, desde el dia de su profesion hasta el de su muerte; es decir, por espacio de mas de cincuenta años. La institucion

voltosos, les hizo notar de infamia mandándoles señalar el rostro con un hierro caliente. Cometíanse en Francia por el mismo tiempo igualmente que en España enormes violencias contra los judíos. Los cruzados hacian un punto de religion el pisarlos con sus caballos, y matarles sin perdonar á los niños, ni á las mugeres en cinta, y todo sin otra razon que negarse á recibir el bautismo. Los judíos se persuadieron á que la Cabeza de la Iglesia no aprobaría de manera alguna estos tratamientos tan contrarios al espíritu del Evangelio, y le dirigieron sus quejas. El Papa Gregorio escribió en efecto sobre este objeto á los obispos de Aquitania, de Poitou y de Bretaña, donde este desenfreno habia llegado mas adelante (1). Les encargó que hiciesen presente á las tropas armadas por la causa del cielo, que no eran estos excesos el medio de atraer sus bendiciones sobre ellos. Que el respeto á la ley divina, la pureza de cora-

de la órden de la Merced á la que contribuyó tan poderosamente, la legacion que cumplió junto con el cardenal Juan de Abbeville, la reforma que promovió en la corte y en todo el reino de Aragon, los empleos de capellan mayor y gran penitenciario de la iglesia romana, de confesor de Gregorio IX y del Rey Jaime I, y otros muchos á mas de los que insinúa Berault, nos hacen conocer qué grado ocupó Raimundo de Peñafort en el estado y en la Iglesia. Su muerte, ocurrida el dia 26 de Enero de 1275, y su sepulcro fueron ilustrados con infinitos milagros, que confirmaron su santidad y los que habia obrado durante su vida. Entre estos es muy célebre su viage de Mallorca á Barcelona, verificado en seis horas y sin mas embarcacion que su propia capa tendida sobre las aguas. Canonizóle Clemente VIII en 1601.

(1) *Lib. 10. ep. 219. ap. Rain.*

zon y la caridad podian únicamente interesar á su favor al Dios de las victorias; que la entrada en la Iglesia, aunque abierta á todos los hombres, debe sin embargo ser voluntaria, porque el hombre que cayó por su libre albedrío, debe igualmente alzarse por el mismo ayudado de la gracia. Exhortó tambien el Papa á San Luis, á que reprimiese un furor tan opuesto á la dulzura de su carácter como á la pureza de su fe.

Hállase este espíritu de la Iglesia no menos auténticamente consignado en un concilio celebrado en Tours el 10 de Julio de 1236 (1). „Vedamos con todo rigor, dicen los padres, matar ó herir á los judíos, quitarles sus bienes, ó hacerles algun otro agravio; pues son tolerados por la Iglesia, la cual no quiere la muerte del pecador sino su conversion.“ Siendo el celo de la cruzada el pretesto con que pretendian dar colorido á tales escésos, añade el concilio que serán presos los cruzados contra quienes se dirija esta acusacion, sin el menor respeto á sus privilegios, y aun se les quitará la cruz si se les convenciese de ser reos de homicidio ó de otros crímenes capitales.

87. El cristianismo seguia sin embargo diseminándose por las regiones del norte, así por los trabajos de los operarios apostólicos, como por la proteccion de las potestades civiles que les daban su favor contra el furor de los paganos. Habiendo los de Prusia cometido en la provincia de Mazovia crueldades

(1) Tom. 11. Conc. pag. 504.

y sacrilegios horribles, y mayores aun en Polonia, donde degollaron á los sacerdotes sobre los altares, y pisaron las sagradas formas; el duque Conrado, que mandaba en estos países, despues de algunas tentativas vanas acudió al valor y al poder acreditado de los caballeros teutónicos convidándolos con sus estados (1). Dióles el territorio de Culma, para que le poseyesen perpétuamente y en plena propiedad, con todas las tierras que pudiesen quitar á los infieles. Esta fue la basa del poder de los caballeros en Prusia, donde hicieron rápidos progresos. Exhortó el Papa por medio de cartas circulares á todos los fieles comarcanos á tomar las armas contra los prusianos bárbaros, y á dirigirse en todas sus empresas por los consejos de los caballeros teutónicos (2). Su gran poder fue aun insuficiente: despues de su llegada á Prusia, se sublevaron de repente los paganos, así los antiguos como los apóstatas, y animándose unos á otros se dirigieron á la frontera é incendiaron mas de diez mil aldeas y una multitud de monasterios é iglesias. Fue tan horrible la desolacion, que los fieles tuvieron que retirarse á los desiertos para vivir y celebrar el oficio divino. Mas de veinte mil cristianos fueron muertos, sin contar los esclavos que sus señores hacian perecer á fuerza de excesivos trabajos. Dejaron morir de hambre, ó degollaron á los ancianos: sacrificaron las doncellas á los demonios, entregándolas á las llamas despues de ha-

(1) Chron. Prus. part. 2. cap. 1. 2. 3. (2) Lib. 4. ep. 61. 62. 63. ad. Rain.

berlas coronado de flores, y empalaban á los niños, ó los estrellaban contra los árboles y las rocas. El Papa informado de estos horrores, conmutó los votos de los cruzados pobres ó enfermos de las regiones vecinas, para que marchasen contra estos enemigos furiosos del nombre cristiano.

88. Sean cuales fuesen estos medios de conversion, el Señor hizo por ellos resplandecer su gloria (1). Un fervoroso misionero llamado Balduino de Laune, cogió tanto fruto en Livonia, que el Papa le hizo obispo de Semigalia, parte de esta provincia, cuya capital es Mittau. También le confirió los poderes de legado, no solo en Semigalia y en toda la Livonia, sino en Gothlandia, Finlandia, Estonia, Curlandia, y en general en las tierras adyacentes habitadas por paganos ó neófitos, y en las islas vecinas. Ofreciéronse á recibir la fe cristiana, entre los pueblos que se convirtieron entonces, los curlandeses, con el Rey Lammechin, prometiendo obedecer á las órdenes del Sumo Pontífice, y dieron rehenes en seguridad de su palabra. Impusiéronseles algunas condiciones poco convenientes con las reglas antiguas, aunque justificadas al parecer por las circunstancias actuales. Obligáronlos á defender á los sacerdotes como á sus propias personas, y á marchar á las expediciones que se hiciesen contra los infieles, tanto por la propagacion como por la conservacion de la fe. No se les sujetó por lo demás á otro algun señor temporal mas que á su propio Soberano, y se les prometió el goce

(1) *Rain. ann. 1231. Alber. ann. 1232.*

de esta libertad entanto que permaneciesen fieles á su Religión.

Mostró tanto afecto al cristianismo la nacion de los cumanes ó cumanos, en la estremidad oriental de Europa hácia la embocadura del Danubio, que el arzobispo de Strigonia creyó deber preferir el cuidado de su conversion al viage de la tierra santa (1). Ya se hallaba en camino para Palestina, cuando un Príncipe de aquella nacion, queriendo hacerse cristiano con todos sus vasallos, le envió su hijo único para pedirle que viniese á bien en comunicar á él y á su pueblo el conocimiento del verdadero Dios. No solamente concedió el Papa las dispensas necesarias al arzobispo, sino que le hizo su legado para predicar en nombre suyo, erigir iglesias, crear obispos, formar un clero, y hacer en general cuanto concierne á la propagacion de la fe. Sirvieron los frailes predicadores para recoger los frutos abundantes de esta santa mision.

Hicieron los misioneros del mismo orden conversiones mucho mas prodigiosas entre los sarracenos de Nocera en el reino de Nápoles, que hasta entonces habian mostrado tanto odio contra el cristianismo. Era esta plaza como el baluarte del paganismo en aquellas provincias, y la odiosa guarida donde se forjaba mucho tiempo habia la ruina de las iglesias de Italia; de modo que no la daban otro nombre que el de Nocera de los paganos. Empezó en el tiempo

(1) *Du Cange. Sur. Ville. Hard. p. 336.*

de que hablamos, á lo menos á dividir su culto entre el cristianismo y las supersticiones musulmanas. La proteccion con que el Emperador Federico favoreció esta empresa apostólica, contribuyó mucho á su feliz resultado.

89. No dejó este Príncipe de seguir vivamente su querrela con el Sumo Pontífice. Para cubrir los gastos que le ocasionaba, Gregorio IX intentó sacar dinero de todas partes. La repulsa que experimentó de San Luis no le estorbó dirigirse á los ingleses, los cuales desde el Rey Juan se habian hecho en alguna manera tributarios de la santa Sede. Reunió el cardenal Otton, legado en Inglaterra, á los obispos y á los principales abades en Redingues, con algunos señores, y les pidió en nombre del Pontífice la quincuagésima parte de sus rentas. Así que oyeron que se les imponía una carga tan irregular, se mostraron los prelados muy descontentos; pero el arzobispo de Cantorberi de dos males eligió el menor: consintió en este duro impuesto con la esperanza de recobrar por esta condescendencia la libertad de las elecciones, casi destruida por los Reyes. No habia medios de que estos no se valiesen para impedir la provision de las iglesias vacantes, cuyas rentas se apropiaban hasta la posesion del nuevo titular.

No podia menos de afligir este abuso que producía otros mil desórdenes á un prelado como Edmundo, que estaba entonces á la cabeza del reino de Inglaterra. Nacido en Abington, de una familia comerciante, recibió de su madre Mábila una educación

muy preferible á la del mundo (1). Enseñóle ella desde su infancia á ayunar los viernes á pan y agua. Cuando fue un poco mayor le envió á estudiar á la escuela de París, tan apropósito para que desplegara los talentos raros que principiaba á mostrar: dióle dos cilicios para que usase de ellos tres veces á la semana, y le encargó que en todos los domingos y fiestas rezase antes de comer todo el salterio. Hizo voto de castidad por consejo de un santo eclesiástico, y le observó perfectamente; progresó rápidamente en las ciencias, y se adelantó con paso igual en la virtud. Habiendo sido electo maestro en artes, y enseñando, siendo aun muy jóven, las artes liberales, oía misa todos los dias con sus discípulos, y contra la costumbre de otros profesores rezaba el oficio canónico. Cuando quiso pasar al estudio de la teología, añadió á las otras devociones la de asistir todas las noches á maitines en la iglesia de San Mederico, cerca de la cual vivia. Ordenado de sacerdote, aumentó sus austeridades, como tambien sus oraciones: no comia mas que una vez al dia, y además del oficio comun rezaba el de la Virgen y el de difuntos. Nunca quiso mas que un beneficio, á pesar de las vivas instancias que le hicieron frecuentemente para que aceptase otros muchos. Cuando los diputados de Cantorberi fueron á anunciarle su eleccion para aquella silla, la renunció con entereza. Necesario fue mandarle en nombre de aquella iglesia que no resistiera á la Providencia; mas no se rindió hasta que le de-

(1). *Sur.* 16. *Nov.* = *Matt. Par.* pag. 325. &c.

clararon que estaba obligado con riesgo de la salvacion de su alma.

En efecto, esta dignidad, tan formidable á su modestia, no le causó mas que pesares. Su condescendencia respecto de la contribucion pedida por el Papa, no correspondió en manera alguna á las miras que se habia propuesto, ni sufrió menos en sus libertades la iglesia de Inglaterra sacrificando sus bienes temporales. En poco tiempo sus males llegaron á tal punto, que el santo prelado abatido de dolor, y mirando ya la existencia como un peso insoportable, se condenó á un destierro voluntario. Pasó el mar, siguió las huellas acostumbradas de los primados de la Gran Bretaña, y á egemplo de Santo Tomás su predecesor, se retiró á la abadía de Pontigni. Edificó en ella igualmente á los religiosos por su no interrumpida aplicacion á la oracion, á la lectura, al ayuno y á todos los egercicios de los solitarios mas perfectos. No interrumpió estos egercicios humildes sino para ir á anunciar el Evangelio en los lugares inmediatos. No obstante, hizo poca mansion en un retiro tan amado de su piadosa modestia. Consumido de abstinencias y aflicciones, cayó enfermo de gravedad, y los médicos le hicieron transportar á Soissi, monasterio de canónigos regulares cerca de Provins, cuyo clima fue juzgado á propósito para su restablecimiento (1). Prometióles volver á la fiesta de su patron San Edmundo, Rey de Inglaterra y mártir.

(1) *Matt. Par. pag. 486.*

que se celebra en 20 de Noviembre, para consolar á los monges de Pontigni á quienes causaba el mayor dolor la ausencia de tan santo prelado; mas el sentido de su prediccion era muy diverso del que aquellos piadosos huéspedes se figuraban. Murió en Soissi el 16 de Noviembre, y dejando allí su corazon, el cuerpo fue llevado á Pontigni, adonde llegó precisamente el dia de San Edmundo. Obró el cielo muchos milagros en los dos lugares donde reposan sus reliquias; y su memoria ha permanecido en gran veneracion en todo el pais que le honra con el nombre de San Emo.

Con igual viveza se sostenia la guerra entre el Papa y el Emperador. Ocupaba Federico la campaña y el mar con muchas fuerzas. Sitiaba poco á poco las plazas cercanas á Roma, y de esta manera allanaba el camino á esta capital. El Papa habia convocado un concilio de todos los paises cristianos; y una multitud de obispos franceses, ingleses y españoles se hicieron á la vela para llegar á Roma con mas prontitud. La flota del Emperador batió la genovesa que los escoltaba: la mayor parte de estos prelados fueron cogidos, enviados al Emperador, tratados como cautivos y casi como esclavos. Adelantábase entretanto en persona hácia Roma, adonde era llamado por el cardenal Juan Colona, prelado guerrero y poco escrupuloso, que abandonó el partido del Papa, y con tropas imperiales tomó algunas plazas de los romanos. Rindióse Tivoli al mismo Emperador, quien acercándose mas y mas ocupó varios castillos, desde donde los

alemanes hacian correrías hasta debajo de los muros de Roma.

90. En estas críticas circunstancias murió el Papa Gregorio IX, de cerca de cien años, el 21 de Agosto de 1241. Sea cual fuese el fin que Federico se habia propuesto, hizo mejor uso de sus ventajas que el que se esperaba. Dejó proceder á la eleccion de un nuevo Papa, y puso para este efecto libres á los cardenales sus prisioneros. Eligieron á últimos de Octubre á Godofredo, cardenal obispo de Sabina, que tomó el nombre de Celestino IV, y murió despues de seis dias antes de llegar á consagrarse, de cuyas resultas la santa Sede, hecha el blanco de todos los reveses, estuvo vacante cerca de veinte meses, esto es, hasta fines de Junio de 1243.

Cansados entonces los cardenales de ver asolar las cercanías de Roma, en particular sus propias posesiones y las de la iglesia romana, acordaron elegir al cardenal Sinibaldo de Fiesco, natural de Génova, de la ilustre casa de los condes de Lavaña. Fue elegido en Anagnia, con el nombre de Inocencio IV, y consagrado en el mismo lugar el dia de San Pedro y San Pablo 29 de Junio. Este era entre todos los cardenales al que mas amaba el Emperador. Sin embargo, mostró bastante inquietud al recibir la noticia de su eleccion. Sorprendiendo esto á todos, dijo el Emperador: „el Papa y el cardenal son dos personajes muy distintos, y temo mucho que en vez de un amigo cardenal, tendremos un Papa enemigo.” No tardó la serie de los acontecimientos en jus-

tificar tal juicio. Federico aprobó desde luego las condiciones que puso Inocencio á su reconciliacion con la Iglesia: prometió restituir todas las posesiones que tenia la santa Sede antes del rompimiento, hacer otro tanto respecto de los aliados de Gregorio IX, y declarar por escrito en todas partes que nunca habia despreciado las sentencias pronunciadas por este Pontífice. Confesó que el Papa, aun cuando fuera pecador, tenia la plenitud de potestad en cuanto á lo espiritual sobre todos los fieles así clérigos como legos, y aun sobre los Reyes. Prometió reparar todos los agravios que habia hecho, y espiar sus faltas con limosnas, ayunos y otras buenas obras. Respecto á sus propios agravios, debia deferir al juicio del nuevo Papa y de los cardenales. Estas eran las condiciones bajo las cuales se le prometia la absolucion. Mas lo que no llama menos la atencion, tanto en Federico II como en Federico I, despues de la deposicion ordenada contra él tan públicamente, es que no se haya hecho mencion alguna de rehabilitarlos para la dignidad imperial y volver sus vasallos á su obediencia. Así es que los romanos descubren por su misma inconsecuencia la debilidad de sus pretensiones acerca del poder político.

El Emperador, despues de estos empeños solemnes que parece olvidó en el mismo momento de haberlos contraído, solo puso sus miras en sorprender á Inocencio (1). Habiendo salido de Roma este Pontífice para ir á concluir el tratado con aquel So-

(1) *Matth. Par. pag. 556. et 560.*

berano, se vió de repente en tan gran riesgo, que le obligó á fugarse de Sutri á la hora del primer sueño; y montado en un caballo veloz caminó once leguas antes que se acordaran de perseguirle. Luego se retiró á Civitavechia, donde se reunieron siete cardenales, y con ellos partió por mar á Génova su patria, la cual habia enviado á este efecto veintitres galeras al mando de su almirante y de sus ciudadanos mas distinguidos, parientes ó aliados del Papa. Temiendo todavía ya los artificios del Emperador, ya la proximidad de sus egércitos, se determinó á buscar un asilo mas seguro en aquella nacion que habia estendido siempre los brazos á los Pontífices perseguidos, y pidió el beneplácito al Rey San Luis. Las consideraciones de estado, ó mas bien los señores de su reino impidieron á aquel piadoso Monarca el condescender á los deseos de Inocencio. La enfermedad de que se vió atacado el Rey en esta situacion, disuadió al Pontífice de hacer nuevas instancias.

91. Vióse en breves dias reducido el Rey á tal extremo, que le creyeron muerto, y le habrian sepultado á no resistirlo una de las damas que le guardaban. Todo París quedó consternado, y la nobleza de toda la Francia corrió á Pontoise donde estaba el enfermo, quien antes de contar treinta años hacia ya la felicidad de su reino, y era el apoyo de la Religion. Sacó el abad de San Dionisio los cuerpos de los santos mártires de su bóveda, y se hizo al punto una procesion en que todo el pueblo con

sus súplicas mezcladas de sollozos pedia á Dios la vida de su padre y de su Rey. Recobró el Príncipe el habla, y la primera palabra que articuló fue el nombre del obispo de París. Así que se presentó el prelado, le pidió que le pusiese en el hombro la cruz de peregrino para hacer el viage de ultramar. Las dos Reinas, Blanca su madre, y su esposa Margarita de Provenza, le suplicaron que aguardase al menos hasta haberse restablecido; mas él declaró que no tomaria ningun alimento en tanto que no se le diera la cruz, y el obispo, no osando negársela, se la puso derramando abundantes lágrimas. Dos años empleó el Rey en hacer los preparativos para su espedicion.

92. El Papa habia escogido mientras tanto para su retiro la ciudad de Leon, que entonces era plaza neutral, y solo dependia de su arzobispo. Llegó á ella á mediados de Diciembre del año 1244, y en el mes de Enero siguiente hizo la convocatoria para el próximo San Juan, del concilio general, tan célebre por la sentencia que él se fulminó nuevamente contra el Emperador Federico II.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

131
TABLA CRONOLOGICA.

Desde el año 1153, hasta el de 1245.

PAPAS.

- CLXVI. Anastasio IV, elegido el 9 de Julio de 1153,
muerto en 2 de Diciembre de..... 1154.
CLXVII. Adriano IV, consagrado en 3 de Diciembre de
1154, y muerto en 1 de Setiembre de..... 1159.
CLXVIII. Alejandro III, electo á 7 de Setiembre de
1159, y muerto á 30 de Agosto de..... 1181.
CLXIX. Lucio III, promovido en 1 de Setiembre de
1181, murió en 25 de Noviembre de..... 1185.
CLXX. Urbano III, ordenado en Noviembre de 1185,
y muerto en 19 de Octubre de..... 1187.
CLXXI. Gregorio VIII, electo á 20 de Octubre de
1187, y muerto á 17 de Diciembre de..... 1187.
CLXXII. Clemente III, fue promovido en 19 de Diciem-
bre de 1187, y murió en 27 de Marzo de..... 1191.
CLXXIII. Celestino III, ordenado á 30 de Marzo de
1191, y muerto á 8 de Enero de..... 1198.
CLXXIV. Inocencio III, consagrado á 8 de Enero de
1186, y muerto á 16 ó 17 de Julio de..... 1216.
CLXXV. Honorio III, elegido en 18 de Julio de 1216,
murió á 16 de Marzo de..... 1227.

CLXXVI. Gregorio IX, elegido á 19 de Marzo de 1227,
y muerto á 21 de Agosto de..... 1241.
Celestino IV, elegido en Octubre de 1241, muerto sin
haber sido consagrado el 17 ó 18 de Noviembre del
mismo año.

CLXXVII. Inocencio IV, fue promovido en 25 de Ju-
nio de..... 1243.

ANTIPAPAS.

Octaviano, llamado Víctor III..... 1159.
Guido de Crema, llamado Pascual III..... 1164.
Juan de Strum, llamado Calisto III..... 1168.
Lando Sísino, llamado Inocencio III. (Los cuatro
fueron opuestos á Alejandro III)..... 1178.

EMPERADORES DE ORIENTE.

Manuel Comneno, muerto en..... 1180.
Alejo Comneno II..... 1183.
Andrónico Comneno..... 1185.
Isaac Angelo, destronado en..... 1185.
Alejo Angelo..... 1205.
Isaac Angelo, restablecido.....)
Alejo, su hijo.....) 1204.
Nicolás Cánabe.....)
Alejo Ducas, llamado Murtzulfe.)

Balduino I..... 1206.
Enrique I..... 1216.
Pedro de Courtenai..... 1219.
Roberto de Courtenai..... 1228.
Balduino II..... } 1237.
Juan de Briena. }

EMPERADORES DE OCCIDENTE.

Federico I, muerto en..... 1190.
Enrique VI..... 1197.
Otton IV..... } 1208.
Felipe de Suabia. }
Federico II, fue elegido en 1214, y coronado en..... 1220.

REYES DE FRANCIA.

Luis VII, murió en..... 1180.
Felipe II, por sobrenombre Augusto..... 1123.
Luis VIII..... 1226.
San Luis IX de este nombre.

REYES DE ESPAÑA.

Alfonso VII, murió en..... 1157.
Sancho III..... 1158.
Alfonso VIII..... 1214.

| | |
|---|-------|
| Enrique I..... | 1217. |
| Fernando II..... | 1188. |
| Alfonso IX..... | 1230. |
| Doña Berenguela..... | 1244. |
| San Fernando III de este nombre, que reunió para siempre los reinos de Leon y Castilla. | |

REYES DE INGLATERRA.

| | |
|------------------------|-------|
| Estévan, murió en..... | 1154. |
| Enrique II..... | 1189. |
| Ricardo I..... | 1199. |
| Juan Sin-tierra..... | 1216. |
| Enrique III..... | |

CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilio de Londres, 1145. Hicieron revivir en él los antiguos privilegios del clero, y las costumbres enunciadas en la carta de San Eduardo.

Concilio de Constantinopla, 1156. Decidióse en él que el sacrificio del altar se ofrece á las tres Personas de la Trinidad.

Concilio de Anagnia, 1160. Alejandro III asistido de los cardenales y obispos de su corte, excomulgó en él solemnemente á Federico, y absolvió del juramento de fidelidad á todos los vasallos de éste Príncipe, el que no por esto dejó de ser obedecido y reconocido Emperador.

Concilio de Oxford, 1160, en que condenaron algunos hereges waldenses, ó poplicanos, entregándolos al brazo secular.

Concilio de Tolosa, 1161, en que los Reyes de Francia y de Inglaterra, con cien prelados de ambos reinos reconocieron solemnemente á Alejandro III por Papa legítimo.

Asamblea de Aquisgran, 1165, tenuta por Federico I y sus parciales cismáticos, para la canonizacion de Carlo-Magno, la cual sin embargo no ha sido contradecida por Papa alguno.

Asamblea de Avranches, 1172, en que el Rey Enrique II se sometió á la penitencia ante los legados del Papa, les prestó el juramento que le pedian, anuló todas las costumbres que habian dado lugar al disturbio, y fue absuelto de la muerte de Santo Tomás de Cantorberi.

Concilio de Londres, 1175, en él se advierte que prevalecia entonces el uso de no comulgar bajo de ambas especies. Prohibió dar el pan eucarístico mojado en vino.

Concilio de Northampton, 1176, en que la iglesia de Escocia se mantuvo contra el arzobispo de York en la posesion que alegaba tener de no estar sujeta á otro mas que á la santa Sede.

Concilio de París, 1215, en que el legado Pedro de Courzon hizo para la universidad de París un reglamento que abraza toda la disciplina de la escuela, y que es el monumento mas antiguo de este género.

XII concilio general, cuarto de Letran en tiempo de Inocencio III, 1215, desde el 11 de Noviembre hasta 30 del mismo. Halláronse en él cuatrocientos doce obispos, ochocientos abades ó priores, sin contar los procuradores de los ausentes, y los embajadores de casi todos los Príncipes católicos. Se espuso la fe de la Iglesia contra todos los hereges del tiempo: y fue consagrado en él el término de *transubstanciacion*, para sig-

nificar la conversión del pan y del vino en cuerpo y sangre de Cristo. La Iglesia manifestó intentar sobre lo temporal de los Príncipes; pero los embajadores que se hallaron en él consintieron en estos decretos en nombre de sus Soberanos. En muchos de los cánones, cuyo número es considerable, se puso esta cláusula que solo había sido empleada hasta entonces en el concilio tercero de Letran: *con aprobación del santo concilio*. Se aprobó la confesión anual con el propio párroco, y la comunión pascual en su propia iglesia; y este es el primer decreto conocido, que ordena generalmente la confesión sacramental. El impedimento de parentesco para el matrimonio fue reducido del séptimo grado al cuarto. Los tribunales son deudores á este concilio del orden judicial que se observa aun en el día en las causas.

Concilio de Melun, 1216. Se declaró en él que Felipe Augusto estaba escomulgado por sus atentados contra el reino de Inglaterra; pero el concilio rehusó creer que el Papa se hubiese atribuido este derecho por un objeto semejante.

Concilio de Bourges, 1225. Desechóse en él la demanda hecha en nombre del Papa de dos prebendas en cada iglesia catedral, y de dos plazas monacales en cada abadía. El clero de Inglaterra hizo lo mismo en un concilio tenido en Londres en 1226.

Concilio nacional tenido en París en 1229, para confirmar á Luis VIII y á sus herederos en la cesión de Amaris de Montforte de la propiedad de los estados del conde de Tolosa condenado como herege.

Concilio de Tolosa, 1229, para extirpar la heregía y restablecer el orden público. Algunos autores fijan malamente este

el concilio en 1219. El cardenal de San Angel que le presidió en calidad de legado de la santa Sede, lo mas presto que llegó á Francia fue en 1224. Concilios de Laon, de Noyon y de San Quintin, 1233. Habiendo puesto entredicho los obispos de esta provincia en una disputa con San Luis por algun conflicto de jurisdicción, reclamaron los cabildos de las catedrales porque no se les había pedido su consentimiento. El entredicho fue revocado en el segundo de los concilios que se tuvieron en San Quintin, declarándose en él que los obispos no podían ordenar cosa alguna semejante sin la participacion de sus cabildos. El obispo de Beauvais, particularmente interesado en este negocio, apeló al Papa, pero murió antes de la sentencia, y su sucesor levantó el entredicho. Algunos cronologistas fijan en 1232 los dos primeros de estos concilios tenidos en la cuaresma, sin atender á que el año no empezaba entonces hasta la Pascua. Asamblea de Francfort, 1234, compuesta de obispos y de señores. Desechóse en ella la forma de proceder contra los hereges, introducida por el doctor Conrado de Marpourg, que había dado la cruz á fin de perseguir los hereges stadingos. Concilio de Compiègne, 1235. Con este motivo publicó San Luis una ordenanza en que dispuso que sus vasallos y señores no fuesen obligados á responder en materia civil á los eclesiásticos, ni á otros en tribunal eclesiástico: que si el juez eclesiástico los escomulgase por este motivo, se procedería contra él embargándole lo temporal: que en toda causa civil los prelados, los demás eclesiásticos y sus vasallos, estarían sujetos al juicio del Rey y de sus señores. El Papa exhortó inútilmente al santo Rey á revocar esta ordenanza.

Concilio de Tours, 1236. Prohibióse en él severamente á los cruzados y á los demás cristianos matar, herir y atormentar de cualquier otro modo á los judíos en sus personas ó en sus bienes.

Concilio de Londres, 1237, para hacer poner exactamente la fecha en todos los actos públicos, lo que antes no se practicaba en Inglaterra, á no ser en las cartas reales.

Concilio de Tréveris, 1238. Establecióse en él el privilegio de *Año de gracia*; es decir, el poder que tenían los beneficiados de disponer de la renta de un año de sus beneficios después de su muerte.

Concilio de Laval, en el Maine, 1240. Se prohibió dar á los religiosos el vestuario en dinero.

AUTORES ECLESIÁSTICOS.

Pedro el Venerable, 1156, uno de los doctores más grandes de su tiempo, como lo acreditan sus escritos contra los judíos y contra los secuaces de Pedro Bruis. Conservamos todavía de él seis libros de cartas, y otras muchas obras interesantes y curiosas. Tales son particularmente sus dos libros de milagros obrados en su tiempo.

Oton, obispo de Frisinga, 1158: dejó una crónica desde la creación del mundo hasta el año 1146, y ha sido continuada por Oton de San Blas hasta 1190. Escribió también la historia del Emperador Federico, que ha sido continuada por Radevico su discípulo y canónigo de su iglesia.

Graciano, benedictino de Bolonia, 1160, autor de la famosa

concordia de los cánones discordantes, es decir, de la colección de decretos de los Papas y concilios. A esta obra tan exaltada, y á su publicación, de que era tan poco merecedora, se ha debido en parte la alteración del derecho antiguo, y el triste eclipse que experimentó la noble sencillez de las máximas primitivas.

Pedro Lombardo, 1164: más digno que Graciano de la celebridad que repartió con él. Le dan el sobrenombre de maestro de las sentencias, á causa del libro que compuso con este título, y que puede mirarse como origen de la teología escolástica en la iglesia latina. Fue comentado por Santo Tomás, por San Buenaventura y por los teólogos más célebres de los dos siglos siguientes, á los cuales comunicó el método sano de adherirse en la explicación de los sagrados dogmas á los textos combinados de los padres y á la cadena de la tradición. Conservamos todavía de este doctor juicioso comentarios sobre los salmos y sobre las epístolas de San Pablo.

Juan de Sarisberi ó Salisburi, 1180. Sus principales obras son la policrática, que es como un cuerpo de política y de moral, y la metalógica, que es una apología de la buena dialéctica y de la verdadera elocuencia. Ha dejado asimismo gran número de cartas. El autor manifiesta una erudición vasta, pero bastante mal digerida, poca exactitud en el raciocinio, y mucha afectación en el estilo. Tiene la doctrina peligrosa del tiranicidio, y las nuevas máximas concernientes á la potestad eclesiástica.

Pedro, chantre de la iglesia de París, 1197. Su libro intitulado: *Abbreuiatum*, es citado frecuentemente con elogio por los escritores de los siglos siguientes.

Pedro Comestor, 1198. Su historia escolástica comprende en un compendio la historia santa, desde el principio del Génesis hasta el fin de los actos de los Apóstoles, con algunos incidentes de la historia profana. Sus sermones fueron publicados con el nombre de Pedro de Blois, que fue uno de los mas sabios y mas célebres escritores del mismo tiempo. De éste tenemos cartas, sermones y gran número de tratados, pero la mayor parte de estas obras, escritas segun el gusto de aquel siglo, abundan de lugares comunes y de testos de la Escritura amontonados mas bien que escogidos, ó aplicados sin propiedad.

El abad Joaquin, 1202. Dejó muchos escritos, entre los cuales sus comentarios sobre los profetas, y principalmente sobre el Apocalipsis, han hecho conocer desde entonces el peligro de introducirse en la esplicacion de estos emblemas misteriosos, por mucha que sea la virtud y sagacidad del emprendedor.

Teodoro Balsamon, 1214. Hizo comentarios sobre todas las partes del derecho canónico de los griegos, y una esposicion del nono cánon de Focio. En la respuesta á una consulta que se le hizo, nos ha dejado una prueba de la consumacion perfecta del cisma de su nacion, diciendo que el Papa de la antigua Roma ha sido separado de las iglesias.

Inocencio III, 1216. Nos han quedado de este sabio Pontífice cartas excelentes, un tratado lleno de uncion sobre el desprecio del mundo, y la bella prosa de Pentecostes: *Veni Sancte Spiritus*. Le han atribuido asimismo el *Stabat Mater*, y algunas otras obras de la misma clase.

San Antonio de Pádua, 1231. Dejó además de los sermones, comentarios sobre la Escritura, y una concordancia moral.

Sus sermones, dígase lo que se quiera en el dia, gustaron tanto en su tiempo que á menudo se vió obligado á predicar en campo raso.

Jaime de Vitri, cardenal, 1240. Tenemos muchas obras suyas, de las cuales las mas curiosas y esquisitas son la historia oriental desde Mahoma hasta 1229, y la historia occidental que pinta el estado de la iglesia latina en su tiempo.

Alejandro de Háles, franciscano, 1345. Su suma teológica es el cuerpo de obra mas considerable que se publicó hasta su tiempo en este género. Hizo asimismo comentarios sobre toda la Biblia, y sobre el maestro de las sentencias.

PERSECUCIONES.

Persecucion del Emperador Federico Barba-roja contra los Papas, desde el año 1156 hasta el de 1177.

Violencias de Enrique II y de sus aduladores contra Santo Tommas de Cantorberi, sus deudos y parciales.

Crueldades, profanaciones y desórdenes de toda especie de parte de los albigenses en las provincias meridionales de la Francia á fines del siglo XII y á principios del XIII.

Disensiones violentas entre los Papas y el Emperador Federico II, en las que hubo agravios de una y otra parte que causaron desórdenes y males deplorables en la Iglesia y en el imperio.

SECTARIOS.

Demetrio de Lampé, 1166, dogmatizador temerario, quien en la interpretacion de la Escritura se desviaba presuntuosamente del sentido de los santos padres.

Publicanos ó Poplicanos, cátaros ó patarenos, especie de maniqueos que aparecieron á fines del siglo XII.

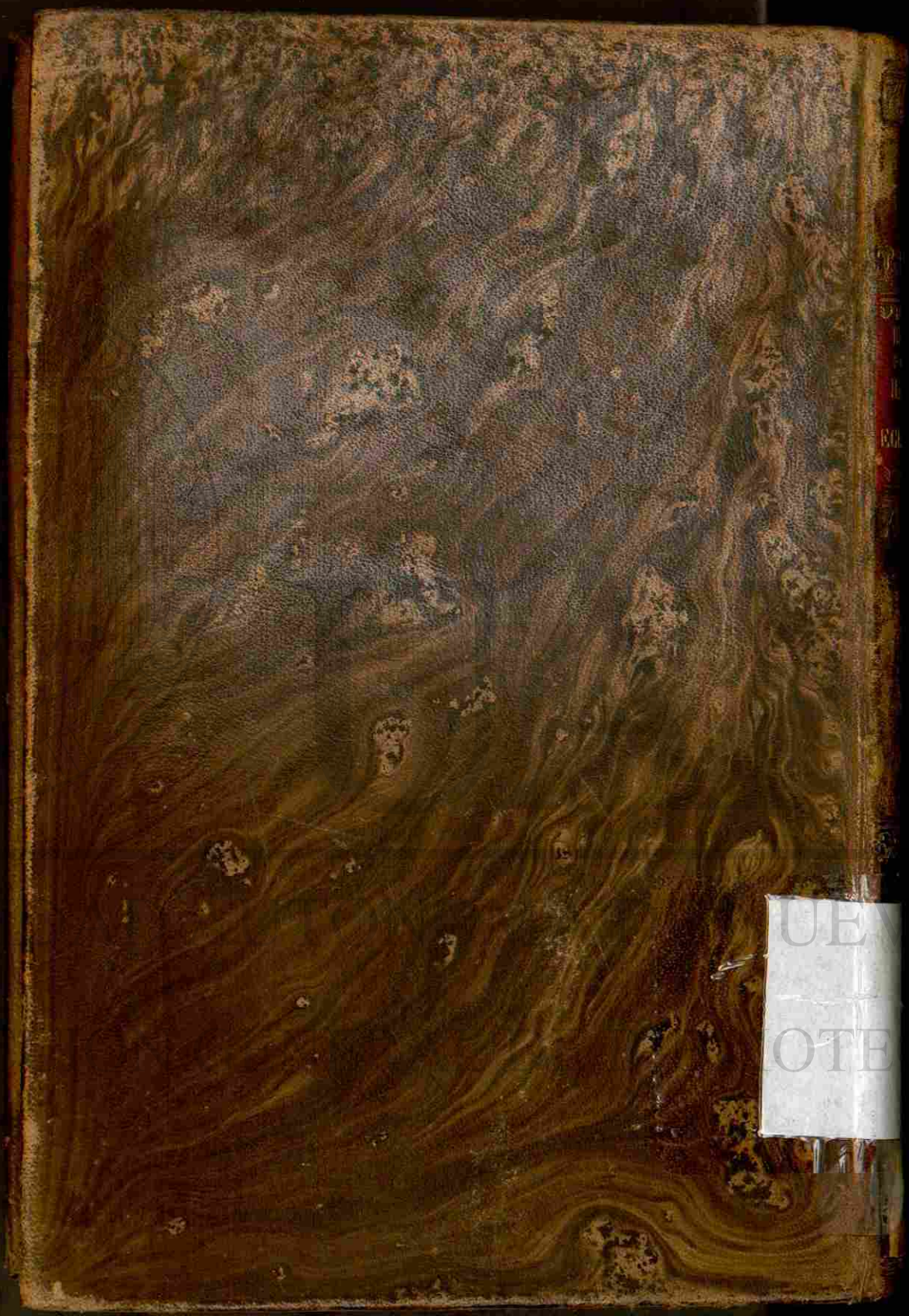
Pedro Waldo, 1184, gefe de los waldenses llamados igualmente pobres de Leon ó leonistas. Se limitaron al principio á la profesion de una pobreza ociosa, despreciaron despues la autoridad del clero, y tomaron en fin muchos errores de los nuevos maniqueos.

Amalrico de Benc, 1210. Se atrevió á dogmatizar en la universidad de París, pretendiendo persuadir que la salvacion dependia de sola la fe sin el auxilio de las obras. Sus discipulos llegaron hasta cometer adulterios y otros crímenes vergonzosos bajo el nombre de caridad, pretendiendo que por la intencion de egercer esta virtud, el pecado dejaba de serlo.

Stadings, descubiertos en 1232. Se llamaron así de un pueblo que habitaban en los confines de la Frisia y de la Sajonia, y estaban tan entregados á las extravagancias impías como á las prácticas abominables de los maniqueos mas odiosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UE
OTE

preocupaciones, sino también en muchas partes de los estados del Emperador. Este orden se hallaba entonces en el grado mas eminente de su crédito. Contaba mas de setecientos abades y una multitud prodigiosa de monges, de los cuales muchos se hallaban elevados al episcopado. Los santos religiosos de la Cartuja dieron igualmente gran socorro al Papa Alejandro, y aun fueron los primeros que se declararon por él. El Emperador se irritó de tal manera contra San Anselmo, entonces cartujo y despues obispo de Belai, que le hizo escomulgar en sus conciliábulos, como autor principal de la revolucion de sus hermanos. Por lo que hace á los monges cistercienses, mandó que todos los que se hallasen en su reino saliesen de él si no reconocian al Papa Víctor, lo que obligó á que muchos abades con sus comunidades enteras se refugiasen en Francia, del mismo modo que la Cabeza de la Iglesia.

25. No se atrevió con todo á maltratar, ni aun inquietar al santo arzobispo de Tarentesia que estaba bajo su dominio, y que no cesaba de predicar contra el cisma con una libertad que producía el fruto mas maravilloso. Llegó hasta recibirle con benevolencia, y á tratarle con una atencion respetuosa; y como los cismáticos arrebatados de despecho le diesen sus quejas, respondió: ¿puedo yo proceder de otra manera? ¿El resistir al varon de Dios no sería resistir á Dios mismo? Habiendo pasado el Emperador á Besanzon, cuyo arzobispo Heberto era el mas ardiente de los cismáticos, se dirigió allá Pedro inme-

diatamente para sostener á los católicos. Los moradores de la ciudad y de los lugares vecinos acudieron en gran número á honrar al santo prelado como lo acostumbraban hacer en todas las partes por donde pasaba. Les dijo que orasen en comun para que Dios convirtiese á su obispo, ó libertase de él á la iglesia: oraron, y Heberto murió algunos dias despues.

Mientras que estuvo en la Italia, aconteció tambien uno de aquellos sucesos que pueden ser casuales, pero que equivalen á los milagros aun en la opinion de aquellos á quienes mas incomoda el eco de este nombre. Como solo se trataba de despojar á los obispos que iban á presentarse al Papa Alejandro, un señor, animado sin duda mas por el espíritu del cisma que por el aliciente del botin, acometió al santo arzobispo, cuyo equipage se reducía á cinco caballos; mas al tiempo de perseguirle cayó su caballo, y se rompió una pierna.

Este accidente le hizo entrar dentro de sí mismo: siguió al santo, corrió á echarse á sus pies, le pidió perdon, y le dió mil gracias por haberle alcanzado del cielo un aviso saludable en vez del último castigo que confesaba haber merecido. En este viage de Italia predicó el santo animosamente contra el cisma en aquellas mismas ciudades cuyos obispos eran cismáticos; mas los pueblos solo consultaban á la veneracion que les inspiraba su santidad y sus milagros; porque á la verdad fue otro San Bernardo, así por la muchedumbre de sus prodigios, como por la brillantéz de sus virtudes.

Alligido en extremo, y verdaderamente temeroso de la veneracion pública, resolvió el santo arzobispo huir secretamente, y partió en efecto de noche con un solo compañero. Siguió sendas difíciles entre rocas y precipicios, mudó muchas veces de guías, y llegó solo á un monasterio de su orden, lleno de monges alemanes, cuya lengua no entendia, y de los cuales ni era entendido ni conocido. Fue recibido como un simple monge, y gozó por algun tiempo de la obscuridad que habia buscado. Sin embargo, su familia y su pueblo, entregados al mas profundo dolor y á las mas crueles inquietudes, se dispersaron por todas partes, ó para encontrarle, ó para adquirir á lo menos alguna noticia. En fin, un jóven á quien habia educado desde su infancia, penetró hasta esta casa, le reconoció entre los monges que iban al campo, y dió un grito que los paró. Estos buenos religiosos quedaron estrañamente admirados: toda la comunidad se echó á los pies del arzobispo derramando lágrimas, y pidiéndole perdon de no haberle tratado como merecia: mas él lloró todavía con mayor amargura al verse arrancar de esta manera de las dulzuras de su humilde retiro, puesto que habiéndose propagado inmediatamente la nueva de tan dichoso descubrimiento, se vió obligado á volver á su rebaño.

Llenó completamente treinta y cuatro años de un santo y largo episcopado, durante los cuales vivió como el mas pobre y el mas austero de los monges. No solamente conservó el hábito, sino que siempre

le quiso vil y usado; y si alguna vez le precisaban á tomar otro mejor, le daba en la primera ocasion de limosna. Su comida era un poco de pan bazo, y algunas legumbres aderezadas como las que hacia servir á los pobres. No dejó de sostener con eficacia los intereses de su iglesia, y de restablecer su patrimonio, y de cumplir con no menos dignidad que vigilancia con todas las funciones pastorales. Entre todas sus virtudes resplandeció particularmente la ternura para con los pobres y enfermos. En este punto fueron tales sus solicitudes, cuales se conceden á aquellas almas tiernas con las que parece que el Padre celestial ha dividido los cuidados de su Providencia y la dulce unción de su misericordia. Su semblante era en todo tiempo un refugio abierto á los desgraciados; pero durante los tres meses que preceden á la cosecha, en que faltan los mas de los víveres en aquel terreno ingrato, parecía su casa mas bien un hospital, que palacio de un obispo. Dos veces pasando los Alpes se desnudó de la túnica para que se cubriesen unas pobres mugeres que se morian de frio, no conservando mas que su manto por encima del cilicio con peligro inminente de perecer él mismo. En una sola visita espendió en los monges dos mil sueldos; es decir, cincuenta marcos de plata, importando entonces cada marco cuarenta sueldos.

26. y 27. El Papa Alejandro fue recibido en Francia con un respeto y una aficion, que dieron bien á conocer que el Rey y los vasallos acreditaban el

título honroso de defensores de la iglesia romana. El primer uso que hizo allí de su autoridad, fue concerniente á los clérigos empleados en el real servicio. Desde Montpellier adonde llegó, escribió al cabildo de Auxerre para que dejase disfrutar de la renta de su prebenda al canónigo Pedro aunque ausente, por cuanto hallándose empleado en el servicio de su Soberano, debía considerársele como presente. No obstante, por alguna etiqueta de ceremonial, el Rey Luis se manifestó repentinamente descontento del Pontífice, y el primer ímpetu del Monarca llegó hasta declarar su arrepentimiento de haber reconocido á Alejandro mas bien que á Víctor. Pero esto no fue mas que una nube pasajera, que no alteró de modo alguno el principio religioso de su inclinacion á la unidad católica, conforme tuvo ocasion de manifestarlo prontamente con aquella magnanimidad que hacia el fondo de su carácter.

28. Atentos siempre los cismáticos á mantenerse por todos los medios imaginables, se aprovecharon del descontento del Rey para empeñarle en una conferencia con el Emperador, con pretexto de extinguir en todas las naciones las disensiones de la Iglesia (1). La pequeña ciudad de San Juan de Laune fue el lugar destinado para esta conferencia, por estar situada en los confines del reino de Francia y de la Borgoña, que constituía parte del imperio. El Rey se presentó en ella con unas miras muy puras y lleno de confianza, creyendo que todo se trataría de

(1) *Act. Alex. Duches. tom. 4. pag. 579. et seq.*

un modo canónico por los obispos de diferentes naciones que habian concurrido en gran número. Mas el Emperador, sin presentarse en persona, le hizo declarar por su cancelario Reinaldo, arzobispo de Colonia y el cismático mas decidido de su comitiva, que se guardaria bien de transferir á otros el derecho que á él solo pertenecia de juzgar la iglesia romana: que el Rey de Francia y sus obispos podrian asistir á la conferencia, pero en calidad de testigos solamente, y para recibir al Papa que fuese de la aprobacion del Emperador y de los obispos del imperio. Sonrióse el Rey á vista de esta insolencia estrangera. „Estas son, dijo, unas quimeras que podeis tener la debilidad de sostener entre vuestras gentes; pero me admiro que hayan salido aquí de vuestra boca. ¿Ignora acaso el Emperador que Jesucristo encargó á San Pedro y á sus sucesores que apacentasen su rebaño? ¿Qué idea, pues, se ha forjado de mí y de mis obispos?” Tomando inmediatamente á los asistentes por testigos del fraude y de la infraccion de las promesas que se habian hecho, volvió la brida, picó fuertemente su caballo, y se libertó á tiempo del lazo en que conoció algo tarde que le querian coger.

Despues de haber dado las providencias necesarias para la seguridad de su frontera, se encaminó al país del Loira á juntarse con el Rey de Inglaterra, que habia juzgado mejor que él del designio de los alemanes, y que se adelantaba á marchas forzadas en su socorro. De este modo estos dos Príncipes rivales

y tan frecuentemente armados uno contra otro, se manifestaron en esta ocasion conducidos por un mismo impulso, y animados de un mismo interés por tratarse de la santa unidad. Mas el ejército imperial á quien empezaron á saltar los víveres, no tardó un momento en alejarse de la Francia, y de su propia voluntad la libertó de toda inquietud. Durante la negociacion de San Juan de Laune, el Papa Alejandro se detuvo en la abadía de Burgo de Dios, situada en la diócesi de Bourges, en los estados del Rey de Inglaterra, donde se creyó mas seguro en aquellas circunstancias. Partió para conferenciar con los dos Reyes que se habian juntado ya en Conci sobre el Loira. Ambos se disputaron la gloria en honrarle, los dos quisieron servirle de escuderos, y marcharon á sus lados, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, teniendo cada uno las riendas de su caballo. Aunque varios Príncipes dieron muchas veces este testimonio de veneracion al Vicario de Jesucristo, nunca como entonces habian ofrecido el espectáculo de dos Monarcas enemigos y desarmados por causa de la Iglesia, creyéndose en él verificado el cumplimiento de la profecía alegórica, de que el leon y el leopardo, oivitando bajo del cayado su natural antipatía, se habian hecho semejantes á la oveja y al tierno cordero.

29. Alejandro siguió con confianza al Rey Luis á su capital, donde puso la primera piedra de la iglesia de nuestra Señora, que se comenzó á edificar en aquel año de 1162, tal como se vé en el dia. Mau-

ricio de Sulli fue el que la construyó enteramente en el tiempo de su episcopado, á escepcion de la portada y de algunos pedazos de puro adorno (1). Este prelado, llamado así por el lugar de su nacimiento en la diócesi de Orleans, no obstante la obscuridad y la indigencia en que nació, dió á conocer desde su infancia la nobleza y la elevacion de sus sentimientos. Dicen que pidiendo entonces limosna, y fingiendo la persona á quien se dirigió no querer dársela á menos que no renunciase á la esperauza de obispar, la despreció con altivez. Sea lo que fuese, no tardó en desplegarse enteramente la grandeza de su alma, con la superioridad de espíritu que comunmente acompaña á la del sentimiento. Por el camino de las ciencias llegó muy breve á una cátedra de teología, y á la dignidad de archi-diácono en la capital. Adquirió tanta estimacion en este primer puesto, que en la muerte de Pedro Lombardo, quien solo ocupó un año la silla de París, en la dificultad ó conflicto de los votos, ocurrida en el modo acostumbrado de la eleccion, todos los vocales remitieron á Mauricio la eleccion del nuevo obispo. Esta se efectuó desde luego. „No leo, dijo, en la conciencia de los otros; pero debo conocerme á mí mismo. En este supuesto creo poder responder por mí, que si yo tomo el gobierno de esta diócesi, procuraré gobernarla bien con la gracia del Señor. Poniendo luego la mano en el pecho: yo me nombro á mí mismo, añadió, y ved aquí á vuestro obispo.” Manifestó por los efectos que

(1) *Gall. Chríst. tom. 1. = Hist. eccl. par. tom. 11. pag. 122.*

esta presuncion aparente no era más que el sentimiento ingenuo de una alma grande, y un aprecio justo de sí mismo.

30. De París fue el Papa á Tours para tener un concilio que convocó para la octava de Pentecostes, y se abrió con efecto en este dia, 19 de Mayo de 1163 (1). Halláronse en él diez y nueve cardenales, ciento veinticuatro obispos de Francia, de Inglaterra y algunos de Italia, cuatrocientos catorce abades y una multitud proporcionada de otras personas eclesiásticas y legas. Se propusieron desacreditar á los cismáticos y llenarlos de confusion, como que estaban enteramente persuadidos de que así lo merecian. Queriendo el Papa dar desde luego cuenta al concilio de la canonicidad de su eleccion, en el momento en que empezó á esplicarse, resonaron en toda la asamblea los gritos del anatéma y maldicion contra el falso Pontífice. Declararon nulas las órdenes hechas por él y por los otros cismáticos, entre los cuales dos eran notados de heregía; á saber, el cardenal Guido de Crema, y Juan, abad de Strum (2). Justificaron en adelante esta severidad que se usó particularmente con ellos, haciéndose uno y otro Antipapas. Intentó asimismo el concilio contener los progresos de los hereges maniqueos, que infestaban el Langüedoc y que despues fueron llamados albigenses. Prohibió bajo la pena de escomunion todo comercio con ellos, aun para comprar ó vender; y prescribió todas las precauciones posibles para impedir sus maquinaciones.

(1) Tom. 10. Conciliar. pag. 1424. (2) Can. 9.

Creyeron tambien los padres conveniente hacer frente á un abuso introducido en muchos monasterios: habia en ellos algunos religiosos, que con pretesto de caridad, vivian en el siglo para estudiar las leyes civiles y lo que entonces llamaban física, esto es, la medicina, para egercer despues la profesion de médicos y de abogados. Reprobó el concilio esta costumbre de los monges, sin prohibirles absolutamente sus funciones con tal que no las egerciesen fuera de sus claustros: temperamento que se creyó todavía necesario para la república, á causa de las reliquias de la antigua ignorancia.

Concluido el concilio, los dos Reyes de Francia y de Inglaterra hicieron uno y otro convidar al Papa Alejandro con sus respectivos estados para fijar en ellos su residencia, ofreciéndole para su mansion el lugar que mejor le pareciese. Escogió la ciudad de Sens, la mas distinguida entonces en el orden gerárquico, como metrópoli de la capital de Francia. Establecióse en ella á principios de Octubre, y permaneció cerca de año y medio, decidiendo los negocios de toda la Iglesia del mismo modo que si hubiese estado en Roma.

31. No se imaginaba por entonces que uno de los objetos mas tristes de su solicitud pontificia hubiese de ser en el año siguiente el arzobispo de Cantorberi, Tomás Becquet, el cual acababa de comparecer en el concilio de Tours, con una distincion igual á la que hubiera gozado si hubiera sido hermano de su Rey. Con efecto, Enrique II tenia entonces tal con-

fianza en su persona, y le profesaba tal intimidad, cual podia haber dispensado al primer Príncipe de su sangre. Tomás añadía á su figura noble y agradable una penetracion que le hacia superior á los negocios mas difíciles, un espíritu varonil contra todos los obstáculos, toda la grandeza y elevacion de sentimientos de un Príncipe, y al mismo tiempo la docilidad de carácter, la urbanidad y amenidad del mas fino cortesano. Se prestaba á todos los gustos del Rey, ya por la caza, ya por otros varios placeres. Su representacion era magnífica en los palacios, en los muebles y aun en los vestidos; nada excluía de su complacencia mas que las bajezas y las injusticias, que miró siempre con horror en los diferentes estados de su vida. Así siempre su alma honesta y llena de energia, en el seno mismo de las delicias y de la vanidad, se conservó pura con respecto á las mugeres.

Habia recibido una educacion virtuosa, digna de sus padres sólidamente cristianos. Su padre Guiberto, aunque originario de un pueblo corto, habiendo tenido valor de marchar contra los infieles de Palestina, fue hecho prisionero en un combate y llevado cautivo á Egipto. Vió allí la hija de un almirante musulmán. Esta se compadeció de su suerte, y pasando insensiblemente de la compasion al amor, le ofreció su mano. Tratóse de recobrar su libertad, y de hacerla cristiana: aceptó el partido, huyó con ella, y llegó felizmente á Inglaterra donde se casó despues que hubo recibido el bautismo (1). Tomás fue el fru-

(1) *Vit. Quadrip. lib. 1. cap. 1. Coll. Lup. lib. 1. ep. 1.*

to de este matrimonio, y recibió los sentimientos religiosos que podian esperarse. Hizo sus estudios en Oxford, los prosiguió en París, donde florecian siempre las bellas letras, y luego se aplicó al derecho en la escuela célebre de Bolonia. Bien pronto fue conocido de Thibaldo, arzobispo de Cantorberi, el cual añadió el arcedianato de esta iglesia á la prebostía de Beverlai y á otros muchos beneficios que Tomás habia ya obtenido. Habiendo llegado Enrique II á la corona, el arzobispo Thibaldo, deseoso de procurar á la Iglesia la inclinacion de este jóven Monarca naturalmente emprendedor, hizo de manera que eligiese á Tomás por su cancelario.

32. En este puesto importante fue donde Becquet llegó al mayor favor y á un poder casi sin límites, no solo por sus cualidades amables y su cortesania, sino tambien por las negociaciones hábiles y servicios esenciales que hizo en gran número al estado. Nada hallaba el Rey que fuese extraño á los talentos de su cancelario. No solamente le confió el cuidado de la justicia universal del reino, sino tambien la educacion del jóven Enrique su hijo y su heredero presuntivo. En fin, habiendo fallecido Thibaldo de Cantorberi, propuso el Rey esta mitra al cancelario. Pero Tomás no estaba tan preocupado con su favor que le impidiese presentir todos los disgustos que los émulos de la corte no dejan de ocasionar al mas dichoso favorito. Decia frecuentemente con lágrimas á sus amigos experimentados mientras que todo al parecer risongeara su fortuna, que nada deseaba con mas ar-

dor que el poder salir honestamente de su brillante esclavitud. Cuando el Rey le propuso que queria hacerle primado del reino, le dijo: „Señor, yo no os lo aconsejo, vuestra bondad me favorece mucho, y tal vez el odio ocupará muy en breve su lugar: un obispo mira los negocios de la Iglesia con otros ojos que un cancelario.” El Rey no mudó de dictámen, y manifestó sus deseos al clero de Cantorberi, el cual tuvo á gran dicha la eleccion de Tomás. Este fue el primer inglés de nacion elevado á esta silla despues de su fundacion. Antes de aceptar una dignidad que segun sus principios debia hacerle morir enteramente al siglo, pidió y obtuvo ser exonerado de todas las obligaciones que podia haber contraido en la corte; luego dejó á Londres para ir á consagrarse en Cantorberi.

Desde entonces comenzó á reflexionar seriamente sobre la santidad del estado en que iba á entrar. En el camino dijo á Heberto, individuo de su clero y digno de su confianza: „probablemente sucederá conmigo lo que con todos aquellos que ocupan grandes puestos, que por lo regular ellos solos ignoran las quejas que el pueblo tiene de su conducta. Comunicadme pues en lo sucesivo todo cuanto dijeren de mí: advertidme sobre todo las faltas que en mí observareis.”

Luego despues de su consagracion pareció un nuevo hombre. Dejó sus vestidos suntuosos, vistió el hábito monástico sobre un áspero cilicio, trayendo encima de él otro vestido conveniente á su dignidad,

pero simple, modesto y largo, de seda obscura y forrado solamente de pieles de oveja. Observó igual sencillez en sus muebles, en su método de vida, y reservó gran parte de sus rentas para alivio de los pobres. Alimentaba todos los dias á ciento y cincuenta, y á doce de ellos les lavaba los pies. Además de estas limosnas egemplares hacia otras infinitas que su humildad tímida y la delicadeza de sus desvelos á favor de los pobres vergonzantes, procuraban igualmente tener secretas. En cuanto á las limosnas establecidas en el arzobispado, duplicó las de Thibaldo su predecesor, el cual habia ya practicado lo mismo con las de aquellos que le habian precedido. Su aplicacion á la meditacion, á la oracion vocal, á la lectura de libros devotos y al estudio de la Escritura y de los padres, igualó á su caridad. Se le oía con frecuencia llorar como perdido aquel tiempo que habia empleado en los negocios del siglo. Su mesa era numerosa, pero sin lujo. En ella colocaba á los literatos á su derecha, y á los monges á su izquierda: los señores y demás seglares comian á parte, temiendo, les decia, no les causase fastidio la lectura latina que duraba todo el tiempo de la comida. Aunque el uso de manjares delicados llegó á serle necesario en fuerza del largo hábito que habia contraido, no dejó de guardar una sobriedad rígida.

33. Un prelado que se entregaba tan absolutamente á Dios, no podia ya dividirse de modo alguno entre la Iglesia y el siglo. Poco despues de su vuelta del concilio de Tours, en el segundo año de

su obispado, envió al Rey los sellos, suplicándole nombrase otro cancelario. El favor de los Príncipes es un peso de que no es fácil descargarse cuando se quiere. Enrique miró como una injuria, que un hombre tan colmado de sus gracias manifestase despreciarlas de este modo. Concibió desde luego contra él una aversion, que solo necesitaba para manifestarse algun pretesto con que no quedase humillado su amor propio. Una diferencia suscitada entre la jurisdiccion civil y la eclesiástica le ofreció ocasion oportuna (1). Enrique I habia concedido á los obispos el derecho de juzgar de los crímenes de sus clérigos, con exclusion de jueces seculares; y Enrique II en la ceremonia de su consagracion juró conservar este privilegio. Este Príncipe, despues de su descontento con el arzobispo de Cantorberi, quiso someter algunos clérigos culpables á la justicia civil, y el arzobispo lo desaprobó. El Rey hizo juntar en Londres el arzobispo y los obispos, valiéndose desde luego de la persuasion para atraerlos á su dictámen. No habiendo podido lograr su intento, le faltó la paciencia; y mirándolos con ojos coléricos, les dijo, ¿si se negaban á observar las costumbres de su reino? (2) Lo que entonces llamaban costumbres no era mas, segun el historiador de Inglaterra, que un caos propio para confundir los usos legítimos con las usurpaciones de la violencia y de la tiranía. Estrechados á contraer un empeño tan general y tan equívoco, opu-

(1) *Vit. Quadrip. lib. 1. cap. 17. et seq. = Matt. Paris ad ann. 1163.* (2) *Matt. Par. p. 97.*

sieron los prelados algunas cláusulas igualmente vagas, y respondieron que observarian las costumbres, los unos *salvo su orden*, los otros *segun su conciencia*. Ofendido el Rey de estas restricciones, disolvió de improviso la asamblea, y para atestiguar mejor su indignacion salió de Londres el dia siguiente antes de amanecer.

Sin embargo, se esparció el temor entre los prelados, y empezaron á separarse del arzobispo, y prestarse á los votos de la corte. Algunos se esforzaron en persuadir á Tomás, haciéndole entender que el Rey no queria mas que dejar bien puesto su honor á los ojos del público, mediante alguna apariencia de consentimiento de parte del clero. Mediante esto fue el arzobispo á encontrar al Príncipe en Oxford, y le prometió mudar la cláusula que tan vivamente le habia ofendido. Enrique manifestó ablandarse, y pidió que se cumpliese esta promesa públicamente en la asamblea de los obispos y de los señores.

En consecuencia de esto, se juntaron de todo el reino en Clarendon, donde los señores mas poderosos, algunos obispos y Ricardo, maestre de los templarios, personaje de mucha consideracion, suplicaron al arzobispo que empezaba á temblar á vista de las resultas de su condescendencia, que reflexionase las desgracias á que se esponia con su clero. El terror los tenia abatidos de tal manera, que cada uno se figuraba ver el hierro levantado sobre su cabeza. Rindióse por segunda vez á instancias tan eficaces, y fue el primero que se obligó. Juró generalmente

observar las costumbres de buena fe, y sin ninguna otra adición. Todos los obispos hicieron despues de él el juramento en la misma forma, mas no tardaron en reconocer un justo motivo de arrepentimiento por haberse comprometido tan absolutamente. En vez de algunos artículos justos y sin inconvenientes, á los cuales los ministros del Rey habian prometido reducir aquella fantasma espantosa de las costumbres, agravaron su peso siguiendo los impulsos ó de la adulacion al Monarca, ó de una envidia secreta contra el clero. Clamó el arzobispo contra el abuso tan enorme que se hacia de la condescendencia de los obispos. En fin, los agentes de Enrique limitaron su coleccion á diez y seis artículos, bastantes sin embargo para consternar las conciencias que fuesen algo timoratas. Esta supercheria sumergió al arzobispo en el dolor mas profundo, y le conservó no obstante encerrado en su corazon, hasta que pudo lograr una ocasion de retractarse sin irritar el carácter violento del Príncipe. Habiendo Enrique propuesto al arzobispo que firmase el decreto junto con los otros prelados, y que pusiese su sello, respondió el Santo que la naturaleza del negocio exigia alguna dilacion á fin de concluirle, á lo menos de un modo decente. Con este pretesto ganó tiempo. Al retirarse se llevó un egemplar de las actas de la asamblea.

Apenas hubo juntado los suyos, cuando oyó entre ellos vivos rumores acerca de lo que acababa de suceder. El clérigo encargado de precederle con la cruz, prorumpia en mil invectivas amargas contra el

yugo vergonzoso que se imponia al clero, y contra los prelados que tenian la cobardía de someterse á él. „El arte de agradar y de lisongear, dijo al prelado, es la única sabiduría de que en el dia se hace aprecio. El contagio ha inficionado al pastor, y luego á las ovejas. ¿Qué refugio resta á la inocencia? ¿Quién combatirá por ella despues que el gefe ha sido vencido? ¿Cómo se podrá resistir á una tormenta que trastorna hasta las columnas de la Iglesia? ¿Contra quién clamais vosotros, hijos mios, les dijo el arzobispo? Contra vos mismo, respondió el clérigo, contra vos que acabais de perder vuestro honor y vuestra conciencia, transmitiendo á la posteridad un egemplo tan escandaloso cual es la aprobacion de unas costumbres tan abominables.” El santo arzobispo dijo suspirando: „he pecado, me arrepiento de mi culpa, y me juzgo indigno de las funciones del sacerdocio, hasta espiarla con la penitencia y obtener la absolucion del Sumo Pontífice.” Se impuso inmediatamente penitencias estraordinarias, y envió una persona al Papa á fin de que le absolviese. Alejandro III no aprobó de modo alguno que por una falta en que fue sorprendido, y reparada ya tan generosamente, se hubiese ausentado del altar con peligro de escándalo un prelado de esta distincion. Le mandó espiarla delante de Dios en tanto que le remordiese su conciencia, y usar de la confesion sacramental, sin señalarle no obstante cosa alguna acerca de la reparacion que exigia respecto de los hombres. La denegacion solemne que en seguida hi-

zo Tomás al Rey Enrique, previno bastantemente el escándalo. Al primer rumor de esta novedad, aquel Príncipe violento se dejó arrebatarse de la cólera, aunque apenas creía lo que todo el mundo publicaba. Mas despues de haber hecho comparecer al arzobispo, viendo que se negaba claramente á firmar las actas de Clarendon, su negro resentimiento se dirigió nada ménos que á la muerte del prelado. Temia sin embargo el oprobio que semejante atentado imprimiria en su nombre, y aun mas tal vez las revoluciones funestas que escitaria en el reino. Probó por toda suerte de ardidés y de malos tratamientos á reducir al arzobispo á que hiciese dimision de su dignidad. Habiéndole hecho citar en Northampton á una especie de concilio compuesto de todos los prelados y de todos los señores del reino, comenzó por hacerle acriminar el no haber comparecido en persona á una citacion precedente. Justificó el arzobispo que habia respondido por medio de una persona suficiente, segun los términos de la ley. No dejaron por esto de confiscarle todos sus bienes. Exigióle Enrique en seguida quinientas libras de plata que le habia prestado: el arzobispo afirmó que el Príncipe le habia hecho de ellas donacion. Fue sin embargo igualmente condenado á restituirlas sin demora. Sosteniéndose siempre con valor y sinceridad, continuaron pidiéndole cuenta de los bienes inmensos que habia administrado siendo cancelario, y cuya suma ascendia á doscientos treinta mil marcos de plata. Esta proposicion in-

quietó á todos: murmuraban de todas partes, diciendo que ya tenian formada la resolucion de perder al arzobispo. Por lo que toca á este, sin entrar en una justificacion circunstanciada que su poderoso enemigo estaba bien determinado á no admitir, cortó el enredo por el pie, recordando lo que era notorio, que el Rey le habia eximido de todo cargo cuando le hizo aceptar el arzobispado.

Comenzaron no obstante á proceder en forma, y aun á opinar que se le sentenciase; pero la conmocion y la incertidumbre alborotaron muy en breve la asamblea. Algunos obispos aconsejaron al santo que renunciase una dignidad que escitaba borrascas tan peligrosas. Otros juzgaban que este egeemplo seria de una consecuencia perniciosa para toda la Iglesia, pues sujetaria las leyes mas sagradas al capricho del Príncipe. El mayor número, sin ser los mas celosos, repugnaban fuertemente el pronunciar, juntos con los legos, una sentencia manifiestamente contraria á los cánones. En fin, despues de haber meditado bien como saldrian de una situacion en la cual no quedaba otro partido que el de incurrir necesariamente en la indignacion del Rey, ó el de hacer traicion á la Religion, convinieron en citar al arzobispo al tribunal del Papa, como reo de perjurio por no haber admitido las costumbres que habia jurado observar. El mismo Tomás apeló al Sumo Pontífice, y se salió al momento de la asamblea. Los cortesanos le llenaron de injurias, mas la violencia no pasó adelante contra lo que se esperaba. La injusticia de los

grandes hizo tan poca impresion en el pueblo, que todos al verle bendecian mil veces al cielo por haberle sacado de un peligro en que ya le creían muerto. Era tan grande la muchedumbre que concurrió á recibir su bendicion, que apenas podia pasar con su caballo. Todos le acompañaron hasta su alojamiento.

34. Por la tarde dos señores de los mas principales fueron á visitarle deshechos en lágrimas, y le aseguraron que ciertos hombres, no menos calificados que acostumbrados al crimen, se habian obligado mutuamente con juramento á quitarle la vida. Él habia ya pensado en evadirse, y este aviso le determinó inmediatamente á la fuga. Para encubrir no obstante su designio, hizo preparar su cama, fingió querer descansar, se acostó, y algunas horas despues se marchó en silencio por una puerta escusada, mientras que todos estaban en el primer sueño. No llevaba en su compañía mas que á su fiel Heberto y á un santo religioso del orden de Semprignan, con los cuales partió disfrazado y por caminos poco trillados hácia el mar.

Al dia siguiente por la mañana sabedor el Rey de la fuga del arzobispo, juntó lleno de temor á los obispos y señores, y les pidió sus consejos con inquietud. Atendiendo al curso que habia tomado este negocio, no hallaron otro espediente mejor que el de continuarle por aquel camino que el mismo Tomás seguia. Se esforzaron en ganarle la delantera, y tomaron todas las medidas para oprimirle en Francia,

donde residia el Papa, á quien enviaron una embajada pomposa y acompañada de ricos presentes; de suerte que decian todos seria gran felicidad si los embajadores no eran despojados en el camino. Entretanto el temor que tuvo la política de ofender á la corte pontificia, ó mas bien por un efecto señalado de los designios benéficos de la Providencia hácia su siervo, se publicó en Inglaterra, en nombre del Rey, una prohibicion rigurosa de molestar las gentes del arzobispo, y de tocar á sus propios bienes.

El Santo llegó luego á Lincoln, despues á una ermita dependiente de Semprignan, donde la delicadeza de su complexion le obligó á descansar tres dias á fin de recuperar algunas fuerzas (1). De allí volviendo hácia la costa meridional por el lado de Francia, y caminando siempre de noche, llegó á las inmediaciones de Sandwich, donde entró en una barca y aportó en cuatro dias á Bolonia. Andaba á pie vestido de monge, haciéndose llamar fray Cristiano; mas estando poco acostumbrado á viajar de un modo tan penoso, en el fin de un otoño molestísimo por la lluvia y los lodos, y muy incomodado ya de la mar, apenas habia andado un poco de camino, se echó en tierra estennado de fatiga, y dijo á sus compañeros: es necesario que me lleveis ó que me busqueis alguna caballería. Halláronle un caballo que no tenia ni silla ni freno, acomodaron en él su manto, y le montaron con trabajo. Poco despues encontró gente armada, y le preguntaron si era él el arzobis-

(1) *Vit. Quadríp. lib. 2. cap. 2. et seq.*

po de Cantorberi. Les respondió sonriéndose: juzgad vosotros mismos si este es el equipage de un arzobispo; y partieron sin conocerle.

No fueron menos los peligros que tuvo en el condado de Bolonia, y en la parte de Flandes que hubo de atravesar, cuyos dos condes, primos-hermanos del Rey Enrique II por su madre Sibila de Anjou, estaban prevenidos por este Príncipe, de que Tomás había huido de su reino como un traidor. En Gravelinas, aunque sus compañeros manifestaron tratarle como al mas inferior entre ellos, el dueño de la posada donde fue á parar quedó prendado de sus modales nobles, de su bello semblante y de todo su exterior, á la verdad muy digno de reparo. Su talla era aventajada, tenia una fisonomía de carácter noble, la cara larga, la frente espaciosa, el mirar agradable, la tez por otra parte y las manos muy diferentes de las gentes del trabajo. Como se habia esparcido en todo el pais el rumor de su fuga, y tal vez igualmente sus señas, el mesonero despues de haberle observado con mucha atencion llamó á su muger á parte, y la manifestó sus sospechas. La muger fue apresuradamente á la mesa para considerar en ella al santo prelado, quien movido de su natural afabilidad estaba haciendo fiestas á los niños de la casa, en agradecimiento de aquello poco en que le habian servido. Volvió sonriéndose y dijo á su marido: en verdad lo habeis atinado, ciertamente es el mismo. Desde luego fue á buscar lo mejor que habia, y lo puso en la mesa del que decia ser fray Cristiano,

quien estrañó estas nuevas atenciones. Despues de cenar se postró el mesonero á los pies del Santo, y este se quedó muy perplejo con tan nuevas demostraciones. Habiendo perseverado algunos momentos pensativo, „Señor, le dijo de improviso, doy gracias á Dios porque ha honrado mi casa con vuestra presencia. ¿Y quién soy yo, replicó el prelado? ¿de qué utilidad puede serviros el pobre fray Cristiano? Seguramente, volvió á replicar el mesonero, vos sois cristiano pues sois el arzobispo de Cantorberi.” Viendo el prelado que ya no podia disimular mas, procuró con caricias y con una confianza que ya era indispensable, obligar á su hospedero al secreto, y le convidó á acompañarle al dia siguiente.

Partió antes de amanecer, y despues de haber andado doce leguas á pie en un tiempo malísimo, siempre con agua y lodos, llegó al monasterio de Clairmarais, cerca de San Omer. En el mismo dia llegaron allí los embajadores que el Rey de Inglaterra enviaba al Papa, por cuya causa se vió precisado el arzobispo, á pesar de estar rendido de cansancio, á abandonar de noche á Clairmarais despues de maitines, y retirarse á una ermita de San Bertin, donde permaneció oculto por espacio de tres dias, y despues á instancias del abad y de los monges pasó al propio San Bertin.

35. Entretanto los embajadores de Inglaterra llegaron á Compiègne donde estaba el Rey Luis el joven, y le entregaron las cartas por las cuales el Rey su amo rogaba á Luis que no admitiese en sus esta-

dos á Tomás, antes arzobispo de Cantorberi. „¡ Antes arzobispo! replicó Luis todo inmutado. ¿Quién pues le ha depuesto si ya no tiene esta dignidad? Yo soy Rey tambien como el de Inglaterra, y con todo no me persuado poder deponer al menor de los clérigos de mi reino.” El doctor Heberto y otro compañero del Santo, que habian seguido á los embajadores sin perderlos de vista, fueron despues á encontrar al Rey de Francia. Luego que se dieron á conocer como enviados del santo prelado, les mandó el Rey entrar con honor, corrió á abrazarlos, los escuchó y se informó con mucho cuidado. Al oír la relacion que le hicieron de las penas y de los trabajos de su maestro, el buen Rey, sensiblemente enternecido, les dijo para asegurarles lo que habia respondido á los embajadores, y luego añadió: „antes de tratar así á un personage de esta esfera y de este mérito, debería haberse acordado de aquel verso del salmo: *irritaos y no queráis pecar*. Señor, replicó uno de los enviados, tal vez se habria acordado si frecuentase como vos el oficio divino.” El Rey se sonrió, les aseguró de toda su proteccion para con el arzobispo, y dijo al despedirlos: „es propio de la antigua dignidad de la corona de Francia, que los justos perseguidos, y sobre todo los ministros de la Iglesia, hallen socorros y seguridad en este reino.” Se retiraron muy contentos, y se dieron prisa á ir á encontrar al Papa en Sens, á donde habian llegado el dia anterior los embajadores del Rey Enrique.

Tomás por su parte salió de San Bertin acompa-

ñado del abad y de Milon, obispo de Teruana, que le condujeron hasta Soissons. Luis el jóven concurreó allí al dia siguiente, y fue á apearse á la posada del arzobispo, que él mismo quiso prepararle. Le encargó la buena acogida que habia dado á sus enviados, ocurrió con magnificencia á todas sus necesidades, y le hizo acompañar á Sens por sus oficiales.

36. El Papa se compadeció mucho de sus penas, le hizo explicar la causa en presencia de los cardenales, le dió el primer lugar despues del suyo en la asamblea, y quiso que hablase. Tomás despues de haber dicho con sencillez que creía sufrir por la justicia, y que si hubiese querido ser infiel á su conciencia no tendria necesidad de mediador, presentó el egemplar de las costumbres, y dijo derramando lágrimas: „ved ahí lo que han querido hacerme aprobar; á vos corresponde, Santo Padre, el juzgar si esto puede hacerse sin vulnerar la Religion.” El Papa habiendo leído y releído cada artículo con atencion, vió por sí mismo la justicia de la causa del Santo. Solo le reprendió su primera debilidad en dar alguna especie de consentimiento: los halló contrarios en la mayor parte á las reglas canónicas, y reconoció no obstante haber algunos artículos que podian tolerarse. En efecto, en el juicio que tardó poco en comenzarse, despues de haber pronounciado que todos nacian de un mal principio, no dejó de señalar algunos como tolerables: todos los demás los condenó severamente.

La prolija enumeracion de estos artículos seria in-

útil. Mucho menos importuno y mas instructivo será reducir la sustancia á las tres especies que los diversifican (1). La primera es de aquellos que combaten, segun las espresiones del mas ilustre de los doctores modernos, las prerogativas que Jesucristo adquirió á su Iglesia con el precio de su sangre; es decir, aquellos que eran contrarios al derecho divino. De esta manera hemos de calificar las trabas que Enrique II queria poner al egercicio de la primacia pontificia, imposibilitando toda suerte de apelacion y de recurso á la santa Sede. Tal es además la dependencia en que pretendia poner la potestad episcopal de atar y desatar, ó de pronunciar las censuras eclesiásticas, como de instituir los ministros de la Iglesia. La segunda especie de artículos condenables á juicio del sabio prelado que hemos tomado por guía en esta materia espinosa, comprende aquellos que aniquilan los privilegios concedidos á la Iglesia por los Reyes piadosos. Siendo las dos potestades independientes una de otra, y soberanas cada una en su esfera, hallaba el santo arzobispo de Cantorberi que era muy propio de la equidad y del derecho natural, que un don hecho á la Iglesia por el Príncipe no fuese menos irrevocable que tantas concesiones eclesiásticas como los Príncipes procuran sostener despues de haber tomado posesion de ellas. En fin, la tercera especie de estas costumbres condenables, ó por mejor decir, la tercera razon que califica á todas de injustas y perniciosas, eran las máximas que se seguian entonces cons-

(1) Bossuet *Hist. variat. lib. 7. num. 114.*

tantemente en la jurisprudencia. Es verdad que se fundaban algunas veces en las falsas decretales y en la coleccion de Graciano, defectuosa por otros muchos respetos. Sobre este fundamento pretendian, por egerplo, que el poder secular no tenia derecho alguno en las causas criminales de los eclesiásticos, en virtud de una novela de Justiniano que se lee en Graciano truncada y absolutamente trastornada.

Esto no obstante, el derecho contrario habia prevalecido de tal modo, que los fieles estaban generalmente escandalizados de verle disputado. Sabian por otra parte las interpretaciones que los ministros del Rey de Inglaterra querian dar á los artículos tolerables en sí mismos, y los excesos que cometian en la egecucion. Los que instigaban á Enrique II eran unos hombres turbulentos y vanos, los cuales en todos tiempos creian señalar la fuerza de su espíritu con innovaciones ó reformas, cuyo fruto comunmente es enredar las cosas, y hacer suceder los alborotos y el desórden á las preocupaciones inocentes. Por lo que hace á los sabios y á los políticos que tenian entonces religion, miraron la causa de Tomás á semejanza del Rey Luis el jóven, como la causa de la Iglesia y del cielo. Quanto mas dudosa ha parecido á la sabiduría del siglo, (esta es una de las ideas luminosas que caracterizan al oráculo moderno de la iglesia de Francia) tanto mas se ha declarado el poder divino en favor de este santo prelado, por los castigos terribles que ha descargado contra su perseguidor, por la penitencia egerplar de este Príncipe, por los milagros

tan brillantes que atraen á su sepulcro á los Monarcas ingleses y á los estrangeros (1).

Mas no aceleremos el curso del tiempo. Hallándose el santo en Sens en el tribunal del Sumo Pontífice, quiso hacer renuncia del arzobispado de Cantorberi: se arrepentia de haberle obtenido por medio del poder secular, aunque casi se le habia arrastrado con violencia á esta silla eminente. „No quise hacer dimision, dijo, en fuerza de las amenazas del Rey, por no dar mal ejemplo: mas puedo sin peligro renunciarle en manos de Vuestra Santidad.” El Papa despues de haber deliberado con los cardenales, juzgó ser cosa interesante á toda la Iglesia el sostener á un prelado generoso que habia espuesto por ella sus bienes, su dignidad y su vida. No quiso aceptar la dimision, aseguró su conciencia timorata sobre lo que creía irregular en su ingreso al obispado, y le señaló para su retiro el monasterio de Pontigni, mientras se presentaba ocasion favorable de restablecerle honrosamente.

37. Guichardo, abad de Pontigni, que fue despues arzobispo de Leon, se hallaba en Sens con algunos de sus religiosos. El Papa le recomendó al santo confesor; éste partió con ellos, y quiso tomar el hábito monástico, movido de lo que habia leído en algunas historias, que nunca habian acontecido divisiones en el reino de Inglaterra, sino cuando la silla de Cantorberi habia sido ocupada por personas de otra profesion. Al hábito cisterciense añadió las

(1) *Hist. Variat. lib. 7. in fin.*

austeridades: además del cilicio que llevaba continuamente, y de la disciplina que á menudo se hacia dar en secreto, salia con los monges al trabajo del campo, y se empleaba en las obras mas duras, segun sus fuerzas se lo permitian. Suplicó asimismo al hermano que le servia en la mesa, que le administrase ocultamente la porcion de la comunidad, en lugar de otros platos regalados que se preparaban para su persona. No queria sustentarse de otras viandas que de las legumbres insípidas que se daban á los religiosos, y durante algunos dias fueron éstas su único mantenimiento. Mas un método de vida tan diferente de aquel á que estaba acostumbrado, le causó una enfermedad que le obligó á mudar de alimentos, lo que fue para él una pena tanto mas sensible, quanto se figuraba una especie de sensualidad ó de delicadeza poco conveniente á su situacion. Consolóse con esta humillacion, y la aceptó como un suplemento al género de penitencia que habia llegado á serle imposible.

Empezaba á gustar de los placeres puros de este santo retiro, cuando una multitud de ingleses, desterrados por su causa, llegaron á derramar la amargura en su alma sensible (1). El Rey de Inglaterra conocia toda su bondad; y sin avergonzarse de hacer de una cualidad tan respetable su mismo suplicio, irritado de no haber podido atraer al Papa á que condescendiese con sus deseos, desconoció toda especie de atenciones. Hizo confiscar los bienes del ar-

(1) *Ger. Chron. 1165.*

zobispo y de todas las personas que le eran afectas, estrañó del reino á todos sus parientes, sus amigos y sus domésticos, sin perdonar á los ancianos de eréptos, ni á los niños de pecho, ni á las madres recién paridas, é hizo jurar á todos los que se hallaban en edad de poder obligarse con juramento, que irían á encontrar á Tomás en cualquier parte donde estuviese. El furor llegó al extremo de prohibir que se orase por él. Llegaban pues diariamente al santo prelado cuadrillas de estos desgraciados, cuyas penas se reunían todas en su corazón sensible. Mas la caridad generosa de los franceses fue igual á la odiosa barbarie de Enrique II. La indignación que escitó, hizo dar á tantos proscritos socorros tan abundantes, que muchos se hallaban en su destierro mejor que habían estado en el seno de su patria.

38. Hubo algunos vasallos del perseguidor que señalaron igualmente su adhesión al santo perseguido (1). Admiróse sobre todo la firmeza de San Gilberto, fundador de Semprignan. Llegó á la corte la noticia de que él y sus religiosos habían enviado grandes sumas de dinero á Tomás á su retiro de Francia, y se procedió desde luego contra todos los superiores y procuradores de la orden á fin de desterrarlos si se hallasen convencidos del hecho. Sin embargo, los jueces por puro respeto á la santidad de Gilberto, no exigieron mas que su juramento contra el tenor de la acusación para enviarle absuelto: mas aunque ésta era en efecto muy falsa, y la

(1) *Vit. Gilb. Monang. tom. 2. pag. 684.*

rígida pobreza del santo hacia imposibles semejantes liberalidades, quiso mas bien esponerse á todos los efectos de la tiranía, que prestar un juramento de tan mal ejemplo. No atreviéndose los jueces á condenar á un santo, tan generalmente reverenciado, le concedieron cierto tiempo para que resolviese. En este intervalo sobrevino una declaración del Rey, el cual para salvar las apariencias, se reservaba el conocimiento de esta causa; pero daba desde entonces libertad á Gilberto y á otros superiores de su orden. Entonces fue cuando él declaró sin necesidad de forma alguna de juramento, que la acusación había sido absolutamente falsa. El santo vivió todavía mucho tiempo despues en una profunda tranquilidad, y llegó á la edad de ciento y seis años en que murió el 4 de Febrero de 1189.

39. El enojo del Rey Enrique causó una consternación aun mucho mas terrible, pero que no fue de mayor consecuencia. Para amedrentar al Papa Alejandro que se oponía á los efectos de su furor, fingió querer substraerse de su obediencia y entrar en la rebelión de Federico contra la santa Sede. Este Emperador se aprovechaba con ansia de la ocasión para hacer abrazar á un gran reino el cisma, que de ningún modo había podido estender fuera de sus estados. En una dieta tenida en Wirsburgo, donde asistieron diputados del Rey de Inglaterra, les hizo esceder sobre manera los límites de su comisión: contrajeron empeños verdaderamente cismáticos, pero por su propio capricho y sin estar de modo al-

guno autorizados para ello. El Rey Enrique en medio de tener una religion que practicaba á su modo, tenia principios de fe que manifestó siempre respetar; y así quejándose el Papa Alejandro de los procedimientos escandalosos de sus diputados, dió la desaprobacion mas formal y satisfactoria. Os aseguramos en nombre del Rey de Inglaterra, le escribieron muchos obispos ingleses y franceses, que no ha jurado ni prometido al Emperador, ni por sí, ni por medio de persona alguna autorizada por su parte, renunciar á la unidad de la Iglesia, y abrazar la comunión de los cismáticos (1). Llegaron hasta esplicarse sobre una alianza que podia dar alguna sospecha. Por lo tocante, añade la carta, al matrimonio de la Princesa, hija del Rey Enrique, con el duque de Sajonia, el Rey ha puesto por primera cláusula que haya de guardar una fidelidad inviolable al Papa y á la Iglesia.

40. Federico Barba-roja buscaba en su dieta ó conciliábulo de Wisrburgo un apoyo capaz de sostener la facción que se precipitaba hácia su ruina despues de la muerte de Octavio, acontecida en el año precedente de 1164. Este Antipapa fue tan aborrecido en aquellas mismas ciudades que el Emperador habia sometido á su obediencia, que los canónigos de Luca donde murió, no quisieron consentir que fuese enterrado en su iglesia. Al cabo de cuatro años de intrusion, no tenia mas que dos cardenales, de cuatro que le habian seguido; á saber, Guido de

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 1443.

Crema y Juan de San Martín. Procedieron estos á una nueva eleccion; y en un cónclave tan extraño, compuesto solamente de dos cardenales, á los cuales asociaron cuantos prelados cismáticos pudieron amontonar apresuradamente, fue instituido Papa el cardenal de Crema, con el nombre de Pascual III. Como sabian que el Emperador estaba muy disgustado de su Antipapa, se apresuraron á nombrar sucesor sin saberlo este Principe, antes que pudiesen recibir sus cartas por las cuales prohibia en efecto crear un nuevo Pontífice. Pero el primer paso en la carrera del crimen, hace en los mismos Soberanos una especie de necesidad de una culpable perseverancia. Federico aprobó la eleccion que habia prohibido, juró é hizo jurar á sus eclesiásticos que reconocerian siempre por legítimos Pontífices á Pascual y á sus sucesores, y á Alejandro con los suyos por cismáticos. De esta manera y contra su propio voto, se reanimó el cisma con su proteccion. Guido de Crema con el nombre de Pascual, tuvo mas de cuatro años el título de Papa.

41. La muerte del Antipapa Octavio hizo sin embargo á los cismáticos de Italia mucho mas accesibles, y causó la mayor alegría á los parciales de Alejandro. Algunos de sus cardenales la celebraban con tan poca reserva, que les reprendió generosamente de que se manifestasen mas sensibles á sus intereses pasajeros, que á la suerte eterna de un alma arrebatada de este mundo en estado tan deplorable. Habiendo el Emperador en estas circunstancias dejado

la Italia, perdió en ella cuasi todo su poder (1). Los venecianos hicieron contra él una liga formidable, en la cual envolvieron á la mayor parte de las ciudades de Lombardia. Los romanos prometieron con juramento someterse al Papa Alejandro, establecieron un nuevo senado enteramente de su devocion, pusieron en manos de su vicario la iglesia de San Pedro, el condado de Sabino y otros muchos puestos importantes que habian tomado á los cismáticos: despues enviaron una diputacion numerosa para reclamar su pastor, quien de consentimiento de los Reyes de Francia y de Inglaterra determinó su regreso. Embarcóse para Sicilia donde el Rey Guillermo disputó á los romanos el honor de aventajarse en su obsequio, haciéndole una acogida conforme al titulo de Padre y de Señor que le dió. Escoltado de cuatro galeras que le suministró este Príncipe, y acompañado de los principales señores de la isla y de un arzobispo, llegó Alejandro á Roma el 21 de Noviembre de 1165, y fue recibido con demostraciones extraordinarias de alegría por todos los estados de la ciudad.

42. Permaneció tranquilo hasta que Federico se puso en estado de volver á entrar en la Italia al fin del año siguiente, despues de haber tenido una corte plena en Aquisgran para canonizar al Emperador Carlo-Magno. El cuerpo de este Príncipe fue descubierto en el año de 1000 por Otton III, y aunque se halló incorrupto y se contaban muchos milagros,

(1) *Godefr. ann. 1164.*

continuaron haciéndole el aniversario comun á los otros difuntos. Federico Barba-roja, de consentimiento de los señores, así legos como eclesiásticos congregados en gran número, exhumó el cuerpo con gran ceremonia, y le metió en una caja ricamente adornada. Esta fue la época en que comenzó á celebrarse fiesta á Carlo-Magno y á honrarle de un modo público con un culto que se extendió de Aquisgran á algunas otras iglesias. Aunque esta canonizacion fue hecha por un Antipapa, los Papas legítimos jamás la han reprobado.

Partió Federico poco despues para la Italia, resuelto á hacer los últimos esfuerzos para establecer á Pascual en lugar de Alejandro; fue en persona á sitiar á Ancona, de la cual se habia apoderado el Emperador de Constantinopla, y mandó avanzar hácia Roma tropas numerosas á las órdenes del arzobispo electo de Maguncia. Apoderáronse de todas las ciudades circunvecinas, y no pudiendo forzar á Roma, intentaron con algun éxito ganar á los romanos á fuerza de dinero. Alejandro empleó los mismos medios para contener en su deber aquellas almas venales, que queriendo complacer á los dos partidos, eran infieles á uno y otro. El Rey Guillermo I, por sobrenombre el Malo, que murió en este mismo año, le habia dejado cuarenta mil libras esterlinas, moneda de Inglaterra ya muy conocida, y su hijo Guillermo el Bueno le envió además otro tanto.

43. Por otra parte el Emperador de Constantinopla, Manuel Comneno, hizo entregar al Papa pre-

ciosas dádivas, y le ofreció su auxilio contra Federico. Manifestóle la sumision mas religiosa, y le prometió restablecer la union entre las dos iglesias, en el pie en que habia estado en sus mas felices dias de los tiempos primitivos. Pidió al Papa lo que ya muchas veces habia solicitado, que en coyunturas tan favorables volviese á sus sienas la corona imperial; la cual, decia, pertenece de derecho al sucesor natural de los Constantinos y Teodosios, y no al alemán Federico. Insistia diciendo que suministraria tanto dinero y un cuerpo de tropas tan formidable, que someterian de una vez á la iglesia romana, no solamente la infiel Roma, sino tambien toda la Italia. Aunque estas promesas parecieron quiméricas, no dejó el Papa de escucharlas lo bastante para enviar legados á Constantinopla.

44. Pero derrotadas las tropas de Alejandro por el arzobispo de Maguncia, y habiendo caido Ancona en poder de Federico, se acercó este Príncipe con la mayor altivéz á Roma, atacó el castillo de Sant-Angelo, y luego la iglesia de San Pedro, cometiendo la impiedad de ponerla fuego para obligar á que se la entregasen. El Papa Alejandro lleno de espanto, abandonó el palacio de Letran, y se retiró con los cardenales á las casas fortificadas de algunos nobles romanos; mas siguiéndole el terror, salió en trage de peregrino, y buscó mas seguridad en los estados del Rey de Sicilia. Vino entonces el Antipapa Pascual desde Viterbo donde habia esperado el éxito de las armas de Federico; celebró solemnemente en San

Pedro el domingo treinta de Julio, y el martes siguiente, dia de San Pedro ad-Víncula, coronó á este Emperador y á la Emperatriz Beatriz su esposa (1). El triunfo de los cismáticos fue tan pasajero como parecia completo. Al dia siguiente de la coronacion, el ejército imperial despues de un poco de lluvia, fue herido de un sol tan ardiente que causó repentinamente una mortandad espantosa. Los soldados caían muertos sobre sus armas, y cuasi en la marcha. La muerte hirió del mismo modo á los prelados y á los señores, entre los cuales principalmente fue horrible el fallecimiento de Reinaldo, arzobispo electo de Maguncia, uno de los principales ministros del Emperador. Fue tan grande la mortandad, que en algunos dias no fue posible acabar de enterrar los eadáveres. El dia seis de Agosto Barba-roja se vió precisado á abandonar las inmediaciones de Roma. Para colmo del desastre, los pueblos sublevados de la Lombardia le cargaron en su retirada, y acabaron de arruinar las débiles reliquias de sus tropas, mas semejantes á un hospital ambulante que á un ejército.

El Papa Alejandro, á egemplo de Gregorio VII, como refiere Juan de Sarisberi que no halla otro egemplo mas antiguo, habia absuelto á estos italianos, y á todos los demás vasallos de Barba-roja del juramento de fidelidad (2). Habiendo llegado á Francia la nueva de su derrota, y á oidos de Santo Tomás de Cantorberi, escribió al Papa una carta con-

(1) *Acerb. Moren. pag. 345.* (2) *Joán. Saris. ep. 210. tom. 10. Conc.*

gratulatoria, en la cual compara esta catástrofe al castigo de Senaquerib (1). „¿Quién de los ministros de Jesucristo, concluye, se someterá en adelante á las voluntades inicuas de los Príncipes contra la Iglesia? ¿Quién será el preocupado que se atreva á seguir la rueda de la fortuna de un Príncipe soberbio y tan humillado? Ciertamente no seré yo.”

45. El destierro y la indignidad en nada habian debilitado la magnanimidad del santo arzobispo. Habiéndole conferido el Sumo Pontífice, poco despues de su vuelta á Roma, la legacion de Inglaterra, Tomás se vió obligado á hacer respetar la iglesia de la cual era ministro. Escomulgó desde luego espresamente junto con otras personas á Juan de Oxford, que en la dieta de Wirsburgo empeñó en cuanto estuvo de su parte al Rey de Inglaterra para que entrase en el cisma. En cuanto al Rey, que en el ínterin cayó gravemente enfermo, el nuevo legado no pronunció la escomunión contra él; pero le dió á conocer que si no entraba dentro de sí mismo, le escomulgaria igualmente, y pondria entredicho en su reino. En fin, condenó públicamente la acta famosa de las costumbres de Inglaterra, absolvió á los obispos de la promesa que hicieron de observarlas, y declaró escomulgado á cualquiera que en adelante quisiese autorizarse con este escrito fatal. Notificó inmediatamente lo que acababa de practicar á los obispos de su provincia, y mandó al de Londres, dean de

(1) *Lib. 1. ep. 22.*

Cantorberi y su primer sufragáneo, que lo hiciese saber á las otras iglesias.

Esto causó una inquietud general acompañada de rumores funestos en toda la estension de la Gran Bretaña. Guilberto, obispo de Londres, que teniendo alguna sombra de religion hacia la corte á espensas de su conciencia, tembló con solo saber que la legacion se habia conferido al santo arzobispo. Escribió inmediatamente al Rey Enrique, suplicándole que permitiese á los obispos someterse á la autoridad que el Sumo Pontífice conferia á Tomás, y no exigiese de ellos una resistencia capaz de aniquilarlos y cubrirlos de oprobio; pues cuando el Papa ordena, decia en su primer movimiento, no hay subterfugio ó tergiversacion que pueda escusarnos: es necesario obedecer (1). Quedó por otra parte muy turbado cuando se halló encargado de cooperar por sí mismo al vigor y disposiciones del legado. No fue menor la sorpresa de la mayor parte de los obispos. Instruyeron al Rey, se juntaron en Londres para concertar sus defensas, y por una inconsecuencia lastimosa de Enrique que habia prohibido en su coleccion de costumbres el recurso á la santa Sede, de consentimiento de este Príncipe apelaron al Papa de todo cuanto pudiese hacer el arzobispo legado.

No obstante, como conocian la debilidad y todas las irregularidades de semejante apelacion, escribieron al santo prelado para que usase de la mayor moderacion en un negocio tan delicado (2): que espera-

(1) *Thom. lib. 1. ep. 131* (2) *Ibid. ep. 126.*

ban mas paciencia y modestia de un hombre de quien se decia haberse reducido á la pobreza voluntaria entre religiosos fervorosos, y aplicado como ellos á los trabajos humildes, á los ayunos, á las vigilias, á las lágrimas de la compuncion y á todos los egercicios de la vida espiritual y perfecta: que debia poner sus intereses en manos de la providencia del Señor y de la clemencia del Rey, mas bien que grangearse generalmente la acusacion de ingrato: que todo el mundo tenia presente, y aun podia él mismo acordarse bien del estado de donde el Rey le sacó para elevarle al mas alto grado de grandeza y de favor: que hasta la clase de que gozaba en la gerarquía la debia únicamente á este Príncipe, quien para establecerle en ella no habia atendido á los consejos de su madre: que por las murmuraciones de su reino y los temores del clero, debia horrorizarse á vista del cisma, y de los extremos funestos á la Religion á que su dureza podia reducir á un Príncipe obedecido de tantos pueblos, y que habia resistido hasta entonces á los motivos de mayor consideracion en el mundo; pero de quien tal vez arrancaria la indignacion lo que la seduccion no habia podido conseguir: en fin, que el rigor apostólico estaba reservado para los pecadores obstinados, y que si el Rey su Señor habia pecado, estaba pronto á la satisfaccion.

46. El santo arzobispo manifestó desde luego en su respuesta, que no creía que semejante carta fuese dictada por todos los prelados en cuyo nombre se habia remitido, no pudiendo imaginar que le aban-

donasen de esta manera en la persecucion que sufría por la causa comun del episcopado (1). Parece que sospechó que el obispo de Londres, instigado del Rey, habia tenido en ella la mayor parte. Despues de pintar las indignidades de esta persecucion, el peligro de la vida que le forzó á huir de Inglaterra, la miseria á que procuraban reducirle á él y á los suyos, la proscripcion de sus clérigos, de todas las familias que le eran adictas, ancianos, mugeres, niños, sin sentencia alguna pronunciada; „sin haberse atrevido, dice, á esperarme en el tribunal del Papa, se han confiscado los bienes de mi iglesia: una parte de la plata se ha convertido en provecho del Rey, y si lo que se dice públicamente es cierto, otra parte en beneficio de vuestra iglesia y de vuestra persona, de vos mi hermano el obispo de Londres; en cuyo caso, en virtud de la autoridad que el Señor y la santa Iglesia me dan sobre vos, os mando los restituys dentro de cuarenta dias contados desde la recepcion de esta carta.”

„Decís que mi promocion ha causado afliccion al clero, y murmuracion en el reino: consultad los monumentos, y hablad segun vuestra conciencia. Ved la forma de la eleccion, el consentimiento de todos aquellos que tenian derecho á votar, la aprobacion del Rey dada por el Príncipe su hijo y por los comisarios. Si alguno se ha opuesto, aquel que lo haya oido que nos dé la primera noticia. Ved además las cartas del Rey y las vuestras, de todos vosotros mis

(1) *Ibid.* ep. 137.

concolegas, escritas al efecto de pedir para mí el pálio." Nótese aquí, que los escrúpulos que tuvo el Santo acerca de su elevacion al obispado, y la dimision que quiso hacer, le fueron únicamente inspirados por la humildad ó por la melancolía. „Si la ambicion, continúa designando de nuevo al obispo de Londres, si la baja envidia aflige á alguno en orden á mi promocion, Dios le perdone, como lo hago yo, los sentimientos vergonzosos que no se detiene en manifestar. Vos me dais á entender que el Rey me ha sacado de la nada: confieso que no soy de origen augusto; pero amo mas mi pequeñez que degenerar de mi nobleza. Habré nacido, si lo quereis así, en una cabaña miserable; pero antes de entrar en el servicio del Rey no ignorais que vivia honradamente en mi medianía. Pedro fue sacado de la barca, nosotros somos los sucesores de los Apóstoles y no de los Césares. Me acusais de ingratitud; pero este crimen solo consiste en la intencion que me atribuis, y que de ningun modo podrá encontrarse en lo que vosotros figurais. Por lo que hace á mí, creo haberme propuesto hacer un servicio al Rey, aunque á su pesar: quiero apartar del pecado por medio de la severidad pontificia al que se hace sordo á los acentos de la ternura paternal. En todo caso temo sobre todas las cosas ser ingrato para con Dios, para con el mas grande y el mejor de los señores."

„Me representais, en fin, el peligro de la iglesia romana, y la amenaza de que el Rey se separe de ella. No quiera Dios que concibiendo de él idea tan

infame, mida el mal que medita por todo aquello que puede hacer un Principe que egerce su poder en tantas naciones. No quiera Dios que tenga este pensamiento injurioso ninguno de sus vasallos, cuanto mas un obispo: temed que lo que decís no sea para ruina de muchas almas, y que el objeto de estas aprensiones afectadas no se manifieste con infamia de muchos. En cuanto á la Iglesia, esta se asegura por las persecuciones: nada debemos temer contra su existencia: el peligro se convierte todo en daño de los que pretenden arruinarla." El arzobispo, antes de concluir, manifiesta á los obispos la nulidad de su apelacion y la irregularidad de sus procederes, con una fuerza de razones y una exactitud tan enérgica, que justifican al mismo tiempo su capacidad en el arte de escribir, y la reputacion que habia adquirido en el manejo de los negocios.

47. Una energía tan decidida y al mismo tiempo tan bien motivada, sacó al Rey fuera de sí. Su inhumanidad llegó al extremo de perseguir á Tomás hasta en el asilo humilde que le quedaba fuera de su patria. Envió cartas llenas de amenazas al capítulo general de los monges del Cistér, á fin de que arrojasen al santo huésped de la abadía de Pontigni. La hospitalidad que con él se egercia, si hubiese continuado algun tiempo mas, debia haber sido castigada con la pérdida de cuanto poseían en las tierras del Monarca en uno y otro lado del mar. Los solitarios virtuosos se vieron sin duda muy perplejos para esplicarse con el Santo sobre este particular; pero

apenas oyó la primera palabra, les escusó que siguiesen adelante. La grandeza de su alma le cerró los ojos para no ver su propio interés, dejándolos solamente abiertos para reconocer el daño próximo en la subversion de tantos monasterios que hacian florecer la piedad en las dilatadas provincias de la dominacion británica. „Me afligiria en extremo, les dijo, si causase el mas leve perjuicio á aquellos que me han recibido con tanta caridad. En cualquiera parte donde la suerte me destine, aquel que alimenta las aves del cielo tendrá cuidado de mí y de los compañeros de mi destierro.”

48. Envió sin demora á comunicar esta resolucion al Rey Luis, el cual no la recibió desde luego con la tranquilidad del Santo. „¡O Religion, exclamó, ó Religion! ¿dónde habitas? Ved allí aquellos hombres que creemos muertos al mundo, y á quienes los bienes de la tierra, cuyo desprecio profesan por Dios, hacen abandonar la obra de Dios y á aquellos que sostienen su causa. Volviéndose luego hácia los enviados del prelado: asegurad á vuestro amo, les dijo, de todo mi afecto. No, no: aun cuando fuese abandonado de todos como de aquellos que se dicen muertos al mundo, jamás le abandonaria. Le defenderé constantemente con todo mi poder de cualquiera opresion que sufriere de parte de Enrique, mi vasallo, pues sufre por la justicia. Que escoja en mis dominios el sitio que mejor le acomode, que le hallará preparado.” Poco despues sin embargo manifestó tomar parte en la pena de los religiosos de Pontig-

ni, y les dió gracias de lo pasado. „La Francia es, les dijo, á quien habeis honrado recibiendo este digno obispo, y yo soy el obligado por este favor.”

El Santo escogió la ciudad de Sens, y el Rey mandó que se adelantase un señor con trescientos hombres para conducirle allá desde Pontigni (1). Al despedirse de la comunidad no pudo contener sus lágrimas, por lo cual le dijo el abad: „admiro esta debilidad en una alma tan fuerte. La causa no es la que vos pensais, replicó el arzobispo; es que Dios me ha dado á entender esta noche que moriré con espada. Qué! continuó este buen solitario con una franqueza poco civil, ¿vos sereis mártir, vos que no podeis vivir sin manjares delicados?” Igual prediccion hizo el Santo al abad de Valuisant. Habiéndole primero exigido palabra de que guardaria el secreto hasta despues de su muerte, le dijo, que en la noche precedente se le habia figurado estar defendiendo la Religion dentro de la iglesia en presencia del Rey de Inglaterra: que repentinamente habia sido reprendido por cuatro caballeros, quienes llamándole aparte le hirieron en la cabeza, causándole tanto dolor, que pensó caer desmayado. „Con todo, añadió, no es una muerte tan honrosa la que me aflige; yo bendigo por ella al Señor: siento lo que habrán de sufrir por causa mia aquellos que me han seguido.” Esta revelacion se supo de los abades mismos á quienes la refirió, y los cuales la publicaron despues de su muerte. En Sens se hospedó en el monasterio de Santa

(1) *Ger. Vit. lib. 3. cap. 18.*

Colomba, donde durante el tiempo de cuatro años que permaneció, le visitó frecuentemente Luis el jóven acudiendo siempre con liberalidad á todas sus necesidades, y administrándole de su dispensa cuanto hubo menester. Dos años fueron los que habia estado en Pontigni.

Durante este tiempo, Enrique II que parecia haber tomado este negocio con mas interés que el gobierno de todos sus estados, le affligió con todas las penalidades, y le armó todos los lazos imaginables. Hizo negociar en Roma, derramó el oro con tanta profusion, usó de tantos artificios, que era casi indispensable sorprender al Papa, é infaliblemente habria sobornado á un hombre menos íntegro que Alejandro III. Poco faltó tambien para que no sorprendiese el noble candor de Luis el jóven, no obstante el afecto con que este Príncipe generoso miraba la virtud perseguida en la persona del arzobispo de Cantorberi.

49. Queriendo los dos Reyes, tan frecuentemente en guerra y en negociaciones unó con otro, entenderse al fin sobre varios puntos, se abocaron en Montmiral en la Percha el dia de la Epifanía del año 1169. Despues de haber concluido la paz, el Rey de Inglaterra dijo al de Francia: „Señor, en este dia en que tres Reyes presentan sus homenages al Rey de los Reyes, yo y mis dos hijos, con mis estados, nos ponemos bajo vuestra proteccion. Entonces sus dos hijos Enrique y Ricardo se acercaron al Rey Luis, y le rindieron homenaje por los estados del dominio

británico situados en Francia, que su padre acababa de dividir entre ellos, y de los cuales Luis su Soberano les dió la investidura.

Con esta ocasion algunas personas de nota y de piedad persuadieron al arzobispo de Cantorberi que buscase la gracia del Rey de Inglaterra. Aquel Príncipe que hacia toda suerte de papeles para triunfar en el negocio de las costumbres, fingió querer cruzarse para ir á Palestina luego que hubiese hecho en su honor la paz de la Iglesia. Este motivo, uno de los mas urgentes que pudo emplearse entonces, determinó al arzobispo á ir á encontrar al Rey Enrique. Habiéndole presentado el mismo Luis el jóven, se postró el prelado á los pies de Enrique, el cual se apresuró á levantarle. „Señor, dijo el arzobispo, vengo á implorar vuestra clemencia á favor de la iglesia de Inglaterra. A vos mismo me refiero sobre nuestra discordia, salvo únicamente lo que debo á Dios.” A estas últimas palabras abandonándose Enrique á toda la fogosidad de su natural violento, llenó al Santo de baldones é injurias. Volviéndose luego al Rey Luis, „Señor, le dijo, observad su artificio; todo cuanto se oponga á su dictámen no dejará de llamarlo contrario al servicio de Dios; de esta manera legitimará todas sus usurpaciones. Mas para convenceros de que el servicio de Dios no me es menos sagrado que á él, ved las ofertas que le hago: antes de mí ha habido muchos Reyes en Inglaterra mas ó menos poderosos, y en Cantorberi igualmente muchos grandes y santos arzobispos antes que él. Ahora

bien, que me conceda lo que el mas grande de sus predecesores concedió al mas inferior de mis vasallos, y estoy contento.”

Esta proposicion capciosa y vaga no dejaba de ser muy especiosa sobre todo en boca de un Rey. Gritaron de todas partes que el Príncipe se humillaba hasta esceder los limites de toda condescendencia, y que el arzobispo debia estar muy contento. Tomás, experimentado en los negocios y acostumbrado en particular á penetrar el espíritu falso de Enrique, conoció toda la malicia de este lazo, y permaneció en silencio con un aire de sobresalto y de perplegidad. El Rey Luis le dijo como agitado: „Señor arzobispo, ¿quereis vos ser mejor que los Santos? Ahí tenéis la paz, solo se trata de aceptarla. Príncipe, le respondió, mis predecesores fueron sin disputa mas beneméritos que yo. Pero si se les escapó alguna debilidad, ¿deberá esta servirme de modelo? Condenamos á Pedro cuando niega á Jesucristo; y cuando resiste á Neron con peligro de perder la cabeza, es digno de nuestra imitacion y de nuestros elogios. No hay egemplo ni razon que me induzcan á sacrificar la gloria de Dios para ganar la gracia de un hombre.” Una virtud tan pura y tan relevante no gustó á persona alguna. Los grandes de ambos reinos se levantaron contra él, y dijeron entre sí con indignacion casi uniforme, que merecia que los dos Reyes le abandonasen.

Estos Principes montaron prontamente á caballo uno y otro, y partieron sin saludar al arzobispo. La

tristeza y la incertidumbre estaban pintadas en todos los semblantes, á escepcion del Rey Enrique que no pudo disimular su bajeza y maligna satisfaccion, diciendo al volverse: hoy en fin me he vengado del traidor. El Rey Luis caminaba triste y taciturno, seguido del arzobispo, á quien no dió la mas leve señal de atencion, y aun cesó de suministrarle por espacio de algunos dias la subsistencia ordinaria. Al llegar Tomás á Sens, y no habiendo disposicion de que las cosas mudasen de aspecto, los compañeros de su suerte enteramente perturbados le preguntaron á dónde se retirarian. Él les respondió tranquilamente y con rostro alegre: „solo desean mi persona; luego que yo os deje, no os perseguirán mas. Me entrego en manos de la Providencia. Dicen que hácia el Saona, en Borgoña y en Provenza, son muy humanos los habitantes; yo iré hasta allí á pie del mejor modo que pueda, acompañado únicamente de uno de vosotros cualquiera que quisiere seguirme: tal vez se apiadarán de nosotros, y nos darán con que poder vivir hasta que Dios provea de otro modo.”

50. Continuaba hablando todavía, cuando se presentó apresuradamente un oficial de la corte á decirle que el Rey le llamaba. Uno de los asistentes dijo: esto es para estrañarnos del reino: vos no sois profeta, le dijo el arzobispo, no os metais pues á hacer predicciones. Habiendo llegado á la presencia del Rey, le hallaron sentado, la cabeza inclinada, y el rostro triste y pensativo. No se levantó como lo tenia de costumbre á recibir al prelado, y le convidó con

frialdad á que tomase asiento. Todo les parecia un agüero funesto en el cual se les anunciaba á lo mas algun resto de piedad y alguna dificultad en desterrarlo. Pero sus congeturas distaban mucho de lo que pasaba en el alma sensible de este Príncipe. En toda la estension de los caminos que conducen desde Montmiral hasta Chartres, vió á los pueblos salir al encuentro del santo arzobispo, postrarse al tiempo que pasaba, y mostrársele unos á otros diciendo: aquel es á quien el amor de los Reyes no ha podido hacer que abandone el de Dios. Todo esto le habia escitado á hacer profundas reflexiones, que no le permitia su candor conservar por mas tiempo en secreto. Se levanta como enagenado, se arroja á los pies del Santo, el cual se inclinó por su parte para levantarle, y vertiendo lágrimas, entre sollozos y gemidos, le dijo estas palabras que apenas podia articular: „vos teneis el espíritu de Dios, padre mio, y vos solo conoceis bien las cosas: nosotros somos todos ciegos que os aconsejamos sacrificar el honor de Dios á la voluntad de un hombre. Me arrepiento, padre mio, me arrepiento con amargura, y os suplico me perdoneis. Aquí teneis mi persona y mi reino; estoy resuelto á esponerlo todo por Dios y por vos. Entanto que me haga la gracia de concederme la vida, jamás os abandonaré ni á vos ni á los vuestros.”

En efecto, desde este momento fue inviolable la proteccion de Luis á favor del confesor, á pesar de las conjuraciones y amenazas con que continuó en vano el Rey de Inglaterra. Y estrechándole este mas

vivamente por medio de sus enviados: „id, respondió Luis, y decid á vuestro amo que si no quiere abandonar las costumbres que pretende tener de sus antepasados, aunque se creen contrarias á la ley de Dios, menos quiero yo perder el derecho propio y el mas apreciable de mi corona. De tiempo inmemorial está la Francia en posesion de proteger la virtud desgraciada, y de abrir su seno á los que son perseguidos por la justicia. Yo he recibido al arzobispo de Cantorberi de manos del Papa, único superior que reconozco en la tierra; no hay Rey, ni Emperador, ni poder alguno en el mundo que sea capaz de hacermele abandonar. (1).”

51. En este tiempo vivia en Inglaterra un santo ermitaño llamado Godrico. Este era un hombre sencillo y sin estudios, hijo de padres pobres, y que se dedicó desde luego á un comercio poco importante (2). Despues renunció al mundo, y fue á pie descalzo en peregrinacion á Roma y á Jerusalem; y en fin, se retiró á un desierto en el distrito de Durham. Allí en medio del bosque cultivaba un pequeño campo, del cual sacaba para su subsistencia, y para egercer la hospitalidad. Su mortificacion era increíble. Por espacio de cuarenta años llevó una camisa de malla debajo del cilicio, y por encima un hábito de lana tosca. Su alimento consistia en un poco de pan de cebada mezclado con ceniza, y en algunas yerbas insípidas que conservaba cocidas ó arrolladas en forma de pelotones. No hablaba mas que tres veces

(1) *Lib. 3. ep. 79.* (2) *Boll. tom. 16. ad 21. Maji.*

en la semana para edificacion de aquellos que iban á visitarle: desde la septuagésima hasta la octava de Pascua, como igualmente durante el adviento, no proferia una sola palabra.

Habiendo ido á verle un monje de Westminster, poco tiempo despues de la elevacion de Tomás á la silla de Cantorberi, Godrico le habló del nuevo arzobispo. „¿Le conocéis vos, padre mio, le preguntó este religioso? Jamás le he visto con los ojos del cuerpo, respondió Godrico, pero muy bien con los del espíritu. Si se presentase delante de mí, le distinguiría entre dos mil personas.” Penetrado el monje de admiracion y de una especie de temor, no se atrevió á preguntarle mas. „Saludadle de mi parte, continuó el solitario, y decidle que no abandone su designio, que es agradable á Dios. Esperimentará violentas contradicciones, le echarán de su iglesia, permanecerá largo tiempo fugitivo en pais extranjero: mas despues de esta penitencia, volverá á entrar en su silla con mas honor que antes.” Esta prediccion fue referida al arzobispo, el cual se encomendó á las oraciones de Godrico. Algunos meses despues sucedió la desgracia del prelado.

Pareciéndole mas distante que nunca el fin de su destierro, despues de la conferencia de Montmiral, envió secretamente á saber de Godrico cuando se acabarían sus males. El enviado estuvo cerca de ocho dias sin poder lograr que el solitario le abriese la puerta verosimilmente á causa de la cuaresma, pues era en el mes de Marzo; mas en fin, el varon de Dios

le abrió, y le dijo: „decid á vuestro maestro que no tardará en recobrar la gracia del Rey, que será restablecido con honor en su iglesia, y que la alegría de los pueblos sobrepujará al dolor que les ha causado su destierro. Es verdad que esta ceremonia pasagera concluirá con una violencia y una atrocidad espantosa; pero entonces Godrico ya no existirá en la tierra. Decidle además y repetidle, que dentro de nueve meses se verificará todo cuanto anuncio de su persona.” Murió Godrico en el mes siguiente, no menos celebrado por otras muchas predicciones que hizo (cuyo cumplimiento confirmó su verdad) que por sus muchos milagros.

52. En fin, en el mes de Julio se hizo la reconciliacion entre Tomás y su Soberano. Este Príncipe que temia sobre todo ver su reino sujeto al entredicho, previno al Papa, á quien escribió lo que quiso, y aun logró corromper al primer ministro de otra legacion que le habia enviado Alejandro. El arzobispo por su parte escribió á Roma con la firmeza conveniente á la causa que sostenia; y ya la verdad se habia manifestado con evidencia á los ojos del Pontífice. Graciano y Viviano, dos legados incorruptibles enviados en su consecuencia, desconcertaron todas las tramas de Enrique. Tomás por otra parte en virtud de su noble titulo de primado de Inglaterra y de legado de la santa Sede, hacia vibrar sobre este reino los rayos de la Iglesia desde el seno mismo de la Francia, con tanta resolucion como si estuviese sentado en su silla con todo el esplendor de su primera glo-

ria. Su celo debió estenderse todavía á corregir una nueva culpa que el Rey acababa de cometer contra el derecho constante de la iglesia de Cantorberi, haciendo consagrar á Enrique su hijo primogénito por el arzobispo de York. El mismo Rey Luis se creyó insultado de que su hija prometida al jóven Príncipe no hubiese sido coronada con él.

Para salir de tantas dificultades, declaró Enrique que queria hacer la paz con el arzobispo segun el plan que el Papa habia dado. Debiendo imponerse el entredicho en sus estados dentro del término de cuarenta dias si no se determinaba, envió con gran diligencia por Tomás, y él mismo fue en persona hácia el 20 de Julio á los confines del pais de Chartrain y de la Turena, donde habia de tratar al mismo tiempo con el Rey de Francia. Tomás llegó el 21, y al siguiente, dia de la Magdalena, compareció el Rey de Inglaterra muy de mañana en el lugar señalado con una corte numerosa. Llegó en seguida el arzobispo acompañado de señores franceses de la comitiva de su Rey. Luego que el Rey Enrique descubrió á Tomás, se separó de los suyos, salióle al encuentro, y le saludó el primero con la cabeza descubierta. Diéronse la mano, se abrazaron desde el caballo, luego se retiraron á parte, y se esplicaron amigablemente con tantas demostraciones de franqueza como si nunca hubieran estado divididos; lo que sorprendió de un modo agradable á los espectadores, y los enterneció hasta hacerles derramar lágrimas. El mismo Rey se manifestó muy enternecido á los con-

sejos paternales del arzobispo. Los escuchó no solamente con sumision, sino tambien en ademan de contento: prometió seguirlos y aplicarse seriamente á corregirse. No obstante, dijo el Rey, por lo que hace á aquellos que han hecho traicion á vos y á mí, los trataré como merecen. A estas palabras el prelado bajó del caballo para echarse á los pies del Rey; mas el Rey asiendo del estribo le obligó á montar otra vez, y derramando lágrimas, añadió: „en fin, señor arzobispo, volvamos á nuestra antigua amistad, hagamos todo el bien que podamos, y olvidemos enteramente lo pasado.” Y para cerrar la boca á todos aquellos que fomentaban la division, se acercó á los que le acompañaban, y dijo en voz alta: „señores, he hallado en el arzobispo todas aquellas disposiciones que se podian desear; si por mi parte no procediese bien con él, seré el mas detestable de los hombres, y acreditaré la verdad de todo el mal que se dice de mí. No me queda otro partido que tomar mas que el de estudiar el modo de aventajarle en la amistad y en los buenos oficios.” Todos lo aplaudieron con vivas aclamaciones, fue decretado que el Rey volveria á su gracia al arzobispo, que le daria paz y seguridad á él y á los suyos, que restituiria la iglesia de Cantorberi y las tierras de su dependencia; y en fin que repararia el atentado de la consagracion de su hijo. Tomás por su parte prometió el amor, el honor y todo el servicio que un arzobispo puede hacer segun Dios manda á su Soberano: despues de lo cual no pensó en mas que en volver á su igle-

sia, estando el Rey todavía al otro lado del mar. Hizose preceder de algunos de los suyos, los cuales mal recibidos del jóven Rey y de sus ministros, escribieron al arzobispo que no partiése hasta que la paz estuviese mejor asegurada. Los usurpadores de los bienes de su iglesia y sobre todo algunos prelados escomulgados, se manifestaron horriblemente irritados contra él. Algunos furiosos se habían gloriado en presencia de muchas personas de que le quitarían la vida antes que hubiese comido un pan entero en Inglaterra. Así nos lo manifiesta el Santo en la última carta que escribió al Rey su señor (1). En su consecuencia, su primer pensamiento fue presentarse de nuevo á este Príncipe para lograr mayor seguridad; pero urgiendo luego la necesidad de la iglesia de Cantorberi, como lo dice en la misma carta: „iré, señor, prosigue, y moriré antes que dejar perecer á esta iglesia desgraciada. Conozco todo cuanto arriesgo si no tomáis medidas eficaces y prontas; pero bien sea que yo viva ó que muera, siempre soy vuestro fiel vasallo, y ruego al Señor derrame sus bendiciones sobre vos y vuestros hijos.”

53. Al llegar á Ruan con el designio de embarcarse, supo que sus enemigos, entre los cuales se hallaban el arzobispo de York, los obispos de Londres y de Salisburi, estaban ya en Douvres para salirle al encuentro, amenazando altamente que le cortarían la cabeza si pasaba adelante. Algunos amigos intentaron de nuevo detenerle, y les respondió: „veo

(1) *Lib. 5. ep. 54.*

la Inglaterra, y entraré en ella si es la voluntad de Dios; aunque sé ciertamente que voy al martirio.” Con todo, en lugar de ir á Douvres donde le aguardaban sus enemigos, abordó al puerto de Sandwich, distante solo seis millas de Cantorberi. Los gentileshombres que acompañaban á los tres prelados, salieron inmediatamente de Douvres, y se dirigieron armados al buque donde estaba el Santo. Por fortuna había ganado los pasos un puebló innumerable que cubria la ribera, gritando: „Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! Bendito sea el padre de los huérfanos y el apoyo de las viudas! Los unos lloraban de alegría y los otros de compasión: la multitud se postraba en el camino por donde había de pasar, y muchos se adelantaron metiéndose en el agua para ser los primeros en recibir su bendición. Habría sido arriesgado insultarle en medio de tantos admiradores, de los cuales una gran parte tomó la precaucion de armarse en su defensa. Dejéronle llegar tranquilamente á Cantorberi, donde fue recibido con iguales aplausos.

Algunas semanas despues de su arribo, subió al púlpito el dia de Navidad, y al fin del sermón predijo su muerte cercana, lo que hizo derretirse en lágrimas á todo el auditorio. Inmediatamente con un aire inspirado y tomando el tono de la indignación, habló fuertemente contra los enemigos de la Iglesia, y escomulgó á los obstinados en general nombrando algunos. Los obispos de Londres y de Salisburi, que estaban ya escomulgados y hacian los mayores es-

fuerzos para obtener su absolucion, perdieron entonces toda esperanza de conseguirla, y partieron juntos con el arzobispo de York para ir á Normandía á dar sus quejas al viejo Rey. Dijéronle que Tomás haciendo un abuso enorme de su indulgencia habia alborotado todo el reino despues de su regreso: que no cesaba de usar de invectivas y de censuras contra aquellos que él llamaba enemigos de la Iglesia, y que se mostraba sobre todo implacable con los que habian tenido parte en la consagracion del jóven Rey. Por los ojos de Dios, exclamó el Príncipe, si todos los que han participado de la consagracion de mi hijo están escomulgados, lo estoy yo tambien; y dió otras mil señales de una cólera desenfrenada.

Sin ser malvado Enrique apenas se le conocia en los primeros movimientos de esta pasion; pues tanto en acciones como en palabras, se abandonaba á unos escesos indignos aun de la condicion mas ordinaria. Un dia quiso arrancar los ojos y llenó de sangre el rostro de un hombre porque le trajo una carta desagradable. En otra ocasion llenó de injurias indecentes á un señor que indicaba interesarse por el Rey de Escocia, tiró su gorro, rasgó sus vestidos, descubrió su cama, y le asió con los dientes al modo de un frenético ó un insensato. Quejas, baldones, imprecaciones, amenazas aun de muerte, eran su estilo ordinario en la mas leve contradiccion que experimentase. Incitado pues contra Tomás por tres obispos, empezó á maldecir á aquellos á quienes habia colmado de beneficios, y profirió en fin estas pa-

labras fatales que le causaron tan largo arrepentimiento. *¿No se hallará alguna persona capaz de vengarme de un sacerdote que alborota todo mi reino?*

54. Inmediatamente cuatro gentiles-hombres de palacio llamados Rainaldo, Hugo de Morville, Guillermo de Traci y Ricardo de Breton, se retiraron juntos, tuvieron su conciliábulo la noche de Navidad, corrieron á embarcarse, y el viento les fue tan favorable que llegaron el dia de Inocentes cerca de Cantorberi. Entraron al dia siguiente en el palacio del arzobispo, y le intimaron amenazas terribles si no levantaba las censuras. Respondió tranquilamente, que al Papa correspondia desatar lo que él habia atado; y sin dar oidos á mas se fue á la iglesia para cantar visperas. Apenas entró en ella cuando se presentaron los cuatro conjurados con otros que les seguian, cubiertos de armas y con espada en mano. El clero quiso cerrar la puerta, mas el arzobispo les dijo: *esta es la casa del Señor, cuya entrada no se cierra como la de un campo.* Volviéndose luego hácia los conjurados les prohibió de parte de Dios hacer mal alguno á los suyos. Hizo en seguida esta oracion en voz alta: *me encomiendo, junto con la causa de la Iglesia, á Dios, á la Santa Virgen, á los santos patronos de esta iglesia, y al mártir San Dionisio.* Estas fueron sus últimas palabras, las cuales concluidas se puso de rodillas delante del altar, las manos juntas y los ojos elevados al cielo. Recibió cuatro golpes en la cabeza, de donde saltó el cerebro sobre el pavimento, y sin dar un grito ni hacer el mas leve